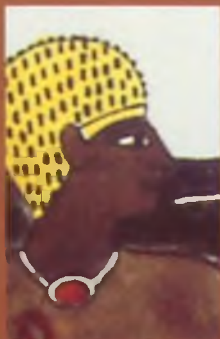

PAIDÓS ORÍGENES
EDDA BRESCIANI
A ORILLAS DEL NILO
EGIPTO EN TIEMPOS DE LOS FARAONES

Edda Bresciani es profesora titular de Egiptología en la Universidad de Pisa, donde también es directora de las misiones arqueológicas en Egipto. Ha fundado y dirige la revista *Egitto e Vicino Oriente*. Cuenta con una experiencia arqueológica de más de treinta años, con intervenciones en prestigiosos yacimientos faraónicos. Es autora de unos cuatrocientos artículos y monografías, entre las que se cuentan *Il mito dell'«Occhio del Sole»* (1992), *Il volto di Osiri. Tele funerarie dipinte dell'Egitto romano* (1996), *Ramesse II. Le realtà di un mito* (1998) y *Letteratura e poesia dell'antico Egitto. Cultura e società attraverso i testi* (1999).

Para comprender la peculiaridad del sistema social del antiguo Egipto debemos remitirnos al concepto de fondo en el que se basa: el de un equilibrio primordial y global, predeterminado desde el principio de los tiempos en un «programa» providencial que concernía a todo el mundo entonces conocido. Dentro de ese orden cósmico programado se inscribía el ambiente geofísico de Egipto –la tierra, el Nilo, la vegetación, los animales y el hombre, es decir, la cima de la creación–, pero también la organización de las ciudades y las aldeas, e incluso las estructuras sociales, con las diversas funciones diferenciadas por roles y jerarquías, desde el monarca hasta el súbdito más insignificante, aunque todas ellas igualmente necesarias.

La impresión de inmovilidad que el mundo de la antigüedad egipcia haya podido sugerir deriva esencialmente del carácter perdurable de la monarquía faraónica y de las convenciones del lenguaje artístico. Pero la sociedad que las expresó no es inmóvil, y para comprobarlo basta con observar las actitudes y los valores elaborados en el curso de los siglos por aquel mundo, en absoluto «primitivo», a pesar de haberse formado en tiempos tan remotos.

En este sentido, respecto de otras sociedades antiguas, tanto del Oriente Próximo como de Occidente, Egipto es, sin duda, el país que ofrece las mayores posibilidades de reconstrucción respecto a casi todos los aspectos de su vida social. Y eso es precisamente lo que intenta hacer este libro.



«Soy consciente de que, fuera del ámbito restringido y diría escéptico de los especialistas, el Egipto de los faraones sigue apareciendo a menudo como un lugar en absoluto neutro e históricamente objetivo, sino más bien resultado de una creación casi imaginaria: es el Egipto de la maldición de las momias, la tierra del cautiverio de los judíos y de los milagros de Moisés, o bien –en la tradición de Solón, Pitágoras y Platón– la cuna de toda la sabiduría. Pero es un hecho que –a partir del desciframiento de los jeroglíficos por obra del egiptólogo francés Jean-François Champollion y después de los progresos históricos, filológicos y arqueológicos ya realizados y aún en curso– el mundo del antiguo Valle del Nilo nos es hoy más próximo. Y existe también una tradición historiográfica ya madura que da seguridad a la materia y la integra en la cultura general, permitiendo poner a disposición de un público amplio los tesoros adquiridos por la investigación. Por lo tanto, la fascinación de la civilización faraónica, gracias a los innumerables testimonios escritos y figurativos de que disponemos, ya no tiene por qué proceder del elemento fantasioso o falsamente pintoresco.»

EDDA BRESCIANI

PAIDÓS ORIGENES

EDDA BRESCIANI

A ORILLAS DEL NILO

Egipto en tiempos de los faraones



PAIDÓS
Barcelona
Buenos Aires
México

PAIDÓS ORÍGENES

1. B. McGinn, *El Anticristo*
2. K. Armstrong, *Jerusalén*
3. F. Braudel, *En torno al Mediterráneo*
4. G. Epiney Burgard y E. Zum Brunn, *Mujeres trovadoras de Dios*
5. H. Shanks, *Los manuscritos del mar Muerto*
6. J. B. Russell, *Historia de la brujería*
7. P. Grimal, *La civilización romana*
8. G. Minois, *Historia de los infiernos*
9. J. Le Goff, *La civilización del Occidente medieval*
10. M. Friedman y G. W. Friedland, *Los diez mayores descubrimientos de la medicina*
11. P. Grimal, *El amor en la Roma antigua*
12. J. W. Rogerson, *Una introducción a la Biblia*
13. E. Zolla, *Los místicos de Occidente, I*
14. E. Zolla, *Los místicos de Occidente, II*
15. E. Zolla, *Los místicos de Occidente, III*
16. E. Zolla, *Los místicos de Occidente, IV*
17. S. Whitfield, *La vida en la ruta de la seda*
18. J. Freely, *En el serrallo*
19. J. Larner, *Marco Polo y el descubrimiento del mundo*
20. B. D. Ehrman, *Jesús, el profeta judío apocalíptico*
21. J. Flori, *Caballeros y caballería en la Edad Media*
22. L.-J. Calvet, *Historia de la escritura*
23. W. Treadgold, *Breve historia de Bizancio*
24. K. Armstrong, *Una historia de Dios*
25. E. Bresciani, *A orillas del Nilo*

Título original: *Sulle rive del Nilo*
Publicado en italiano, en 2000, por Editori Laterza, Roma
Edición en castellano con permiso de la Agencia Literaria Eulama

Traducción de Juan Carlos Gentile Vitale

Cubierta de Joan Batallé

ISBN: 84-493-1134-9
Depósito legal: B-41.268/2001

Impreso en Gràfiques 92, S. A.,
Av. Can Sucarrats, 92 - 08191 Rubí (Barcelona)

Impreso en España - Printed in Spain

Sumario

Premisa

Para comprender la peculiaridad del sistema social del antiguo Egipto debemos remitirnos al concepto de fondo en el que se basa, el de un equilibrio primordial y global, predeterminado desde el principio de los tiempos en un «programa» providencial que concernía a todo el mundo entonces conocido: dentro de ese orden cósmico programado se inscribía el ambiente geofísico de Egipto —la tierra, el Nilo, la vegetación, los animales y el hombre, es decir, la cima de la creación, «el ganado de Dios»—, pero también la organización de las ciudades y las aldeas, e incluso las estructuras sociales, con las diversas funciones diferenciadas por roles y jerarquías, desde el monarca hasta el súbdito más sencillo, pero todas igualmente necesarias.

La impresión de inmovilidad, que el mundo egipcio antiguo ha podido sugerir, deriva esencialmente del carácter perdurable de la monarquía faraónica o de las perdurables convenciones del lenguaje artístico; pero la sociedad que las ha expresado no es inmóvil, basta con mirar las actitudes y los valores elaborados en el curso de los siglos por aquel mundo, en absoluto «primitivo», aunque formado en tiempos muy remotos.

Soy consciente de que, fuera del ámbito restringido y diría escéptico de los especialistas, el Egipto de los faraones sigue apareciendo a menudo

como un lugar no neutro e históricamente objetivo, sino más bien como una creación casi imaginaria: es el Egipto de la maldición de las momias, la tierra del cautiverio de los judíos y de los milagros de Moisés, o bien, en la tradición de Solón, Pitágoras y Platón, la cuna de toda la sabiduría. Pero es un hecho que, a partir del desciframiento de los jeroglíficos por obra del egiptólogo francés Jean-François Champollion y después de los progresos históricos, filológicos y arqueológicos ya realizados y aún en curso, el mundo del antiguo valle del Nilo nos es, hoy, más próximo. Y una tradición historiográfica ya madura, que da seguridad a la materia y la integra en la cultura general, permite poner a disposición de un vasto público los tesoros adquiridos por la investigación. Por tanto, la fascinación de la civilización faraónica, gracias a los innumerables testimonios escritos y figurativos, no procede del elemento fantasioso o falsamente pintoresco.

Respecto a otras sociedades antiguas, tanto de Oriente Próximo como de Occidente, Egipto es, sin duda, el país que ofrece las mayores posibilidades de reconstrucción de casi todos los aspectos de su vida social. Y es lo que me dispongo a hacer con este libro.

Cronología

El Egipto de los faraones se proyecta sobre un arco temporal de más de tres mil años, desde fines del IV milenio al siglo IV d.C.; gracias a la excepcional vivacidad de sus formas políticas, religiosas, culturales y artísticas, atraviesa la época tolemaica y romana, para agotarse con la victoria definitiva del cristianismo en el siglo IV d.C.

En esta breve cronología están indicadas algunas fechas fundamentales, suficientes para proporcionar una pauta temporal en la que situar las descripciones de las páginas siguientes.

Época predinástica (hacia 5000-3100 a.C.) — Los dos milenios ven surgir culturas en distintas localidades del valle del Nilo y de los oasis, con desarrollo de asentamientos sedentarios, de actividades agrícolas y artesanales.

Período tinita (hacia 3100-2700 a.C.) — Comprende las dos primeras dinastías, que eligen como capital Tinis, en el Alto Egipto. La fundación de la primera dinastía se atribuye tradicionalmente, por los mismos egipcios, a Menes. Con el nacimiento del Estado faraónico, gobernado por un solo soberano, que reúne los dos Reinos del Alto y el Bajo Egip-

to, las características de la civilización egipcia ya están fijadas. Simultáneamente, aparece la escritura jeroglífica.

Antiguo Reino (hacia 2700-2200 a.C.) — La capital es Menfis. El faraón más importante de la III dinastía es Zoser, el primero que hace construir una pirámide de piedra («pirámide escalonada») en Saqqara, según un proyecto de Imhotep. Los tres últimos soberanos de la IV dinastía, Keops, Kefrén y Mikerinos, eligen Gizeh para erigir sus pirámides. Durante la V dinastía, originaria de Heliópolis, se afirma el culto de Ra, el sol. La pirámide de Unas, en Saqqara, es la primera con las paredes de las estancias subterráneas cubiertas de inscripciones mágico-funerarias (los *Textos de las pirámides*). El ejemplo de Unas es imitado por los soberanos de la VI dinastía, en sus pirámides en Saqqara. Al final del período, el poder central se debilita en favor de los monarcas provinciales.

Primer Período Intermedio (2200-2033 a.C.) — Entre la VII y la XI dinastía Egipto conoce un período de desórdenes políticos y sociales, mientras que algunas poblaciones asiáticas se instalan en el delta. En Tebas asume el poder la dinastía de los Montuhotep, que empieza a reunificar el país después del debilitamiento del período anterior.

Reino Medio (2033-1650 a.C.) — Los reyes de la XII dinastía, de origen tebano, desplazan la capital a Lisht, junto al Fayum, la «Tierra del Lago», región adyacente al valle del Nilo que es saneada y desarrollada. Los Sesostris y los Amenemes llevan las condiciones internas del país a la cima de la estabilidad social y económica, asegurando prestigio también en el exterior, en Asia y en Nubia. La XIII dinastía gobierna en las últimas décadas, en una fase de debilidad y de divisiones.

Segundo Período Intermedio (1710-1540 a.C.) — El Egipto septentrional está ocupado por los hicsos (XIV-XVII dinastía), provenientes de Oriente Próximo, que instalan la capital en Avari (actual Qantir), en el delta oriental. Después de sangrientas guerras, son expulsados por los príncipes de Tebas, iniciadores de una renovada unidad nacional.

Nuevo Reino (1550-1069 a.C.) — La XVIII dinastía (que llega hasta alrededor de 1295) cuenta con faraones célebres como Hatsepsut, Tutmosis III, Amenofis III, Aknatón y Tutankamón. La capital es Tebas, la

ciudad de Amón, convertido en dios nacional, a cuyo excesivo poder temporal en vano intentó oponerse el faraón Amenofis IV Aknatón (1353-1337 a.C., a quien se debe la Reforma amarniana), que fundó en el Medio Egipto una nueva capital, Aktatón («Horizonte de Atón»). En aquellos años, las tumbas de los faraones son excavadas en el valle de los Reyes, sobre la orilla occidental del Nilo, frente a Tebas. Seti y Ramsés II son los grandes faraones de la XIX dinastía; la nueva residencia real (Piramsés) es establecida en el delta oriental. Después de la batalla de Qadesh (5° año de Ramsés II), Egipto y el Reino Hitita estipulan un tratado de paz. Con la XX dinastía termina el Nuevo Reino; Ramsés III evita la invasión de Egipto por parte de los «pueblos del mar»; el final de la dinastía está marcado por graves problemas económicos y políticos (en Tebas, está documentada la primera huelga de trabajadores del mundo antiguo).

Época tardía (1069-332 a.C.) — Comprende la XXI dinastía (hacia 1069-945 a.C.; la capital está en el delta, en Tanis, donde han sido encontradas las tumbas con tesoros de los faraones; Tebas se convierte en la capital del Alto Egipto en competencia con Tanis), la XXII, XXIII y XXIV dinastía (hacia 945-715 a.C., o época libia; los faraones son descendientes de los jefes militares libios), la XXV (hacia 780-656 a.C., o época etíope; Egipto es conquistado por los reyes de Napata, en Sudán), la XXVI (664-525 a.C., o época saítica; el príncipe de Sais, Samético I, libera Egipto de los etíopes y los asirios; se verifica un renacimiento político y económico; las instalaciones comerciales son confiadas a los griegos en el delta, en Naucratis), la XXVII (525-404 a.C., o primera dominación persa; el país se convierte en la sexta satrapía del Imperio Aqueménida), la XXVIII, XXIX y XXX dinastía (404-340 a.C.; Egipto, liberado de la dependencia de Persia, es gobernado por los últimos soberanos indígenas), la XXXI dinastía (340-332 a.C., o segunda dominación persa).

Época tolemaica (332-30 a.C.) — En el 332 Alejandro Magno llega a Egipto. Alejandría es fundada hacia el 300 a.C.

Época romana (30 a.C.-395 d.C.) — Egipto se convierte en provincia romana con Octavio Augusto. En el 390 d.C. Teodosio I declara el cristianismo como religión de Estado.

Época bizantina (395-640) — Egipto está bajo el dominio de Bizancio.

Época árabe — Desde el 640 Egipto se convierte en una provincia del califato y es convertido al islam.

Capítulo 1

El país más hermoso del mundo: el gran río Nilo y la «Tierra Negra»

La civilización egipcia antigua fue una gran cultura fluvial. El Nilo, gracias al milagro anual de la inundación, enriquecía con limo fértil las orillas del valle y el delta, y se convertía así en el elemento fundamental de la agricultura y la economía de todo el país. Cuando el volumen y el nivel de las inundaciones eran de algún modo desmedidos, por excesivos («Nilo alto») o escasos («Nilo bajo»), el país se arriesgaba a desastres y carestías.

Por tanto, es del todo natural que los egipcios hayan personificado el fenómeno benéfico que hacía verdear las orillas en un dios, Hapi, adorado en todo Egipto, con apariencia de ser humano, de formas andróginas, cargado de plantas y de peces.

Cada verano, en el mes de julio, las aguas del río comenzaban a subir algunos metros, hasta que el Nilo desbordaba su cauce e inundaba los valles, sin tocar las aldeas y las ciudades construidas en las alturas, siguiendo los recorridos de los canales. Después de cuatro meses, las aguas se retiraban dejando una capa de fango negro, rico y fértil.

A orillas del río los egipcios podían entonar las palabras de alabanza del himno a Hapi:

¡Salud a ti, oh Hapi que has salido de la tierra,
que has venido para dar vida a Egipto!
Oculto en la naturaleza, oscuro de día, alabado por sus seguidores,
es él quien riega los campos,
es él quien ha sido creado por Ra para dar vida a todo el ganado;
es él quien apaga la sed del desierto lejos del agua:
es el rocío, que desciende del cielo.
[...]
Es él quien da sobreabundancia de todos los bienes:
quien estaba triste, se vuelve alegre y todos están contentos [...].
Próspera es tu venida,
próspera es tu venida,
oh Hapi,
próspera es tu venida.
Tú vienes [a Egipto] para dar vida a los hombres y al ganado con
[tus productos de los campos.
Próspera es tu venida,
próspera es tu venida,
¡oh Nilo!

En Egipto, la misma vida estaba ritmada por los tiempos de la inundación. El calendario de las estaciones seguía el ciclo del sagrado Nilo y el nuevo año empezaba con el embate del río, en julio, cuando en el horizonte volvía a brillar la estrella Sirio.

Las estaciones eran tres: la primera, de julio a noviembre, cuando los campos estaban sumergidos; la segunda, de noviembre a marzo, cuando la tierra resurgía del agua; la tercera, por último, de marzo a julio, era la estación seca, pero también la época de la cosecha. Cada estación comprendía cuatro meses de treinta días; las veinticuatro horas estaban subdivididas en doce diurnas y doce nocturnas.

Para obtener el año de 365 días, los egipcios añadían cinco; esto no impedía que, cada cuatro años, el calendario lunar tuviera un día de retraso respecto al solar. Solamente con Augusto fue introducido el año bisiesto, que preveía el añadido de un sexto día cada cuatro años.

El sur, desde donde veían llegar la crecida del río, era el punto de orientación para los egipcios, que tenían el norte a sus espaldas y el este a la izquierda, mientras que la región de los beatos difuntos, el Reino de Osiris, el oeste, se encontraba a la derecha.

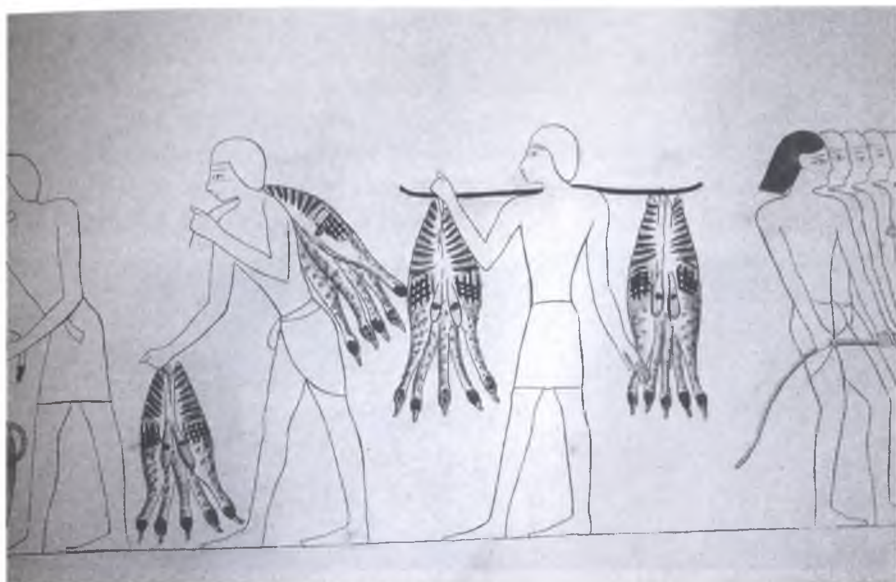
La red bien organizada de los canales de riego, junto con el curso del Nilo, constituía también la vía de navegación y de transporte de personas y



La región del Nilo en la primera catarata.



Caza con bumerán en el pantano de papiros: gato, mariposas, pájaros y nidos con huevos. Tebas, tumba de Menna (XVIII din.).



El regreso de la caza cargados de pájaros. Tebas, tumba de Dedi (XVIII din.).



Construcción de una barca. Saqqara, mastaba de Ti (V din.).

cosas por todo el territorio, donde los canales y los muelles permitían alcanzar aldeas, templos y necrópolis.

El ambiente geográfico egipcio se caracterizaba, además de por el verde y ordenado paisaje agrícola, también por sus amplios espacios acuáticos pantanosos, ricos en plantas de papiro, en juncos y en lotos, donde los pájaros nidificaban, pequeños y grandes mamíferos estaban al acecho y mariposas y langostas establecían su hábitat. Las aguas estaban pobladas de peces, cocodrilos e hipopótamos. En los estanques, entre los cañaverales, se deslizaban las embarcaciones de los pescadores y las ligeras barcas de papiro de los cazadores de gansos y de patos, armados con bumeranes.

Son las escenas que los relieves y las pinturas nos han transmitido, desde el Antiguo Reino, en su fascinante frescura de colores y de detalles, en las paredes de las tumbas. En el programa decorativo de las tumbas, las escenas de caza en los pantanos representan un augurio y una mágica garantía para que el difunto pueda continuar las agradables actividades que lo regocijaban en la tierra. El muerto está representado en la barca en compañía de su familia y, al menos en una ocasión, también del gato atigrado de la casa. En el Reino Medio, en cambio, en la tumba de Ukhhotep en Meir, el pescador está acompañado por su perro.

En estas escenas aún se distinguen trampas y redes de diversas formas, tiradas por varios hombres y colmadas de toda clase de peces. Pero también se pescaba con anzuelos múltiples y con sedal, además de con un largo venablo, mientras un grupo de hipopótamos asiste boquiabierto a la escena. El cuidado de los detalles representados por los antiguos escultores y pintores egipcios ha permitido identificar los diferentes tipos de peces que vivían en el Nilo y en los canales.

Los placeres de la caza y la pesca en los frescos estanques del Fayum son cantados en un texto que se remonta al Reino Medio: el protagonista, un hombre de ciudad pero originario de aquella región rica en aguas, evoca con nostalgia el tiempo feliz de su vida en contacto con la naturaleza: «¡Oh, si yo estuviera siempre en el campo, podría hacer las cosas que deseaba mi corazón cuando el pantano era mi ciudad y el habitante del estanque mi compañero! ¡Oh, si yo estuviera aún con la gente que mi corazón amaba, con mis amigos, si pudiera pasar todo el día en el lugar de mi deseo! ¡Oh, si pudiera bajar entre las matas de papiros! ¡Comer un bocado al alba y luego alejarme donde me lleve mi corazón!».

El paisaje egipcio pasaba bruscamente, a occidente y a oriente de la verde cinta húmeda de la «Tierra Negra» (Kemet, Egipto), al árido color de las

Preparación de los pescados para el secado. Tebas, tumba de Pabasa (XXVI din.).

Escena de pescadores. Tebas, tumba de Ipuy (XIX din.).

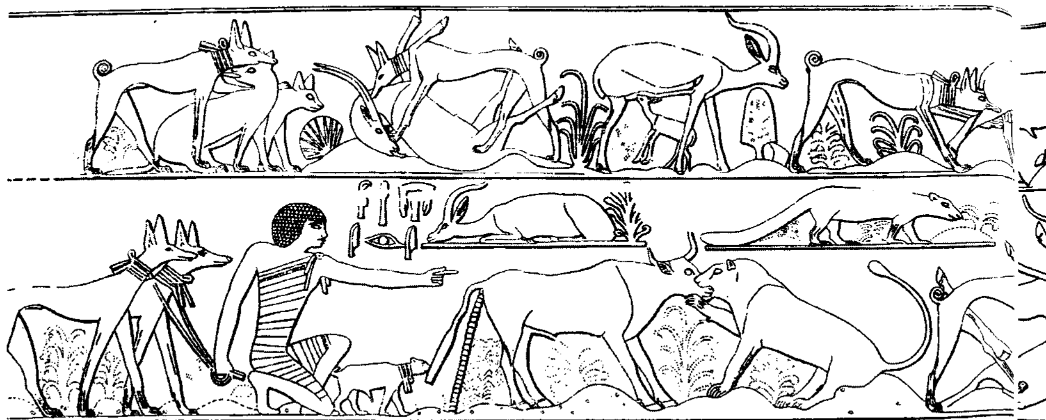


Escena de pesca: los peces pican en los anzuelos. Saqqara, mastaba de Ti (V din.).

arenas del desierto, dominio del rojo dios Set. Menos seco que hoy, era atravesado por avestruces, gacelas, bueyes salvajes, antílopes, leones y panteras; y puesto que desde aquellas zonas llegaban también los enemigos exteriores de Egipto, asiáticos, libios y nubios, la caza de animales del desierto se había convertido en un símbolo de la victoria del faraón sobre las fuerzas hostiles.

La representación de las batidas de caza de la fauna salvaje de las regiones desérticas es un tema muy frecuente: se ven perros que persiguen antílopes, zorros y toros salvajes; mientras el cazador lanza las flechas de su arco y alcanza a las presas, los puercoespines salen de las madrigueras molestos por el ruido.

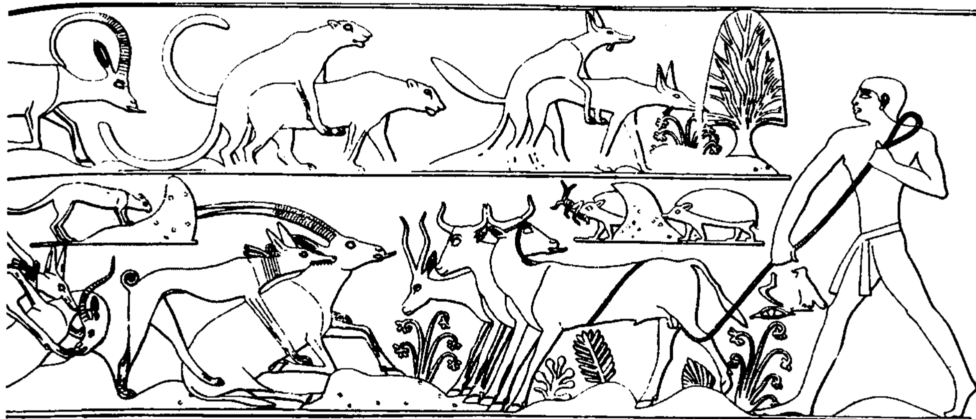
Aunque lo hacían de mala gana, los egipcios no siempre podían evitar atravesar los áridos espacios tan temidos: eran recorridos obligados para alcanzar los grandes oasis del desierto occidental, y seguir sus pistas hacia Sudán, o bien, a oriente, las importantes zonas mineras, las canteras de piedras preciosas y los puertos sobre el mar Rojo. Razones políticas y militares, pues, además de económicas, empujaron a este pueblo, desde el Antiguo Reino, a dirigir exploraciones y a ampliar el comercio con otros lejanos países, africanos y asiáticos, sobre todo sirio-palestinos.



Escena de caza y de cazadores en el desierto. Un erizo sale de la madriguera y captura una langosta. Beni Hassan, tumba de Jnumhotep (Reino Medio).



Caza con arco de toros salvajes. Beni Hassan, tumba de Jnumhotep (Reino Medio).



Escenas de caza de animales en el desierto. Tebas, tumba de Rekhmara (XVIII din.).

Sin embargo, es verdad que el hombre egipcio era esencialmente sedentario, ligado a su tierra, el valle del Nilo, el mejor de los países posibles, una tierra bendita de la cual se podían alejar (como soldados, embajadores del faraón, exiliados...) pero a la que se debía volver, aunque no fuera más que para morir y ser sepultados en ella.

Cuentan de esta necesidad de regresar las aventuras de Sinuhé, fugitivo en Asia y felizmente vuelto en su vejez, gracias a la clemencia de su faraón. En otra historia de viajes, en la cual el protagonista, Unamón, como Ulises, se desplaza entre costas e islas del Mediterráneo oriental, el héroe del relato llora de nostalgia, sentado a la orilla del mar de Libia: «¿No has visto los pájaros que bajan a Egipto por segunda vez? Míralos. ¡Van hacia los frescos estanques! ¿Hasta cuándo permaneceré aquí abandonado?».

En la época tolemaica, cuando las glorias de Egipto hacía tiempo que habían declinado, el vínculo con la propia tierra pareció acentuarse, junto con un sentimiento nuevo, el conocimiento directo de la condición de «extranjero». En uno de los grandes textos didáctico-moralistas en demótico, conocido como *Las enseñanzas del papiro Insinger*, toda la instrucción XXII está dedicada a los sufrimientos y desventajas a los que se enfrenta quien deja su patria: «Un trabajo humilde y poca comida son preferibles a la saciedad en un país extranjero». Una constatación que encontramos repetida con numerosas variantes, mientras que en otro pasaje de la misma instrucción XXII resuenan las amargas experiencias del emigrado: «El extranjero es servidor de alguien en cualquier parte, suscita la ira de la multitud sin que haya hecho daño a nadie, y siempre hay alguien que ejercita su maldad contra él, aunque no haya hecho nada malo».

En los *Diálogos filosóficos entre la gata etíope y el pequeño cinocéfalo* las reflexiones sobre la «patria» están aún más desarrolladas. La gata es inducida por el cinocéfalo a reconocer que todos —dioses, hombres y animales— aman la tierra en la que han nacido, ante todo el útero materno, el lugar de nacimiento por excelencia, la base biológica misma del amor a la patria. La era de la casa y el sicomoro que en ella crece son una sola cosa con el propio país, el lugar donde es hermoso morir si se es afortunado: «Caerás sobre tu era y encontrarás tu sicomoro», es lo que dice el Destino. «Morirás en tu aldea, donde has nacido encontrarás tu sepultura. Te enterrarán y tú reposarás en tu sarcófago, que está [hecho con la madera de] tu sicomoro, dice [el Destino a sus preferidos].» Sienten amor a la patria incluso los reptiles, desde luego los menos tiernos entre los seres del mundo animal: «Un cocodrilo envejece en cualquier parte, pero [regresa a] morir en el canal que era su pueblo [natal]». También las plantas prosperan y se

encuentran bien sólo en su hábitat natural, su patria: «El ébano no se vuelve negro en Egipto. Los pantanos de Punt verdean de juncos y de cañas, pero allí no se encuentra el sicomoro [de Egipto]. La espiga de la cebada no perfuma a incienso».

Los contactos con gentes y pueblos diversos contribuyeron a hacer de Egipto un país hospitalario y cosmopolita, favoreciendo el intercambio cultural y material entre el valle del Nilo y el mundo mesopotámico y de Oriente Próximo. A partir del Nuevo Reino, Nubia y el país de Kush (el actual Sudán) se convirtieron en la práctica en colonias egipcias, donde la construcción de templos a lo largo del Nilo, hasta Abu Simbel, Soleb y aún más allá, asumía carácter de propaganda político-religiosa. Los contactos entre la cultura egipcia y la cusita tuvieron consecuencias importantes, produciendo nuevas civilizaciones: la napatea (la XXV dinastía está formada por reyes venidos de Napata) y luego, en época helenística, la meroítica.

Las divinidades llegadas con los comerciantes extranjeros, los soldados mercenarios o las misiones diplomáticas fueron asumidas en el panteón egipcio, es más, se aceptaron en los templos junto a los dioses indígenas, o se les dotó de lugares propios de culto. Así encontramos, en Menfis, templos de Astarté y de Anat, de Rescef y de Baal Sapun, y también de la diosa Qadesh.

Aunque sus deberes —de militar o de funcionario— obligaran al egipcio a viajar a menudo fuera de su país, en naves o por vías caravaneras, a pie o a lomo de mula, no consta que hubiera un particular gusto por la aventura o el mundo «de los demás». El ya citado relato de las aventuras de Sinuhé, biografía de un emigrado que ha hecho fortuna en el exterior, termina con el «final feliz (!)» del regreso a Egipto para morir.

Ni la lectura de las *Misceláneas escolares* ramsésidas modifica esta impresión; si acaso, la acentúa. Siria es descrita como un país incómodo para el funcionario: la *Carta polémica* (papiro Anastasis I) es una divertida pieza de literatura filosedentaria. En aquel país a trasmano (tan ajeno al buen egipcio que ama su Nilo, su campo surcado por los canales fácilmente navegables, donde cada cosa es conocida y previsible), todo es al revés, hasta el paisaje: los valles, al fondo de las montañas, son oscuros durante el día y los montes están cubiertos por extraños y espantosos árboles: encinas, enebros y abetos que alcanzan el cielo. Hombres y animales son hostiles y dan miedo, los leones son más numerosos que las panteras, y osos y beduinos están al acecho en los caminos. El pobre funcionario que debe llegar a la sede del departamento que le ha sido asignado, Giaffa, es asaltado y roba-

do mientras vaga sin guía entre precipicios, precisa el texto, de mil metros de profundidad; una vez llegado a su destino, se ve obligado a pedir caridad en una esquina. Éste es, naturalmente, un cuadro tendencioso, deliberadamente exagerado porque ha nacido en el, y para el, ambiente de la escuela; pero expresa perfectamente la mentalidad del hombre egipcio.

Que yo sepa, en la literatura egipcia sólo hay un ejemplo de un personaje que se lance a viajar fuera de Egipto por esparcimiento (al estilo del viajero romántico, o del aburrido europeo del siglo XIX). Este viajero voluntario es el protagonista de una fascinante novela popular, *El príncipe predestinado*, quien, después de haber vivido en un castillo aislado del mundo para conjurar el mortal destino que le había sido predicho en el momento de su nacimiento por siete hadas madrinas, precisamente como ocurre en nuestro cuento de *La bella durmiente*, convertido en un jovencito, prefiere lo desconocido a una inerte seguridad. De modo que se marcha, de incógnito, hacia el norte de Siria. Aquí, en Naharina, conquista a la bellísima princesa venciendo a los otros pretendientes en un certamen de salto de altura, alcanzando la ventana de la torre donde la muchacha había sido encerrada por su padre. Falta el final del papiro que nos ha transmitido la novela, pero debemos creer que todo acaba bien, que la fuerza del destino es derrotada por la fuerza del amor y que el príncipe y su novia regresaron a Egipto, el mejor país del mundo.

Capítulo 2

El trabajo en los campos. Producción agrícola y cría

Egipto era un país esencialmente agrícola, al que la inundación anual del Nilo volvía fértil. La «Tierra Negra» (Kemet), nombre con el que se indicaba con frecuencia la entidad geográfica de las «Dos Tierras», el delta y el valle, iba del Mediterráneo a la primera catarata del río, a la altura de Asuán, donde las rocas que afloraban interrumpían la normal y fácil navegación del curso de agua. Y la misma expresión «Tierra Negra» describía perfectamente el graso y oscuro fango arcilloso que el Nilo, al retirarse, dejaba tras de sí en el campo anegado, listo para ser arado y sembrado.

Del Nilo los egipcios habían hecho una divinidad andrógina, que simbolizaba la fertilidad y la garantía de sustento para los habitantes de Kemet, privilegiados, por tanto, respecto al resto de la humanidad, aunque la providencia divina no había olvidado a las demás razas de los países menos felices, que debían conformarse, para sus necesidades de supervivencia, con el «agua del cielo», la lluvia.

Los ciclos estacionales eran ritmados por las fases de la inundación: la primera estación era la Akhet («la inundación», justamente), a la que seguían la Peret (cuando los campos «despuntaban» fuera del agua) y, por último, la tercera estación, Shemu (cuando «falta el agua», el verano). La mayoría de la población se dedicaba a las labores agrícolas, sea en las tie-

rras del rey, sea en las concedidas a los templos y explotadas por el clero, sea labrando los terrenos de las más o menos grandes fincas privadas, sea, por último, labrando las pequeñas granjas propias. Como trabajadores dependientes, los campesinos eran pagados en especies, la acuñación de moneda como medio de intercambio nunca se utilizó en el Egipto faraónico.

Las herramientas agrícolas eran sencillas pero eficaces: la azada, con su ancha hoja de madera (se pueden admirar algunos ejemplares en muchos museos, pero también las podemos observar en el momento mismo de la utilización, gracias a las numerosas escenas agrícolas de los programas decorativos de las tumbas egipcias, desde el Reino Antiguo en adelante); el arado, también de madera, uncido a menudo a bueyes; la hoz, para segar el trigo y la cebada. Luego había toda clase de objetos, como las bateas para aventar los granos de cereales y liberarlos de la cascarilla después de que las espigas habían sido pisoteadas en la era por bueyes o asnos que giraban en redondo; y moyos, canastos, jarras y odres, y todo tipo de contenedores, para la leche y el agua, para la cerveza y el vino.

Los cereales eran conservados en silos de fango seco, provistos de una abertura en la base, de la que extraer poco a poco el trigo para moler. La paja, apretada con fuerza dentro de grandes redes, como enormes y amarillos hatos, era cargada en la grupa de los asnos pacientes y llevada lejos; la mayor parte, cortada muy fina, servía para la fabricación de los ladrillos de fango, que, secados al sol, eran el material de construcción más usado en Egipto.

Para los campesinos, una buena o una mala cosecha dependía, como hemos visto, del nivel de la inundación, que no debía ser ni demasiado abundante ni demasiado escasa. Era muy importante prever su entidad —y sabemos que se intentó desde las primeras dinastías históricas— mientras llegaba de Nubia; así, una buena organización colectiva estatal habría podido intervenir para hacer menos graves las consecuencias de un mal año, preparando un sistema de canales más capilar, limpiando bien los principales y acumulando reservas de cereales para distribuir a los menos favorecidos en caso de carestía. La historia recuerda que Egipto debió afrontar varias veces «años malos», formas de carestía, cuyos daños, de todos modos, podían ser atenuados si la administración central era eficiente, mientras que eran desastrosos cuando el poder político central también estaba en crisis.

Además de cereales, en los campos egipcios se cultivaba lino, una planta utilizada como fibra textil desde la época prehistórica. El paisaje del va-



Egipto moderno (1999): el labrador del Fayum.



El trigo cosechado es trasladado y los segadores reposan a la sombra de un árbol.
Tebas, tumba de Menna (XVIII din.).



Dos chiquillas a la greña en el trigal (detalle de la fig. de la pág. ant.).



En el campo arado, una compañera saca una espina del pie a una muchacha (detalle de la fig. de la pág. ant.).

lle y el delta verdeaba de cultivos arbóreos, de higos, palmeras y sicomoros; en los oasis, pero también en el delta, los viñedos eran numerosos (los mejores viñadores, lo sabemos, eran sirios). En cambio, los olivos eran escasos y se solían importar de Oriente Próximo. Para el uso corriente servía el aceite obtenido de las semillas de sésamo y de ricino. Era puesto en las linternas donde ardían los pabilos, proporcionando una luz que puede parecer insuficiente a los ojos de los contemporáneos, pero que evidentemente no era inferior a aquella de la que ha disfrutado nuestro mundo hasta la invención de la luz eléctrica.

El riego y, en general, la agricultura apuntaban a la máxima explotación del territorio, gracias a una organización centralizada, a través de la cual el Estado controlaba la administración de los canales. Escribas y funcionarios estaban siempre alertas. El constante temor del agricultor era una inundación insuficiente y flagelos naturales como las langostas o los roedores. En la *Sátira de los oficios*, incluida en las *Enseñanzas de Keti,* las condiciones del campesino son descritas con tintes sombríos:

El campesino se lamenta eternamente,
su voz es más alta que la de los cuervos
sus dedos y sus brazos están sometidos a las verduras,
se fatiga en medio de los pantanos y está siempre destrozado.
Está bien como se está bien entre los leones:
el látigo es doloroso contra él y él lo sufre
cuando sale de allí, de los campos, llega por la noche a su casa,
lo ha agotado el viaje [hasta casa].

Los tonos tienden a la escena de género y al humor en un texto de las *Misceláneas escolares* de la época ramsésida (papiro Lansing): «Dejadme describir las condiciones del campesino [...]. Pasa el día afilando sus herramientas para cultivar el trigo, y pasa la noche entrelazando cuerdas, y también el mediodía lo pasa trabajando en los campos. Se pertrecha para ir a los campos como si fuera un guerrero. Ahora el terreno se extiende árido ante él, y él vuelve a partir para procurarse los bueyes que uncir al arado. Después de haber pasado muchos días detrás de su mayoral, se asegura finalmente los bueyes; viene con ellos y les abre paso por los campos. Al día siguiente, al alba, va a trabajar y no los encuentra en su sitio; pasa tres días buscándolos y los encuentra en un pantano».

Y la descripción continúa con la desastrosa visita de los agentes del fisco.

Tenemos derecho a pensar que los tonos son deliberadamente exagerados, desde el momento en que los textos están compuestos con el fin de convencer de que el mejor oficio es el de escriba; pero es verdad que las imposiciones fiscales eran pesadas, y que la pluma es más ligera que la pala, según un dicho toscano. Lo decían también los egipcios con una asombrosa identidad de imágenes trazando el cuadro de la vida que hay que padecer cuando existe la obligación de un duro trabajo manual (papiro Sallier I): «Sé escriba: te salva de la fatiga y te protege de cualquier tipo de trabajo. Te mantiene alejado de la azada y la escarda, y de llevar un cesto. Te mantiene alejado de maniobrar el remo y te preserva de los tormentos, puesto que no dependes de numerosos amos y superiores. El hombre sale del vientre de su madre y corre hacia su amo: el niño está al servicio de un soldado, el jovencito es un soldado de reconocimiento, el anciano está destinado a ser labrador, el adulto a ser soldado. El cojo es puesto a hacer de portero y el ciego a engordar el ganado. El pajarero está apostado sobre la plataforma, el pescador se hunde (en el agua), el profeta es como un labrador, el sacerdote-*uab* hace su servicio y pasa el tiempo —hay tres (servicios diarios)— sumergiéndose en el río, y no distingue entre invierno y ve-

rano, si el cielo está ventoso o lluvioso. El superintendente de los establos está trabajando apenas su yunta es dejada en el campo; mientras la cebada es medida por su esposa, su hija está en el dique y su sirvienta está en el grupo de trabajadores (?) y su sirviente está en Tura. El tahonero cuece el pan y lo pone sobre el fuego, con la cabeza dentro del horno mientras su hijo lo sostiene por los pies: si se resbalara de las manos de su hijo, caería al fondo del horno. Pero el escriba está a la cabeza de todos los tipos de trabajo de este mundo».

La agricultura era la base de la economía del país, favorecida por el hecho de que la inundación del Nilo llegaba oportunamente en verano, de modo que en los campos los trabajos eran ritmados por la crecida del río. Como ya hemos dicho, para evitar el peligro de las carestías era fundamental organizar de manera capilar el sistema de canalización del agua, así como mantener despejados los canales; todos estos controles eran impuestos por el Estado.

La tierra fértil que el Nilo dejaba al retirarse era fácilmente arada, labrada con la azada y luego sembrada, a menudo por mujeres. Para que las semillas penetrasen en los surcos, eran pisoteadas por cerdos u ovejas. El arado era tirado por dos vacas y conducido por uno o dos hombres. Las escenas en las paredes de las tumbas, pero también las viñetas en los papiros del *Libro de los muertos*, son muy elocuentes y ricas en detalles secundarios pero divertidos: chiquillas que disputan, pausas en el trabajo al abrigo de los árboles y grandes sorbos bebidos del odre colgado en las ramas...

También era preciso regar los cultivos, sobre todo de los productos de la huerta, y entonces he aquí a los campesinos que sacan agua en jarras que suspenden de dos en dos en un palo y cargan sobre sus espaldas. Algunas escenas de riego en las tumbas tebanas muestran la utilización del *shaduf*, un ingenio mecánico para elevar el agua, importado a Egipto desde Siria durante el Nuevo Reino.

La agricultura se basaba en el cultivo de cereales (trigo, espelta y cebada) y de lino. La temporada de verano empezaba con la cosecha del lino; para obtener fibras textiles lo más largas posibles, los tallos no eran cortados, sino arrancados del terreno, atados en manojos por las raíces, dejados secar en los campos y después macerados a través de la ebullición. Luego los tallos eran trillados e hilados. La producción de telas de lino está atestiguada en Egipto desde la época predinástica, y siguió siendo muy importante hasta la época romana.

La cosecha del lino. Tebas, tumba de Sennegem (XIX din.).

Muchacha desnuda al borde del agua. Tebas, tumba de Menna (XVIII din.).



Extracción y preparación de la arcilla para los ladrillos. Tebas, tumba de Rekhmara (XVIII din.).



Bandejas cargadas de distintos alimentos: vino, frutos, panes cónicos y redondos, cebollas. Beni Hassan, tumba de Amenemhat (Reino Medio) (I. Rosellini, *Monumenti civili*).

En las representaciones del hilado y el tejido, que comienzan a aparecer en las paredes de las tumbas del Reino Medio, las mujeres están al huso y al telar, pero también los hombres, como se ve en las tumbas de Beni Hassan. A partir del Nuevo Reino los tejedores representados con más frecuencia son hombres. «Los egipcios tienen, en muchos casos, costumbres distintas a las de los demás hombres», se sorprendía Heródoto (II, 35). «Entre ellos las mujeres van al mercado y ejercen el comercio, y los hombres se sientan en casa e hilan.»

La técnica y la estructura de los telares egipcios son muy conocidas, gracias a las escenas de las pinturas tumbales y a las miniaturas que solían ponerse en las tumbas durante la XII y la XIII dinastía y que permiten observar en tres dimensiones a las trabajadoras en acción con sus herramientas. Así comprendemos que existían dos tipos de telar: el más antiguo, el horizontal; y luego, desde la época de los hicsos, el vertical, quizás importado de Oriente Próximo.

En algunos casos, los tejidos egipcios eran de una calidad extraordinaria, sutil y transparente. Con estas telas delicadísimas se hacían las vendas fúnebres reales, los taparrabos y las vestimentas sueltas y plisadas de reyes y nobles. También se confeccionaban las lisas y translúcidas faldas femeninas. El color del lino era sobre todo blanco, pero no faltaban las telas coloreadas, incluso policromadas, a veces tejidas con la técnica del tapiz.

La ropa de trabajo, los taparrabos de los campesinos y los operarios eran de lino basto, en ocasiones incluso de otras fibras (palma, por ejemplo) o de cuero; pero a menudo los pescadores iban desnudos cuando trabajaban en el agua.

Para la cosecha de cereales (cebada, espelta y trigo), los campesinos usaban herramientas como la hoz de madera con dientes de sílice insertados, los horcones y, luego, los moyos para medir los granos. El trabajo podía acompañarse con música, como revelan los divertidos detalles de las escenas tumbales: las espigadoras ocupadas en su trabajo, las pausas bajo un árbol para beber del odre, la cabezadita y luego el son de la flauta a la sombra de las frondas.

Los manojos de cereales, ya lo hemos dicho, eran trillados por bueyes o por asnos que giraban en redondo en la era. Las mujeres hacían salir la cascarilla lanzando el trigo hacia arriba. Los cereales eran medidos con moyos y llevados a los silos de los graneros, cuidadosamente registrados por los escribas. También la siega era acompañada por danzas y cantos.

Los campesinos vivían esencialmente al aire libre. Sus casas eran sencillas cabañas de fango, cubiertas con cañas y follaje. El mobiliario se reducía

al mínimo: algunas esteras y un baúl para guardar vestidos, lencería y adornos; la vajilla era ciertamente de terracota y había un buen número de jarras porosas para mantener el agua fresca; también muchas cestas de junco entretejido y sogas de todo tipo, de fibra de palma y de lino rústico, para los distintos usos, para atar a las bestias o manear a los asnos.

También se criaban abejas, dentro de panales hechos de vasijas de terracota en forma de doble cono abierto por los lados, dispuestas horizontalmente; la miel era sustraída a las abejas echándolas con humo. El producto tenía una amplia aplicación: para elevar el contenido de alcohol del vino, para hacer dulces y también en medicina, como emoliente asociado a otras sustancias.

Los egipcios domesticaban para la cría a las bestias más adaptables: los bovinos, los asnos, las cabras, las ovejas y los cerdos; en los patios y en los canales escarbaban gansos y patos. También se criaban pelícanos, de los que se apreciaban los huevos, grullas, cisnes y palomas. Los mayorales cuidaban mucho a sus bestias, las alimentaban y las ordeñaban: algunas escenas los retratan mientras vadean una corriente llevando en brazos a los terneritos, o bien mientras ayudan a nacer a los terneros, o defienden a los pequeños de los voraces cocodrilos.

El modelo de campesino y de mayoral, el joven Bata, es delineado en un relato del Nuevo Reino, titulado *Los dos hermanos*: «Su hermano menor iba detrás de sus bestias, según su costumbre de cada día; y cada tarde regresaba a casa cargado de hierbas, de leche, de leña y de todos los manjares de los campos. Lo ponía todo delante de su hermano mayor, que estaba sentado con su esposa; bebía, comía y se iba a dormir, solo, en su establo, en medio de sus bestias. Cuando salía el sol y había llegado un segundo día, se levantaba y preparaba comidas cocidas y las ponía delante de su hermano mayor. Éste le daba algunos panes para los campos; entonces conducía a sus vacas para hacerlas comer en los campos. Mientras iba detrás de sus vacas, ellas le decían: "La hierba de tal lugar es buena" y él oía todo lo que decían y las conducía al lugar de buena hierba que era de su agrado. Las vacas, delante de él, se volvían muy hermosas y redoblaban muchísimo sus partos».

En las grandes propiedades agrícolas, los animales de cría podían alcanzar cifras considerables, hasta 120 bueyes, 100 carneros, 1.200 cabras y 1.500 cerdos.

El caballo no apareció en Egipto hasta 1600, en el Nuevo Reino, pero era considerado un animal noble, que no se usaba para trabajar, sino uncido a los carruajes de guerra y de desfile.

En los huertos, bien parcelados y regados, crecían cebollas, ajos, lentejas y habas, garbanzos, lechugas, sandías, melones, plantas de cilantro y de comino, perejil y apio. Un amplio espacio se destinaba al jardín, de costumbre conectado con la casa del dueño.

El jardín, como espacio plantado con árboles, matas y flores, y provisto de un lago destinado también a reserva de agua de riego, ha tenido en la civilización de la cotidianeidad faraónica una gran importancia. Ofrecía sombra, pero también daba flores para la alegría de la vista, esencias perfumadas para la cosmética y las recetas médicas, frutos para la mesa y verduras para la cocina. El cultivo de flores y de plantas decorativas tenía una notable importancia económica, puesto que muchas personas estaban empleadas sea para el cultivo sea para la realización de arreglos florales. No había ceremonias en los templos y en las tumbas, o bien fiestas o convites, en los que faltaran ofrendas de flores, frutas y verduras.

La vid era cultivada a espaldera pero sobre todo en forma de parra, y en las pinturas tebanas vemos representadas con frecuencia las pérgolas, sobre todo plantadas en torno al lago o embalse. La *Vitis vinifera* prosperaba en estas tierras al menos desde fines del IV milenio, quizás importada de las regiones montañosas del sur de Persia, o quizás de Oriente Próximo, y ya entonces sus racimos eran transformados en vino. Lo sabemos con se-



Transporte de las ánforas de vino en una barca (detalle de la fig. *Escenas de vendimia*; véase pág. VI del pliego en color).

guridad gracias al descubrimiento de ánforas, datadas en las primeras dinastías, que llevan la palabra «vino» escrita en jeroglíficos en el exterior y en el tapón de arcilla.

Cultivadas las vides en viñas bajas o en largos sarmientos, los racimos que vemos representados en las escenas campestres de las tumbas egipcias o apilados en las mesas, o en decoraciones de techos o en sarmientos ofrecidos con la vasija globular-*nu* del vino en un contexto funerario, son ricos, con granos hinchados y azulados. Se pueden comparar con los ojos, los ojos de Horus, de quien el mito pretendía que habían nacido. En Edfú, el vino recibe el nombre de «ojo dulce de Horus».

La uva era consumida como fruta y se bebía su zumo, pero sobre todo era utilizada para producir vino.

La vendimia y la alegre atmósfera que también entonces suscitaba se encuentran a menudo representadas en las tumbas. Los vendimiadores cogen los racimos a mano, delicadamente; los canastos colmados de uva son llevados a unas grandes tinas de piedra, donde es aplastada con los pies por los hombres, quienes, para mantenerse erguidos entre los vapores del vino, se atan a unas sogas suspendidas por encima de la tina. Para que mantuvieran el ritmo, se tocaba música y se cantaba, mientras los chicos, excitados, se entregaban a todo tipo de juegos.

El vino era obtenido dejando fermentar la uva en la tina y luego se trasvasaba. Los restos se aprovechaban estrujándolos en una especie de prensa: un saco provisto de dos bastones para retorcerlo. Este tipo de prensa, antiquísimo, ya lo encontramos representado en tumbas del Antiguo Reino, y luego en el Medio, con variantes. Más tarde, en el Nuevo Reino, el uso de la prensa en forma de saco fue perfeccionado por una estructura con palos, y se empieza a usar también la prensa torculada.

El líquido era filtrado, luego vertido en jarras para la fermentación (que no se producía, pues, en las tinas y podía ser acelerada mediante el calor) y por último decantado. Antes de ser bebido, el vino era tratado mezclando diversos tipos, trasvasado con sifones y, a veces, enriquecido con miel que elevaba su graduación y lo hacía amable. Se producía también un tipo de vino más alcohólico con el mosto cocido (llamado, en egipcio, *shiadeh*).

Sobre las ánforas de vino a menudo están pintados pámpanos y racimos, como exaltación del contenido. Que la cara interna de las ánforas estuviera cubierta de resina o betún natural, para hacerla impermeable, sigue siendo un tema de discusión al menos hasta la época griega, cuando se usaba, desde luego, la pez resinada.

Las jarras con vino eran selladas con arcilla, sobre la que se ponía el timbre oficial. En muchas de ellas se han encontrado orificios, practicados con seguridad para evitar que estallaran por la acumulación de gas. En los mismos orificios se ponían tapones de paja, cera o arcilla con el sello de propietario (ánforas de la tumba de Tutankamón).

La producción vinícola era abundante, porque las vides rendían mucho, y el clima egipcio favorecía este cultivo, en especial en el delta y en los oasis. Los viñedos del rey y de los templos eran inmensos en el Nuevo Reino, y estaban cuidadosamente administrados a través del empleo de viñadores expertos, en general prisioneros de Oriente Próximo. Por doquier, pero sobre todo en Tebas, durante las excavaciones se han encontrado ánforas y fragmentos de ánforas con inscripciones que, exactamente como nuestras etiquetas, proporcionaban los datos de ese vino: «El año X del rey tal y cual, vino de calidad, tres veces bueno» (en algún caso, está escrito «ocho veces bueno»), o también indicaciones más precisas: «Año III (de Siptah). Vino del 3er día del viñedo del templo de Seti Merneptah (Seti II) en el dominio de Amón, que es la factoría de Atum, bajo la dirección del jefe de los viñadores Inana»: en la XIX dinastía ya había nacido la denominación de origen.

El color del vino egipcio antiguo era quizá blanco, o bien rosado por el estrujamiento de los hollejos.

Desde la zona de la elaboración y del trasvase en ánforas, el vino era transportado a hombros a las distintas bodegas y almacenes. Una escena muy divertida, en la tumba tebana de Antef, representa a dos sirvientes que llegan ante la puerta de la bodega: uno lleva un ánfora a la espalda, el otro llama, pero más allá de la puerta el guardián, sentado en el suelo, duerme un profundo sueño. «Se ha emborrachado», comenta el servidor que ha llamado, como leemos en el texto escrito en jeroglífico.

De Siria se importaban calidades muy apreciadas, pero también se elaboraban subrogados del vino de uva con otros componentes, como los dátiles, la palma y los higos.

Para el uso medicinal el vino era mezclado con otros ingredientes: por ejemplo, para la preparación de un laxante se prescribía «una medida de vino, una medida de miel, una medida de raíz de juncia; machacar y beber durante un día». Vino, incienso y miel se pensaba que mataban a los gusanos del intestino; con sal y vino se curaba la tos. Para preparar un aperitivo, se mezclaban dos partes y media de vino con un octavo de cebada molida, se dejaba en remojo durante una noche, se filtraba y se bebía.

El vino era ofrecido a los dioses, especialmente en las fiestas. El primer día del año, por ejemplo, en la fiesta «de la ebriedad», celebrada a la llegada de la inundación del Nilo, se ven en sus tumbas escenas de faraones que ofrecen vino a las divinidades, sobre todo a Hator, la diosa de la ebriedad y del amor. Las fiestas de la vendimia coinciden con las que marcaban el retorno anual de la inundación, entre fines de julio y mediados de agosto, fiestas de la regeneración de la naturaleza por antonomasia.

«Dos líquidos —escribió Plinio— son particularmente gratos al hombre: el vino por dentro y el aceite por fuera.» Como el escritor latino, los egipcios sentían la fuerte conexión entre vino, alegría, música y fiesta. Un nexo que encontramos incluso en la descripción de la bodega de un templo, el de Edfú: «Ésta es la estancia del vino y de las ánforas de vino cuando uno quiere emborracharse. Allí está la felicidad, de ella deriva la alegría del corazón». Las cualidades embriagadoras del vino eran consideradas un don divino, y al beberlo se alababa al dios. En un himno religioso panteísta, que se lee en las máximas de sabiduría en demótico de las *Enseñanzas del papiro Insinger*, entre los beneficios concedidos por dios a los hombres encontramos también el vino: «Dios hace conocer cada día sobre la tierra su obra misteriosa, hace existir la luz y las tinieblas en las que están todas las criaturas [...]; dios es quien ha hecho para el hombre los remedios para curar las enfermedades y el vino para curar la tristeza».

El trigo era la base para la fabricación del pan, la comida cuya invención se remonta a los primeros tiempos de la civilización humana. Comían pan los ricos y los pobres, el rey y el minero, y este alimento figuraba entre las ofrendas a los dioses. Lo preparaba el ama de casa (las criadas, para los más ricos) según este procedimiento: después de haber molido los granos, se tamizaba la harina, luego se amasaba y por último se cocían las hormas en los hornos cilíndricos.

Asociada con el pan, en el antiguo Egipto, está siempre la cerveza, la bebida alcohólica más popular, que cada familia producía para su propio uso. El método común de producción de la cerveza era hacer fermentar dentro del agua unos panes de harina de cebada poco cocidos; el líquido denso, al que se añadían dátiles para dar sabor y favorecer la fermentación, era filtrado y puesto en jarras, cuyo interior probablemente estaba cubierto de arcilla.

Capítulo 3

Ciudades y aldeas. Constructores y artesanos

Civilización agrícola por excelencia, el antiguo Egipto también desarrolló peculiaridades precozmente «urbanas», con un sistema de grandes metrópolis (Menfis, Buto, Tebas, Sais, Tanis...), y una tupida red de ciudades y aldeas.

Desde la época más remota, el material básico para las construcciones, el más económico y asequible en el país enriquecido por el limo del Nilo, fue la arcilla. Era modelada en ladrillos, paralelepípedos de fango y paja triturada, obtenidos con hormas de madera (¡iguales a los todavía en uso en Egipto para el mismo fin!) y puestos a secar al sol a millares.

Las grandes ciudades, como Menfis o Tebas, eran muy extensas y densamente pobladas. Los palacios y las villas, ornados con porticados y columnas, estaban rodeados por jardines con laguitos, mientras que las casas de los barrios populares eran a menudo de varias plantas, alineadas a lo largo de estrechas e irregulares callejuelas. Había extensos barrios urbanos destinados a los templos, moradas de los dioses construidas en piedra. Cualquiera que fuese su importancia, santuarios mayores o capillas menores estaban encerrados por altos muros de ladrillos, en los cuales se abría, entre dos macizos (los pilares), la gran puerta monumental. En el interior de los muros había bosquecillos y lagos sagrados, casas de sacerdotes, ar-

chivos, almacenes y talleres dependientes del templo, y la estructura cultural llamada «Casa de la vida», con la biblioteca aneja.

Por desgracia, los datos arqueológicos sobre la urbanística de los faraones no son muy ricos, aunque las recientes metodologías de investigación sobre las antiguas áreas urbanas tratan de recuperar la mayor cantidad de nociones posibles. La planta de una ciudad como Menfis, cuya fundación, con el nombre de «Muro blanco» —fuera fortaleza o residencia—, coincide con el inicio de la época histórica, y que en sus vicisitudes milenarias ha sufrido innumerables mutaciones, ampliaciones y destrucciones, no podía ser esquemática, sino compleja y desordenada como la vida misma. Naturalmente, los vestigios de templos y de palacios reales están mejor conservados gracias al empleo preferente de la piedra como material de construcción. Para entender una fase de transformación y de «renovación» urbanística de Menfis ocurrida en el Nuevo Reino, nos ha llegado un testimonio textual directo y singularmente explícito: se trata de una carta —quizás un modelo de carta de la época ramsésida— que es enviada por una señora de Menfis a una amiga residente en Tebas, a la cual cuenta las novedades que ha encontrado a su vuelta a la ciudad: «He llegado a Menfis y la he hallado en espléndidas condiciones: la "Cándida muchacha" (Menfis) es como un pájaro criado en un nido. La vieja Menfis ya no existe, se ha rejuvenecido, al cambiar su aspecto se ha convertido en la señora del norte de Egipto».

También se tiene otro testimonio literario directo sobre las bellezas urbanísticas de una gran ciudad, en cuanto a Piramsés Meriamón («grande de victorias»), la capital del delta oriental fundada por Ramsés II (XIX dinastía) sobre la antigua capital de los hicsos (Avari, hoy Tell Dabah-Qantir). La carta —o, también en este caso, un modelo de carta para uso escolar— dice así: «Otro mensaje para informar que he llegado a Piramsés Meriamón y la he encontrado en excelentes condiciones. Un hermoso distrito sin parangón, según el modelo de Tebas; Ra en persona es quien la ha fundado. La residencia es agradable para vivir; el campo está lleno de toda clase de bienes y tiene comida y víveres cada día. Allí habita la alegría y nadie dice: "¡Querría tener!". Los pequeños están tan bien como los mayores».

En otra carta la ciudad es alabada y descrita como «la hermosa, de balcones de lapislázuli y de turquesa». En tiempos de Ramsés II los puntos cardinales de Piramsés Meriamón estaban marcados por los templos: al oeste el de Amón, al sur el de Set, el área oriental destinada a la diosa asiática Astarté, la septentrional a la diosa Uto, patrona de Buto, la antiquísima capital del norte; en el centro surgía el palacio real, junto a un gran lago que comunicaba con un ramal del río llamado «las aguas de Ra».

Uno de los más sugestivos monumentos de Piramsés Meriamón, encontrado en Tanis y que ahora está en el Museo de El Cairo, es el impresionante grupo en piedra oscura pulida que representa a Ramsés II bajo la apariencia de un niño desnudo: el faraón, con el dedo en la boca, tiene en la mano izquierda el signo jeroglífico *sw* (el junco), mientras que el dios Ra Horun está agachado delante de un halcón gigantesco. La estatua es un enigma tridimensional que significa «Ra lo ha generado», es decir, el nombre de Ramsés II.

Los vestigios de la inmensa capital del sur, la Tebas de las cien puertas cantada por Homero, Tebas que tenía el nombre de Uaset «La poderosa», pero también de Niut «La ciudad» (así como Roma era la *Urbs*, la ciudad por excelencia), cubren aún hoy una inmensa área, gracias a la conservación de los complejos de los templos de Karnak y de Luxor, conectados por avenidas flanqueadas por esfinges con cabeza de carnero. Recientemente en Luxor también se han explorado sectores limitados de urbanizaciones.

Otra capital, El Amarna, construida de un tirón, podríamos decir «en teoría», por voluntad del faraón Aknatón (XVIII dinastía), y luego abandonada pocos años después, llegó en condiciones que han permitido el estudio y la descripción precisa; la estructura de la ciudad, llamada Aktatón («Horizonte de Atón»), es muy instructiva. Están los barrios de los operarios y los artesanos formados por pequeñas casas todas iguales, de tres habitaciones. Pero también están los barrios de los notables, con hermosas villas espaciosas inmersas en el verde.

En El Amarna, como en otras partes, los jardines de las villas son espacios felices, en los que la elección de las plantas reflejaba el valor simbólico atribuido a algunos frutos, flores y plantas. El loto azul, por ejemplo, que flota en el agua del lago sobre su ancha hoja, y abre los pétalos a la luz de la mañana, simboliza la cotidiana repetición del milagro primordial del surgimiento del primer sol sobre el loto cósmico, así como su flor perfumada era el símbolo de la renovación de la vida. Era garantía de ese renacimiento, por lo demás, toda la vegetación, en particular el verde papiro, emblema del ciclo de la naturaleza, como lo garantizaba Osiris, prototipo de los hombres muertos y resucitados. La palma y el sicomoro eran identificados con divinidades femeninas, Nut, Isis o Hator, las cuales acogían al muerto en el Más allá y saciaban su sed con el agua o la leche de su propio seno. La acacia nilótica, semejante a la mimosa, era considerada un árbol sagrado, que despuntaba sobre la tumba de Osiris.

Para la arquitectura de los jardines en Egipto, el Antiguo Reino ha dejado una documentación verdaderamente escasa y a menudo ni siquiera de

segura interpretación. Los testimonios se hacen más abundantes en el Reino Medio, pero esencialmente se limitan a los trabajos en el huerto de regadío en el que también están plantadas palmeras y vides. Sin embargo, un modelo en madera pintada, proveniente de la tumba tebana de Meketra (XI dinastía) y ahora en el Metropolitan Museum of Art de Nueva York, nos muestra un tipo de casa provisto de galería con columnas, con su jardín de tupidas plantas de sicomoro, en torno a un embalse o reserva de agua: hay que destacar que los canales del tejado vierten la eventual agua de lluvia en el embalse del jardín.

La documentación de las estructuras con variantes de los jardines privados, a partir de la XVIII dinastía, es, en cambio, muy rica, y nos muestra un diseño sencillo en la planta y en sus elementos básicos: consiste en un espacio más o menos amplio conectado con la casa, amurallado, con el punto focal centrado en un estanque o un lago de dimensiones variables. Las plantas están dispuestas siguiendo un criterio racional: los árboles más altos y con follaje más tupido están plantados en las zonas exteriores; luego, avanzando concéntricamente hacia el interior, están situadas las plantas más aireadas, matas de papiro, amapolas, malvas, flores de lis y mandrágoras.

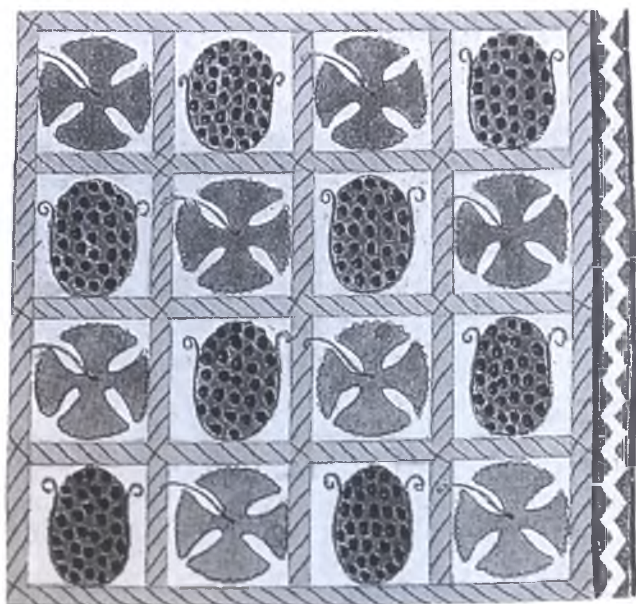
Existían verdaderos arquitectos de jardines, puesto que tenemos, trazada sobre un ostrakon (ahora en el Metropolitan Museum de Nueva York), la planta elaborada por un arquitecto de la XVIII dinastía. No sabemos si el jardín fue realizado o no, pero el proyecto es meticuloso, hasta indicar todas las medidas en codos; por ejemplo, se puede calcular que el paseo arbolado tenía una anchura de 15 metros y el plano puede ser interpretado y reconstruido incluso en sección, basándonos en las conocidas convenciones del diseño arquitectónico faraónico según el cual los edificios representados en planta tienen los alzados indicados en el plano.

Otro documento interesante, una escena de la tumba tebana de Ineni, representa un jardín ceñido por una muralla en tierra batida, con dos puertas. La correspondiente inscripción jeroglífica describe las plantaciones que Ineni tenía en su jardín: 73 sicomoros, 31 perseas, 170 palmeras de dátiles, 120 palmeras-dum, 7 higueras, 3 acacias, 12 vides, 5 granados, 12 azufaifas, 16 algarrobos, 9 sauces, 10 taray y otros árboles identificados con seguridad. Como se ve, se trata de especies habitualmente plantadas en los jardines de Egipto: frutales como el granado (introducido en Egipto desde Asia en la XVIII dinastía), la higuera común de exquisitos frutos, la palmera datilera (los dátiles, al menos desde el Medio Reino, figuraban en la dieta del egipcio), la persea (*Mimosops schimperi*), cuyo fruto sabía a manzana, y la azufaifa (*Zizifus Spina Christi*), consagrada a Thot. En la lista de Ineni

El aseo del palacio de Ramsés III. Tebas, Medinet Habu (XX din.).

Transporte de ladrillos crudos. Tebas, tumba de Rekhmara (XVIII din.).
(I. Rosellini, *Monumenti civili.*)

Retrato de Senmut, arquitecto de Hatsepsut y mayordomo de Amón. Tebas, tumba 353 (XVIII din.), en el muro de la escalera.



Decoración de un techo con motivos de pámpanos y de racimos de uva. Tebas, tumba de Sennefer (XVIII din.).

no figura el olivo; esta planta entró relativamente tarde en Egipto (quizás en la época amarniana; las zonas de difusión fueron los oasis); encontramos sus hojas en la confección de guirnaldas incluso fúnebres, como las halladas en la momia de Tutankamón.

A veces los jardines incluían el pomar o vergel, y zonas cultivadas en forma de huerto, pero en los reales, o de grandes personajes, se puede reconocer una tendencia a separar cada vez más la zona utilitaria o pomar del jardín ornamental, situado, este último, más cerca de la casa. Es notable la diferenciación «social» que se evidencia en las ciudades a propósito de los jardines: en las concentraciones urbanas, donde escaseaba el terreno disponible, eran de dimensiones reducidas, y hasta faltaban en los barrios más pobres y densamente habitados, donde la ilusión del verde la conferían unos pocos árboles plantados delante de las fachadas de las casas.

Los palacios del rey eran fastuosos: los suelos y las paredes estaban espléndidamente decorados con pinturas que hoy exponen muchos museos. De un archivo de palacio provienen las «tablillas cuneiformes de El Amarna», la correspondencia oficial que estuvieron Amenofis III, Aknatón y Tutankamón con los soberanos mesopotámicos, babilonios, asirios, hititas y mitánnicos.

Además del de Aprie en Menfis, se han localizado otros palacios reales en Egipto: la residencia de Amenofis III en Malgatta, donde se extendía sobre un área de más de cuarenta hectáreas en la orilla izquierda del Nilo frente a Tebas; en Gurob, a la entrada del Fayum; en Medinet Habu, donde el palacio de Ramsés III (XX dinastía) está conectado con el templo funerario del rey y la «ventana de las apariciones» del palacio, ornada de oro y de azulejos policromados y vidriados, se asoma sobre el patio del templo.

Los templos, como también las superestructuras de las tumbas o las pirámides, solían estar construidos con bloques de piedra, caliza, arenisca, granito, alabastro y diorita. Los templos pequeños o las capillas podían estar construidos en ladrillos crudos, con elementos arquitectónicos en piedra; tenían jardines, con lagos donde afloraba el agua pura del Nilo. La reina Hatsepsut (XVIII dinastía) hizo importar del país de Punt —de Somalia— árboles de incienso y de mirra destinados a formar un bosquecillo exótico para el templo de Amón en Tebas. La predilección por plantaciones de árboles exóticos, como el del incienso y la mirra, en los jardines de los templos, entraba en el concepto del jardín como espejo de la creación y de la naturaleza organizada por el dios creador en Egipto y en los países extranjeros, también llamados «Tierra del Dios». Desde esta perspectiva debe entenderse el llamado «jardín botánico de Karnak», esculpido en las pare-

des de una sala del templo de Tutmosis III, formado por escenas que simbolizan una colección de plantas exóticas y raras, pero también anómalas y curiosas, recogidas durante las campañas victoriosas del faraón en las regiones de Oriente Próximo. El texto que acompaña a las escenas es explícito: «Toda especie de plantas extranjeras y toda clase de hermosas flores que se encuentran en la Tierra del Dios». Este precioso «herbario de piedra» es significativo por el método botánico sistemático usado por el naturalista de la XVIII dinastía, quien ha sabido dejarnos un verdadero catálogo ecológico, asociando la flora y la fauna (pájaros y mamíferos) propia de aquel ambiente extraño a Egipto.

Algunas aldeas, amuralladas, estaban destinadas a la población de operarios y artesanos «estatales» que trabajaban en la construcción y la decoración de tumbas y de templos funerarios de los faraones: entre otros, recordamos la aldea obrera de Gizeh (la más antigua que se conoce, relacionada con la construcción de la pirámide de Kefrén), la de Kahun en el Fayum y, muy bien estudiada, la de Deir el Medina. Situada sobre la orilla occidental, frente a Tebas, gracias a su necrópolis ha proporcionado una excepcional documentación sobre la vida y la organización de una comunidad de trabajadores, artesanos, pintores y escultores en Tebas entre comienzos de la XVIII y fines de la XX dinastía.

La realización de obras arquitectónicas como las pirámides del Antiguo Reino sigue suscitando estupor por las dificultades técnicas que debieron ser superadas y por la excelencia de los resultados. Heródoto, que visitó Egipto bajo la dominación persa en el siglo v, recogiendo informaciones y noticias en general atendibles, cuenta que debieron trabajar 100.000 hombres, con turnos de tres meses por cuadrilla, para construir la pirámide de Keops, la más grande de las que aún hoy caracterizan con su forma geométrica el horizonte de Gizeh.

De los cálculos hechos para esta pirámide resulta que, para una altura de unos 150 metros, se tiene un volumen de 2.600.000 metros cúbicos, un peso de 7.000.000 de toneladas, sobre un área de 54.000 metros cuadrados, utilizando más de 2.500.000 bloques de piedra. Napoleón estimó que, con los bloques de las tres grandes pirámides de Gizeh, se podía rodear toda Francia con un muro de 3 metros de altura.

Para hacer subir los bloques de las pirámides, algunos de más de 3 toneladas de peso, los egipcios idearon la solución de construir rampas de ladrillos y de fango en perpendicular a los cuatro lados de la pirámide, simultáneamente; al comienzo de los trabajos, las rampas eran más anchas y permitían que varios remolques subieran al mismo tiempo, con una incli-



Dibujo de uno de los relieves del «Jardín botánico» en el templo de Tutmosis III en Karnak: pájaros y plantas de hábitats extranjeros en Egipto (W. Wreszinski, *Atlas*, II).

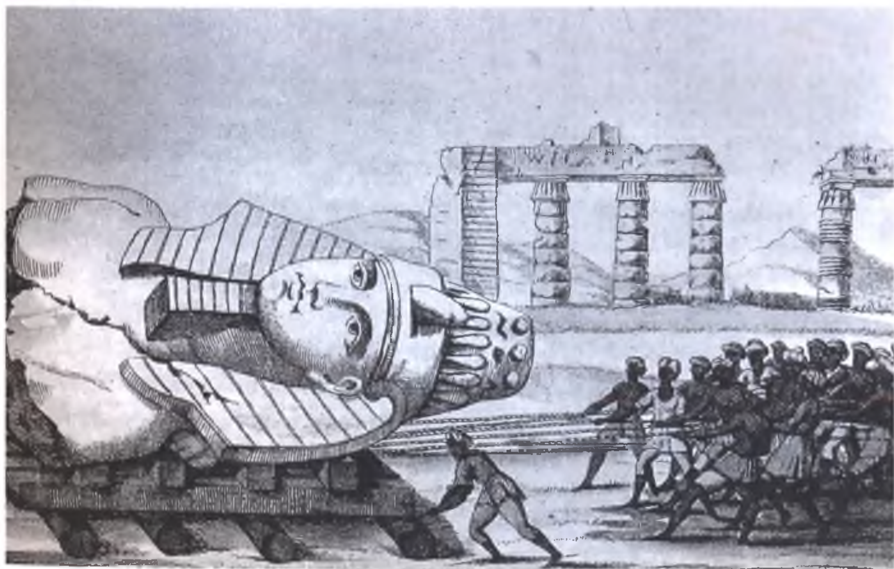


Gizeh, la pirámide del faraón Kefrén (IV din.).

nación relativamente suave, que se acentuaba a medida que se ascendía. Este sistema para izar los bloques era usado para la construcción de todos los grandes monumentos, y los restos de una rampa de ladrillos aún están en su sitio en Karnak, a lo largo del primer pilar.

Grandes constructores, los egipcios debieron aprender pronto a extraer y transportar los bloques de piedra de las canteras situadas, en general, en zonas intransitables, desérticas y abruptas. También tuvieron que aprender a extraer los monolitos para los obeliscos que ornaban los tem-

Cantera junto a Asuán: el obelisco incompleto.



Egipto moderno (1816): transporte del busto del coloso de Ramsés II, en Tebas, *Ramesseum*, obra de G. B. Belzoni (G. B. Belzoni, *Viaggi in Egitto e in Nubia*).

plos y para las estatuas colosales, que luego debían ser transportados a su destino, parte por tierra y parte izados en balsas hasta los muelles de los canales más próximos al área del edificio. Las máquinas y las herramientas disponibles eran muy limitadas y las operaciones eran llevadas a cabo utilizando con paciencia y pericia unos pocos enseres (sogas, rodillos, palos, cuñas y esmeriles...) y aprovechando al máximo la numerosa mano de obra, que también incluía a aquellos que debían identificar los filones, los cavadores de piedra y los excavadores de galerías, además de los mismos operarios que socavaban los hipogeos de las necrópolis y los templos rupestres.

La organización de todas las operaciones, la oportunidad y la coordinación eran los factores decisivos para el buen éxito de las complejas actividades urbanísticas. Puede ser interesante recordar, para mostrar de qué manera se comportaban los responsables de los trabajos públicos de la VI dinastía, el texto de una carta expedida por el jefe de la cuadrilla que extraía piedra para la construcción de las canteras de Tura (no lejos de Heliópolis). El operario se justifica con el visir, que lo había reprendido, por el retraso con el que entrega los bloques de piedra, explicando con irritación que en la residencia (los almacenes centrales) se habían necesitado nada menos que seis días para equipar a los operarios, cuando habría bastado sólo con uno. Battiscombe Gunn, que encontró durante sus excavaciones en Saqqara el papiro con el sello roto y deliberadamente arrugado, propuso reconocer en ello el gesto de enfado del mismo visir después de haber leído la comunicación de su subordinado.

En una cantera de granito rosa de Asuán, un obelisco quedó incompleto y esto ha permitido comprender las fases del largo procedimiento de extracción: la incisión del contorno del obelisco sobre la superficie de la piedra, la excavación por percusión con bolas de durísima piedra volcánica (se ha calculado que los grupos de picapedreros conseguían rebajar cinco milímetros por hora), la separación también de la parte inferior, el transporte, con palancas de palos y cuerdas, hasta el río sobre rampas de fango, encima de las cuales podía deslizarse el trineo.

Un relieve del templo funerario de Hatsepsut en Deir el Bahari representa el traslado, bajo la dirección del arquitecto Senmut, de dos obeliscos de Asuán a Tebas para el templo de Amón en Karnak, transportados sobre una balsa de 70 metros de longitud arrastrada por tres series de barcas de remos. Para la erección del monolito, es verosímil que se hubiese ideado el uso de una gran rampa de ladrillos crudos, con un espacio interno rellenado de arena; cuando el obelisco, izado por centenares de hombres, era co-

locado en el sitio adecuado, se quitaba la arena, el obelisco oscilaba y tomaba su posición erecta, sujeto por cuerdas y personas.

La responsabilidad de los trabajos urbanísticos en todo Egipto era confiada a un altísimo funcionario, un técnico llamado «superintendente de todos los trabajos de los reyes en el Alto y el Bajo Egipto». Dicho cargo no se obtenía si no se tenían grandes dotes y capacidades. No debe asombrarnos, pues, que dos grandes arquitectos, Imhotep, el constructor de la pirámide escalonada y el complejo funerario de Zoser en Saqqara durante la III dinastía, y Amenhotep, hijo de Hapu, que fue el arquitecto jefe del faraón Amenofis III, hayan conquistado tanta fama, y tan duradera, como para merecer un culto como divinidades sanadoras y taumatúrgicas. Imhotep, además, fue asimilado por los griegos al dios de la medicina, Esculapio, y venerado como tal. Pero el divino inventor de las técnicas era Ptah de Menfis, el protector de los artesanos.

El jefe de los arquitectos del rey tenía, naturalmente, un gran número de subordinados, escribas, aparejadores, arquitectos y todo el personal técnico necesario también para el trabajo preparatorio. Un verdadero estudio de factibilidad, antes de iniciar la construcción de edificios, servía para calcular plantas y secciones, para estimar la cantidad de material y de mano de obra y para prever la duración y el coste de las distintas operaciones.

Era un papel prestigioso, pero no exento de peligros, como sabemos por lo que le ocurrió al arquitecto del templo solar del faraón Neferirkara (V dinastía) en Abusir, el visir Ptahuach, que murió después de un accidente laboral: Ptahuach había trepado al obelisco del templo solar en presencia del faraón de visita al monumento, pero se hizo una herida y ya no conseguía bajar: «Entonces Su Majestad lo hizo sostener y ayudar, e hizo que le procuraran un vendaje». De vuelta a palacio, el rey llamó a consulta, con los príncipes y el sacerdote lector, a su protomédico, que le aconsejó que recurriera a ciertos libros de medicina («Entonces Su Majestad mandó a buscar una caja de escritos»), pero el desafortunado arquitecto no consiguió salvarse. El rey rezó a Ra, alabando los méritos de Ptahuach; ordenó que lo ocurrido fuera reproducido por escrito en la tumba del mismo, e hizo muchos regalos preciosos como ocho vasijas de alabastro llenas de ungüentos puestos en una caja sellada de ébano: «Nunca se había hecho nada similar por nadie desde el principio del mundo».

A los soberanos les agradaba controlar en persona el progreso de los trabajos. Debenheni, cuya tumba en Gizeh está situada entre la pirámide de Kefrén y la de Mikerinos, en su autobiografía nos presenta a este último faraón en el acto de visitar el obrador de su pirámide («Su Majestad estaba

en el camino al lado de la tumba real para inspeccionar el trabajo de construcción de la pirámide llamada "Mikerinos es divino"»), y en aquella circunstancia decidió donar a su experto servidor la tumba, realizada luego por los operarios del rey bajo la dirección del arquitecto real.

Ramsés II (XIX dinastía) buscaba personalmente en las canteras los bloques adecuados para los monumentos que tenía la intención de realizar: en una estela fechada en el año VIII de su reinado y erigida en el templo de Hator en Heliópolis (ahora en el Museo de El Cairo), recuerda haber visitado las canteras de cuarcita de la montaña Roja, cerca de Heliópolis, y haber descubierto él mismo, además de varios bloques adecuados para estatuas que destinó a los templos de Menfis, de Piramsés y de Heliópolis, un colosal bloque de cuarcita. Tan grande, alardea el texto de la estela, «que no se había encontrado otro similar desde tiempos de Ra; era más alto que un obelisco de granito»; de modo que en seguida ordenó a sus escultores que lo usasen para alzar una estatua colosal de sí mismo. Ese trabajo duró un año menos tres días, y le permitió compensar adecuadamente a sus artesanos: «Para vosotros los graneros se hunden bajo el peso del trigo para que no paséis un solo día sin sustento [...]. He llenado para vosotros los almacenes de toda clase de cosas: pan, carne y dulces para alimentaros, sandalias, vestidos, ungüentos en gran cantidad para untaros la cabeza cada diez días, de modo que estéis bien vestidos todo el año, tengáis buenos calzados en los pies todos los días, y no haya entre vosotros quien pase la noche en el temor de la miseria. Os he asignado numeroso personal para que os aprovisione contra la necesidad: pescadores para llevar los productos del Nilo y otros, como un hortelano para procurar la verdura, y alfareros para fabricar las vasijas destinadas a hacer fresca vuestra agua en la estación estival».

En Abnub, al sur de El Amarna, se encontraban canteras de preciadísimo alabastro, o calcita, usada para estatuas, vasijas, tablas de ofrendas y pequeños edificios. El gobernador Gehutihotep (que vivió en tiempos de Sesostris III, XII dinastía) hizo representar en su tumba en El Bersha la extracción y el transporte de un coloso real de más de 6 metros de altura, atado y arrastrado sobre un trineo durante 15 kilómetros sobre una pista de fango; tiraban el trineo 170 hombres, en cuatro filas, mientras que el jefe de la dura operación está sobre las rodillas de la estatua. La inscripción que comenta la escena es muy esclarecedora, especialmente en la parte final, donde la fatiga y la devoción de los hombres es ampliamente elogiada: «Transporte de una estatua de 13 codos en piedra de Abnub. He aquí, el camino por el que ha venido era extremamente difícil. He aquí, el remol-

que de esta carga era muy penoso para el corazón de los hombres a causa del duro terreno pedregoso hecho de piedra dura. He hecho venir a algunos jóvenes reclutas para construir un camino para la estatua, como también grupos de picapedreros, jefes y especialistas. Los hombres robustos han dicho: "Podemos hacerlo" y mi corazón se alegró. La ciudad se reunió y lanzó gritos de júbilo. El espectáculo era mejor que cualquier otra cosa. El viejo se apoyaba en los jóvenes, fuertes y débiles ayudaban juntos, y su valor aumentaba. Sus brazos eran fuertes, y uno solo de ellos tenía la fuerza de mil hombres. He aquí, esta estatua que vino de la gran montaña en forma de bloque, tenía más valor que todo el resto».

La actividad urbanística de los faraones no consistía solamente en construir nuevos monumentos, dado que también era deber de los soberanos conservar, restaurar y sustituir. En efecto, durante los milenios de la historia de Egipto, templos y ciudades, tumbas y palacios, necrópolis y pirámides, un gran número de monumentos han sufrido la degradación causada por la incuria y la falta de mantenimiento. El fenómeno era muy evidente sobre todo en las áreas de las necrópolis, en las cuales la alternancia de las generaciones, también para las tumbas y los templos funerarios de los soberanos, hacía que muy fácilmente los descendientes se olvidaran de sus antepasados. Además, y no sólo para los monumentos funerarios, a menudo el factor económico tenía las de ganar sobre la ideología del soberano garante de la continuidad con los predecesores, y los edificios del pasado podían proporcionar material de construcción a buen precio. Una práctica difundida —lo sabemos— que Keti II (X dinastía) estigmatiza en sus *Enseñanzas* a su hijo Merikara a fines del III milenio a.C.: «El granito te puede llegar sin dificultades: no estropees, pues, los monumentos ajenos. Extrae la caliza de las canteras de Tura, no construyas tu tumba con edificios demolidos. [...] La realeza es una hermosa función. Aunque no tenga un hijo o un hermano para perpetuar sus monumentos, un rey ayuda a otro».

En particular muchas operaciones de restauración «arqueológica» fueron inspiradas por el mérito y el prestigio que derivaba a los faraones de renovar el nombre, uniendo el propio, de las grandes necrópolis reales, en especial de las menfitas con las pirámides que habían pertenecido a los reyes del Antiguo Reino. Entre las obras de restauración promovidas por los distintos soberanos egipcios sin duda destaca, por su organicidad y amplitud, la llevada a término en la región de Menfis durante el reinado de Ramsés II, una época en la que nos parece posible detectar una «conciencia histórica» más clara del pasado. A la cabeza de los trabajos estaba uno de los hijos del

faraón, el príncipe Kaemuaset, «sacerdote-*setem*» y «sumo sacerdote de Phat», cargos que lo ponían en condiciones de intervenir en las vastas áreas de las necrópolis de Menfis. Fue una operación sistemática, que comportó documentaciones e investigaciones en los archivos de los templos, además de limpiezas y excavaciones en las necrópolis antiguas, y que permitió que el príncipe identificara las pirámides y los templos funerarios en mal estado o destruidos, para volver a escribir el nombre de los propietarios y renovar el culto después de siglos de olvido. Se encontraron testimonios de esta «piedad arqueológica» en toda la zona de las pirámides de Menfis, de Abusir a Mastabat Faraun a Saqqara. En cada pirámide identificada Kaemuaset hizo escribir en caracteres jeroglíficos cubitales, legibles a gran distancia, un texto que daba a conocer su operación. La inscripción mejor conservada es la que aparece en la cara sur de la pirámide de Unas, cuyos bloques fueron encontrados en 1937 por el arqueólogo francés Jean-Philippe Lauer y recolocados por él mismo.

Kaemuaset también salvaba religiosamente las demás reliquias con las que tropezaba en las investigaciones entre las tumbas reales: es testimonio de ello una estatua, encontrada en 1908 en Mit Rahina junto al templo de Ptah (hoy en el Museo de El Cairo), que representa al príncipe Kauab, uno de los hijos de Keops, quien está también reflejado en las paredes de la espléndida tumba, en Gizeh, de su hija Meresanekh, esposa de Kefrén. Las inscripciones en la parte anterior de la estatua de Kauab son originales, y dan el nombre y los títulos del príncipe, mientras que los textos jeroglíficos grabados en los costados y en el respaldo del asiento fueron añadidos por Kaemuaset, más de mil años después, y atestiguan que la estatua fue devuelta a la luz del fondo del pozo de la cámara funeraria de la pirámide de Keops durante los controles y las restauraciones realizados en la necrópolis de Rosetau (Gizeh), y que luego fue dedicada en el templo de Ptah en Menfis.

De todos modos, las operaciones de restauración y de restitución, hechas en la antigüedad faraónica, deben entenderse esencialmente como servicio religioso. Piénsese en un célebre monumento menfita que ya para los egipcios del Nuevo Reino debía conservarse como símbolo y como figura divina, es decir, la gran esfinge de Gizeh, cuyo rostro es el del faraón Kefrén. La esfinge fue desarenada, en época faraónica, al menos dos veces: primero fue liberada de la arena que la cubría por intervención del príncipe Tutmosis (que a continuación sería rey: Tutmosis IV); luego, bajo Ramsés II, desde luego por obra de Kaemuaset, cuando fue construido un muro de ladrillos contra la arena y las partes de la estatua (las patas, la barba) ero-



La pirámide de Unas en Saqqara. La inscripción celebra la restauración del monumento por parte del príncipe Kaemuaset, hijo de Ramsés II (XIX din.).

sionadas por la acción del viento y de la misma arena fueron sustituidas esculpiéndolas en nuevos bloques de caliza.

Otro monumento, tebano esta vez, que incluso en la antigüedad era considerado excepcional, son los llamados «Colosos de Memnón», visitados *en touristes* por los viajeros griegos y luego romanos. La historia de los Colosos de Memnón —de hecho, las estatuas colosales de Amenofis III— es muy curiosa. Su celebridad se hizo inmensa cuando, por un terremoto ocurrido en el 27 d.C., uno de los colosos, el situado al norte, se agrietó y la estatua se convirtió en una especie de instrumento musical, que resonaba cuando los fragmentos de piedra, por el calor de los rayos solares, en especial al amanecer, se dilataban, produciendo un fenómeno acústico. Muchos de los que oyeron este saludo a la Aurora, entre los que hay testimonios excelentes, incluso imperiales, como Adriano, Sabina y su séquito durante su visita a Egipto, han dejado grabados en el coloso firmas y epigramas, en latín y en griego. La estatua tebana sonora fue posteriormente víctima de un acto, por así decir, de buena voluntad arqueológica, cuyo artífice fue el emperador Septimio Severo, quien, ansioso por ligar su nombre al célebre coloso, decidió una intervención de restauración: la parte derrumbada fue sustituida por capas de piedra, modeladas para devolver su forma a la esta-

tua, que aún hoy están bien conservadas, de modo que la restauración imperial es perfectamente visible; pero desde aquel momento el coloso perdió la voz, y no la ha vuelto a recuperar. Es lo que se podría definir como una restauración empedrada de buenas intenciones...

También la actividad minera era monopolio real. Había minas de turquesa en el desierto oriental y el Sinaí, donde desde la III dinastía se organizaban expediciones para la búsqueda de piedras en estrechas galerías, sin ventilación. Sabemos de una expedición compuesta por 734 egipcios, y de otra que empleaba nada menos que 600 asnos para transportar materiales y comida; los egipcios estaban acompañados, como operarios e intérpretes, por numerosos asiáticos. En el Reino Medio se construyó en Serabit el Jedim, en la cima de la montaña, un santuario para Hator, señora de la turquesa. Las condiciones de vida de los mineros eran duras, y precisamente para las minas del Sinaí está atestiguada varias veces la presencia de médicos y de especialistas contra los escorpiones.

La galena (el sulfuro de plomo), que servía para fabricar el *kohl*, el cosmético para los ojos, y para usos terapéuticos, se obtenía en Gebel Zeit bajando hasta 30 metros por estrechas galerías.

El mineral más precioso era naturalmente el oro, del cual no existían yacimientos en Egipto propiamente dicho, y que debía buscarse en los desiertos hasta llegar a Nubia. Las expediciones requerían la presencia de especialistas (exploradores, prospectores geológicos y señaladores de filones), además de mano de obra común; funcionarios y escribas se ocupaban de la organización logística y de los suministros para la expedición que era seguida por militares en defensa de eventuales ataques por parte de las poblaciones del desierto.

Un famoso papiro del Museo Egipcio de Turín conserva el mapa de las minas de oro del Uadi Hammamat, en el desierto oriental, redactado hacia el 1100 a.C. En él están trazadas las pistas que llevan a las minas, los asentamientos de los operarios y los pozos donde beber y lavar el polvo del cuarzo aurífero para obtener las pepitas.

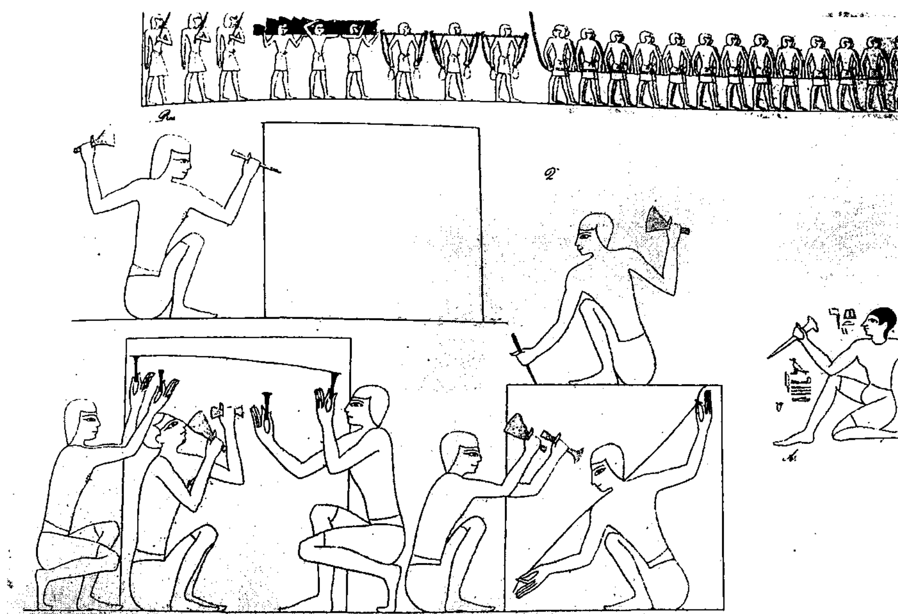
La falta de agua podía interrumpir la actividad en minas aún explotables. Las auríferas del Uadi Allaqi, en Nubia, fueron reabiertas gracias a la intervención personal de Ramsés II que localizó, rabdomante milagroso, un pozo en el cual, a menos de 7 metros de profundidad, se encontró una capa acuífera en la que el precioso elemento alcanzaba una altura de 2 metros.

En un programa urbanístico como la construcción y la decoración de un templo, de un palacio o de una tumba, el arquitecto responsable de los

trabajos asociaba a sí mismo, aun en la subdivisión especializada de las operaciones, al cincelador, al pulidor de superficies, al escultor del relieve y el bajorrelieve y al pintor (que, profesionalmente, era asimilado al escriba, y se le llamaba «escriba de los contornos»).

Los documentos de la comunidad de artesanos de Deir el Medina permiten seguir casi día a día el trabajo de los dos grupos dirigidos por un jefe elegido por el visir en los hipogeos reales. Localizada el área adecuada para excavar el hipogeo, éste era preparado por los picapedreros. Luego intervenían dibujantes, escultores y pintores con su obra: sobre las superficies se marcaban primero las cuadrículas en rojo, necesarias para las proporciones de las figuras, y se esbozaba el dibujo, que podría ser corregido en negro y esculpido por el escultor con su cincel de bronce. Los pintores con pinceles y paleta añadían los colores, pigmentos proporcionados por la naturaleza (el ocre rojo era el óxido de hierro, el azul, silicato de cobre cálcico; el blanco, sulfato de calcio; el negro, carbón de leña), aplicados puros pero también con intentos de esfumado, sobre todo en la época amarniana.

Convertirse en pintor o escultor, como también en un escriba experto, comportaba una larga práctica. Era necesario especializarse en el dibujo, aprender a usar los «cartones» y la cuadriculación, conocer los cánones de las proporciones figurativas y la manera de transferir las figuras de los cuadernos de modelos a las paredes o a las estatuas. Se sabe que existían verdaderos manuales, como el *Libro de las instrucciones para la pintura mural y las proporciones que dar a las figuras* (el texto está enumerado entre los libros técnicos conservados en la biblioteca del templo de Edfú, pero por desgracia no nos ha llegado). El joven seguía ejercitándose en el taller de su padre (este tipo de profesión se transmitía preferiblemente de padres a hijos): basta recordar la famosísima estela de Irtisen, siempre citada al respecto por la parte de la inscripción en la que el artista traza su elogio y el de su hijo: «Yo soy alguien que conoce el secreto de los jeroglíficos y el modo de dirigir las ceremonias religiosas [...]. Soy un artista que es excelente en su arte y que ha llegado al apogeo de su aprendizaje [...]. Sé [reproducir] el irse de una figura masculina y el venir de una figura femenina, el posarse de un pájaro en la trampa, el gesto de quien golpea a un prisionero [...]. Yo conozco las proporciones de los colores y los elementos, y no permito que el fuego los queme y el agua los empalidezca. Esto no fue revelado a nadie, salvo a mí y a mi hijo mayor, porque el faraón (al pie de la letra: el dios) había ordenado que fuera instruido al respecto».

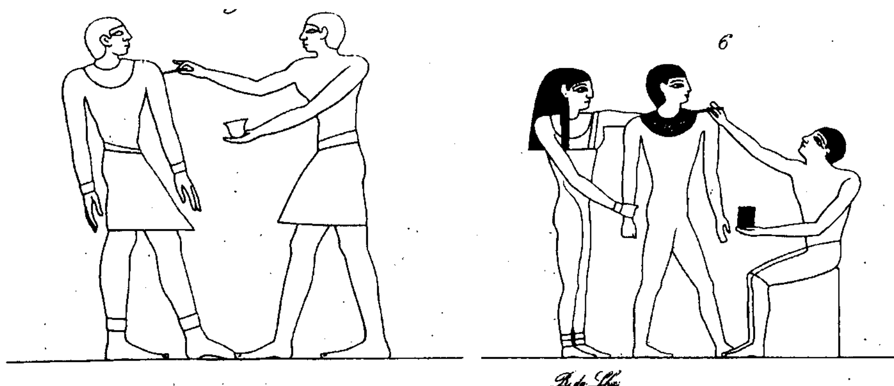


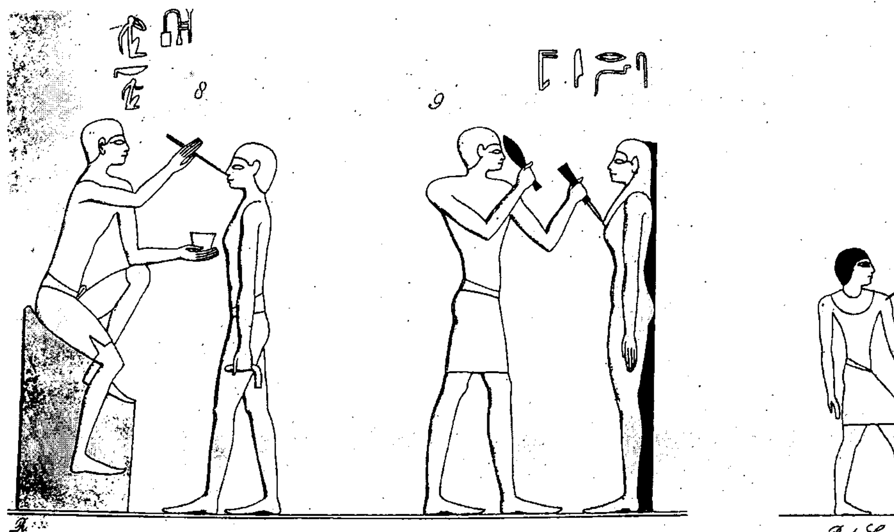
Un grupo de picapedreros prepara un bloque de piedra. Tebas, tumba de Rekhmara (XVIII din.) (I. Rosellini, *Monumenti civili*).

O bien la práctica se desarrollaba en el taller de otros maestros artistas, donde el joven seguía aprendiendo y, al mismo tiempo, comenzaba a ejercitarse ejecutando las partes más sencillas de los trabajos, bajo el control del jefe. Si tenía las cualidades necesarias, él mismo podía convertirse luego en un artista completo.

Es probable que, en la preparación de la decoración de tumbas, el cliente pudiera intervenir en el mismo programa decorativo, pidiendo la inclusión de determinadas escenas. Los artistas tenían la facultad de variar, al menos en ciertos detalles, los temas del «cartón», añadiendo detalles sabrosos, o quizás, en un rincón, el propio autorretrato.

En la pintura y el relieve existían firmes convenciones figurativas, que derivaban de la persecución de un realismo absoluto, de querer representar las cosas como son, no como parecen. Por ejemplo, para reproducir la figura de la manera más completa se encuentra de frente el ojo y los hombros, mientras que la cabeza está de perfil. Esto vale no sólo para los hombres. Al representar un jardín, el artista egipcio dibujaba en planta el estanque de agua, pero la vegetación de frente. Las dimensiones siguen un protocolo jerárquico. Son reglas, convenciones estables, que duraron más de tres





Fabricación de estatuas de madera, esculpidas y pintadas. Tebas, tumba de Ibis (XXVI din.) (I. Rosellini, *Monumenti civili*).

milenios, que los artistas aprendían de cuadernos de modelos, dibujados sobre papiro, a modo de instrucciones sobre los secretos de la creación artística, y que formaban parte de la biblioteca de la «Casa de la Vida» de los templos.

Pero existía, para los artistas egipcios, la posibilidad de expresarse más libremente, de apartarse de los cánones tradicionales hacia un arte libre y espontáneo. Lo documenta el gran número de esbozos y dibujos, realizados sobre todo en astillas de caliza, que fueron encontrados en su mayor

parte en la aldea de los artesanos de Deir el Medina. La variedad de los temas abarca desde las figurillas de muchachas hasta las de bailarinas, desde estudios de animales en reposo o en movimiento, como caballos y toros, hasta escenas de caza, a figuras y escenas caricaturescas y satíricas del mundo humano y animal.

El escultor era llamado «modelador de formas». A estos artistas anónimos se deben estatuas que están entre las más altas expresiones plásticas que el mundo antiguo nos haya transmitido, incluso sometidas a convenciones que limitaban su expresividad: el personaje, rey, divinidad o particular, era representado de frente, con la cabeza en vertical sobre los hombros, la mirada hacia adelante; si era hombre o dios, tenía el pie izquierdo adelantado; también, en los grupos de personajes, todos miran hacia el espectador.

Los escultores trabajaban en talleres, donde se realizaban estatuas incluso de grandes dimensiones, como se ve en una escena de la tumba de Rekhmara, el visir de Tutmosis III, que lo muestra mientras inspecciona el taller de escultura del templo de Amón en Karnak. Aquí los escultores están representados mientras trabajan en grupos, y para alcanzar las partes altas del coloso han dispuesto un andamiaje. Las herramientas son las habituales: martillo, cincel y pulidor, usado con polvo abrasivo de cuarzo, para dar brillo a las superficies.

En las tumbas egipcias aparece un determinado número de representaciones de «talleres»: se puede ver trabajando a escultores (en piedra o en madera) y pintores, mientras preparan las distintas fases de las estatuas. En El Amarna fueron descubiertas tres casas de escultores, no en el barrio artesanal, sino al sur del barrio central de la ciudad, donde se alzaban el templo de Atón y el palacio principal de los reyes: es posible que estos escultores trabajasen en contacto con la familia del soberano, según directivas precisas y personales. El estudio de uno de ellos, Tutmosis, es justamente famoso, porque en él se hallaron obras de escultura, más o menos terminadas, que están entre las más conocidas del mundo: el busto policromado de Nefertiti (hoy en el Museo Egipcio de Berlín) y varias cabezas en piedra —obras maestras excepcionales— de la reina y las princesas; además, máscaras de yeso tomadas de personas vivas o muertas (pero parece más probable que estuvieran vivas), en algunas de las cuales se advierten retoques que prueban que se buscaba la máxima similitud con los rostros humanos.

La residencia de Tutmosis en El Amarna (el descubrimiento se remonta a 1912) ha conservado en las estancias en que vivía, en el almacén de modelos, en el taller de calcos, todos los objetos del escultor. Así, nos han lle-

gado sus colores, su paleta, su martillo, el taladro y las demás herramientas, los tapones de arcilla de sus ánforas de vino, la llave de su casa, y una serie de anzuelos de pesca.

La búsqueda de la «verdad realista» en la semejanza, mediante el uso de calcos de yeso, no fue, sin embargo, una invención de los artistas amarnianos, porque también han sido encontradas máscaras de este tipo en otros lugares y épocas (por ejemplo, en Saqqara, junto a la pirámide de Teti). La semejanza de la obra con el modelo, lo que puede llamarse el «retrato», ha constituido un interés «ideológico» en todas las épocas de la civilización egipcia, aunque los cánones estilísticos puedan acentuar ora un aspecto ora otro. En algunos casos, como para el busto en caliza del príncipe Anekhhaf de la IV dinastía (encontrado en Gizeh y ahora en el Museum of Fine Arts, Boston), el resultado, de un realismo asombroso, ha sido obtenido por el artista añadiendo sobre la piedra una capa de yeso, que permitía la máxima plasticidad en el tratamiento del rostro, que luego ha sido pintado.

Aknatón no vacilaba en aconsejar e instruir, en persona, al escultor Beki sobre los conceptos de la nueva estética, que el rey había elaborado como argumentos que reforzaran su obra de propaganda y de proselitismo.

Otro escultor amarniano del que conocemos el nombre es Yuti, el cual, en la tumba rupestre de Hui en la necrópolis de El Amarna, se hizo representar (¡su nombre está escrito nada menos que dos veces!) mientras acababa de pintar una estatuilla de la princesita Baketatón, encargada directamente por la reina madre, Ti, durante una visita a El Amarna para la inauguración del templo erigido por su hijo Aknatón en su honor. Yuti tuvo como premio el título de escultor jefe de la gran esposa real Ti. En la escena que se ve en la tumba de Hui en El Amarna, el escultor está quieto recibiendo las instrucciones de su jefe, quien, sentado y pincel en mano, señala las correcciones que hacer.

Es bien sabido que, incluso en nuestro mundo occidental, sólo después del siglo XVII se comenzó a tener conciencia de la diversidad entre la personalidad del artista y la del artesano. En el antiguo Egipto, en cambio, una sola palabra indicaba la actividad «artística» y la manual: por eso no encontraremos separación entre arte y artesanía, mientras que prevalece el concepto utilitario y funcional de la producción, sea religiosa o civil, también para obras que nosotros sentimos y admiramos como obras maestras por su perfección y equilibrio estilístico.

En el antiguo Egipto la producción de todos aquellos objetos que hacen fácil, o hermosa, la vida era confiada a una amplia capa de la población,

los artesanos. Los talleres dependían de los templos o los palacios (y de ellos salían productos de la más refinada calidad); pero también se podía trabajar libremente en las ciudades y las aldeas.

No toda la producción material estaba programada para la ostentación y el prestigio social, o estaba destinada a satisfacer la demanda de los ricos. Existían, naturalmente, alfareros y carpinteros modestos, cordeleros y cesteros de pueblo, fabricantes de redes de pesca y de esteras sencillas, además de especialistas en el tejido de ricas alfombras multicolores.

También la producción de objetos en fayenza (pasta silícea vidriada) variaba para las escudillas, las vasijas, las figurillas, los amuletos o los contrapesos del collar, puesto que no toda era del mismo nivel y del mismo valor intrínseco o comercial. Los objetos de vidrio siempre fueron artículos de lujo, por su dificultad de ejecución.

Los carpinteros egipcios eran excelentes, y algunos objetos de ebanistería nos asombran por su línea y funcionalidad (su «diseño», podríamos decir hoy): escritorios y mesitas, incluso de tres patas, hasta con la superficie taraceada, escabeles, plegables o no, con los asientos de cuero pintado o de junco entretejido, camas y sillones, cofres taraceados o pintados, templetes para los dioses (en los templos y para el culto doméstico) de madera dorada. Los tronos y los grandes sillones reales estaban provistos de reposapiés; las camas, de reposacabezas; las más altas podían tener una escalerita.

Los reposacabezas, fabricados en madera o en piedra, en general alabastro, estaban provistos de una base, un fuste vertical, y de un elemento superior encorvado a la altura del punto en que debía tocar el cuello; al dormir, la cabeza se apoyaba de lado. A menudo están representados en las tumbas, pero también se han encontrado muchos entre los ajuares funerarios. Hoy, el uso de reposacabezas similares a los egipcios todavía es conocido entre algunas tribus africanas. Puesto que el sueño era considerado un momento de peligro, el reposacabezas de costumbre estaba decorado con figuras de divinidades protectoras del sueño (tanto del vivo como del muerto), figuras de león o grifo, o bien de Bes, que ejecuta una danza de guerra blandiendo amenazantes cuchillos, o bien de Neith, mientras lanza flechas de protección contra los espíritus.

Entre los objetos de ebanistería más elegantes que nos han llegado recordamos las cucharas para cosméticos, cuya forma y decoración se inspiran en la naturaleza; las hay también de piedra, igualmente de factura refinada, en la tradición de las «paletas» pre y protodinásticas. Pueden tener forma de pato, y entonces a menudo la tapa bivalva está constituida por las

alas extendidas que se abren girando sobre pernos, o de langosta, con los élitros móviles por tapa, o bien de pescado. Pueden ser figuras de muchachas desnudas, que nadan, empujando ante sí un pato silvestre, o lo aferran por las patas mientras cazan entre los papiros del pantano; y también en este caso el cuerpo del pájaro sirve de contenedor; o bien figuras de jovencitas que tocan una especie de mandolina: la caja del instrumento es el contenedor. Se trata de una producción frecuente en el Nuevo Reino, y que se repite a menudo en los motivos, así que, por más que sea refinada, se puede decir que fue fruto de una artesanía en serie.

Es posible que muchos de estos objetos «artísticos» en madera, como los de bronce para tocador, fueran también fabricados para la exportación, en especial al mundo sirio y fenicio, en una época en que los intercambios artísticos entre las dos zonas culturales eran muy intensos.

Los ornamentos y las joyas unían a los materiales preciosos técnicas especiales como la elaboración en damasquinado, aproximando otros metales de colores contrastantes, y con el engarce de piedras preciosas (lapislázuli y malaquita, aunque también pastas coloreadas). El difícil arte de los orfebres, que a menudo eran hombres enanos, creaba collares y pectorales, brazaletes y pendientes para reyes, reinas y princesas, decoraciones simbólicas en oro para los trajes de desfile de los soberanos, diademas pesadas, o bien ligeras como guirnaldas de flores, realizadas con sutiles hilos de oro y pétalos; y luego copas y platos de oro y de plata, y aguamaniles para los ajuares del rey, como los de los tesoros encontrados en las tumbas reales de Tanis.

El bronce —a menudo, en la práctica, casi sólo cobre— era empleado para forjar recipientes incluso rituales, para estatuas de reyes y figurillas de divinidades: la técnica más antigua, para las estatuas de reyes, usaba planchas de metal batidas; luego se utilizó la de la «cera perdida» (es decir, que era sustituida dentro de los calcos por el metal fundido). Nos ha llegado una cantidad, tan abundante como a menudo deficiente (diríamos que «industrial»), de bronces grandes y pequeños de divinidades y de animales divinos, de carácter votivo; en efecto, en época tardía las estatuillas eran comercializadas en los santuarios más visitados por los devotos.

Los espejos de bronce, brillantes como el sol en el disco (que también podía presentar decoraciones grabadas), a menudo están ornados con motivos damasquinados de oro y de plata, mientras que la empuñadura, de marfil o de madera, asume con frecuencia el aspecto de una muchacha o del dios Bes, el pigmeo divino cuya figura estaba conectada con las mujeres, las actividades de esparcimiento y la vanidad.

No toda la producción artesanal de adornos estaba destinada al uso efectivo en las casas de los distintos clientes. Su función era también la de acompañar al propietario en la tumba que, previsoramente, se preparaba. Representaba una inversión económica no productiva, pero de «prestigio», podríamos decir. El adorno funerario, además de los sarcófagos, los canopes y las figurillas funerarias, imitaba casi siempre los objetos de uso normal durante la vida; en otros casos, joyas y muebles, telas y cofres, ya habían pertenecido en vida al propietario de la tumba, y habían sido utilizados efectivamente por él.

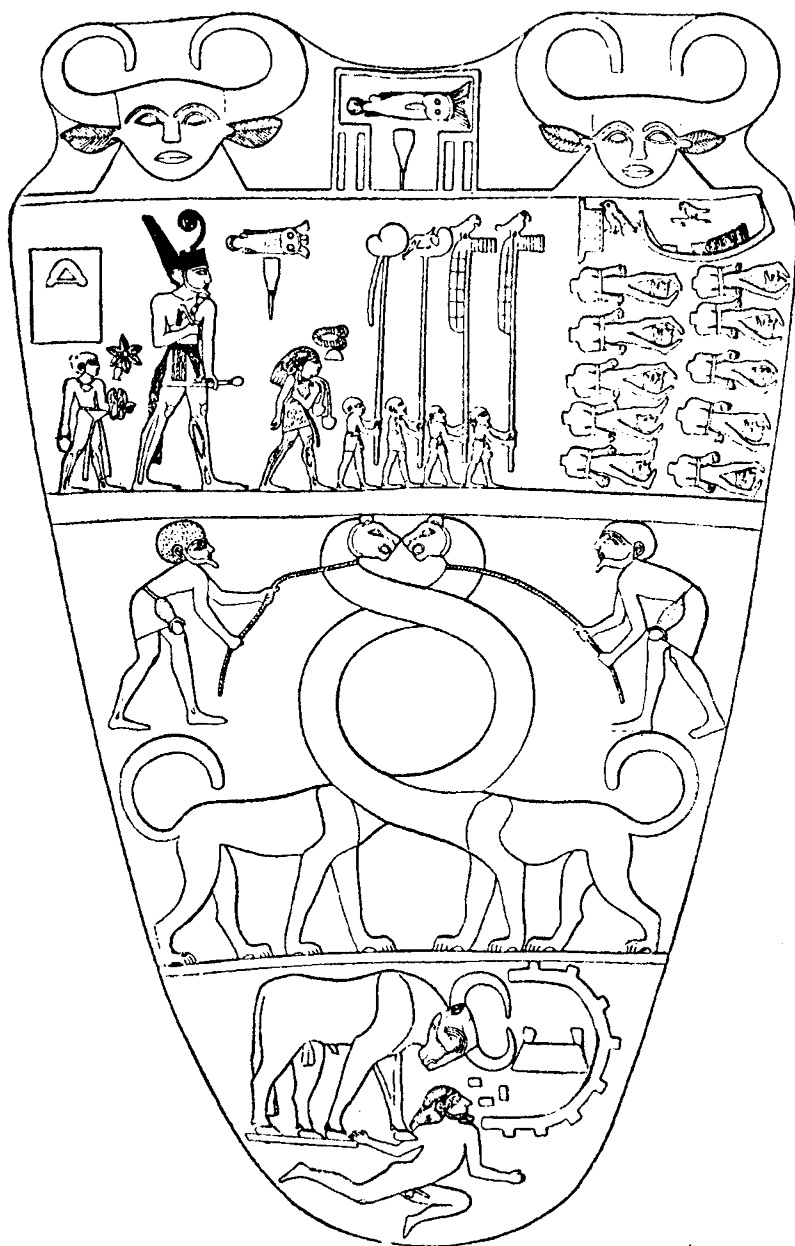
Capítulo 4

El faraón y el visir. Sociedad y vida pública

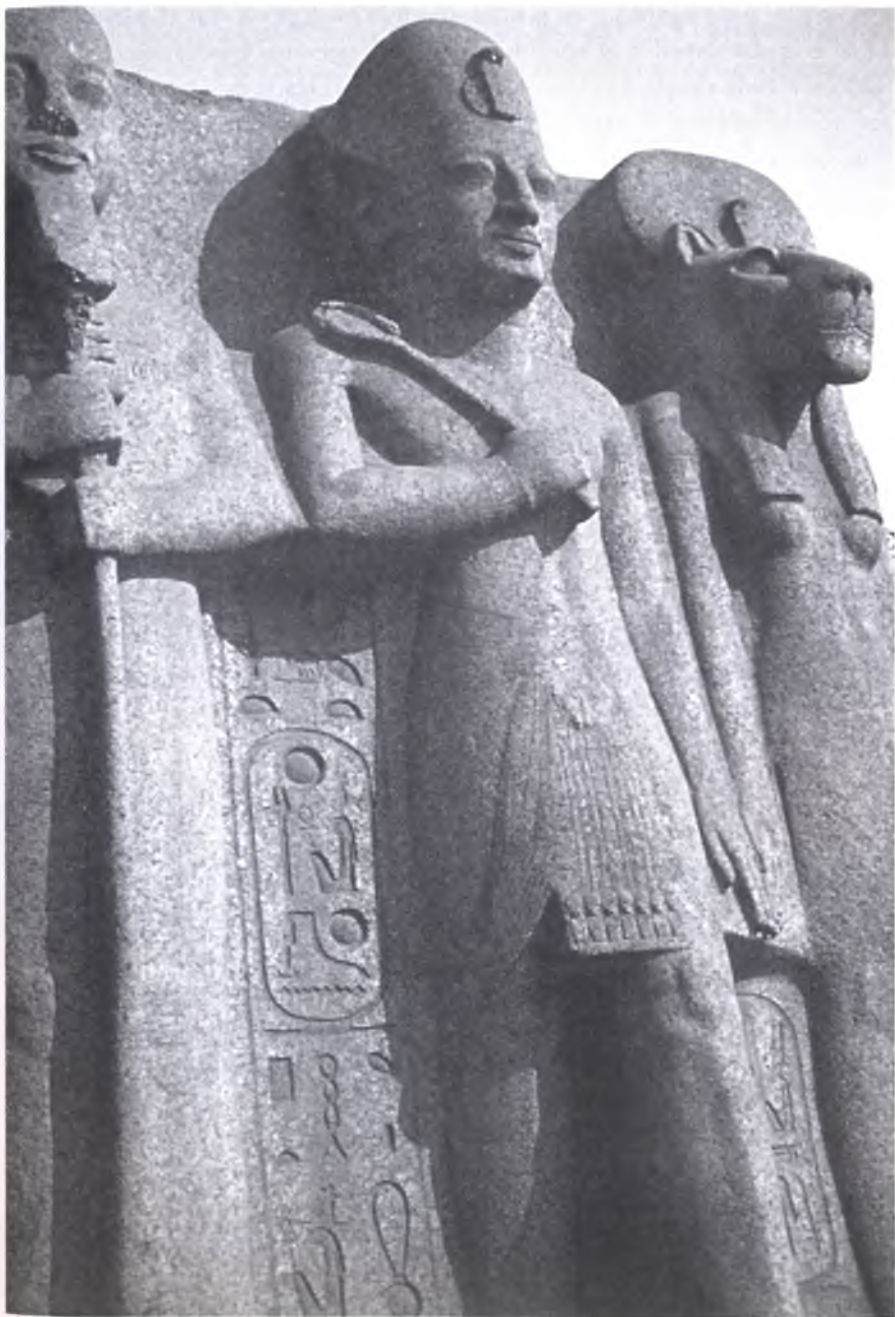
A la cabeza del Estado egipcio antiguo, que a menudo suele representarse como una pirámide social, estaba el faraón, que el dogma real ponía en posición distinta de los hombres, intermediario entre éstos y los dioses. En cada templo del país, en su santuario el dios local era la divinidad suprema. Del mismo modo, en cada templo del valle y el delta, el faraón, heredero de los señores locales prehistóricos, era considerado el hijo de cada dios local, y el rey-hijo aseguraba en cada templo el culto del dios-padre que, a cambio, le garantizaba la realeza.

La tarea fundamental del rey en Egipto era hacer que reinase un equilibrio de las distintas estructuras (de la monarquía a los fenómenos naturales, jurídicos y hasta morales). Este equilibrio se adaptaba al concepto de Maat, cuyo sentido fundamental era de «orden», «orden de las cosas», «verdadero orden» y, por tanto, «verdad». Puesto que el orden por excelencia es también aquello que da a cada uno lo suyo, Maat es «equidad» y «justicia». Aún mejor, a menudo se puede traducir con exactitud el vocablo egipcio Maat como «razón», en contraposición a «error», este último opuesto a «derecho», entendido como derecho positivo y no como un principio trascendente de ley que se debe aplicar a la letra.

De Maat, dicen los textos egipcios, «se alimentan los dioses» y se la debe ofrecer el rey, en cuanto el rey es aquel que tiene la obligación de



Dibujo de uno de los lados de la «paleta» de Narmer (o Menes) (I din.).
El rey, seguido por el portasandalias y precedido por un funcionario (probablemente el visir), avanza con la corona roja en la cabeza. De Hieracónpolis, ahora en el Museo de El Cairo.



El glorioso Ramsés II entre el dios Ptah y la diosa leontocéfala Sejmet. De Menfis (XIX din.), ahora en el jardín del Museo de El Cairo.

ejecutarla, para Egipto y, se podría añadir, con Egipto. En el concepto de Maat entraba también el equilibrio político, nacional e internacional, confiado al faraón desde el principio de la historia. Desde esta perspectiva, una revolución política o una agresión desde el exterior representan ante todo una forma de «desorden».

Algunos detalles del vestuario, las insignias y las coronas, que observamos en la iconografía real, recuerdan que el faraón es un dios entre los hombres. Tiene una barba postiza curva como los dioses, lleva sobre la frente el *ureus*, la cobra que defendía al dios Ra de su enemigo Apofis, y cada una de sus numerosas coronas le debe conferir una fuerza específica adecuada al momento. El tocado más usual era el *nemes*, y la doble corona, la blanca y la roja reunidas, simbolizaba el ejercicio del poder sobre las dos partes del país. En la mano sostenía el cetro con el báculo y el flagelo, emblemas de Osiris.

Pero puesto que el rey era también un hombre, y como tal estaba sujeto a debilitarse y a envejecer, fue creado un ritual, probablemente en las épocas predinásticas, que renovaba mágicamente las fuerzas y los poderes: el jubileo, o «fiesta *sed*», que teóricamente debía desarrollarse cada 30 años, pero que en la práctica era repetido a intervalos mucho más próximos. El vigor juvenil recuperado era demostrado con la carrera a pie y con otras pruebas físicas.

En sus residencias, palacios que hacían gala de todo el boato correspondiente, y rodeado por una corte formada por sus familiares, el visir, los consejeros y otros altos funcionarios, el faraón cumplía con sus obligaciones institucionales: en la sala de audiencias celebraba los consejos, recibía a las más importantes embajadas de los países extranjeros y presidía algunas ceremonias oficiales. En el palacio de Ramsés III, en Medinet Habu, uno de los elementos arquitectónicos más notables era la ventana de las apariciones, una especie de balcón donde el rey y la reina se mostraban con ocasión de un acontecimiento solemne, como la recompensa a los súbditos con presentes y condecoraciones.

La reina egipcia tenía una posición de prestigio y, de costumbre, acompañaba a su marido en las ceremonias religiosas y en las visitas a santuarios y a ciudades que el soberano hacía por todo el país. Aunque, en teoría, no había ninguna prohibición para que una reina pudiera tener funciones efectivamente reales, hay muy pocos casos en los que una figura femenina disfrutara, en calidad de tal, de plenos derechos. Se puede mencionar a Nitocris a fines de la VI dinastía, a Sobekneferura a fines de la XII y a la célebre Hatsepsut en la primera mitad de la XVIII dinastía.

En la residencia real estaba también el despacho del visir («ministro», término tomado del árabe para indicar al funcionario llamado en egipcio *ciaty*). El visir llevaba al cuello, como símbolo de su cargo y de sus deberes, una figura de Maat. A partir del Nuevo Reino, este cargo, que sólo estaba por debajo del rey, fue duplicado, con un visir del norte y un visir del sur.

Entre los distinguidos con este papel, la figura más conocida es Rekhmara (XVIII dinastía, activo bajo Tutmosis III y Amenofis II), gracias a la circunstancia de que hizo decorar su tumba en Gurna, en la necrópolis tebana, con escenas y textos de extraordinaria importancia y variedad. Éstos nos permiten saber cómo se desarrollaba la jornada laboral del visir, además de ofrecer detalles representados de toda clase de actividades artesanales y de la vida cotidiana.

Por la mañana, Rekhmara se informaba de los gastos y las rentas de los dominios reales, luego escuchaba los informes de la policía. A media mañana, controlaba la apertura de las puertas del palacio, por último celebraba audiencia para los asuntos urgentes de su competencia: justicia, agricultura, riego, ejército, policía, impuestos, finanzas, inspecciones de los almacenes reales, visitas al alto clero de Amón, nombramiento de funcionarios y recepción de embajadores y comerciantes (son notables en la tumba las representaciones de visitantes de la Creta minoica y del Egeo).

Un texto de la misma tumba reproduce las palabras exactas con las cuales el faraón se dirigió a Rekhmara en el momento de su toma de posesión del cargo. Se trata de una verdadera «instrucción» que nos muestra el alto ideal al que estaba sometido el cargo de visir: «Fue introducida la corte en la sala de audiencias del faraón y se hizo venir al visir Rekhmara, recién elegido. Su Majestad le dijo: "Ten atentamente controlada la sala de audiencias del visir, vigila todo lo que se hace en ella, porque es el sostén de todo el país. He aquí, ser visir, ya lo ves, no es nada dulce, sino que es amargo como la hiel. He aquí, es el bronce que rodea el oro de la casa de su [señor]. He aquí, es alguien que no vuelve su cara hacia los magistrados y los consejeros y que no hace de cada uno un [defensor] para [...]. He aquí, cuando un solicitante viene del Alto o el Bajo Egipto o de todo el país para presentar un recurso en la sala del visir, debes velar para que todo se haga según la ley, que todo se haga exactamente con justicia, de modo que cada uno reciba aquello que le corresponda según su derecho. He aquí, en cuanto funcionario que juzga en público, el agua y el viento reproducirán todo cuanto haga [...]. He aquí, hay una sentencia en el 'Libro de Menfis' que dice: 'El soberano es misericordioso, el visir severo'. Pero cuídate de lo que se decía del visir Keti: 'Ha empobrecido a la gente de su familia en beneficio

de los demás, por temor a que se dijera de él que era injusto' [...]. Esto es más que la justicia. No juzgues con parcialidad, porque dios detesta la parcialidad. He aquí la doctrina: actúa, pues, de este modo: mira a quien conoces como a quien no conoces, a quien te es próximo como a quien está lejos de tu casa"».

No sólo los súbditos, sino también el faraón estaba sujeto a las reglas de Maat: si eran aplicadas, éstas actuaban como leyes, protegiendo a quien estaba en lo justo, y a la vez garantizando su misma aplicación, sobre la base de la «publicidad» dada a los procesos y a las sentencias, y del control recíproco, que valía para funcionarios, particulares y soberanos.

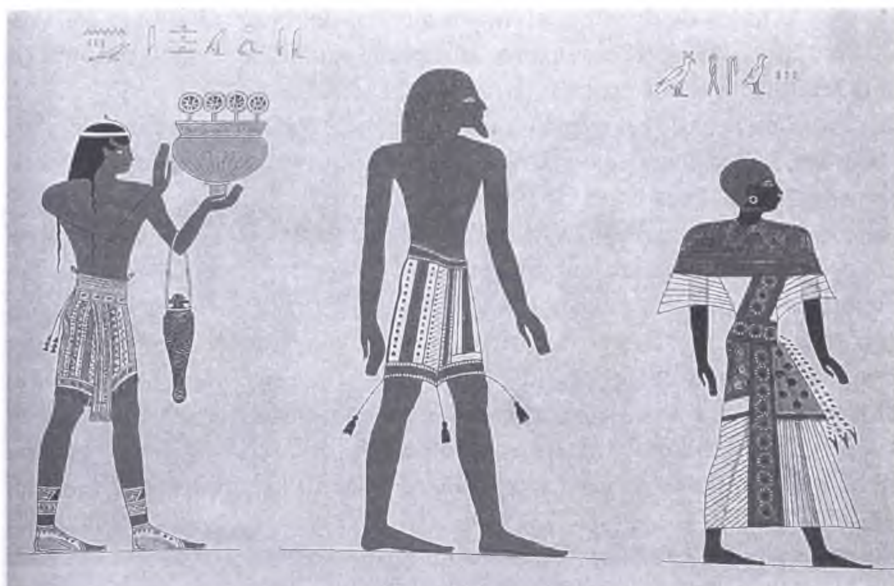
Ya no tenemos ninguna duda sobre el hecho de que se pueda reconocer a los egipcios una capacidad de reflexión no banal sobre los hechos no sólo morales, sino también jurídicos. Por más que, hasta la época tardía, no se tengan testimonios directos de la existencia de una codificación escrita, indicios y alusiones, que se pueden extraer de textos al menos a partir de fines del Antiguo Reino, permiten afirmar su existencia. Se trata de recopilaciones escritas de las ordenanzas reales, depositadas en el archivo del visir y a las cuales debían hacer referencia los jueces, que no podían actuar de manera arbitraria.

Por lo demás, la misma atribución de los derechos de legitimidad de Horus a suceder a su padre, Osiris, en el trono de Egipto, ocurre, aunque sea en el plano mitológico, después de una sentencia emitida por el tribunal de los dioses, como consecuencia de un pleito que se arrastró, ¡ay!, durante nada menos que 80 años.

Tenemos una buena cantidad de noticias e informaciones sobre las estructuras judiciales del antiguo Egipto y la consistencia del derecho. Sabemos que existían varios grados de tribunales civiles, de los locales a las cortes supremas y al tribunal del visir. La última instancia era el rey, al que correspondía también el derecho de gracia.

Son bastante conocidas las normas del derecho penal. Sabemos que podían ser infligidas penas corporales como el apaleamiento, que en muchos casos la multa era preferida a los castigos físicos, que los casos graves comportaban la condena a trabajos forzados (en las minas para la extracción de metales, cobre y oro, o bien en las canteras de los desiertos, donde el trabajo era muy duro). Las mutilaciones físicas eran conminadas sólo en casos excepcionales.

En los procesos penales (y probablemente sólo cuando las personas implicadas dependían de la administración de los templos) relativos a hurtos



Extranjeros en Egipto. Habitantes del Egeo y un negro. Tebas, valle de los Reyes, tumba de Seti I (XIX din.) (I. Rosellini, *Monumenti Storici*).



Escarabajo «de la caza», conmemorativo de la muerte de 102 leones por parte de Amenofis III (XVIII din.). De Soleb (Sudán), Colección Schiff Giorgini, Universidad de Pisa.

o en otros casos de disputas, al menos a partir del Nuevo Reino se solía recurrir al juicio del oráculo divino, quizás en segunda apelación después de una sentencia del tribunal del templo.

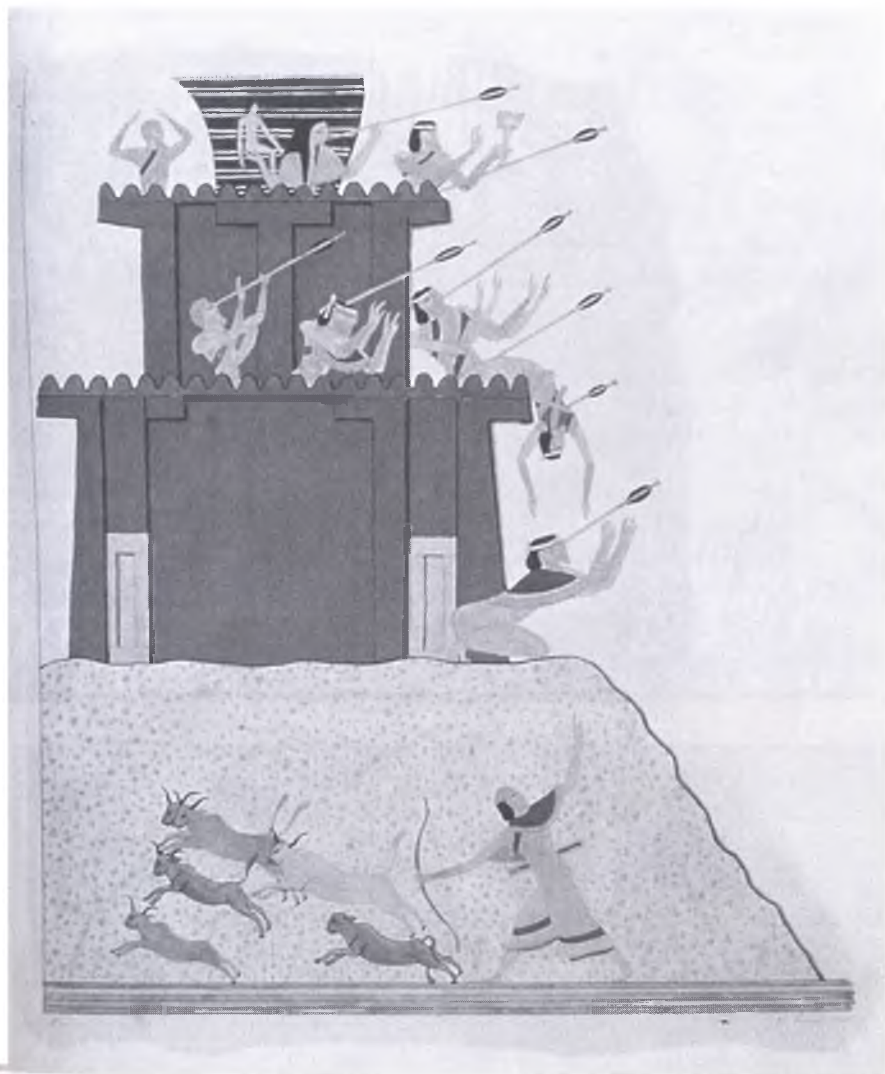
Nos han llegado los expedientes de algunos grandes procesos que, desde luego, hicieron época en su tiempo: el de los ladrones de tumbas y el de la conjura palaciega contra Ramsés III, que cierra su largo reinado de 32 años y fue organizada para excluir de la sucesión al legítimo heredero, Ramsés IV, en favor de Pentauret, hijo de una concubina real llamada Tiy. Las actas del proceso presentado por Ramsés IV contra los conjurados están escritas en caracteres hieráticos sobre papiro, y uno de los principales manuscritos se encuentra en el Museo Egipcio de Turín. El proceso concluyó con la condena de los responsables, 28 personas; pertenecientes al harén y al palacio, militares, jueces, de estos conjurados se probó que no habían vacilado en recurrir a sortilegios prohibidos sobre figurillas mágicas...

Pero el que acabamos de contar no es un caso único de atentado contra la persona del rey en el Egipto faraónico. Amenemes I, el fundador de la XII dinastía, había sido asesinado mientras dormía y también en aquella circunstancia lo que había impulsado la conjura había sido la rivalidad por la sucesión al trono, que se quería sustraer al legítimo heredero, Sesostris.

Si el derecho privado se desarrolló muy pronto en un país como Egipto en el que la propiedad individual existió desde las primeras dinastías, aún más «moderno» parece el derecho de familia, en especial en los aspectos relativos a la mujer y al matrimonio, y por el respeto que muestra hacia la persona humana. Vale la pena repetir que la institución de la esclavitud, en las formas y significados que asumió en el mundo grecorromano, nunca existió en el Egipto faraónico; aunque, de todos modos, para los prisioneros de guerra y los condenados a trabajos forzados, se puede hablar de gente no libre.

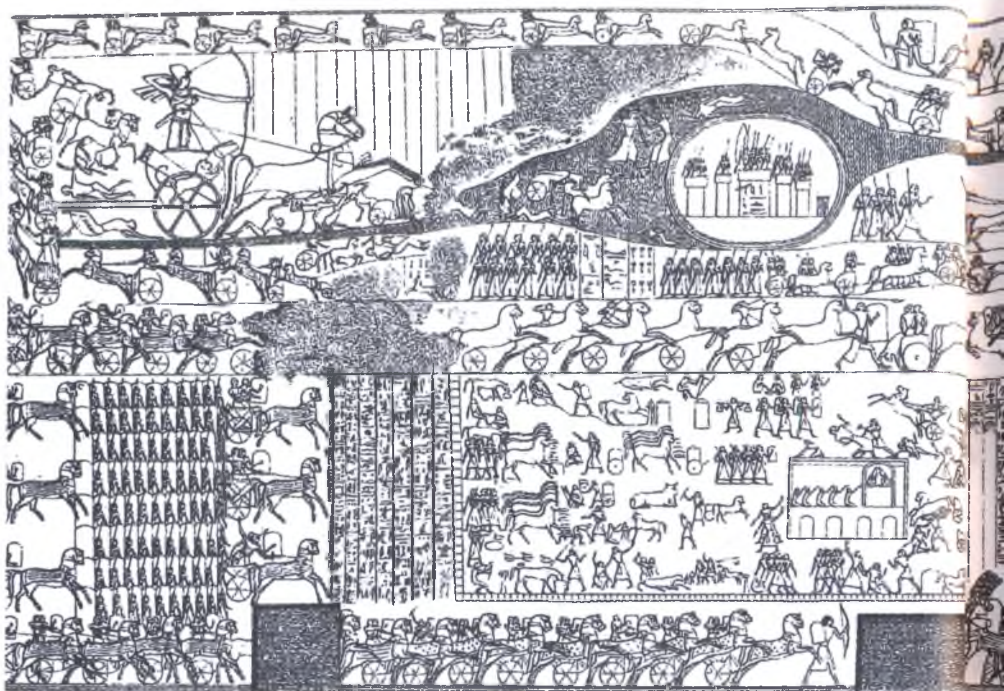
El racismo era ajeno al antiguo Egipto, tierra en la que manaba un espíritu de tolerancia, elaborado a través de un sistema de aceptación de las diferencias de color de la piel, el tipo físico, las lenguas y los hábitos alimentarios. Estas diversidades no eran entendidas como connotaciones negativas sino como diferenciaciones providenciales, justamente previstas y concretadas por voluntad divina.

Los numerosos extranjeros que había en Egipto disfrutaban de los mismos derechos que los egipcios. No obstante, los bienes de estas personas, a menudo comerciantes, estaban sometidos a las normas del derecho internacional, como se había ido estableciendo a consecuencia de las intensas y



La conquista de una fortaleza siria y la fuga de un cazador enemigo por el desierto. Abu Simbel, templo rupestre de Ramsés II (XIX din.) (I. Rosellini, *Monumenti Storici*).

frecuentes relaciones entre Egipto y los demás países. En el caso de que murieran en Egipto, se preveía que los bienes de los extranjeros fueran confiscados por el Estado egipcio (con la excepción del caso de un chipriota difunto, cuyas propiedades debieron ser restituidas a su familia en Chipre).



Grandiosa escena de la batalla de Qadesh junto al Orontes entre el ejército de Ramsés II y el de los hititas. Abu Simbel, templo rupestre de Ramsés II (XIX din.) (I. Rosellini, *Monumenti Storici*).

También se había elaborado un derecho internacional «diplomático», cuyo ejemplo más explícito es la paz estipulada entre Ramsés II y el soberano hitita, el primer tratado de paz internacional de que se tiene noticia en el mundo.

Las leyes existían, como los tribunales y los jueces. Pero la confianza en la justicia de los hombres, en especial por parte de los pobres, no era demasiado sólida, sobre todo en tiempos de crisis económica y social. Las plegarias de inspiración popular del Nuevo Reino tardío invocan a «Amón, visir del pobre», «que no acepta compensaciones de quien es culpable», y conjuran al dios para que ofrezca su oído «a quien está solo en el tribunal, y es pobre y no es rico». Desde luego, entonces como ahora es difícil aceptar la visión cotidiana del perverso que triunfa sobre el inocente, del malvado que tiene las de ganar sobre el bueno. Y el justo que sufre sólo puede desarrollar la esperanza de que, aunque obrando en tiempos y modos que



Enemigos palestinos capturados por Ramsés III y presentados por el rey al dios Amón. Tebas, templo de Medinet Habu (XIX din.).

el hombre no puede conocer, el castigo divino alcance al impío y al perverso: «A cada cerdo le llega su san Martín».

Relieves, pintura y estatuaria han restituido una rica iconografía de los faraones, en la cual el soberano pretendía presentar la imagen de sí mismo como victorioso sobre los enemigos. Desde la paleta de Narmer, de la I dinastía, hasta el último de los emperadores romanos que asumieron en Egipto el papel ideológico de los antiguos faraones, el rey está representado mientras golpea a sus enemigos, mientras los aferra y los abate con la maza, o bien mientras los extermina tras adoptar el aspecto de animales simbólicos del poder real, el león, la esfinge y el grifo. También las escenas de guerra y de conquista de las ciudades enemigas, que encontramos en relieves durante toda la época faraónica, y que son particularmente grandiosas con Tutmosis III, Ramsés II (batalla de Kadesh) y Ramsés III (batalla naval contra los «pueblos del mar» en Medinet Habu), abrazan y expresan la misma ideología, como narraciones ilustradas de la gloria faraónica.

Para las actividades bélicas, la defensa de las fronteras y la expansión por los países vecinos, había sido necesario proveer a una organización militar. Por eso los soldados eran adiestrados en toda clase de artes marciales y en el tiro con arco. La presencia de tropas estaba dictada también por las actividades de patrulla y seguridad de las vías caravaneras a lo largo de las cuales, por el desierto y en Nubia u Oriente Próximo, eran transportados materiales preciosos y exóticos, oro, minerales preciados, maderas e incienso.

Ya en el Antiguo Reino, junto a los militares egipcios encontramos las figuras de mercenarios nubios y libios. En el Reino Medio, el impulso expansionista es dirigido sobre todo a la conquista y al reforzamiento del dominio sobre Nubia, que se materializa con la construcción de grandes fortalezas entre la primera y la segunda cataratas. El Nuevo Reino, en fin, marca la época de máxima expansión y conquista de Egipto fuera de sus fronteras.

Existía un ejército regular, organizado minuciosamente en sus jerarquías, acompañado por una amplia estructura burocrática y administrativa formada por los «escribas del ejército». En el Nuevo Reino el ejército tenía un carácter permanente y los soldados eran reclutados con el sistema de la leva obligatoria. Lo constituían cuatro divisiones de infantería (cada una con el nombre de uno de los cuatro dioses principales del Estado, Ra, Amón, Ptah y Set), que comprendían 20 compañías de 250 hombres, divididas en secciones de 50 hombres, junto con los arqueros; seguía, para los



Reclutamiento de soldados. En los dos registros inferiores, los reclutas esperan el turno del barbero, sentados a la sombra de los árboles. Tebas, tumba de Userhat (XVIII din.).

jóvenes de familia acomodada, la «carrería», provista de carros de guerra de dos ruedas arrastrados por caballos, introducidos en Egipto en tiempos de los hicsos; por último llegaba la marina, formada sobre todo por marineros originarios del delta.

Las armas eran arcos, picas, jabalinas, cimitarras y puñales; los escudos estaban fabricados en madera revestida de piel; y las corazas, en cuero, estaban cubiertas por placas de bronce. La cota de malla fue introducida desde Siria a comienzos del Nuevo Reino. Siempre en esta época, una innovación técnica había potenciado el arma de los arqueros: la invención del arco compuesto con doble curvatura permitía un lanzamiento de mayor precisión y penetración.

A juzgar por las descripciones que hacen de ella las *Misceláneas escolares* —y su carácter antimilitarista, desarrollado en el ámbito de la escuela, no es desde luego objetivo—, los disgustos de la vida de los soldados excluían cualquier atractivo.

Tampoco la vida de un funcionario egipcio de servicio en una guarnición a trasmano era mucho más divertida: «Resido en Kenkentaui y no tengo provisiones; paso el día mirando al cielo y la noche bajo palmeras estériles que ni siquiera tienen frutos para comer; al alba están los mosquitos, a mediodía los tábanos. Hay 200 perros y 300 lobos: total 500».

La economía de Egipto estaba basada en las rentas de los bienes inmobiliarios del rey y de los templos y en los impuestos recaudados sobre la propiedad privada. Todo un sector de la administración y un aparato burocrático muy desarrollado censaba y administraba las rentas en especies que había que pagar al Estado, sobre la base de la extensión de los terrenos y el resultado de la cosecha medido, como ya hemos dicho antes, en relación con las inundaciones.

Las grandes fincas pertenecían al rey y a los templos, mientras que las propiedades privadas eran de costumbre muy modestas; reyes y templos cedían en alquiler sus terrenos en régimen de aparcería, es decir, recibiendo la mitad de la producción anual. Puesto que no trabajaban directamente los terrenos, los arrendatarios debían sacar los recursos con los que pagar a los campesinos y a los agentes fiscales de la mitad de la producción. Por su parte, los campesinos tenían en concesión una granja, normalmente de no más de una hectárea y media de extensión.

Pero el valle del Nilo en época faraónica no debe imaginarse superpoblado según las dimensiones actuales. La población de Egipto, como sugiere un cálculo verosímil, pedía considerarse, en torno al año 1500 a.C., en unos cuatro millones de personas (sólo en época tolemaica y romana se es-

timaba en el doble), incluidos los numerosos extranjeros generalmente bien asimilados en su país de adopción.

Como Egipto era un Estado fuertemente centralizado y organizado de manera comunitaria, regía, tanto para las obras públicas como para los canales construidos o reparados para y durante la inundación del Nilo, un sistema de prestación obligatoria al que eran llamados militares y civiles.

Por lo demás, uno de los derechos fundamentales del hombre egipcio era recibir una paga por la labor que desarrollaba para el templo, o para el Estado, o, aun, para un particular. Es más, bajo el reinado de Mikerinos, con ocasión de la construcción de la tumba de un alto funcionario, el rey intervino para defender a los operarios de un trabajo forzado: «Su Majestad no permitió que ninguno fuera obligado a trabajar: todos deben trabajar voluntariamente».

La paga era recibida en especies: cereales, aceite y ropas; también en vegetales y pescado; y de vez en cuando en sal, vino, cerveza dulce y otros artículos de lujo.

Las raciones dadas como salario a los trabajadores manuales parece que eran considerablemente superiores a las de un empleado sedentario: esto significaba que se tenía en cuenta su mayor necesidad de calorías. En la cantera de piedra arenisca de Silsila, donde estaban empleadas un millar de personas, cada operario recibía cada día cerca de dos kilos de pan, dos manojos de vegetales y un trozo de carne asada.

Los operarios del Estado eran pagados con víveres y bienes sacados de los almacenes del rey. Como «patrones» y empleadores, a los soberanos egipcios siempre les agradó mostrarse generosos y comprensivos respecto a las fatigas soportadas y dispuestos a conceder aumentos de sueldo y mejoras de trato, quizá sobre la base de contratos de trabajo siempre actualizados; en este sentido en el antiguo Egipto se puede hablar de «derechos laborales». La ley protegía a los trabajadores y si uno juzgaba lesionados sus derechos podía ligitar contra su patrón en los tribunales. Sabemos que, precisamente con el fin de garantizar la justicia social, fueron creados unos funcionarios especiales llamados «encargados de las peticiones», que viajaban por todo el país recogiendo las quejas y las protestas de quien había sufrido injusticias.

Cuando, a fines de la XX dinastía, en el 29° año de Ramsés III, el Estado egipcio ya no estuvo en condiciones de pagar un salario normal a sus operarios en la necrópolis tebana, se produjeron numerosos episodios de protesta. Según las noticias proporcionadas por el «diario» de un supervi-

sor de la necrópolis real de Tebas (el papiro que lo contiene está conservado en el Museo Egipcio de Turín), los trabajadores reducidos al hambre protagonizaron el primer caso conocido de huelga en el mundo, es decir, se abstuvieron de trabajar. Pero es verosímil que éste no fuese el único episodio parecido: recientemente se han descubierto documentos sobre una huelga de picapedreros en una cantera de granito de Elefantina durante el reinado de Amasis (siglo VI a.C.).

Otro caso muy distinto fue el de los trabajadores del Estado, por ejemplo, los operarios de la necrópolis real de Deir el Medina, cuya documentación es excepcionalmente precisa: se ausentaban del trabajo por razones de salud (están certificadas diversas enfermedades y picaduras de escorpión) o de familia (hacer la cerveza para la casa, ir a una fiesta con una hija, quizá con ocasión de su boda, curar a la madre enferma). En una ocasión, la justificación es divertida: «Tal trabajador está ausente porque ha reñido con su mujer».

Las horas de trabajo eran ocho, cuatro por la mañana y cuatro después de almorzar. También conocemos el nombre de al menos un médico encargado de los obreros enfermos. Estaban previstas las vacaciones, muy frecuentes, y oportunas para el equilibrio físico y mental: no se trabajaba el primer día de cada mes y los últimos dos de cada diez días, además de las fiestas oficiales.

Desde luego, no había un límite de edad, ni existía la idea de la jubilación. Pero en el caso de invalidez laboral, los operarios podían tener derecho a una gratificación (papiro Anastasis IV). En la época grecorromana un texto en demótico nos cuenta el caso de un empleado del templo, el cual, a consecuencia de una herida en un ojo durante el trabajo, fue primero suspendido y luego reintegrado después de haber presentado un recurso de apelación solicitando que el templo le resarciera por los gastos médicos.

Un gran número de gente activa en distintos sectores formaba parte de la sociedad productiva, que trabajaba y ganaba para vivir: carpinteros, constructores de carros, curtidores, zapateros, vidrieros y elaboradores de objetos en fayenza, orfebres y fundidores de metales, alfareros que creaban sus recipientes de arcilla en el torno para cocerlos en el horno, fabricantes de vasijas de piedra, tejedores de juncos y palmeras, panaderos y pasteleros, cerveceros, ladrilladores, lavanderos y tintoreros, en suma, toda la gama de buenos trabajadores manuales orgullosos de su habilidad, más allá de lo que dijera la gente de letras para desacreditar su trabajo, en textos satíricos que sabemos que son tendenciosos, aunque estén basados en la observación de las incomodidades inherentes a muchos trabajos manuales: «Mira

con tus propios ojos: los oficios están desplegados ante ti. El lavandero se pasa todo el día arriba y abajo; todo su cuerpo es débil, a fuerza de blanquear los vestidos de sus vecinos cada día y a fuerza de lavar sus ropas. El alfarero está sucio de tierra como una persona a la que se le ha muerto un familiar: sus manos y sus pies están llenos de arcilla como alguien que está en el fango. El zapatero mezcla la sustancia curtiente, su hedor es fuerte y sus manos están rojas de rubia como alguien que está manchado de su sangre y mira hacia atrás por miedo al milano, como un hombre herido cuya carne viva está expuesta. El cestero (?) hace cestos y saca brillo a los soportes redondos (de las guirnaldas); pasa una noche de trabajo como alguien sobre cuya cabeza brilla el sol. Los comerciantes viajan arriba y abajo y son batidos (?) como el cobre, llevando mercancías de una ciudad a la otra y suministrándole aquello que ella no tiene; pero los recaudadores llevan oro, el más precioso de todos los minerales. Las tripulaciones de cada casa comercial han recibido su carga, de modo que pueden partir de Egipto a Siria. Cada uno lleva consigo a su dios, ninguno de ellos (osa) decir: "Volveremos a ver Egipto". Un carpintero que está en el obrador, lleva la madera y la dispone. Si hoy entrega su trabajo de ayer, ¡ay de sus miembros! El jefe de carpinteros está a sus espaldas para decirle maldades. Su subordinado está en los campos, lo cual es el más duro de todos los oficios. Pasa todo el día cargando sus herramientas, atado a su caja de herramientas. Por la noche, regresa a su casa, cargando la caja y la leña, su jarra para beber y sus piedras para afilar. Pero el escriba es el que controla el trabajo de todos. Toma nota».

Sobre el comerciante (en egipcio se llamaba *shiuty*), siglos después, circulaba un proverbio, que reflejaba el punto de vista de la clientela: «No bebas agua en la casa de un mercader: te la pondrá en la cuenta» (*Enseñanzas de Anekhsheshionki*, en demótico).

Es bastante frecuente encontrar, en los repertorios de la «vida cotidiana» ilustrados en las paredes de las tumbas, en especial del Antiguo Reino, representaciones que muestran momentos de compraventa: hombres o mujeres se intercambian alimentos, legumbres o pescados por objetos elaborados, telas o collares, junto a los embarcaderos.

La economía egipcia antigua permitía, pues, las transacciones entre individuos, en un sistema de intercambio de mercancías (*troc*); hay que esperar a los persas y luego a los griegos para que se difunda por Egipto el uso de la moneda acuñada. En un país de base agrícola, el comercio se presentaba como actividad complementaria de productos excedentes en el sector

Lavanderos trabajando. Tebas, tumba de Ipuy (XIX din.).

Construcción de un gran y elaborado naos de madera. Tebas, tumba de Ipuy (XIX din.).



Carpinteros y ebanistas trabajando. Tebas, tumba de Rekhmara (XVIII din.).

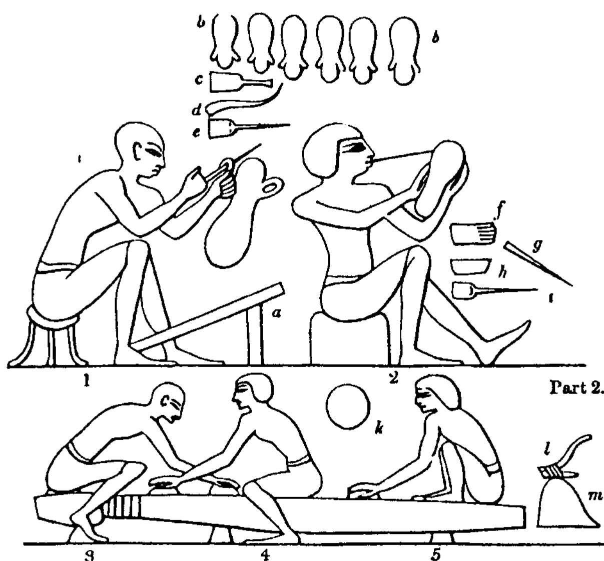
primario, pero también en el artesanal, como por ejemplo la fabricación del papiro, ligada a los templos, a las propiedades del rey o de los particulares ricos.

Algunas tumbas de Gizeh, del Antiguo Reino, son las que nos proporcionan las más antiguas representaciones de actividades comerciales y de comerciantes: por ejemplo la mastaba de Ti, que muestra las idas y venidas de personas con objetos diversos, o vendedores y compradores dispuestos en grupos cerca de cestos de frutas, legumbres y pescados.

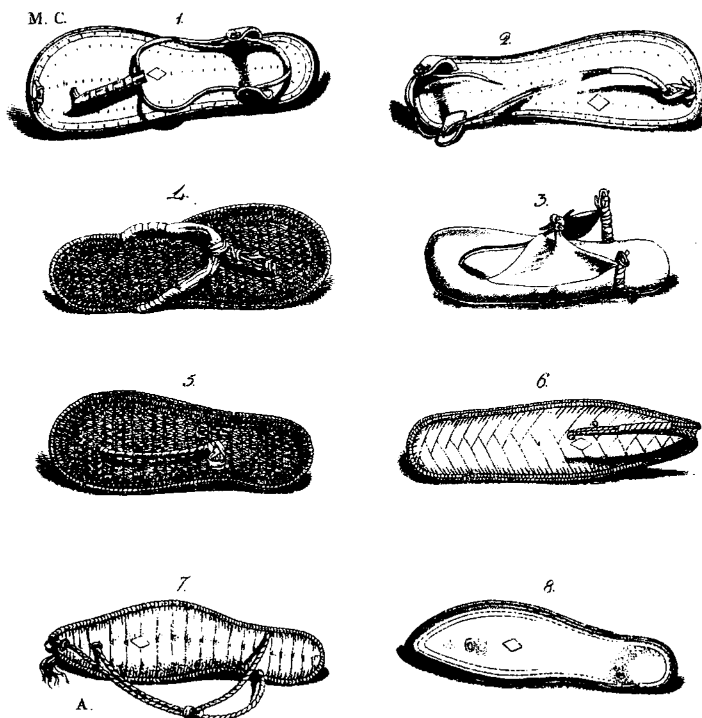
Dos clientes se disputan un collar de perlas multicolores, ofreciendo a cambio respectivamente un par de sandalias y un dulce. Y es divertido leer los jeroglíficos de las acotaciones, como en un tebeo: «He aquí unas sandalias resistentes», dice el primero; y el segundo añade: «He aquí una galleta dulce».

Otra escena de intercambio muestra la competencia de un collar contra un abanico. Las acotaciones dicen: «Déjame ver, dime el precio»; «He aquí un hermoso collar por tu abanico, he aquí tu fortuna»; «He aquí un abanico, ¡oh mercader!». Un mercader propone una flauta y unos anzuelos.

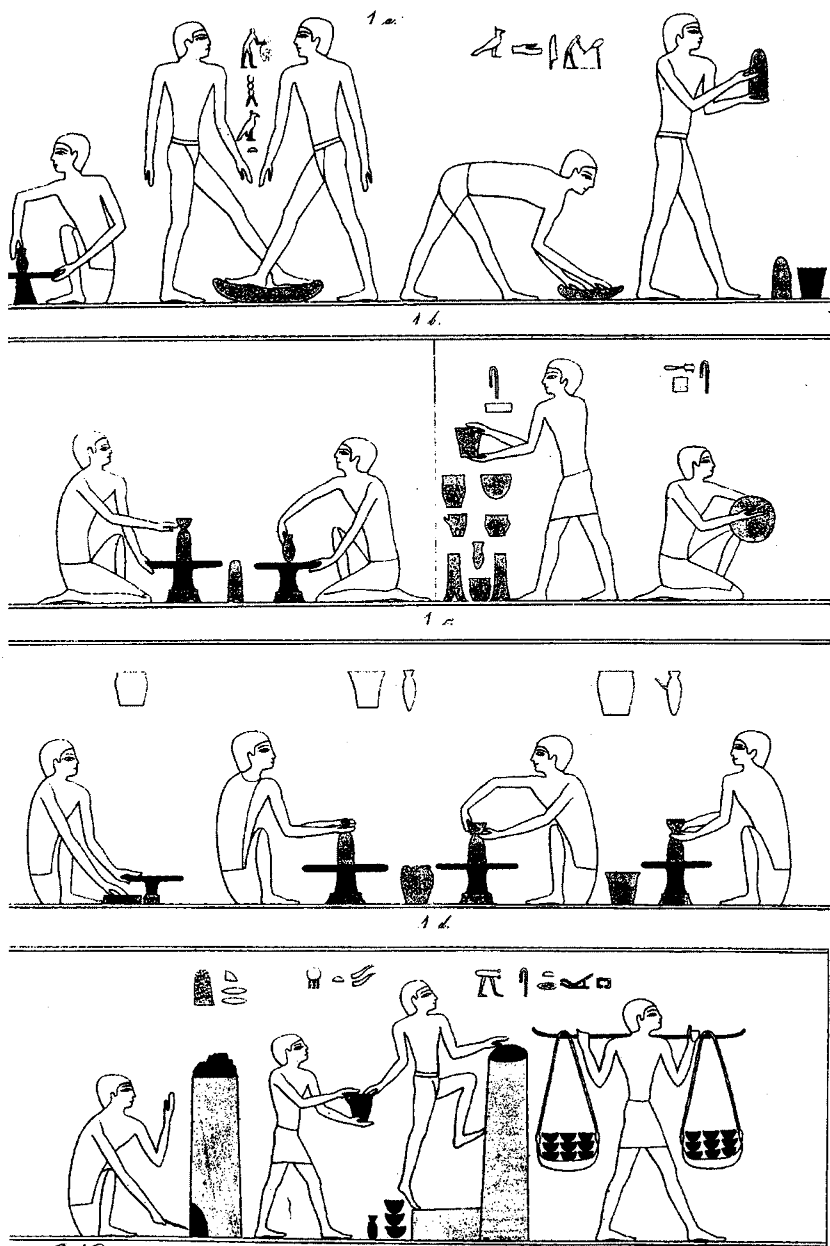
En las escenas de la mastaba de Kagemni, se ofrecen perfumes y ungüentos con los que llenar la vasija de alabastro llevada por el comprador, que solicita: «Cólmala, cólmala». Otro mercader alardea de su perfume:



Zapateros fabrican sandalias. Abajo, carpinteros pulen la superficie de una columna de madera. De una tumba tebana del Nuevo Reino (J. G. Wilkinson, *Los antiguos egipcios*, II).



Tipos de sandalias (I. Rosellini, *Monumenti civili*).



Procedimientos de la fabricación en el torno de las vasijas de terracota; desde la amasadura de la arcilla con los pies hasta la cocción en el horno de las vasijas modeladas en el torno. Beni Hassan, tumba de Baket (Reino Medio) (I. Rosellini, *Monumenti civili*).



Egipto moderno (Nazla, Fayum, 1999): el alfarero y su torno.

«He aquí una pomada muy dulce», sobre cuyas cualidades está de acuerdo el comprador: «Tu fragancia ha sido perfumada por el dios Sokari».

En la mastaba de Ptahscepes, un mercader ofrece unas cebollas por un pan y dice: «Déjalo y te daré unas hermosas cebollas». En la mastaba de Anekhmahor, se intercambia un pan por un pescado. Para el Nuevo Reino, la escena que encontramos en la tumba tebana de Ipui es muy interesante: unos hombres pertenecientes a la tripulación de una barca que transporta trigo, comercian en tierra con algunas mujeres comprando panes, pescados y verduras, y ofreciendo el precioso cereal que vierten en cestos.

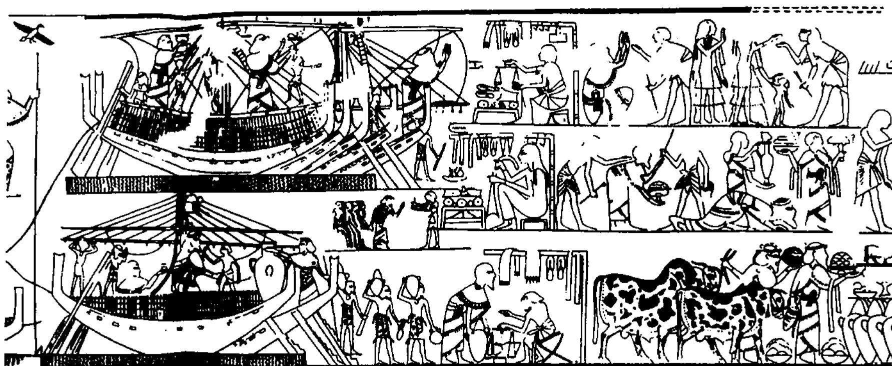
No obstante, el sistema de intercambio de mercancías fue pronto dejado de lado por un sistema de valoración basado en una unidad de plata, el *shiat* (un pequeño anillo con un peso aproximado de 7,5 gramos), que desarrollaba la función de unidad de cuenta, de valor y de instrumento de ahorro. El *deben* de 90 gramos (dividido en 10 *kite* o 12 *shiat*) subvenía a las necesidades de una unidad ponderal más pesada. Paralelamente a las unidades ponderales en metal (oro, plata y cobre, cuyo valor cambiaba según las épocas), las medidas de trigo y aceite podían servir de instrumento de equivalencia. Sabemos que en época ramsésida una jarra de vino de 20 *hin* (unos 10 litros) de cerveza valía de 1 a 2 *deben*. La miel tenía un precio alto, costaba 1 *deben* por *hin* (unos 0,50 litros), e igual el aceite de ben.

Para la difusión de la moneda acuñada, como hemos dicho, habrá que esperar, de todos modos, a los persas y luego a los griegos.

El comercio exterior, probablemente bajo control estatal, como testimonian el cobro de tributos o los impuestos aduaneros, desde el Antiguo Reino cubre las necesidades de mercancías diversas no producidas en Egipto. Por vía marítima, pero también terrestre, afluían a Egipto materias primas (madera y minerales) o productos elaborados, como objetos de lujo exóticos, del Líbano y de otros países de Oriente Próximo y Medio, pero también de las zonas internas de África. Convencionalmente las mercancías exteriores, traídas a Egipto mediante intercambio con productos egipcios, son siempre llamadas, en los textos oficiales, «tributos». Egipto exportaba telas de lino, trigo, papiro y natrón (carbonato de sodio). Los mercaderes embarcaban en las naves que partían regularmente hacia los puertos egipcios, en especial Menfis y de Oriente Próximo. Muy cerca, al norte de la ciudad, hacia Bubastis, existía un importante puerto y atarazanas bien equipadas acogían con frecuencia las expediciones mercantiles llegadas del exterior. En la orilla, como revela una escena pintada en la tumba tebana de Qenamón, esperaban los banquetes y los puestos de



Algunas mujeres ejercitan el comercio con marineros egipcios en el muelle de amarre. Tebas, tumba de la época ramsésida (XIX-XX din.).



Escenas de comercio al por menor con sirios que desembarcan de sus naves a orillas del Nilo. Tebas, tumba de Qenamón (XVIII din.).

los mercaderes. Entre éstos una mujer vende telas y sandalias, panes y carne seca (?), mientras un hombre, que bajo su puesto muestra sandalias y telas, tiene en la mano una balanza probablemente para pesar *deben* de cobre.

También Unamón, que se dirigía al Líbano como mensajero de Amón para obtener la madera útil con la que construir una barca nueva para el dios tebano, era al mismo tiempo un comerciante con el exterior. En calidad de tal se había llevado consigo, como protección, una estatuilla de «Amón del camino», patrón de los viajeros y los mercaderes.

Necao II (XXVI dinastía) tenía muy presentes los problemas y las dificultades del comercio y de sus vías de comunicación cuando intentó conectar el Mediterráneo con el mar Rojo (empresa luego realizada por el soberano aqueménida Darío I). Según Heródoto (IV, 42-43), Necao habría encargado la circunnavegación de África a navegantes fenicios, los cuales la

habrían realizado en tres años, dos empleados para doblar las Columnas de Hércules y uno para el regreso a Egipto. Según esta noticia difícilmente aceptable, los marineros habían llevado consigo semillas y, al final de cada verano, desembarcaban, sembraban, esperaban la cosecha, segaban el trigo y luego reanudaban la navegación.

Capítulo 5

La vida en familia. La mujer, el hombre y la moda

Las escenas de las tumbas egipcias en las que están representados los dueños de casa son deliciosas. La mujer, en general, pasa el brazo derecho por los hombros de su marido, o viceversa. En estos interiores familiares es muy raro que no estén representados también los hijos, varones y mujeres, a los que estaba confiada la perpetuidad del culto funerario y, por tanto, de la supervivencia de su padre.

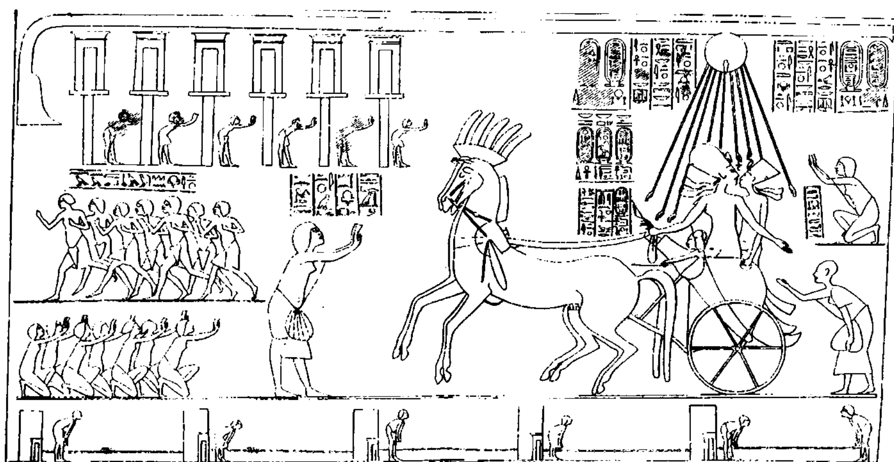
Sin embargo, no debemos hacernos una idea demasiado convencional e idílica de la sociedad y la familia egipcias antiguas. Se conoce el testamento de una mujer que desheredó a algunos de sus hijos porque la habían descuidado en su vejez. Y del Antiguo Reino nos han llegado cartas dirigidas a difuntos por parte de familiares que, denunciando graves injusticias de los coherederos y prevaricaciones patrimoniales, pedían la intervención del muerto. Y si la mayoría de los padres egipcios eran cariñosos y afectuosos con su prole, una carta en demótico (siglo III a.C.), enviada al dios Thot por parte de dos huérfanos, un chico y una chica, denuncia la maldad y la crueldad paternas: «Miseria de noche, desgracia de día a causa de un hombre cruel, un impío que no conoce el remordimiento, llamado Harpakeme, pero que tiene por nombre Sheraha, hijo de Unemont, que dicen que es nuestro padre aunque no tenga piedad de nosotros, que, después de que

nuestra madre ha pasado tantos años con él y nos ha traído al mundo, la ha hecho morir [de pena] cuando éramos aún pequeños, se ha traído a casa a otra [mujer] y nos ha echado el día en que nuestra madre ha muerto, sin darnos pan, ropas o aceite. Quien se apiadaba de nosotros porque dios le llenaba [de caridad] el corazón, cuando nos veía hambrientos nos daba un pan. Quien nos encontraba de noche por la calle, en las esquinas, y dios le llenaba [de caridad] el corazón, nos llevaba a su casa hasta la mañana. Nuestra madre le había entregado su dote y él nos la ha robado [...]. Las afrentas que nos ha hecho son numerosas. Cuando un prepotente nos pegaba por la calle, [nuestro padre] decía: "¡Pégales!", en vez de decir: "¡No lo hagas!". Cuando nos veía en la puerta de su casa, nos tiraba piedras. Sin embargo, este hombre posee plata, trigo y propiedades; desde luego, no necesita el poco pan que nos daba. Son demasiado numerosas para ser escritas, no hay suficiente papiro para reflejarlas [todas], las angustias, las privaciones, las miserias y las pesadumbres que nos ha causado Horus-el-cruel, nuestro padre. ¡Miseria de noche, desgracia de día a causa de este hombre! [...] ¡Nosotros estamos abatidos, levantadnos! Estamos agobiados, haced que acabe con ello. ¡Somos tratados injustamente, que se nos haga justicia!».

La vida familiar de los soberanos, en los momentos de intimidad, no se representaba habitualmente, con la excepción del templo de Amenofis III y sobre todo de Aknatón, quien no vacilaba en hacerse reproducir en su carruaje junto a Nefertiti, mientras se intercambian tiernos besos. Y no hay estela o relieve de Aknatón en los cuales no estén las hijas de la pareja real, pegadas a sus padres. Como hecho excepcional, son presentados también los momentos de luto familiar, como la muerte de la pequeña princesa, a la que los padres lloran como cualquier padre o madre afligidos.

El matrimonio, en el antiguo Egipto, era esencialmente un hecho social: la voluntad de dos personas de vivir juntas; una decisión, por tanto, de la que estaba excluido el aspecto religioso pero también el control estatal. El momento de la boda, es decir, el inicio de la cohabitación (con la posibilidad de acuerdos entre las dos familias, y con usos que se fueron conformando con el tiempo), era probablemente solemnizado por una fiesta, o ceremonia. Las *Poesías de amor* que nos han llegado permiten pensar que la elección del cónyuge podía estar libremente inspirada por la simpatía y la atracción, pero no excluyen que las relaciones prematrimoniales podían garantizar una convivencia verificada por la recíproca compatibilidad.

Los autores de las *Enseñanzas* recomiendan tratar bien a la esposa. Dice Ptahhotep: «Si eres un hombre de bien, funda tu hogar. Ama a tu mujer con pasión, llena su estómago, cubre su espalda (y proporciónale) el un-



Aknatón y Nefertiti se besan en el carruaje real, mientras regresan al palacio.
El Amarna, tumba de Mahu (XVIII din.).



Bajo los rayos de Atón, con ocasión de la visita a la nueva capital de la reina madre Ti, Aknatón, Nefertiti y sus hijas comen con apetito; el rey muerde el asado de un espetón. El Amarna, tumba de Hui (XVIII din.).

güento que es un remedio para el cuerpo. Alegra su corazón durante el tiempo en que vivas: es un campo útil para su dueño». Y más adelante: «Si te has casado con una mujer agradable y alegre, que sus conciudadanos han conocido cuando era agradable y alegre y el tiempo era hermoso para ella, no la repudies sino dale de comer: la mujer jovial da alegría».

La ley concedía los mismos derechos a la mujer y al hombre. La mujer egipcia, casada, soltera o divorciada, actuaba como una persona jurídica independiente, y podía redactar en su nombre cualquier documento legal. En caso de divorcio, las obligaciones más penosas eran previstas para el marido que deseaba disolver el matrimonio sin culpa de la mujer. De todos modos, la realidad de las situaciones conyugales queda descrita por una broma reproducida en una carta que un escriba envía a un colega para reprocharle que guarde en su corazón un resentimiento que no consigue desahogar: «Tú eres como se cuenta de una mujer sin un ojo —le dice—, que había estado casada con un hombre durante veinte años; y cuando el hombre conoció a otra mujer, le dijo a su esposa: "¡Te repudio porque, según los rumores que corren, te falta un ojo!", y ella le replicó: "¿Han hecho falta los veinte años que he sido tu mujer para que te dieras cuenta?"».

El estatus de la mujer no era modificado por el matrimonio, su condición era personal y natural. El nombre de la mujer casada era precedido por la expresión «señora de la casa», con el mismo significado que tenía la palabra latina *domina*, mujer, esposa legal. Podía heredar a su marido, que, de todos modos, estaba obligado a mantenerla, podía hacer testamento en favor de un hijo, excluyendo a otros. Sabemos que así se comportó una mujer algo despótica, Naunekhet, que vivió en la aldea de los artesanos y operarios de Deir el Medina, en la XX dinastía; con un documento redactado ante un tribunal judicial, excluyó de la sucesión a tres de sus ocho hijos, irritada, como dijo claramente, porque la habían descuidado en su vejez.

Los hijos y las hijas heredaban tanto al padre como a la madre. Merece la pena recordar, quizá, que en Egipto la descendencia materna era (también sobre base fisiológica) más importante que la paterna. Esto está claro, por ejemplo, en el caso de los derechos dinásticos que se transmitían por vía femenina: así se comprende mejor la teoría de la teogamia, es decir, de la unión entre un dios y una mujer, en el dogma real, y se explica la posición de prestigio que tenían reinas, madres y esposas reales.

No había impedimentos para que las mujeres pudieran ejercer el sacerdocio. Muchas señoras del Antiguo Reino eran sacerdotisas de Neith o de Hator. Algunas ejercitaban, como sus colegas masculinos, las funciones re-

lativas al culto funerario, obteniendo rentas de las fundaciones conectadas con el culto. Aunque sean excepcionales los testimonios de mujeres que hayan ejercitado la función de escriba, no se puede excluir que no existiese una instrucción, siquiera elemental, ampliamente difundida entre las representantes de la clase media-alta, desde el momento que podían poseer y administrar libremente bienes y propiedades.

En general, las funciones de la «señora de la casa» estaban conectadas con las actividades domésticas y la buena marcha del hogar, la crianza de los hijos y también con la administración de los bienes propios y del marido (si era campesina, en las actividades agrícolas más ligeras). Manifiestamente respetadas en la sociedad, vemos que las mujeres egipcias también desarrollaban su vida como artesanas, criadas, peluqueras, coperas, bailarinas, cantantes en los templos o en los palacios o nodrizas.

En el primer puesto, estaban las funciones maternas, fisiológicamente femeninas y que, también en tiempos de los faraones, aseguraban a las mujeres poder y prestigio. El nacimiento de los hijos era un momento central en la vida de la familia. La mujer daba a luz acurrucada en una estera, o sentada sobre un soporte, hecho con dos ladrillos, divinizado con el nombre de Mesekhenet, sobre el que estaba escrito el destino del hombre y la duración de su vida. Durante los dolores, las parturientas llamaban en su ayuda a divinidades menores: al enano Bes, a Toeris, con su pesado cuerpo de hipopótamo, y a la diosa rana Heqet.

En el mundo egipcio antiguo hubo recién nacidos muy especiales, predestinados a ser faraones: el parto de los cinco hijos de la esposa de un sacerdote de Heliópolis y del dios Ra en persona, que serían los reyes de la V dinastía, fue asistido por cuatro diosas (Isis, Neftis, Mesekhenet y Heqet) e incluso por el dios que modelaba el mundo en su torno, Jnum. De la misma manera, cuando la reina Amosis, esposa de Tutmosis I, trajo al mundo a Hatsepsut, hija carnal del dios Amón, fue ayudada por los genios del parto y por Bes y Toeris, y Jnum modeló en su torno el *ka* de la real y divina recién nacida.

Los niños eran amamantados por la madre hasta los tres años; las mujeres trabajadoras se llevaban a los niños en un chal anudado. Los hijos podían ser confiados a los cuidados de una nodriza o una niñera, en especial en las familias de clase alta y en la real, donde las nodrizas podían tener gran importancia por el vínculo afectivo con los principitos, acaso futuros reyes. Conocemos también cortesanos que llevan el título de «niñero», «nodrizo» del rey, y que se hicieron representar con su discípulo sobre las rodillas, como Paheri, Senmut y Hekaresciu, todos de la XVIII dinastía.

Fundar un hogar, casarse, traer hijos al mundo, es un *leitmotiv* de las *Enseñanzas*. Hergedef, el hijo sabio del faraón Keops, dejó escrito: «Si eres un hombre de bien, funda una casa; cásate con una mujer fuerte, tendrás un hijo varón». Y algunos siglos después, el sabio escriba Any aconsejó: «Toma esposa mientras eres joven, que pueda parir para ti cuando aún eres vigoroso. Está bien un hombre cuya familia es numerosa; es honrado en proporción al número de sus hijos». Nos impresiona todavía más, por tanto, por su profundidad, el consejo que encontramos en las *Enseñanzas de Ptahhotep*: «No te vanaglories con quien no tiene hijos: no seas mezquino jactándote de tus hijos. Hay muchos padres afligidos, y madres que han parido pero otra es más feliz que ellas».

Muchos detalles sobre la actitud de los egipcios antiguos respecto a la familia se nos relatan en los textos biográficos, iluminadores de las virtudes familiares. En el Antiguo Reino, conocemos el cuidado que un monarca llamado Giau se tomó para proveer a la tumba y a los funerales de su padre. Afirma que quiso ser enterrado en la tumba de su padre, y no desde luego para ahorrar, como le interesa explicar: «He querido que me enterraran en una misma tumba con Giau (mi padre) para poder estar con él en el mismo sitio, y no porque no tuviera la posibilidad de construir dos tumbas. Lo he hecho para ver a Giau (mi padre) todos los días y permanecer con él en el mismo sitio».

En cuanto al príncipe Sabni de la VI dinastía, uno de los gobernadores del sur, que residían en Elefantina y tenían sus tumbas rupestres frente a Asuán, sabemos por su autobiografía que por piedad filial fue en busca el cuerpo de su padre, Mekhu, muerto en África en la región de Uauat durante una expedición más allá de la segunda catarata del Nilo. El príncipe regresó a Egipto con los pobres restos recompuestos en una caja de madera que cargó sobre un asno, logrando así dar a su padre una digna sepultura, enriquecida por los dones del soberano.

La bondad y la generosidad, por lo demás, se extendían para el antiguo egipcio virtuoso mucho más allá de los límites de la familia. Neferseshemra, llamado Sheshi, que vivió en la VI dinastía y fue propietario de una tumba en Saqqara, dejó escrito:

> Hablé verazmente, actué rectamente;
> hablé bien, referí de la manera correcta,
> me senté en el momento justo y me comporté bien con la gente.
> Juzgué entre dos personas dejándolas contentas,
> defendí al débil del más fuerte, en cuanto estaba dentro de mis posibilidades.

Di pan al hambriento, vestí al desnudo,
hice atracar a quien no tenía barca.
Enterré a quien no tenía hijos, hice una barca para quien carecía de ella.
Respeté a mi padre, sentí afecto por mi madre, crié a sus hijos (mis hermanos).

En sus *Enseñanzas* (escritas en torno al 1400 a.C.) el escriba Any expuso las razones del deber de reconocimiento hacia la madre, pintando un cuadro conmovedor: «Duplica el pan que te ha dado tu madre. Manténla, como ella te ha mantenido, te ha llevado en el vientre y no te ha abandonado, ni siquiera después de que hubieras nacido tras tus meses de gestación. Te ha llevado al cuello amamantándote durante tres años. Aun siendo fuerte el disgusto por tus excrementos, nunca ha sentido asco diciendo: "¿Qué debo hacer?". Te ha llevado a la escuela cuando debías ser instruido en las letras, y estaba esperándote cada día, con el pan y la cerveza traídos de casa».

Pero el mismo Any exhorta al joven marido a ser un padre igualmente premuroso y consciente con su prole: «Eres joven y has tomado esposa, has fundado tu hogar: entonces interésate por quien has traído al mundo y por todos aquellos a los que has acunado, del mismo modo que tu madre lo ha hecho por ti».

Sobre las relaciones afectuosas que el hombre egipcio mantenía con su madre, es iluminadora una curiosa carta, enviada por un carpintero (XX dinastía) a su madre, Neferetkha, a la cual evidentemente estaba muy ligado, para exponerle un caso de conciencia: «Había jurado no comer ni pernil ni tripa, pero he aquí que los he comido. No volveré a hacerlo. Pido al dios por el que he jurado que me perdone». El carpintero había hecho un voto, privándose de comidas que le gustaban, pero luego no había conseguido mantener la promesa.

La natalidad era alta, pero también la mortalidad; y las enfermedades y las desgracias que podían matar eran muchas. He aquí, entonces, que la magia podía intervenir para proteger a los pequeños: se preparaban amuletos con inscripciones muy especiales («decretos» que se supone pronunciaban ciertos dioses), introduciéndolos luego en estuches y colgándolos del cuello de los niños, varones o mujeres. Las listas de enfermedades físicas y ocasiones nefastas, de agresiones de demonios y mal de ojo, son muy interesantes, como también lo es que se prometiese a los niños inteligencia y elocuencia. He aquí un «decreto» para una niña: «La salvaremos de las siete estrellas de la Osa Mayor y de la estrella que caiga del cielo y se aplaste contra la tierra [...]. La salvaremos de todo tipo de muerte, de toda enfermedad, de toda acusación, de todo mal, de todo desorden, de toda

ansia, de todo discurso desagradable, de todo discurso cruel, de todo doble discurso, de todo discurso de burla. La salvaremos de toda hechicería, de todo mal de ojo, de toda mirada malévola [...]. La salvaremos de un oráculo adverso y de un discurso hostil. La salvaremos de los dioses que cogen a la gente a traición, de los que cogen a la gente como botín, de los dioses que encuentran a la gente en el campo y la matan en la ciudad, y viceversa. La salvaremos de todo dios y de toda diosa que se encolericen cuando no están contentos. La salvaremos de los dioses que cogen a uno en el sitio de otro [...] La salvaremos de tener el ánimo abatido y deprimido; le abriremos la boca para que hable [bien]. Le evitaremos las incomodidades durante cualquier viaje que haga, en cualquier edificio que entre, en cualquier lugar al que se dirija. [...] La salvaremos [cuando está] en una barca, cuando está en el desierto, y en cualquier viaje que haga, dondequiera que vaya. Nos ocuparemos de todo cuanto sea bueno para ella, toda buena ocasión, y una infancia feliz [...]. La salvaremos de la magia de un sirio, de la magia de un nubio, de la magia de un libio, de la magia de un egipcio, de la magia de un brujo y de una bruja y de cualquier magia. La salvaremos de eccemas, herpes, erupciones cutáneas, viruela, aires pestilentes y edemas. La salvaremos de toda indisposición en el abdomen y de cualquier enfermedad que pueda sobrevenir [...]. Le haremos concebir hijos varones y mujeres, se los haremos criar, los haremos progresar y restituirle [cuanto han recibido, llenos de reconocimiento]. Le proporcionaremos su propiedad con ganado, cabras, sirvientes y sirvientas, cebada, escanda, cobre y herramientas».

Otro amuleto de protección es para un niño, y enumera minuciosamente todas las partes del cuerpo que podrían ser afectadas, para estar seguros de que no se ha omitido nada: (*Habla Ra Harakhte*) «Mantendré sanas su carne y sus huesos; mantendré sana su cabeza; mantendré sano todo orificio; mantendré sano el oído derecho y el oído izquierdo; mantendré sanos sus oídos, mantendré sana su nariz; mantendré sana su boca. Mantendré sana su lengua; mantendré sanos sus dientes; mantendré sana su garganta; mantendré sano su cuello; mantendré sanos su hombro derecho y su hombro izquierdo; mantendré sanos su costado derecho y su costado izquierdo; mantendré sana su espalda; mantendré sano su vientre; mantendré sano su corazón; mantendré sanos sus pulmones; mantendré sano su hígado; mantendré sanos sus riñones; mantendré sanos sus intestinos; mantendré sano todo su abdomen; mantendré sanos su pie derecho y su pie izquierdo; mantendré sanos todo su cuerpo y todos sus miembros de la cabeza a los pies. Lo haré crecer, lo haré desarrollarse, lo haré volverse exce-

lente y lo haré volverse inteligente. Lo haré volverse tan [rico que] podrá ver cómo las manos se le doblan [por el peso de las ofrendas] hacia Amón, Mut, Jonsu y Montu, señor de Ermonti».

En el trabajo, en los campos y en las estancias de las casas modestas, sentados a la puerta en las callejuelas de la ciudad, o cómodamente en los comedores o los jardines de las villas y los palacios, hombres, mujeres y niños, reyes o visires, sacerdotes o picapedreros, todos debían comer. Las ofrendas alimentarias también son esenciales en los ritos del culto para los dioses, como en el funerario para permitir que los muertos recuperen las fuerzas con la comida.

La base de la alimentación era, para todos, el pan y la cerveza, además de la buena agua del Nilo, naturalmente. El menú estaba integrado con otros alimentos: carne, bovina y ovina, caza, patos y gansos; y muchos pescados, frutas y verduras, en abundancia para todos. La cantidad y la calidad de los alimentos variaba, por supuesto, según las posibilidades económicas, la situación social y las ocasiones (ceremonias, fiestas, banquetes o recepciones). Muchas escenas, que nos han llegado gracias a las decoraciones tumbales, a partir del Antiguo Reino, nos han proporcionado todo tipo de información sobre el modo de cocer la carne, el pescado y las volátiles (asadas o hervidas) y sobre la panificación y la preparación de los dulces. En suma, el tema de la alimentación en el antiguo Egipto está muy bien documentado.

Los distintos tipos de pan, cocido en hornos al aire libre, estaban hechos de harina de sorgo o de trigo. Con el añadido de miel o de harina de dátiles o de algarroba, se preparaban muchas variedades de roscas y dulces. La cerveza se hacía en casa, como ya lo hemos dicho, con la fermentación de pasta de harina de cebada no completamente cocida. El vino no era de uso habitual, al menos para la gente menos acomodada.

No existían los cubiertos, pero sí los cuchillos. Durante los banquetes, los convidados, reunidos en grupos de hombres y mujeres, se sentaban en unos escabeles bajos, pero también se acomodaban en sillas de altura normal. Junto al convidado, una mesita baja permitía depositar las comidas y las copas para el vino o la cerveza. El servicio, en las casas de los ricos, era desempeñado por un gran número de criadas, esbeltas y agraciadas, y por jóvenes servidores.

Una fiesta con huéspedes era una ocasión para acompañar comidas y bebidas con música, cantos y exhibiciones de bailarines y bailarinas, de bufones, o con juegos y pruebas de agilidad. Los invitados podían llegar en



Las invitadas al banquete son acogidas hospitalariamente. Tebas, tumba de Rekhmara (XVIII din.).



Sacrificio de los bovinos; el matarife afila el cuchillo en la cola del animal. Saqqara, mastaba de Mereruka (VI din.).



Escena de la cría de abejas en panales de terracota y de la recogida de la miel.
Tebas, tumba de Pabasa (XXVI din.).



Para conservar la carne del animal sacrificado, los trozos son puestos a secar colgados de cuerdas. Tebas, tumba de Antefiker (Reino Medio).

carruaje o en silla de manos acompañados por un portaparasol, un utensilio que se conoce también por los carruajes reales y cuya función —hacer sombra a la sagrada persona del soberano— podía ser asumida también por el flabelo de plumas de avestruz. El huésped que llegaba con retraso se veía obligado a llamar a la puerta. Durante el banquete, se vertía agua en las manos, se distribuían ungüentos, flores de loto, collares de flores, y circulaban las copas de vino. No faltaba, incluso entre las damas, quien se excedía con el alcohol.

El hilado y el tejido de las fibras de lino eran una actividad artesanal, ejercitada en gran parte por las mujeres de la clase trabajadora incluso en casa, si bien, al menos por lo que se refiere a la gran producción, permanecía bajo el monopolio de los templos. Las condiciones climáticas de Egipto han permitido la conservación, hasta nuestros días, de una gran cantidad de tejidos de la época de los faraones que muestran una extremada variedad, desde el lino finísimo y transparente hasta la tela rústica. Entre las piezas más hermosas de lino antiguo elaboradas en el telar, es justamente famosa la túnica encontrada aún doblada en un cofre en la tumba de Tutankamón: estaba tejida formando una trama con motivos decorativos, es-

cenas de caza, esfinges y grifos alados de tipo oriental. Merecen recordarse, además, una faja, espléndida en sus policromías, que perteneció a Ramsés III, encontrada en Menfis, y el ajuar de telas hallado en la tumba del arquitecto Cha (actualmente en el Museo Egipcio de Turín).

Además, los tejidos de lino se mantenían blancos. El denso plegado, que hace tan elegantes las túnicas transparentes llevadas por reyes y reinas, por hombres y mujeres de la XVIII a la XX dinastía, era obtenido mecánicamente, con el uso de una herramienta especial, sobre la cual se hacían secar los tejidos (una de estas herramientas se conserva en el Museo Arqueológico de Florencia).

Para tejer, los egipcios antiguos conocían dos tipos de telar, el horizontal y luego, más tarde, el vertical. Los tejidos eran muy apreciados en todos los demás países y constituían, con el papiro, uno de los productos más exportados.

Los egipcios, sin distinción de hombres y mujeres, estaban muy preocupados por su atuendo, además de por los ornamentos. No hay ninguna duda de que la manera de vestir reflejaba posiciones sociales diferentes y distintas funciones públicas; así que, como ya dijimos, cada uno se acicalaba según el papel que estaba destinado a interpretar en el escenario del mundo.

También era símbolo de estatus llevar sandalias en los pies: poco frecuentes y poco usadas, eran sencillas suelas de cuero o de papiro (¡de oro para los reyes!) sujetas a los pies con unas cintitas. Parece que su difusión creció en el Nuevo Reino, cuando cambiaron también los modelos, haciéndose más gruesas e incluso con la punta encorvada, al modo sultanesco.

En la vida cotidiana el hombre corriente, desde el Antiguo Reino, llevaba un sencillo taparrabos, mientras que la mujer llevaba un vestido liso sostenido por dos tirantes, con el pecho desnudo. Pero existían también los trajes de fiesta, que consistían, para las mujeres, en la aplicación de una redecilla policromada sobre el vestido ajustado. Los militares también tenía su uniforme, y los destacamentos extranjeros conservaban los trajes característicos de su país de origen. Los operarios de las canteras, y también los soldados durante ciertas operaciones militares, llevaban un mandil de cuero.

Pero la moda no puede evitar ser mudable y variada. Desde la XVIII dinastía incluso los simples escribas añadían al taparrabos un faldón anterior plegado; las pelucas, para hombres y mujeres, se volvieron más complicadas, rizadas y, en ciertas señoras de la alta sociedad, asumieron proporciones que no tenían nada que envidiar a las usadas por las cortesanas de Luis XIV. En cambio, las bailarinas profesionales, que alegraban tanto

las casas hospitalarias como los banquetes señoriales, iban cada vez más desvestidas y, a lo sumo, se ceñían cadenas y collares. Por su parte, los bailarines masculinos no estaban nunca desnudos y llevaban amplias y sugestivas vestimentas transparentes, o bien un taparrabos.

La vanidad, pues, y la esclavitud de la moda, entonces como hoy, no eran sólo un atributo de las mujeres, que usaban cosméticos y polvos. También los hombres solían maquillarse los ojos; se afeitaban (según Heródoto, se dejaban crecer la barba sólo en caso de duelo), de modo que la barba no rasurada connotaba en seguida a un hombre de baja condición o de comportamiento inadecuado. A los niños se les solía afeitar la cabeza, pero dejando mechones aislados.

La abundancia de recetas de belleza entre las prescripciones de los papiros «médicos» muestra cuánto cuidado se dedicaba al propio cuerpo y a mejorar el aspecto. Había que gustar a toda costa. Las recopilaciones de recetas de belleza testimonian que también entonces se quería el rostro liso y el cuerpo sin imperfecciones, del mismo modo que el viejo quería volver a ser joven y el canoso recuperar el color del cabello.

Las máscaras de belleza que encontramos en los recetarios tienen el aire de ser eficaces. Para quitar las arrugas, se aconsejaba «incienso, cera, aceite de oliva fresco y juncia. Aplasta, machaca, pon dentro de leche fresca y aplica sobre el rostro durante seis días. ¡Verás el resultado!» (papiro Ebers). Otro remedio contra el envejecimiento del rostro: «Goma de tere-



Un hombre se afeita reflejándose en la superficie reluciente de una vasija de metal recién fabricada. Detalle de una escena de fundición. Tebas, tumba de Puimra (XVIII din.).

binto 1; cera 1; aceite de ben fresco 1; cálamo comestible. Machacar bien y ponerlo en el mucílago. Aplicar cada día. ¡Entonces verás!». Y siempre, para que el rostro apareciese estirado, era bueno el «polvo de goma en agua de pantano [...]. Después de lavar el rostro como de costumbre, untar el rostro con esto».

Otro signo de la edad, además de las arrugas, en todos los tiempos, es la canicie. Entre las numerosas pociones, para evitar que se agrisara el cabello se aconsejaba la placenta de gato (papiro Ebers), o bien un ratón cocido en aceite (papiro Hearst). ¡Quién sabe por qué gato y ratón evitan que el cabello se ponga gris! Se luchaba contra la calvicie con sustancias grasas de origen animal: «Receta para hacer crecer el cabello de una persona calva: grasa de león; grasa de hipopótamo; grasa de cocodrilo; grasa de gato; grasa de serpiente; grasa de cabra. Prepararlo como una masa homogénea, y untar con ella la cabeza del calvo» (papiro Ebers).

La caída del cabello y la calvicie no perdonaban ni a las reinas; nos ha llegado una receta que se remonta a la VI dinastía (fines del III milenio): «Remedio para hacer crecer el cabello que fue preparado para Sheshe, la madre de la Majestad de los Reyes del Alto y el Bajo Egipto, el faraón Teti: tibia de perro; huesos de dátil; casco de asno. Debe ser cocido a la perfección dentro de una vasija con grasa, y aplicado» (papiro Ebers).

Pero, lo que estaba de verdad en el corazón de los antiguos egipcios era la juventud, la recuperación de la juventud global, tal como lo está para la gente de hoy. Y una promesa de eterna juventud nos la sugiere una receta cuyo título reza: *Inicio del libro para transformar a un viejo en un joven* (papiro Smith 21.9-22.10). En realidad, el elixir se reduce a dos ingredientes: la harina de semillas de alholva (o fenogreco) y el aceite extraído de ellas cociéndolas, con el cual debe frotarse el cuerpo. «Si el cuerpo es frotado con el ungüento, la piel se volverá hermosa y se eliminarán las manchas e imperfecciones, desaparecerán los signos de vejez y las irritaciones que haya en el cuerpo.» Como garantía del éxito, la receta concluye asegurando que ha sido experimentada un millón de veces.

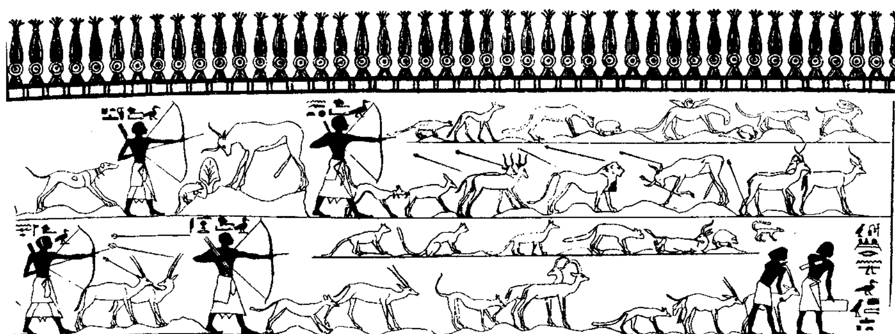
Capítulo 6

El mundo de los animales. El real y el imaginario

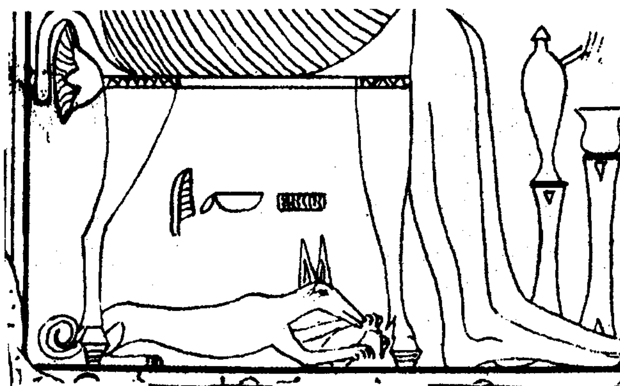
La relación que tuvo el antiguo Egipto con el mundo de los animales, hacia los cuales existe un profundo respeto, en cuanto partícipes del milagro de la creación divina del cosmos, es decididamente positiva.

El demiurgo creó el mundo biológico modelando en el torno la arcilla primordial nilótica para hacer los dioses, los hombres y los animales. En efecto, la lista, en el marco de la teología elaborada en Menfis, enumera «todos los dioses, todos los hombres, todos los animales, todos los reptiles, todo lo que vive», aun cuando, en definitiva, el sistema de la creación es antropocéntrico y asigna un puesto especial a la humanidad, el «ganado de dios», en función del cual ha obrado el acto providencial divino. En el templo de Esna podemos leer un himno a Jnum-Ra: «El dios del torno de alfarero, que ha organizado la tierra obrando con su brazo, el dios que reúne [los elementos del ser] en el seno materno, el constructor, que hace sanos a los embriones [literalmente: "A los polluelos"] y los hace vivir gracias al soplo de su boca»:

Ha modelado en el torno a los dioses y los hombres,
ha plasmado a los animales pequeños y grandes,
ha creado a los pájaros y los peces,
ha creado a los varones reproductores y ha puesto en el mundo a las mujeres.



Caza con arco en el desierto; nos atraen detalles interesantes como el parto del órix y algunos animales como el gato, el ratón del desierto y la pantera-querubín. Beni Hassan, tumba de Jnumhotep (Reino Medio).



Bajo la silla del amo, el dignatario Nekanekh, el lebrero Sheki devora un ganso. De Tehne, tumba de Nekanekh (Antiguo Reino).



La gata sentada bajo el trono de la reina Ti; escena representada en el respaldo del sillón de la princesa Satamón, hija de Ti y de Amenofis III (XVIII din.). De Tebas, tumba de Yuia y Tuia, padres de la reina. Museo de El Cairo.

La amorosa observación de la naturaleza se encuentra también en el trazado de los textos jeroglíficos, donde los signos de los animales son, a menudo, pequeñas obras de arte, según un modelo de representación naturalista.

Los artistas, además, en especial en el Antiguo Reino y el Reino Medio, en las paredes de las tumbas multiplican la presencia de los animales, usando todo su empeño y realizando en los bestiarios verdaderas obras de arte que unen elegancia, realismo y búsqueda de la verdad en los detalles. Basta recordar, por ejemplo, cómo los artistas del Reino Medio supieron simbolizar a los pájaros (véanse las tumbas de Beni Hassan) en los más mínimos detalles de las plumas, las patas, el movimiento y la dinámica de emprender el vuelo y de tomar tierra.

La visión de los animales, tal como los representaban los egipcios, siempre es algo inolvidable para nuestros ojos: sean fieras de los desiertos, toros salvajes, antílopes, leones cazados por hombres armados con arcos y acompañados de perros (de distinto tamaño y especie) cuidadosamente descritos, o sean pequeños seres como puercoespines que salen de sus madrigueras fastidiados por los cazadores, o sea la fauna acuática de pájaros o de felinos de caza, o sean los insectos del hábitat nilótico, ranas, mariposas y langostas, sean las bestias de cría o las volátiles de corral.

Los escultores y los pintores antiguos han fijado incluso sobre la piedra detalles descriptivos: el engorde de las hienas mantenidas bien sujetas tendidas sobre el lomo, el transporte en jaulas de animales de las reservas de caza, o el embuche de gansos o de bovinos.

Como repertorio decorativo y narrativo de tumbas, encontramos representados animales exóticos, traídos como tributos del África más remota. El pintor ha logrado reproducir una escena divertida, en la tumba del visir Rekhmara (XVIII dinastía), mostrándonos a un pequeño simio que trepa por el largo cuello de una jirafa, como si fuera un tronco de árbol.

Un flabelo de plumas de avestruz, encontrado en las tumbas de Tutankamón (cubierto por una espesa hoja de oro repujada, mientras que el mango, de más de un metro de longitud, es de ébano), representa oportunamente una escena de caza: el soberano persigue y mata a los avestruces «en el desierto, al este de Heliópolis» para coger las plumas que usa el flabelo. Otra gran escena de caza real, esta vez de toros salvajes, está esculpida sobre un pilar del templo funerario de Ramsés III en Medinet Habu.

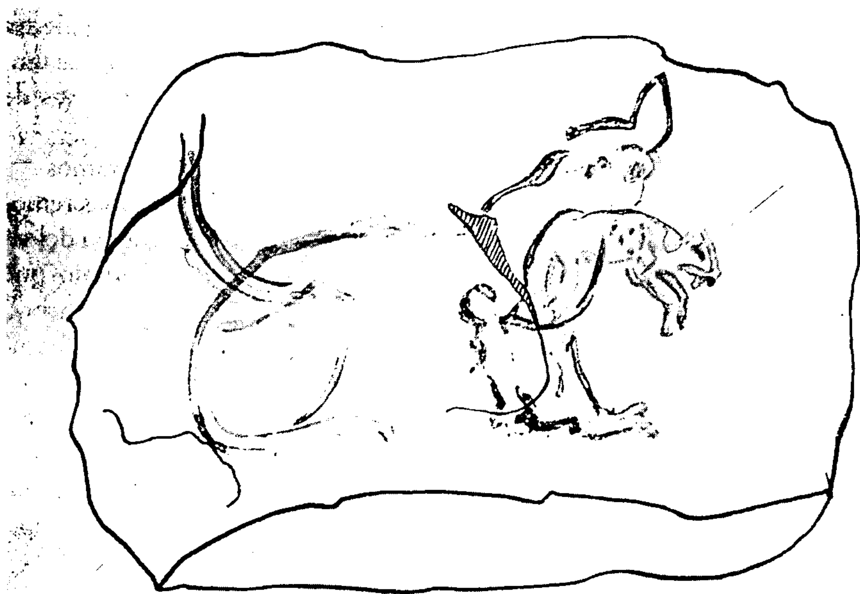
El perro era amigo y compañero de caza del hombre desde el Antiguo Reino. Es más, un perro del rey, si cumplía bien con su deber, podía convertirse en *imakhu* (dotado de beneficio) y obtener el don de una tumba,

de la misma forma que un funcionario estimado por su soberano. El lebrero Abutiu, por ejemplo, tuvo su tumba en Gizeh, y en su estela, conservada en el Museo de El Cairo, leemos el elogio: «Lebrero que montó la guardia para Su Majestad».

Existían muchas especies de perros, representados de manera realista en los relieves de las tumbas con un manto uniforme, o bien manchados. Una especie de perro salchicha fue el preferido durante el Reino Medio. El lebrero, fuerte y feroz, se reconoce por sus largas patas, el morro alargado y la cola encorvada. El perro podía ser admitido en las habitaciones, puesto que en escenas de interiores lo vemos acurrucado bajo la silla del dueño de la casa; pero debajo de la de la patrona encontramos a la gata.

Entre las civilizaciones antiguas, la egipcia es la que mejor ha comprendido y exaltado la esencia superior propia de la felinidad: gatos, leones y panteras, sobre todo las hembras. El gato macho tiene, desde luego, una función determinante como hipóstasis del Sol, pero también como su protector, en cuanto defiende al astro de los ataques de Apofis.

También reconocemos el amor por el animal consagrado a la diosa Bastet en los numerosos, numerosísimos bronces que nos han llegado del



El gato y el ratón en un ostrakon figurado. Tebas, Deir el Medina (Nuevo Reino). Ostraka IFAO (J. Vandier d'Abbadie, *Catalogue des ostraka*).

Egipto de la época tardía: representan a la gata sola, adornada con pendientes de oro y con collares, o bien mientras amamanta a sus pequeños o, aun, mientras éstos juegan en torno a ella.

El gato fue domesticado a partir del Reino Medio, cuando se comprendió que, en el mundo agrícola, podía defender las provisiones de los campesinos de los ratones voraces; pero encontramos su presencia como animal de casa sólo desde el Nuevo Reino, es más, particularmente en la XVIII dinastía, cuando la gata se convertirá en el animal preferido de la reina Ti y la princesa Satamón. A veces la gata debe compartir el espacio privilegiado junto a su patrona con un ganso criado en casa; y el pintor se ha divertido pintando al gato, celoso, mientras pelea con el ganso. El escultor Ipui se ha representado, en su tumba tebana (Deir el Medina, hacia 1250 a.C.), con el gatito de casa que, sobre sus rodillas, sacando las uñas, juega con los pliegues del rico traje plisado, mientras mamá gata está, digna, bajo el sillón de la dueña de casa.

Cuando moría, la gata tenía derecho a una sepultura con todos los honores. Así ocurrió que el príncipe Tutmosis, primogénito de Amenofis III, hizo preparar para su Myt, enterrada en la necrópolis de Menfis, un pequeño sarcófago de piedra. Hoy, en el Museo de El Cairo, está ornado en su exterior con escenas e inscripciones jeroglíficas que recuerdan cómo la gata, una vez muerta, se había convertido en un Osiris. Para Myt, como para una persona, la diosa Isis declara: «Extiendo mis brazos para protegerte». Sobre uno de los lados del sarcófago, la bestezuela es representada con sus graciosas formas y un hermoso mechón en el cuello. El sarcófago contenía también un *ushiabti* (figurillas mágicas destinadas a sustituir al difunto en sus representaciones en los campos del otro mundo) osiriforme pero con cabeza de gata. Tutmosis era probablemente un chico cuando su Myt se convirtió en un Osiris, aunque él también murió prematuramente, dejando a su hermano Amenofis IV-Aknatón la posibilidad de convertirse en rey, haciendo, así, que Egipto perdiera la hermosa oportunidad de tener un faraón gatófilo.

También los monos, provenientes de Nubia y de Somalia, eran criados como animales domésticos. En las escenas tumbales, ayudan a coger frutas trepando en las palmeras y las higueras, pero aparecen también debajo de la silla de su ama, a menudo ornados con collares y brazaletes. El babuino está asociado al dios Thot, inventor de la escritura y protector de los escribas. Por su capacidad de aprender a comprender el significado de los discursos en egipcio aunque vengan de otro país, los monos se citan a menudo como ejemplo a los escolares: «El mono escucha las palabras y, sin embargo, ha sido traído de Kush».

En los ostraka figurados y en los papiros satíricos donde se ejercita el espíritu humorístico de los artistas egipcios, ¡cuántos animales disfrazados de seres humanos tocan música y bailan, y dan conciertos!

Es posible que los numerosos ostraka llenos de protagonistas animales que nos han llegado hayan sido motivos ilustrativos de fábulas de animales; al menos en un caso, es seguro que el dibujo de un ostrakon figurado (del Museo Egipcio de Berlín) ilustra la fábula de *El buitre y la gata*, conocida por los *Diálogos filosóficos entre la gata etíope y el pequeño cinocéfalo* (es decir, *El Mito del Ojo del Sol*), que nos han llegado en demótico).

El tema de los animales disfrazados y músicos, que se puede hacer retroceder hasta la época prehistórica, en Egipto y en el mundo mesopotámico, se encuentra en los motivos afines de la época cristiana en Egipto, y, en la época romana tardía y románica, en Occidente, incluso en el célebre mosaico de Otranto.

En el mundo divino faraónico, a casi todos los dioses se les atribuía apariencia y formas enteramente animales, o híbridas. El término «zoolatría» sirve, por tanto, para connotar, sin ningún significado negativo, precisamente la actitud religiosa de veneración que los antiguos egipcios sentían por los animales.

Éstos estaban implicados de distintas maneras en las vicisitudes del mundo divino. Así, el cocodrilo era un mensajero auxiliador, que llevó sobre su lomo a la momia de Osiris, y simbolizaba el anuncio del renacimiento de la naturaleza asegurado por la inundación. Y un pescado, extendido sobre el lecho fúnebre, protegido por el chacal Anubis y velado por las hermanas Isis y Neftis, divinas plañideras que podían asumir el aspecto de sendos neblís, era el difunto, el Osiris que renacerá como Horus.

Los egipcios admitían que los dioses, en los tiempos primordiales, fueran zoomorfos, como se afirma en el demótico *Mito del Ojo del Sol*: «Y además: gato la llaman (a la abeja), aunque tenga una cara de gata, por el hecho de que el aspecto divino que le ha quedado desde los tiempos primordiales al gran dios, es decir, Ra, era el de su forma de gato macho, mientras que la gata es el Ojo, es decir, el Ureo».

En Egipto, la imaginación religiosa creó una rica fauna imaginaria. Por ejemplo, el escarabajo pelotero (*Scarabeus sacer*) era la imagen del Sol, emblema del devenir eterno y garantía de renacimiento. Para expresar este concepto sería difícil encontrar palabras más adecuadas que las usadas por Horapollon, autor de un tratado sobre los jeroglíficos (siglo v d.C.), en su digresión sobre los significados del coleóptero sagrado: «Cuando se quiere simbolizar a Aquel que se ha generado solo (el demiurgo solitario) o al de-



Las hienas son engordadas por la fuerza. Saqqara, mastaba de Mereruka (VI din.).

venir, o al padre, o al cosmos, o al hombre, dibujan un escarabajo». El cual, al ser rayado, dice Horapollon, parece un gato, y como el gato macho se identifica con el Sol, mientras que la pelota de estiércol que el escarabajo modela y empuja, llena de los huevos de los escarabajos que nacerán de ella, es la imagen misma del Sol. Se explica el valor de amuleto protector atribuido a las pequeñas imágenes de escarabajo, en fayenza y en esteatita, en piedra dura de distintos tipos, muy difundidas.

El ibis, con el pico puntiagudo como el cálamo del escriba, era el animal de Thot, dios de la escritura y maestro del conocimiento, las letras y las ciencias; pero Thot también tenía como animal al babuino.

Si el león era, como el toro, el emblema de la fuerza del faraón, la leona representaba el aspecto de divinidades femeninas, con su doble valor de afectuosidad y de salvaje poder, Sejmet, Pajet y Mut.

En Beni Hassan, entre los animales del desierto, los hay fantásticos y fabulosos; hay uno que tiene injertada en el lomo una cabeza con alas, una especie de querubín.

Así como la iconología animal forma parte del antiguo universo egipcio, del mismo modo su iconografía religiosa nos presenta, con las poquísimas excepciones de divinidades del todo, y siempre, antropomorfas, las entidades divinas que sobre cuerpos humanos enarbolan cabezas de ani-

males, incluso no identificables como sucede con el dios Set, o distintos elementos animales, como ocurre con Hator, cuyo hermoso rostro está flanqueado por orejas bovinas. Se debe apreciar la capacidad de los teólogos egipcios de imaginar y de los artistas de mostrar animales aparentemente realistas pero en verdad seres divinos.

La esfinge, de sexo masculino en Egipto, tenía cuerpo de león y cabeza humana (la de Gizeh, de guardia en la pirámide de Kefrén, tiene 40 metros de longitud), o bien de carnero o también de halcón; ésta representaba la potencia del rey y estaba asociada con el culto solar de Horus.

El grifo era un animal fabuloso del desierto, un cruce entre un león y un pájaro de presa; símbolo de la fuerza y la venganza, por tanto de la muerte punitiva, lo encontramos representado en las armas del rey y en estelas mágicas como protección contra los enemigos. El dios Horus y también el faraón podían asumir aspecto de grifo, del cual se ofrece una hermosa descripción en un texto en demótico de *El Mito del Ojo del Sol*, en la fábula de *Los dos buitres Vista y Oído*: «Respondió Oído a Vista: "¡Es verdad! ¿Acaso no sabes que el grifo es la imagen [de la muerte], el pastor de todo cuanto existe sobre la tierra, el Castigador cuyo castigo no es castigado? Su pico es el del halcón, los ojos son de hombre, tiene el cuerpo de león, las orejas están hechas de escamas del pez-*abeh* de mar y su cola es una serpiente. Los cinco seres vivos forman parte de él: él toma su aspecto, dado que tiene poder sobre todo cuanto hay sobre la tierra, como la muerte"».

El grifo, en un relato en demótico del ciclo de Inaro Petubastis, es una criatura del mar y el cielo, cuyas alas abiertas cubrían de sombra a la tierra. El héroe de la saga, Inaro, venció, naturalmente, al grifo del mar Rojo, con cuya piel cubrió su coraza.

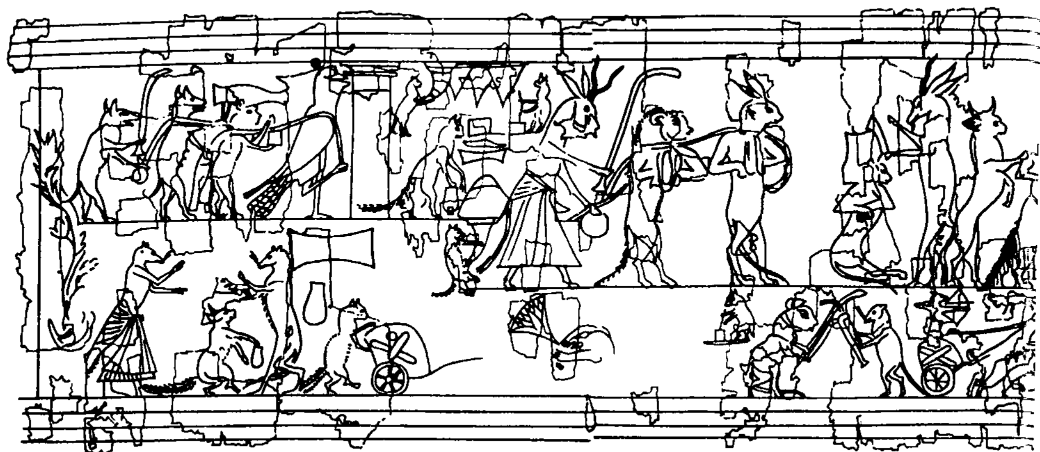
Desde el Nuevo Reino, y con un ritmo acelerado hacia la época tardía, se multiplican en Egipto las necrópolis de animales sagrados que han restituido momias y material arqueológico relacionados con la sepultura de los mismos animales divinos. Las especies divinas son innumerables: toros, en Saqqara, Heliópolis y Medamud; ibis, en Saqqara y Hermópolis, con babuinos y halcones consagrados al dios Thot; cocodrilos, en el Fayum Arsinoe, Medinet Madi, Tebtynis y Kom Ombo; perros y chacales, en Asiut y Coptos; gatos, en Bubastis y Saqqara; carneros, en Mende y Elefantina; peces, en Esna; otra vez ibis y halcones en Tebas.

En la literatura egipcia tardía, de época grecorromana, se encuentran fábulas morales que tienen protagonistas animales: *El buitre y la gata, Los dos buitres Vista y Oído* o *La golondrina y el mar*. La más conocida, *El león y el*

ratón, quiere demostrar que incluso el pequeño y débil puede ser útil al grande y fuerte (es obvio el paralelismo con la homónima fábula de Esopo): «Sucedió que mientras el león caminaba buscando al hombre, un ratón le cayó entre las patas; su constitución era miserable y estaba reducido a los huesos; [el león] estaba a punto de cogerlo, pero el ratón le dijo: "No me cojas, ¡oh león, mi señor! Si me comes no te saciarás, y si me dejas ir no estarás hambriento por mi culpa. Si me regalas la vida, yo [a mi vez] te regalaré la vida; si me proteges de tu destrucción, te haré salir de tu desgracia". El león se rió del ratón y le dijo: "¿Adónde quieres ir a parar? ¿Hay acaso sobre la tierra alguien que pueda hacerme frente?". El león tomó lo que le había dicho el ratón como una presuntuosidad e hizo sus cálculos: "Incluso si me lo como, no estaré saciado", y lo dejó ir. Había un cazador que iba con una jaula. Excavó un foso delante del león; el león cayó desgraciadamente en el foso y acabó en manos del hombre; fue metido en la jaula, fue atado con correas frescas; fue dejado en el desierto, dolorido. En la hora séptima de la noche, el destino trató de realizar su discurso [del ratón], a causa de las palabras arrogantes que el león había dicho, e hizo que el ratón apareciera ante el león. [El ratón] dijo: "¿Me reconoces? Soy el ratón al que has regalado la vida, y hoy te corresponderé salvándote de la desgracia en la que has terminado. Es hermoso hacer el bien a quien lo ha hecho". El ratón aplicó sus dientes a los lazos del león, cortó todas las correas secas y royó todas las correas frescas con las que estaba atado, y desató al león de sus lazos. El ratón se escondió en la cabellera, y [el león] aquel mismo día lo transportó consigo a la montaña [y dirigiéndose a la gata dijo:] "Oh [que tú sepas comprender] el significado [de este relato, que narra cómo] el ratón, del que no hay en el desierto alguien más débil que él, [ayudó en su desgracia] al león, de quien no existe en el desierto alguien más fuerte que él"».

Es importante examinar un grupo de material figurado, de origen tebano, y fechado en la época ramsésida. Se trata de numerosos ostraka provenientes de Deir el Medina (interpretaciones de pintores, o bocetos preparatorios para ilustraciones satíricas más complejas sobre papiro) y de tres tiras de papiro (uno en Turín, otro en El Cairo y otro en el British Museum) que contienen una serie de escenas caricaturescas, en las cuales los animales, con actitudes y a veces disfrazados de seres humanos, solos o en grupos, son elegidos según el «físico del papel» para comportamientos humanos.

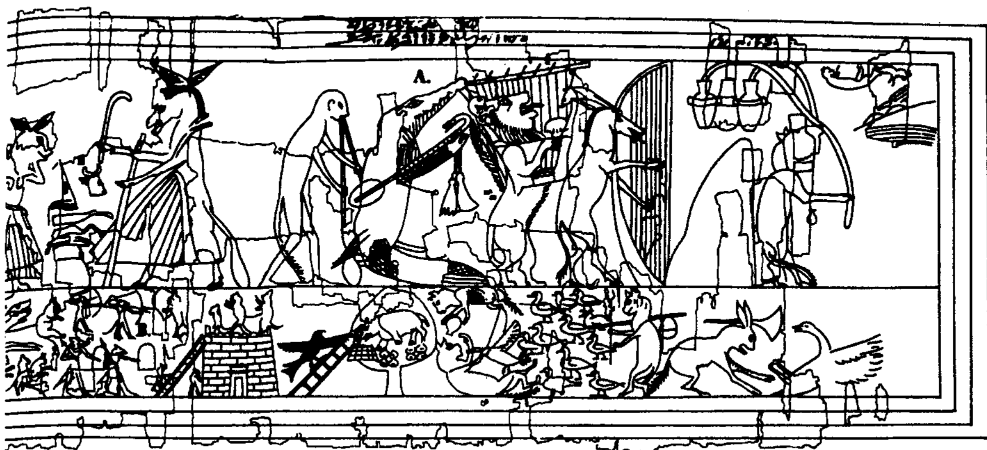
La lectura en clave humorística es innegable, tanto más que la transposición cómica se produce a través de la inversión de roles. Es lo que a menudo se llama «el mundo al revés» (aparece como protector quien por na-



La mascarada de los animales y el «mundo a revés». Tebas, Deir el Medina (XIX din.). Papiro satírico-erótico del Museo Egipcio de Turín (J. A. Omlin, *Der Papyrus*).



La noble dama-ratón servida por criadas-gatas; la gata-peluquera arregla el peinado de la señora que, entretanto, bebe vino de un ánfora mediante un sifón. Dibujo de un ostrakon figurado. Tebas, Deir el Medina (Nuevo Reino). Ostraka IFAO (J. Vandier d'Abbadie, *Catalogue des ostraka*).



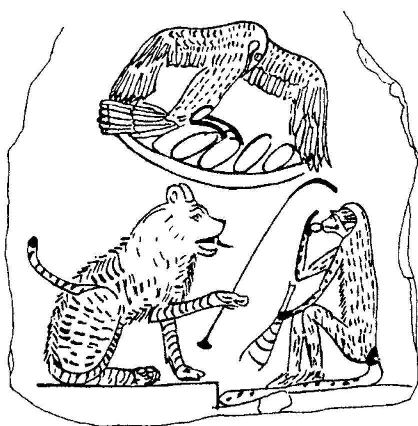
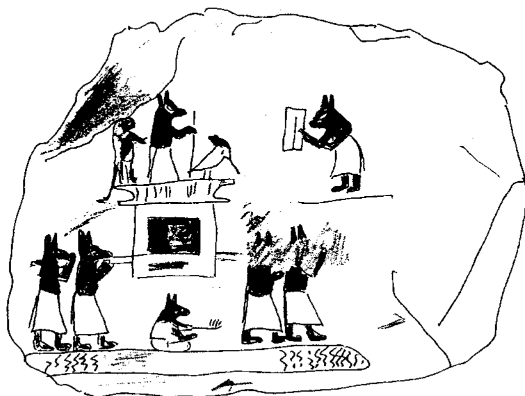


Ilustración de la fábula La gata y el buitre *que se lee en el texto de los* Diálogos filosóficos entre la gata etíope y el pequeño cinocéfalo. Dibujo de un ostrakon figurado. Tebas, Deir el Medina (Nuevo Reino). Ostraka IFAO (J. Vandier d'Abbadie, *Catalogue des ostraka*).



Procesión sagrada en clave satírica. Dibujo de un ostrakon figurado del Museo Egipcio de Turín.

turaleza es perseguidor, fuerte quien es débil, guardián quien es cazador, conquistador quien es vencido, etc.), un mecanismo utilizado también en la literatura egipcia antigua. En ciertos casos es legítimo extrapolar su significado satírico como parodia, o disfraz cómico, de escenas «oficiales», con protagonistas humanos, de escenas de carácter funerario, religioso, mitológico o, sencillamente, de la vida cotidiana. Por ejemplo, el león que juega al ajedrez con su tradicional enemiga, la gacela (papiro del British Museum), es el equivalente de las escenas que se encuentran en algunas tumbas, en las cuales el difunto está delante del tablero del juego de damas (incluso la reina Nefertari está representada así en su tumba). La gata que lleva a pastar a los pájaros, de los cuales es, naturalmente, cazadora (en el papiro del British, en el de Turín y en varios ostraka), vuelve a copiar formalmente las escenas de tipo agrícolo-funerario en paredes de tumbas o en papiros funerarios, en los cuales la difunta lleva a pastar a los gansos. Lo mismo vale para las caricaturas de zorros que montan la guardia a las cabras (papiro del British Museum). La fortaleza de los gatos, atacada por ratones guiados por el rey-ratón en su carruaje de guerra (papiro del Museo Egipcio de Turín), invierte la imagen de la natural supremacía que tienen los gatos de atacar a los ratones. Como también pertenece a un mundo al revés el hipopótamo que está encima del árbol de sicomoro comiendo frutas, mientras el halcón, para subir al mismo árbol, debe usar una escalera (papiro del Museo Egipcio de Turín).

Pero se ha sostenido que estas caricaturas, además de representar sencillamente episodios de un «mundo al revés», pueden ser leídas en clave de sátira política, mostrando a las clases dominantes —los ricos, los nobles— en el momento en que son sustituidas por sus actuales súbditos, los desheredados y los explotados.

Esta interpretación no me acaba de convencer: si fuera así, habría que admitir, en efecto, que los artistas, pertenecientes a una clase culta, en resumen los socialmente privilegiados por el «sistema» en su calidad de escribas y funcionarios, hubieran tenido interés y vocación de ponerse del lado de los pobres y los explotados, implicados en una «revolución» antiestatal y antisistema.

En cambio, creo que es verdad que los temas eran cómicos, y que aludían, con referencias y relaciones que en el ambiente eran captadas de inmediato, a temas de tipo oficial: a las tantas veces repetidas escenas de asedio y de conquista de fortalezas enemigas, por parte de Ramsés II; como también a Ramsés III que juega al ajedrez con la princesa, guiñando el ojo con tono bonachón, con algún doble sentido, pero sin agresividad político-social.

Tomemos otro ejemplo, un ostrakon figurado y pintado del Museo Egipcio de Turín, que podría ser leído e interpretado como una forma de sátira religiosa. El ostrakon (con los contornos rojos, los cuerpos negros y los vestidos de los animales blancos) presenta una escena de procesión a orillas de un lago sagrado: pero en el naos, transportado por cánidos o chacales (reconocibles por las largas orejas puntiagudas) vestidos como sacerdotes, rodeados por otros chacales ritualistas (uno esparce incienso, otro lee las sagradas fórmulas de un rollo de papiro), hay un dios-chacal; detrás de él un mono y, delante, una especie de pájaro (quizás una abubilla).

Pero ¿puede la escena del ostrakon, nos preguntamos, ser el equivalente de una viñeta anticlerical moderna? Desde luego, no se trata de una imagen muy respetuosa, pero parece formar parte de la diversión de la mascarada mitológica.

No debemos olvidar nunca que el mundo divino faraónico era un mundo de divinidades con forma de animal. Y la mitología egipcia, conviene repetirlo, era una mitología en la cual dioses y diosas, desde siempre, asumían papeles animales.

Capítulo 7

El amor y el erotismo. Poesía y sexo

La potencia del instinto amoroso como fuerza cósmica era perfectamente reconocida por la antigua civilización del Nilo, en muchas de sus grandes divinidades: Min de Coptos, caracterizado por su gran miembro en erección, Hator, la diosa del placer y la ebriedad, cuya protección pedían los jóvenes enamorados, la hermosa diosa gata Bastet, patrona de las mujeres. Según las teorías cosmogónicas elaboradas por el sacerdocio de Heliópolis, el placer —un acto (auto)erótico del demiurgo divino, Ra-Atum— había dado inicio a la creación, generando la primera pareja divina, Shu (el aire) y Tefnut (el aire húmedo); de esta primera pareja divina diferenciada en su sexo nacieron Geb (la Tierra, masculino) y Nut (el Cielo, femenino), los cuales, al unirse, generaron dos parejas de hijos, Osiris e Isis, Set y Neftis.

Un dios podía enamorarse de una mujer y unirse a ella, generando una progenie divina sobre el trono de Egipto. De una teogamia se cuenta que nacieron personajes como Hatsepsut (XVIII dinastía), hija de la reina Amosis, esposa de Tutmosis I, y del dios Amón, además de Amenofis III y Ramsés II, también hijos carnales del dios.

El relato del enamoramiento de Amón y de su unión con la reina Amosis que parirá a Hatsepsut se lee en el templo de Deir el Bahari, en escritos que tienen los tonos ardientes de un amor terrenal. El dios, mediante Thot,

a quien había mandado a inspeccionar a Egipto, consigue saber la identidad de la hermosa mujer a la que había visto y de la que se había prendado: «Entonces Amón, el dios excelente señor del Trono de las Dos Tierras, se transformó y tomó el aspecto de Su Majestad [Tutmosis I], el esposo de la reina. [Amón] la encontró durmiendo en su hermoso palacio. El olor del dios la despertó e hizo que sonriera a Su Majestad. Apenas él se acercó a ella le ardió el corazón, e hizo de manera que ella pudiera verlo en su aspecto divino. Después de acercársele mucho y de que ella quedara extasiada contemplando su virilidad, el amor de Amón penetró su cuerpo. El palacio estaba inundado por el perfume del dios, cuya fragancia venía de Punt. La Majestad de este dios hizo todo aquello que deseaba, [Amosis] le dio todas las alegrías posibles y lo besó».

La reina expresó sin reticencias a su compañero el placer del orgasmo, y su compañero, excitado, repitió el acto de amor: «"Qué grande es tu potencia, es agradable contemplar tu cuerpo después de que te has difundido por todo mi cuerpo". Y la Majestad del dios hizo de nuevo todo aquello que quiso con ella».

La notable apertura de costumbres que caracterizó a la sociedad faraónica, incluso en el terreno matrimonial, concernía igualmente a la libertad de encuentro entre los sexos. Juventud, belleza y amor son cantados en algunas de las composiciones poéticas más sensuales del mundo antiguo, conservadas en papiros y ostraka, y reunidas en colecciones. En estos himnos el amor es entendido como la relación entre la amada y el amado, está hecho de caricias y abrazos, de lechos preparados con sábanas finísimas, de perfumes intensos y de abrazos apasionados. Los expresa incluso la muchacha, que no vacila en manifestar deseo y placer:

El amor que siento por ti se difunde por mi cuerpo,
como la sal se disuelve en el agua,
del mismo modo que el fruto de la mandrágora está impregnado de perfume,
del mismo modo que el agua se mezcla con el vino (de la recopilación *La [potencia del amor*).

Y aún:

Si no hay abrazos y caricias
cada vez que llegas [a mi casa],
[¿qué significa para nosotros] el placer?
Si deseas acariciar mis muslos y mi pecho,
[no] te [rechazaré] (de la recopilación *La potencia del amor*).

Él espera a su amada:

> Así ha llegado el momento de preparar el lecho.
> Servidor, te digo:
> «Pon lino para su cuerpo,
> un lecho para ella de lino real.
> Estate atento a usar lencería bordada,
> esparcida de esencias perfumadas (de la recopilación *Deseos de amor*).

Pero quizá la más erótica de las poesías de amor, con la evidente connotación fálica del pez rojo, es aquella en que la muchacha semidesnuda sale del agua:

> Mi dios, mi [señor], te [acompaño].
> Dulcifica el camino [hacia la orilla],
> hacia las flores de loto [...].
> [Dulcifica el] descenso en el agua
> para bañarme ante ti.
> Dejo [ver] mi belleza,
> en una vestimenta de lino finísimo,
> impregnado [de esencia perfumada],
> [mojado] en el aceite oloroso.
> Entro en el agua contigo,
> y, por tu amor, salgo sosteniendo un pez rojo.
> Está tranquilo entre mis dedos,
> lo pongo [sobre mi pecho].
> Oh amado mío, ven y mira (de la recopilación *Deseos de amor*).

Y aún, después de una noche de amor:

> La voz de la paloma resuena y dice:
> la tierra se aclara, ¿dónde está tu camino?
> No me regañes, oh paloma,
> he encontrado a mi amado en el lecho
> y mi corazón es muy feliz (de la recopilación *Inicio de los cantos gozosos y [bellos para tu amada cuando regresa de los campos*).

Pero las alegrías del amor no eran siempre y solamente, ni siquiera en Egipto, tan inocentes y fundamentalmente respetables: también había mujeres que daban miedo, señaladas a los jóvenes para que pudieran evitarlas. De ellas había que cuidarse, como aconsejan con insistencia los autores de

las numerosas *Enseñanzas* que nos han llegado, escritas a partir del Antiguo Reino.

Son figuras de mujeres fatales, aventureras casadas y ávidas de placeres, mujeres a las que no se conoce y de las que se habla mal: «Guárdate de la mujer forastera, desconocida en tu ciudad», advierte el prudente Any, quien insta a guardarse también de la mujer cuyo marido está ausente: «Es un agua profunda de la que se ignora el contorno: "Soy hermosa", te dice todos los días, cuando no hay testigos».

He aquí por qué la narrativa del antiguo Egipto abunda en mujeres hermosas y malvadas. Una figura inolvidable es la gran dama del relato de *Verdad y mentira*, señora voluble y cruel, que se deja arrastrar por un súbito deseo por el portero de su palacio, un ciego pobre pero guapísimo. Lo lleva a su casa, se satisface con él y lo envía otra vez a hacer de portero, ya indiferente al compañero de una noche, aunque tiene un hijo de él, a quien oculta, no obstante, la identidad de su padre.

Los tintes sombríos de la figura femenina son frecuentes en la literatura narrativa egipcia, en relatos en los que la mujer es frívola, seductora y deletérea con el hombre que es su víctima (recordemos el icástico proverbio «Mujer, daño», que se encuentra en las *Enseñanzas de Anekhsheshionki*). Piénsese, por ejemplo, en la esposa del sacerdote ritualista en los relatos del papiro Westcar, que se enamora de un hombre cualquiera, lo invita a su casa, le regala un arca de vestidos y se encuentra con él en el pabellón de su villa, hasta que el marido los descubre y se venga de ambos. Recordemos, aún, en el relato de *Los dos hermanos*, la perfidia de la mujer de Anup: presa del deseo por su joven y fornido cuñado Bata y rechazada por éste, lo denuncia falsamente como violador a su marido, hasta tal punto que Bata, para demostrar su inocencia, se emascula y se va al valle del Cedro. En el mismo relato otra mujer, la muchacha creada por los dioses para que aliviase la soledad del pobre Bata, acaba traicionándolo a cambio de un brazalete...

El carácter misógino de la narrativa egipcia se manifiesta claramente en la demótica. En el relato conocido como *Setnes I*, destaca la heroína negativa de Tabubu, la seductora, la mujer más hermosa del mundo, pero la más inicua y voraz, a la cual el protagonista no puede resistirse en un *crescendo* de deseo físico y de abyección, hasta hacer matar a sus propios hijos a instancias de la infame criatura. Para prendarse de ella le había bastado con verla un día en el *dromos* del templo de Ptah en Menfis, tal como un héroe de las novelas del siglo XIX en las que los protagonistas se encontraban en la iglesia o en el recinto sagrado...

Tampoco los textos sapienciales en demótico son tiernos: «Instruir a una mujer es como plantar en un terreno arenoso cuya superficie es dura», afirma Anekhsheshionki en sus *Enseñanzas*. ¿Y qué decir de la obsesión del hombre mediterráneo de ser traicionado? «Lo que hace hoy con su marido, lo hará mañana con otro hombre»; y aún: «Una mujer es un cuerpo de piedra: el primero que llega es el que lo trabaja». Otro proverbio de las mismas *Enseñanzas* corresponde a la difundida aspiración masculina, incluso entonces, de encontrar en la misma mujer a la amante y a la esposa: «Mujer de noche, gran dama de día».

Las profesionales del amor, a menudo bailarinas e intérpretes de música, y las muchachas de las casas de placer (pero es muy incierta la identificación de vestigios arqueológicos de estos lugares, como el edificio de Gizeh dominado por la presencia de imágenes del enano divino Bes), eran un peligro para los jóvenes, y los educadores moralistas estigmatizaban su frecuentación con severidad en las *Misceláneas escolares*: «Me han dicho que has abandonado la escritura y que te vas por ahí de juerga. Vas de calle en calle y el olor de la cerveza te acompaña por doquier. ¡La cerveza hace que dejes de ser un hombre! ¡Has entregado tu alma al desorden! Eres un remo encorvado en una barca, que no obedece a nada, eres como una capilla vacía de su dios, como una casa privada de pan. Se te encuentra saltando un muro, después de haber roto la empalizada; la gente escapa cuando te ve, después de que la has golpeado y herido. Oh, si tú supieras que el vino es una abominación, abjurarías del vino-*shedeh*, no pondrías la jarra en tu corazón, te olvidarías del vino-*tenerek*. Te han enseñado a cantar al son de la flauta, a modular al son de la flauta-*uar*, a gorjear al son del arpa, a cantar según la cítara. Te sientas en la casa (de placer) y las hetairas te rodean y deseas ser tierno y hacer lo que te place. Estás sentado ante una muchacha, ungido de ungüento. Tu guirnalda de flores-*ishetepen* está en tu cuello, y golpeas el tambor sobre tu vientre. Te deslizas y caes sobre el vientre y te ensucias de estiércol».

Evidentemente, también había tiempo y modo para diversiones un poco más osadas.

De Deir el Medina provienen unos ostraka con figuras sensuales de mujeres desnudas, intérpretes de música tendidas sobre el lecho con grandes y atractivas pelucas, bailarinas vestidas sólo con tatuajes; dibujos libres de episodios de vida cotidiana, quizá representaciones de una feminidad deseada.

Pasar la vida con alegría entre mujeres, danzas y música era considerado, en el mundo faraónico, una necesidad tan importante y esencial que no

se le podía negar ni a un muerto: se proveía a los difuntos depositando en las tumbas ciertas figurillas de mujeres, a las que se suele llamar «concubinas del difunto», del tipo «de paleta», con grandes pelucas en el Reino Medio, luego en fayenza, con las zonas sexuales tatuadas, pero también privadas de tatuajes, en terracota, tendidas o no sobre lechos, con o sin niños, incluso provistas de instrumentos musicales, un laúd, un sistro o un tambor. La presencia de niños no contradice esta interpretación, desde el momento en que la maternidad es la fase final del amor. En suma, junto al difunto se colocaba la contraparte femenina del sexo masculino, de modo que después del sueño de la muerte él, al despertarse, pudiera manifestarse aún virilmente activo.

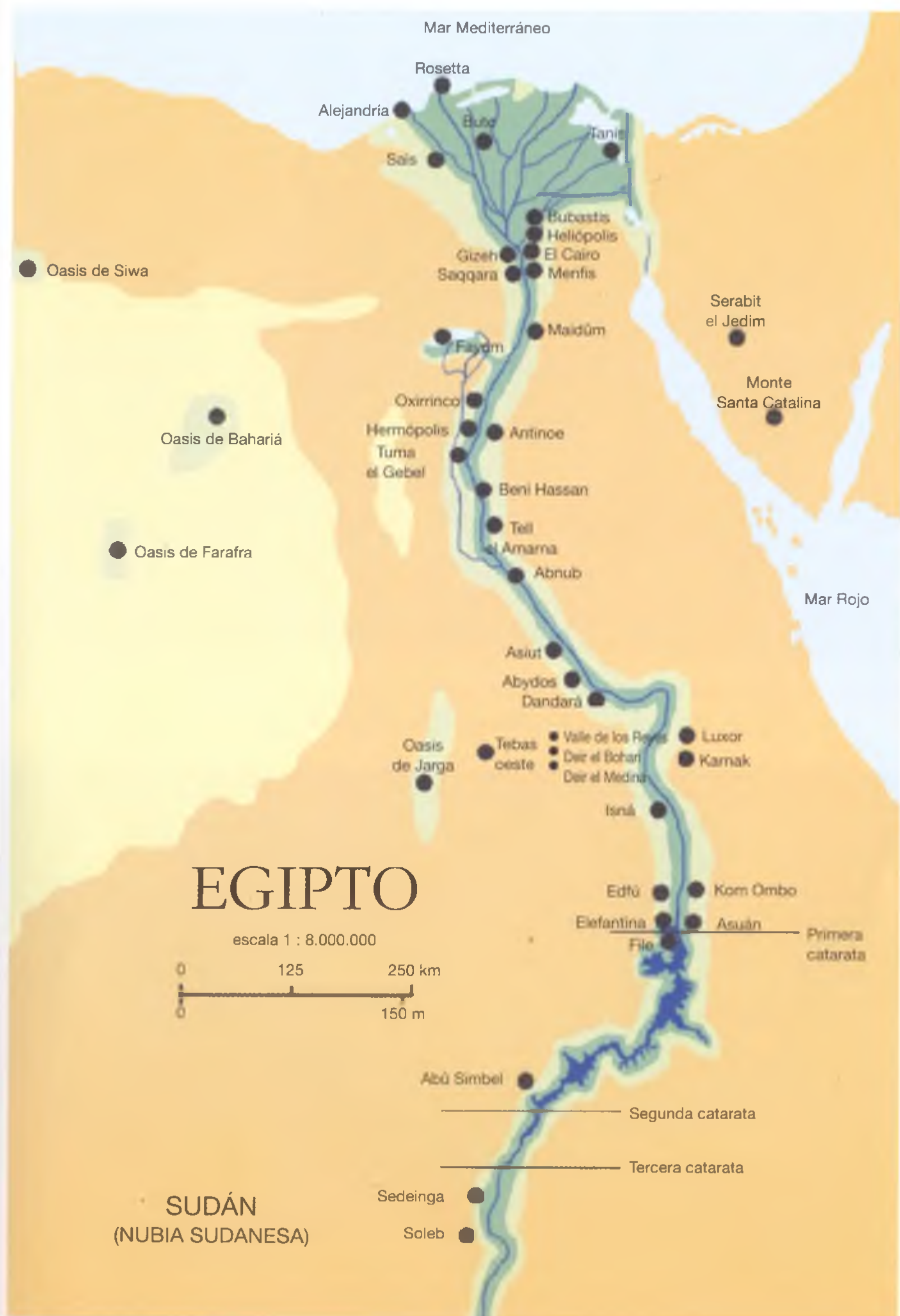
En el campo de los comportamientos sexuales en el antiguo Egipto, resulta que son muy pocas las grandes prohibiciones, los verdaderos pecados capitales: el adulterio, la fornicación con personas casadas y la homosexualidad, como explica claramente el capítulo 125 del *Libro de los muertos.*

En las largas listas de las *Declaraciones de inocencia* el difunto niega toda una serie de delitos y fechorías, de tipo social, religioso y contra la humanidad, pero muy pocas de estas declaraciones se refieren a un comportamiento sexual reprobable. Además de expresar que no se han cometido actos impuros en el templo de la propia ciudad, no se va más allá de un «no he sido pederasta», «no he sido sodomita» y «no he fornicado con una mujer casada». Adulterio y homosexualidad están, pues, entre los pecados mortales.

Los sabios, autores de las *Enseñanzas* sapienciales, tienden a echar la culpa del adulterio a la fascinación y a la disponibilidad de la mujer casada: «Guardaos de la mujer cuyo marido está ausente», como ya hemos leído.

En cuanto a la homosexualidad, los episodios explícitos son, sin embargo, sólo un par, un tercero es incierto. En el primero está implicado Set, el fratricida dios del desorden, de roja cabellera y gran mujeriego, cuyos «secuaces» reúnen sus mismas características negativas: tienen la córnea y el cabello rojos, son de ánimo plebeyo, bebedores, turbulentos, pendencieros, violentos y mujeriegos: no respetan a las mujeres casadas. Set, en tanto Baba-Set, podía tener el aspecto de un perro de pelo rojo, y Baba era un libertino al que Thot puso, con artes mágicas, en una situación embarazosa precisamente durante sus actividades amatorias (papiro mitológico Jumilhac).

En el relato mitológico de la *Disputa entre Horus y Set*, Set somete a Horus a una humillante relación homosexual. No obstante, se trata más de un engaño, para demostrar que Horus no es digno de obtener la herencia


Mar Mediterráneo
Rosetta
Alejandría
Buto
Tanis
Sais
Bubastis
Heliópolis
Gizeh
El Cairo
Saqqara
Menfis
Oasis de Siwa
Serabit
el Jedim
Maidûm
Fayum
Monte
Santa Catalina
Oxirrinco
Hermópolis
Antinoe
Oasis de Bahariá
Tuna
el Gebel
Beni Hassan
Tell
el Amarna
Oasis de Farafra
Abnub
Mar Rojo
Asiut
Abydos
Dandará
Oasis
de Jarga
Tebas
oeste
Valle de los Reyes
Deir el Bahari
Deir el Medina
Luxor
Karnak
Isná
EGIPTO
escala 1 : 8.000.000
0
125
250 km
0
150 m
Edfú
Kom Ombo
Elefantina
Asuán
File
Primera
catarata
Abû Simbel
Segunda catarata
Tercera catarata
Sedeinga
Soleb
SUDÁN
(NUBIA SUDANESA)

Procesión de las provincias de Egipto que llevan ofrendas. Tebas, valle de los Reyes, tumba de Ramsés III (XX din.) (I. Rosellini, *Monumenti del Culto*).



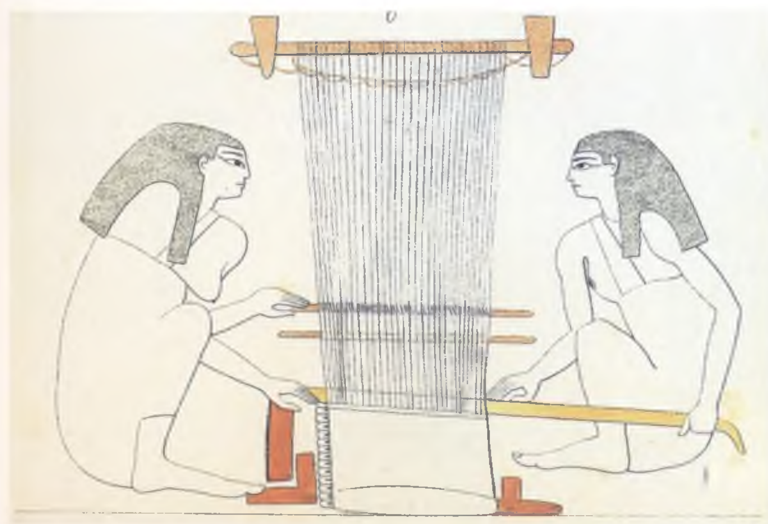
Ecosistema nilótico. Saqqara, mastaba de Kagemni (VI din.).

Los pajareros retiran la red. Tebas, tumba de Dedi (XVIII din.)
(I. Rosellini, *Monumenti civili*).



El labrador y el sembrador. Tebas, valle de los Reyes, tumba de Ramsés III (XX din.) (I. Rosellini, *Monumenti civili*).

El segador y la espigadora. Tebas, tumba de Sennegem (XIX din.).



Tejedoras en el telar. Beni Hassan, tumba de Jnumhotep (Reino Medio) (I. Rosellini, *Monumenti civili*).

El rebaño vadea un canal; el vaquero ayuda al ternerito. Saqqara, mastaba de Ti (V din.).

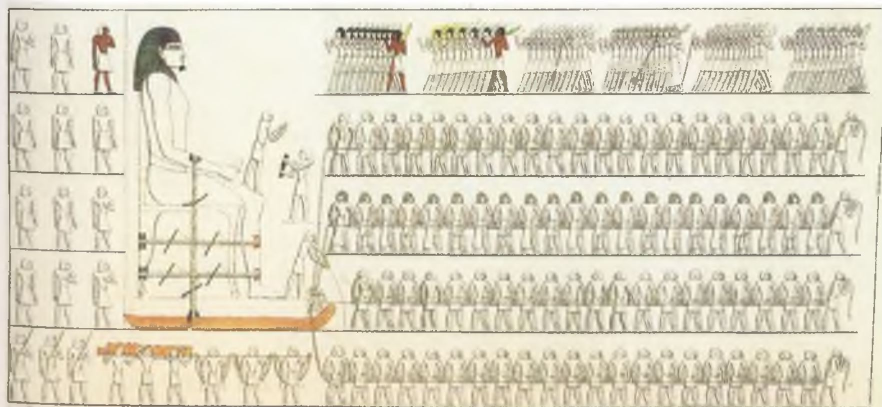


La recolección de higos y los monos golosos. Beni Hassan, tumba de Jnumhotep (Reino Medio) (I. Rosellini, *Monumenti civili*).

Escenas de vendimia, de pisado de la uva, de trasvase del mosto y de transporte.
Tebas, tumba de Kaemuaset (XVIII din.).

Ladrilleros. Tebas, tumba de Rekhmara (XVIII din.)
(I. Rosellini, *Monumenti civili*).

El gran jardín de Sennefer. Tebas, tumbas de Sennefer (XVIII din.) (I. Rosellini, *Monumenti civili*).

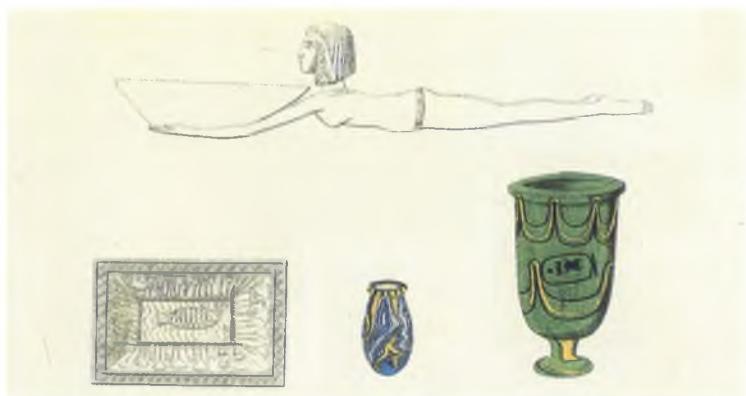


Transporte de una estatua colosal. El Bersha, tumba de Gehutihotep (Reino Medio) (I. Rosellini, *Monumenti civili*).



Escultura, pulido y pintura de una esfinge real en piedra. Tebas, tumba de Rekhmara (XVIII din.) (I. Rosellini, *Monumenti civili*).

Objetos de tocador (I. Rosellini, *Monumenti civili*).



Elegantes vasijas en pasta de vidrio (I. Rosellini, *Monumenti civili*).



La reina Cleopatra. File, templo de Isis (época tolemaica) (I. Rosellini, *Monumenti Storici*).



La jovencísima princesa Neferura, hija de Hatsepsut (XVIII din.). Tebas, valle de las Reinas (I. Rosellini, *Monumenti Storici*).



Extranjeros en Egipto. Asiáticos portadores de tributos (un lingote de cobre, un colmillo de elefante y un oso vivo con correa). Tebas, tumba de Rekhmara (XVIII din.) (I. Rosellini, *Monumenti civili*).

Extranjeros en Egipto. Un negro portador de tributos: un tronco de madera de ébano y una pantera con correa. Tebas, tumba de Rekhmara (XVIII din.) (I. Rosellini, *Monumenti civili*).



Escena de parto: la mujer es asistida por dos comadronas con la cabeza bovina de la diosa Hator. De Dandara, ahora en el Museo de El Cairo.

Dos pintores decoran un cofre con una escena de caza. Beni Hassan, tumba de Baket (Medio Reino) (I. Rosellini, *Monumenti civili*).



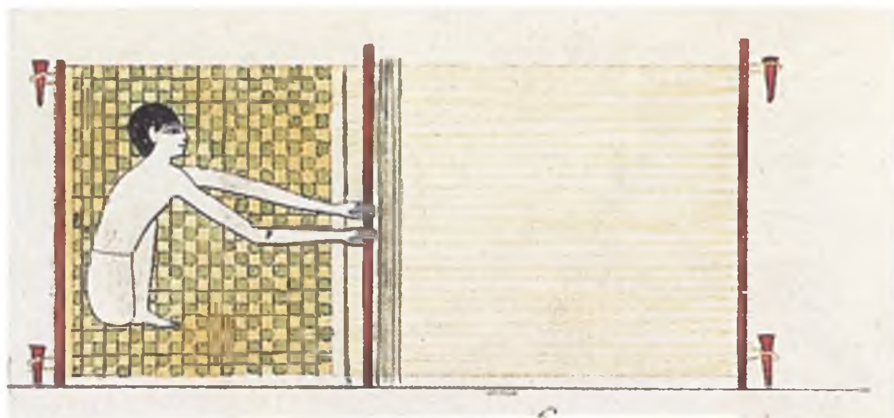
Una fiesta en el jardín, con granados y una parra. Tebas, tumba de Neferhotep (XVIII din.) (I. Rosellini, *Monumenti civili*).



Parte de un relieve tumbal: en los campos, una madre con su hijo, envuelto en un chal. Tebas, tumba de Montuemhat (XXV din.). Ahora en el Brooklyn Museum of Art de Nueva York.



La peluquera y la gran dama. Detalle de la escena esculpida en el sarcófago en piedra de la princesa Kauit (XI din.). Tebas, Deir el Bahari, ahora en el Museo de El Cairo.



Tejido del lino. Detalle correspondiente a la ilustración inferior.



Escenas de la elaboración de las fibras del lino; del trillado al hilado y al tejido. Beni Hassan, varias tumbas (Reino Medio) (I. Rosellini, *Monumenti civili*).

Dos nubios conducen prisionera a una jirafa; un monito trepa por el largo cuello.
Tebas, tumba de Rekhmara (XVIII din.) (I. Rosellini, *Monumenti civili*).



Sarcófago en piedra para la gata Myt, ofrecido por el príncipe Tutmosis, hijo primogénito de Amenofis III (XVIII din.). Museo de El Cairo.

de Osiris, su padre, que de una seducción debida a la desviación sexual; hasta tal punto es verdad que Set cayó en su propia trampa: «Entonces Set dijo a Horus: "Ven, pasemos un día feliz en mi casa". Dijo Horus: "Lo haré, sí, lo haré". Llegada la tarde se preparó un lecho para ellos y se acostaron juntos. Ahora bien, durante la noche, Set puso duro su miembro y lo introdujo entre los muslos de Horus. Pero Horus puso las dos manos entre sus muslos y recogió el semen de Set. Luego Horus fue a decir a su madre, Isis: "Ven a mí, oh Isis, madre mía, ven a ver lo que Set ha hecho contra mí" y abrió sus manos y le hizo ver el semen de Set. Ella lanzó un alarido, cogió su cuchillo, le cortó las manos, las lanzó al agua y le procuró unas manos equivalentes. Luego cogió un poco de ungüento dulce, y lo esparció sobre el miembro de Horus, lo hizo empalmarse y lo introdujo en una vasija, en la que dejó caer su semen. Por la mañana, Isis fue con el semen de Horus al huerto de Set, y dijo al jardinero de Set: "¿Qué tipo de hierbas come Set aquí contigo?". El jardinero respondió: "No come ningún tipo de hierbas conmigo, salvo lechugas", y entonces Isis esparció sobre ellas el semen de Horus. Luego Set vino, según su costumbre de cada día, y comió las lechugas que comía habitualmente y aún más. Así quedó embarazado del semen de Horus. Luego Set fue a decir a Horus: "Ven, vámonos, para que pueda discutir contigo en un tribunal", y Horus dijo: "Lo haré, sí, lo haré". Fueron, pues, a un tribunal, los dos juntos, y se presentaron ante la gran Enéada. Se les dijo: "Hablad". Entonces Set dijo: "Haced que me sea dado el cargo de rey porque en cuanto a este Horus que está aquí he hecho de varón sobre él". La Enéada lanzó un alarido; vomitaron y escupieron en la cara de Horus. Pero Horus se rió de ellos, e hizo un juramento por dios, diciendo: "Es falso todo lo que Set ha dicho. Si llamas al semen de Set, veremos desde dónde responde". Entonces Thot, el señor de las palabras divinas, el escriba verídico de la Enéada, posó su mano sobre el brazo de Horus y dijo: "¡Sal fuera, oh semen de Set!", pero él respondió desde el agua del pantano. Luego Thot puso su mano sobre el brazo de Set y dijo: "¡Sal fuera, oh semen de Horus!". Él respondió: "¿De dónde debo salir?". Thot le dijo: "Sal fuera de su oído". Pero él le dijo: "He aquí, ¿debo salir fuera de un oído, yo, que soy un líquido divino?". Thot le dijo entonces: "Sal de su frente", y él salió como un disco de oro de la cabeza de Set. Entonces Set se enfadó muchísimo; tendió la mano para coger el disco de oro, pero Thot se lo quitó y lo puso como ornamento sobre su cabeza. La Enéada dijo: "Horus tiene razón, Set está equivocado"».

Hay una verdadera figura de homosexual en la literatura egipcia; es un faraón, uno de los «malos» del Antiguo Reino, el libidinoso y un poco gro-

tesco Neferkara, es decir, Pepi II, último rey de la VI dinastía. Tenía encuentros amorosos secretos con su general Sisene, a cuya ventana se anunciaba arrojando un ladrillo, y que fue descubierto por un súbdito que sospechaba de él y lo seguía de cerca: «Teti, hijo de Henti. Entonces [vio a Su] Majestad de los reyes del Alto y el Bajo Egipto, Neferkara, paseando solo por la noche, sin nadie con él. Se alejó para evitar que [el rey] lo viera y se mantuvo oculto, reflexionando y diciéndose: "Puesto que es así, es verdad lo que se cuenta: ¡él sale de noche!". Teti, hijo de Henti, siguió a este dios (= el rey) sin que su corazón le hiciera reproches, para ver qué hacía. [Su Majestad] llegó a la casa del general Sisene, lanzó un ladrillo y golpeó con el pie, después de lo cual se le hizo bajar [¿una escalera?]. Subió mientras Teti, hijo de Henti, permaneció a la espera hasta que Su Majestad salió. Después de que Su Majestad había hecho lo que había deseado con Sisene, se dirigió a su palacio y Teti lo siguió. Cuando Su Majestad entró en la Gran Morada, Teti volvió a su casa. Ahora bien, Su Majestad se había dirigido a la casa del general Sisene cuando eran las cuatro de la madrugada; había pasado cuatro horas en la casa del general Sisene y había vuelto a la Gran Morada cuando faltaban cuatro horas para el alba. Teti, hijo de Henti, siguió al rey cada noche, sin que su corazón le hiciera reproches; cuando Su Majestad regresaba a la Gran Morada, Teti volvía a su casa».

Por desgracia, a continuación el texto tiene demasiadas lagunas, pero se puede imaginar fácilmente que el relato terminaba con el castigo del desvergonzado soberano, cuyas citas galantes, lanzamiento de ladrillo incluido, son narradas de manera divertida: una pareja de homosexuales de alto rango, ¡un rey y un general!

Un tercer caso se basa en un pasaje de las *Enseñanzas de Ptahhotep* que, según algunos, vetaría las relaciones sexuales con un chiquillo, pero que podría, en cambio, referirse a una chica aún impúber; el fruto prohibido estaría connotado como pedofilia, si no, o además de, como pederastia.

La casuística de los *Libros de los sueños*, sea del Nuevo Reino sea descritos en demótico, es interesante por el tipo de problemas sexuales que sobresalen en las preocupaciones del inconsciente. El papiro en demótico Carlsberg tiene todo un capítulo dedicado a los tipos de apareamiento que se puedan soñar:

> Los tipos de apareamiento que la gente puede ver [en sueños].
> Si una mujer se ve [en sueños] mientras la hacen desposarse con [quien ya es] su marido, irá de mal en peor.

Si [se ve] mientras lo abraza, tendrá preocupaciones.
Si (en sueños) un ratón se aparea con ella, su marido le dará [...].
Si un caballo se aparea con ella, ella tendrá las de ganar sobre su marido.
Si un campesino se aparea con ella, será un campesino el que dará [...]
Si un asno se aparea con ella, será castigada por un gran pecado y [...]
Si un macho cabrío se aparea con ella, morirá lo antes posible.
Si un carnero se aparea con ella, el faraón la beneficiará.
Si un gato (?) se aparea con ella, tendrá un mal destino.
Si un lobo se aparea con ella, un artesano la beneficiará.
Si un león se aparea con ella, verá cosas bellas.
Si un cocodrilo se aparea con ella, morirá lo antes posible.
Si una serpiente se aparea con ella, tendrá un marido brutal y sufrirá mucho.
Si un babuino se aparea con ella, hará el bien a gente que no se lo agradecerá.
Si un ibis se aparea con ella, tendrá una casa [bien] provista.
Si un halcón se aparea con ella, tendrá un mal destino para su [...].
Si un pez (?) se aparea con ella, una enemiga [le] cogerá sus bienes.
Si una mujer-hombre se aparea con ella, tendrá un mal destino y el hijo que tenga [acabará mal].
Si un libio se aparea con ella, tomará marido pero la encontrarán muerta [...].
Si un sirio se aparea con ella, llorará porque dejará que su siervo se aparee con ella.
Si un asirio (?) se aparea con ella, llorará plegarias, jurará en falso, se unirá con el primero que encuentre, y su marido tomará a otra mujer como esposa.
Si un desconocido se aparea con ella, la buscarán sin encontrarla [...].
Si su hijo se aparea con ella, el hijo acabará mal.

Desde luego, los egipcios tenían sueños extraños. Una casuística que habría hecho las delicias de Freud...

Se quería el placer a toda costa, ya lo hemos apuntado. Los tocados y los ornamentos estaban orientados a hacer a la persona más atractiva, como también los cuidados cosméticos. Para combatir las arrugas y las canas, para conquistar el elixir de la eterna juventud, el antiguo egipcio no desdeñaba recurrir a recetas y pociones (de las que hemos hablado en el capítulo anterior).

En algunos casos, el hombre egipcio pedía ser ayudado por recetas afrodisíacas. Contra la impotencia, una receta muy antigua (hacia 1700 a.C.) prescribía machachar hojas de azufaifo y de acacia en la miel y de aplicarlo luego como un emplasto (papiro del Ramesseum).

Muchos años después, en el papiro mágico de Londres y Leiden, se leen otras prescripciones eróticas. Una es «Para hacer que una mujer ame a

su marido: toma corteza de acacia triturada con miel, unta el falo con ella y yace con la mujer». Otras parecen anticipar la Viagra, en particular esta «Receta para revigorizar a un varón: alumbre, 1/8 de onza; pimienta, 1/8 de onza; ortiga (?) seca, 4/8 de onza; satirión, 4/8 de onza. Frota en seco la medicina para usarla de la manera que sabes con cada mujer».

Sencilla, pero no sabemos si eficaz, aquella receta que recomienda: «Para hacer que una mujer quiera aparearse contigo: espuma de la boca de un semental, unta el falo con ella y yace con la mujer». Otra, por último, es un poco más complicada: «Si quieres hacer que una mujer enloquezca de pasión por un hombre, coge el cuerpo seco de una musaraña, pulverízalo, mezcla un poco con unas gotas de sangre de tu segundo dedo, el del corazón; tritúralo todo y ponlo en una copa de vino; dalo de beber a una mujer y ella enloquecerá de pasión por ti».

Son bastante raras, por parte de los antiguos egipcios, las representaciones explícitas de las relaciones sexuales, que se limitan a algunos ostraka y a varias estatuillas de carácter decididamente obsceno, generalmente no expuestas al público en los museos.

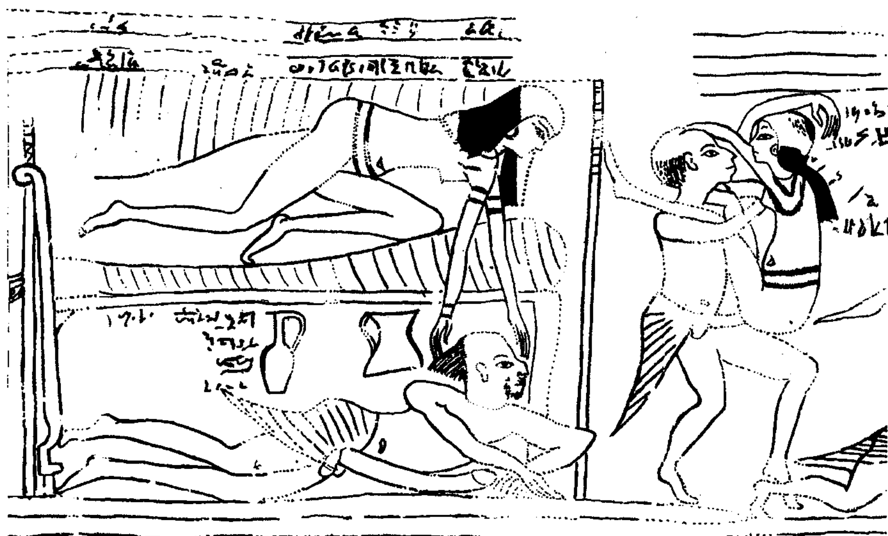
Pero el Museo Egipcio de Turín conserva un documento excepcional, un largo papiro ilustrado, conocido como «Papiro satírico-erótico» porque, en la misma tira de papiro que, en la primera sección, en dos registros, muestra divertidas viñetas del «mundo al revés» con protagonistas animales (véase cap. VI), a continuación están dibujadas, en la segunda sección, escenas con personajes humanos implicados en actividades eróticas muy explícitas.

Se trata de una docena de viñetas que ilustran posiciones amatorias diversas, dibujadas al trazo con toques de color, rojo o azul-negro, sin rayas de separación y con poquísimas líneas de texto en hierático. El papiro procede de Deir el Medina, la aldea tebana del Nuevo Reino; está fechado en la XIX dinastía, y fue encargado por —o al menos perteneció a— un militar de alto rango, que evidentemente se complacía con este tipo de tebeos.

Pero la parte erótica fue ideada y realizada como continuación de la satírica y, por tanto, debe de haber un elemento común a las dos secciones, que me parece poder localizar en la misma inspiración de la sección satírica: divertir con las escenas de un «mundo al revés». Basta notar las posiciones, los vestidos y las actividades de los protagonistas. El hombre con sistro y vasija en la mano (típicos objetos «femeninos» en las pinturas de la XIX dinastía) está empeñado en actividades eróticas viriles en compañía de una muchacha que está sobre un carruaje, en verdad típica posición de



La bella meretriz se pinta los labios. Detalle de la sección erótica del Papiro satírico-erótico del Museo Egipcio de Turín. Tebas, Deir el Medina (Reino Medio) (J. A. Omlin, *Der Papyrus*).



Interior de una casa de placer tebana: el cliente exhausto se ha caído de la cama y la profesional lo alienta. Detalle de la sección erótica del Papiro satírico-erótico del Museo Egipcio de Turín. Tebas, Deir el Medina (Nuevo Reino) (J. A. Omlin, *Der Papyrus*).

«hombre». A la *ars amatoria* con una muchacha se dedica también un cliente (odre en la espalda y cabellos «de campesino»), pero sin quitarse el peso de los hombros; o bien la mujer que se afana con el hombre que se ruboriza (como una muchacha púdica), y al que ella intenta calmar: «No tengas miedo», le dice, «¿qué quieres que te haga?». ¿Y qué decir del campesino que hace de doncella y ayuda a la muchacha en su *toilette* íntima? ¿O de la muchacha sobre el diván, que invita a la acción erótica a un hombre, tendido —¿refugiado?— debajo del diván? Otras situaciones eróticas, en cambio, suscitan hilaridad por la fogosidad del hombre que, en su arrebato, tira al suelo el arpa de la mujer, o que —es la última escena de la sección— en el ímpetu pasional arrolla a la joven haciendo caer el escabel en el que ella está sentada junto con el niño que tiene en brazos. Igualmente ridícula es, desde luego, la imagen del cliente que, exhausto, es llevado fuera en brazos: la escena está ambientada en una casa de placer, amueblada con camas y cojines, alegrada por al menos dos hermosas muchachas; los clientes están tipificados por el físico poco agraciado, la cara mal afeitada, la calvicie y, además, la vestimenta y esas expresiones del rostro que se encuentran, en las escenas pintadas en las tumbas, en los trabajadores dedicados a actividades manuales de bajo nivel.

Con toda razón, esta parte del papiro ha sido definida como «viñeta erótica», hasta tal punto que las distintas escenas tienen acotaciones escritas en hierático, no siempre descifrables íntegramente, pero de un tenor adecuado a las situaciones y a las actividades en curso.

En cuanto a su ritmo formal, las viñetas eróticas han hecho pensar que el autor del papiro turinés tenía hábitos pictóricos propios de los artistas que solían tratar, en papiros o en paredes de tumbas, detalles mitológicos; detalles aquí trasladados al plano cómico-erótico, con variaciones «al revés» que no deben inducir a reconocer, como ya he dicho, nada particularmente blasfemo.

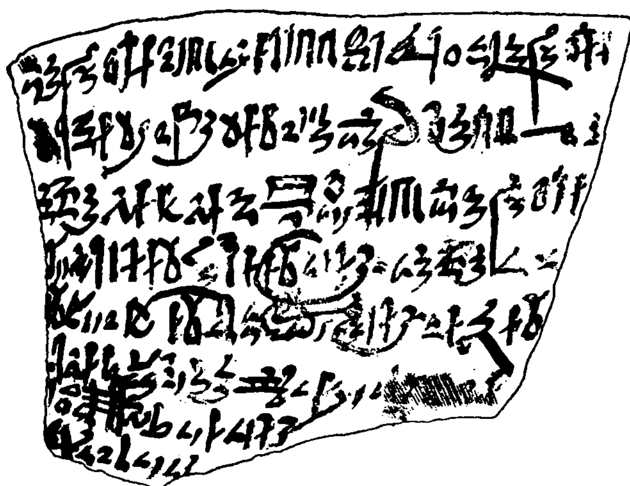
Capítulo 8

El escriba y el papiro. Instrucción y ciencias

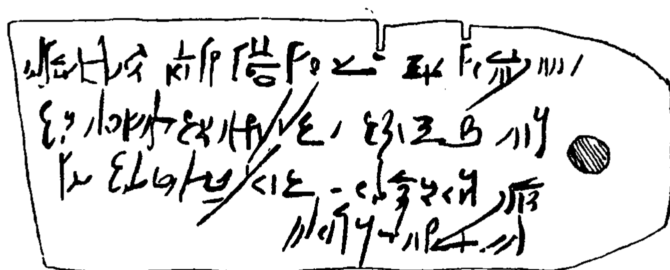
Los egipcios inventaron la escritura jeroglífica en el IV milenio, al inicio de su historia (según recientes teorías, antes de la I dinastía, en torno por lo menos al 3150 a.C.). La invención estaba relacionada con las necesidades administrativas del Estado, pero luego el uso de los jeroglíficos fue ampliado a la esfera intelectual y a todas las demás formas de comunicación externa.

La escritura jeroglífica tuvo una vida larguísima (la última inscripción, del 394 d.C., se encuentra grabada sobre el portal del emperador Adriano en la isla de File). Concebida para ser esculpida en piedra en virtud de su carácter monumental y epigráfico, desde el Antiguo Reino fue acompañada por el jeroglífico cursivo, el hierático y luego (desde el siglo VII) la escritura demótica, muy cursiva y simplificada. En efecto, usando el cálamo sobre soportes como papiro, madera, pergamino y superficies planas de astillas de piedra, se había dado curso al *ductus* de la escritura.

La lengua hablada a orillas del Nilo, perteneciente a la familia de las lenguas camito-semíticas, ha tenido, en su larga historia, una igualmente larga evolución. La última fase después del demótico es el copto, que escribe la lengua egipcia tardía con caracteres griegos, a los que añade siete signos o fonemas que no tenía el griego, tomándolos de la escritura demótica.



Ejemplo de escritura hierática sobre ostrakon para un texto mágico. Tebas, Deir el Medina (XX din.).



Ejemplo de escritura demótica de la época romana sobre madera, para una etiqueta de momia.

El papiro es otra de las grandes invenciones de Egipto. Las plantas nacían por doquier en las tierras del valle del Nilo, en especial en el delta pantanoso y en el Fayum. Los tallos, una vez estaban cortados, se troceaban en vertical, haciendo delgadas tiras longitudinales. Estas tiras, húmedas y humedecidas, se unían formando una superficie sobre la cual se extendía perpendicularmente otro estrato de tiras. El pedazo de papiro era machacado, lavado y secado, para luego encolar la página así obtenida con otras páginas; se ha calculado que un rollo de papiro comportaba una media de veinte páginas.

Papiro, paleta con cavidades para panecillos de tinta negra y roja, cálamos y vasito para el agua era cuanto necesitaba el escriba, este personaje omnipresente en la sociedad egipcia. En la administración civil, en el catastro, en los campos, en la administración militar, en las escuelas de cualquier grado, desde las de niños de 6 años hasta las grandes instituciones ligadas a los templos, las «Casas de la vida», en el palacio real, en los templos, en los talleres de pintores y escultores, cuando se preparaban las tumbas particulares y reales, siempre y por doquier se encuentran los escribas. Todo era contado, registrado y escrito; de modo que no se exagera cuando se afirma que el Egipto faraónico fue sin duda la cuna de la burocracia.

La imagen del escriba, sentado con las piernas cruzadas, con un rollo de papiro desplegado sobre las rodillas, el cálamo en la mano derecha, la mirada fija hacia adelante, orgulloso de su competencia para la eternidad, evoca inmediatamente, en muchas estatuas que lo representan, al antiguo Egipto, el lugar de la *prisca sapientia* y el sentido de la historia. En efecto, la memoria del pasado se salva del olvido gracias a la escritura, a la invención de Thot, como bien sabían los griegos de Platón, quien, en el *Timeo*, nos presenta al sacerdote egipcio que, vuelto hacia Solón, afirma: «Vosotros, los griegos, sois como niños», añadiendo: «Todas las cosas que suceden entre vosotros o en nuestro país o en otra región, y de las que nos enteramos, si alguna es bella o grande o se distingue por alguna otra razón, todas han sido escritas aquí en los templos desde los tiempos antiguos y de este modo se ha conservado su memoria».

Tampoco el mundo divino podía prescindir del escriba. Si la divinidad patrona de los archivos y las bibliotecas era una diosa, Seshiat, el inventor de la escritura jeroglífica (a la que los egipcios llamaban «palabras divinas») era Thot. En sus funciones de visir y de escriba de los dioses, registraba las decisiones del tribunal divino después del pesaje del corazón del difunto. También era el autor de libros de magia: para obtener una copia de ellos el biblómano Naneferkaptah soportó fatigas y disgustos infinitos, como sabemos por un relato en demótico (conocido como *Setne I*) que describe así el inicio de la atracción fatal por aquel libro: «Pero ocurría que mi hermano Naneferkaptah no tenía otro trabajo en el mundo excepto caminar por la necrópolis de Menfis leyendo las inscripciones de los templos de los faraones y las estelas de los escribas de la "Casa de la vida", y las inscripciones que estaban en [...], debido a la escritura. Tuvo lugar una procesión de Ptah; Naneferkaptah fue al templo para rezar y ocurrió que caminaba detrás de la procesión leyendo las inscripciones que estaban en las capillas de los dioses. Vio a un sacerdote-*uab* que reía; Naneferkaptah le dijo: "¿Por

qué te ríes de mí?". Aquél dijo: "No me río de ti, sino de que leías algunas inscripciones que no [tienen importancia]. Si deseas leer escritos, ven conmigo, te haré llegar al lugar donde está el libro que Thot escribió de su propia mano, cuando descendió detrás de los dioses, [es decir] las dos fórmulas que están en él. Si [lees la primera fórmula, podrás] encantar el cielo, la tierra, el Más allá, los montes y los mares, de modo que conocerás todo aquello que dicen los pájaros del cielo y los reptiles y verás los peces del agua aunque haya [21 codos] de agua sobre ellos; si lees la segunda fórmula, te encontrarás en Occidente, aunque manteniéndote [con vida] tal como eres sobre la tierra, en tu condición de cuando estabas vivo y verás a Ra que aparece en el cielo con su Enéada, con la luna en su esplendor". [Naneferkaptah le dijo]: "De verdad, que se me diga una cosa bella que tú desees y yo te la daré. ¡Pero tú mándame al lugar donde está ese libro!"».

La sensación que nos transmite esta civilización es que ningún otro pueblo de la antigüedad reconoció como los egipcios la importancia de la instrucción y el saber y respetó tanto sus roles.

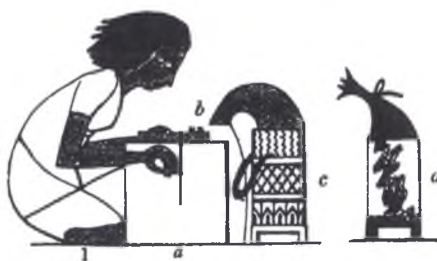
El sistema escolar y los métodos de enseñanza nos son bastante conocidos, en especial para el Nuevo Reino. Podemos decir que la escuela no estaba vedada, en teoría, a los chicos de ninguna clase social. También podían recibir instrucción las mujeres, entre las cuales algunas ejercitaron la profesión de escriba. Como ya se ha dicho, el hecho de que la mujer egipcia poseyera y administrara bienes de su propiedad lleva a considerar que existía una instrucción, aunque fuera elemental, en el ámbito femenino.

Los chicos, que asistían a la escuela primaria entre los 6 y los 10 años, aprendían las formas de los jeroglíficos y de los signos hieráticos, hasta saber escribir, leer y hacer cuentas. La copia y el dictado eran la base del aprendizaje elemental, mientras que la lectura en clase consistía en proponerles textos literarios que combinaran la instrucción con la formación moral. Muchos de estos textos nos han llegado precisamente gracias al hecho de que fueron copiados y vueltos a copiar, aprendidos de memoria en las escuelas.

A disposición de los jóvenes escribas existían antologías didácticas. *Kemit* («Suma») era el título del libro de texto escolar en uso en el Reino Medio, que proporcionaba modelos para encabezar y terminar una carta y diversas frases. Mucho más extensas eran las variadas *Misceláneas escolares* a disposición de los jóvenes durante el Nuevo Reino, compuestas con criterios y finalidades muy similares.

De una de estas *Misceláneas escolares* (papiro Anastasis V) nos ha llegado un cuadro de la jornada de un escolar diligente, trazada por su padre:

Dos ejemplos de escribas trabajando, con sus estuches y las cajitas con el material de escritorio. Es destacable el cálamo detrás de la oreja (J. G. Wilkinson, *Los antiguos egipcios*, II).





Escribas. Saqqara, mastaba de Mereruka (VI din.).

«Te he puesto en la escuela con los hijos de los magistrados para instruirte y enseñarte, en vista de esta profesión que nos hace más grandes. Ven, te describiré la condición del escriba, en su "¡Pronto a tu puesto! ¡Escribe delante de tus compañeros! ¡Pon tu mano sobre tus vestidos y presta atención a tus sandalias!". Tú llevas cada día tu libro con un objetivo: no seas, pues, perezoso. Debes hacer los cálculos en silencio, no dejes que se oiga la voz [que sale] de tu boca. Escribe con tu mano y lee con tu boca, medita bien. No seas holgazán, no pases un día de ocio: ¡pobre de tu cuerpo! Adáptate a los modos de tu maestro, escucha sus enseñanzas. Sé un escriba. "¡Presente!", dirás cada vez que te llaman. Guárdate de decir "¡uf!"».

Un detalle interesante para la historia de la pedagogía antigua: se recomendaba no estudiar en voz alta.

Keti, en sus *Enseñanzas*, recomendaba a su hijo que se comportara bien a la salida de clase: «Si sales de la escuela después de que te ha sido señalado el mediodía, y caminas volviendo del edificio escolar, detente sólo cuando hayas llegado a destino [...]. No perdurará el nombre de quien deja la escuela con gritos de alegría». Carlo Collodi le habría puesto ante los ojos la amenaza de transformarse en borriquillo como Pinocho y Lucignolo...

Es verdad que se trata de una carta ficticia perteneciente al grupo de las *Misceláneas escolares* ramsésidas, compuesta por el maestro mismo para educar en los buenos sentimientos a sus escolares, pero otra carta, que sugiere concretar el agradecimiento al enseñante con la donación de una hermosa villa, se lee con diversión: «Crecí cuando era niño y estaba a tu lado. Me dabas golpes en la espalda, y tu enseñanza entraba en mi oído. Era como una pareja de caballos al galope, no conseguía dormir ni de día ni de noche y decía: "Seré alguien que sea útil a su señor como un esclavo es útil a su patrón". Te construiré una nueva villa sobre el suelo de tu ciudad, con árboles plantados de cada lado. Dentro habrá establos y sus graneros estarán llenos de cebada y de grano; habrá trigo y altramuces [...]. Te cultivaré cinco *aruras* (= 13.675 m^2) con pepinos al sur de tu aldea: los pepinos serán abundantes, los algarrobos y las plantas-[?] serán como la arena, tendrás que hacer venir barcazas para cargarlos».

El programa escolar de un estudiante avanzado comprendía también el conocimiento práctico de la geografía, la cartografía y los mapas catastrales; se aprendían de memoria listas de nombres de lugares, de divinidades, de jerarquías de funcionarios y de cortesanos.

Luego, en el Nuevo Reino, se añadió el estudio de lenguas foráneas (sobre todo semíticas) y del modo de transcribir al egipcio la pronunciación de los nombres propios extranjeros, de topónimos, de términos técnicos y

de profesiones, creando así una cultura multilingüe y cosmopolita característicamente egipcia.

La profesión de escriba, tan publicitada y alabada desde el Reino Medio, y comparada con los demás oficios y profesiones, manuales o no, incluido el sacerdocio, se aconseja también, en un texto escolar lleno de malicia y de autoironía, a quien era débil y enfermizo, desde el momento en que era un trabajo que no requería músculos fuertes. Leemos en el papiro Lansing: «Haz de escriba puesto que no tienes una osamenta de hombre. Eres alto y delgado, y si tratases de levantar un peso, te derrumbarías. No tienes los pies firmes, no tienes fuerza, eres debilucho y enjuto. Por tanto, aplícate al menos para convertirte en escriba, una hermosa profesión, adecuada para alguien como tú...».

Pero el valor de la instrucción era ensalzado con argumentos muy distintos. En el papiro Chester Beatty IV se glorifica a los escribas llenos de sabiduría, que, gracias al recuerdo que han sabido dejar con sus escritos, logran superar los siglos y el olvido: «Las enseñanzas son sus pirámides, el cálamo es su hijo, la estela inscrita, su esposa [...]. El hombre desaparece, su cuerpo acaba bajo tierra, aquellos que han vivido en el tiempo pasado han dejado este mundo, pero aquello que [el hombre instruido] ha escrito hará recordar su nombre».

El respeto a la autoridad, la obediencia tanto al maestro como al padre y a los ancianos, que la experiencia ha vuelto maestros, era la costumbre. La instrucción era inculcada a golpes de vara («El oído del escolar está en la espalda», decía un proverbio del antiguo Egipto). Los textos escolares insisten en la necesidad de la obediencia sin discusión por parte de los jóvenes: la instrucción del escolar es comparada con el adiestramiento de los monos, los caballos y los toros, que se doblegan con el yugo, de los leones, los perros y los extranjeros, que aprenden a hablar egipcio.

Pero también debía de existir una corriente de pensamiento, representada por las generaciones jóvenes, que cuestionaba los métodos y los conceptos pedagógicos tradicionales. El eco de esta polémica nos ha llegado, como apéndice a las *Enseñanzas* del escriba Any, de forma epistolar: dos cartas escritas «por el escriba Jonsuhotep a su padre el escriba Any», y dos de respuesta de Any a su hijo. El punto clave de la polémica es si la «naturaleza», es decir, el carácter con el cual cada uno nace, es modificable con la instrucción, entendida como aceptación mecánica de nociones transferidas según los métodos tradicionalmente transmitidos. Es probable que este problema fuera realmente percibido y debatido en las escuelas egipcias del Nuevo Reino, puesto que también encontramos referencias a él en otro texto (el papiro

Chester Beatty IV): «Guárdate de decir: "Cada hombre tiene una naturaleza, ignorante o sabia —el destino y la fortuna están grabados en su carácter, escritos por el mismo dios— la vida de cada hombre pasa en el espacio de una hora". Al contrario, la instrucción es útil, no hay que cansarse de ella, y un hijo debe responder usando las palabras [que ha aprendido] de su padre».

De todos modos, no tenemos pruebas de que la aspiración a una reforma pedagógica en la escuela egipcia obtuviese algún resultado. Por cuanto sabemos, se siguieron poniendo en práctica las viejas y experimentadas máximas: que los jóvenes obedezcan en silencio y aprendan de la experiencia de sus mayores...

El edificio de la escuela estaba situado en patios o, en los niveles de instrucción superiores, en la «Casa de la vida» de los templos. Naturalmente los hijos del rey tenían, en palacio, sus instructores y preceptores personales, que los preparaban para aquellas que serían sus funciones reales; en las escuelas de palacio (*kap*) también eran instruidos los hijos de los altos funcionarios, de los cortesanos más próximos al trono y los hijos de los príncipes extranjeros que eran llevados al valle del Nilo para ser «egiptizados», instruidos y criados en la cultura del faraón para convertirse en sus fieles aliados: incluso los jóvenes que habían frecuentado estas escuelas a continuación eran llamados «los chicos del *kap*».

Las materias para los estudios de nivel superior eran las matemáticas avanzadas, la astronomía, la medicina y también la magia; en las bibliotecas de los templos podían consultarse manuales de arquitectura y dibujo.

Para el riego de los campos y el sistema de canalización, para las grandes construcciones como las pirámides y los templos, para el transporte de los bloques después de haberlos extraído de las canteras de piedra, para el corte y el traslado, para la erección de los monolíticos obeliscos, en suma para las actividades fiscal y catastral, para las obras arquitectónicas y las relacionadas con ellas, los antiguos egipcios poseían nociones de geometría y de mecánica muy avanzadas, al menos en el plano práctico; para la orientación de los edificios, para el cálculo del tiempo y de las estaciones utilizaban nociones de astronomía, basada en la observación de las estrellas (establecieron 36 decanos, las estrellas fijas, por ejemplo).

Qué significaba ser astrónomo durante la XXX dinastía lo podemos saber directamente por lo que dice de sí mismo, en un texto hecho grabar en la propia estatua de basalto, encontrada en 1906 en Tell Faraun, en el delta, uno de estos especialistas, de nombre Harkhebi. Era «príncipe y gobernador», médico-mago especializado en la cura de los venenos de reptiles, pero sobre todo un profesional orgulloso de sus conocimientos en el campo de la

ciencia y en especial de la astronomía, capaz de redactar horóscopos y de interpretar las señales del cielo: «El príncipe y gobernador, el amigo único [del rey], experto en jeroglíficos, que observa todos los fenómenos que ocurren en el cielo y la tierra, experto en la observación de las estrellas entre las cuales no hay error, que anuncia al mismo tiempo la salida y la puesta del Sol, junto con los dioses que predicen el destino, para los cuales se ha purificado en sus días, cuando el decano se muestra en sus días, cuando el esplendor del Sol se muestra en el momento de la inundación sobre la tierra, cuando pacifica las "Dos tierras" con sus fórmulas mágicas. Él, que observa todas las culminaciones en el cielo, que conoce la salida de cada [estrella] en un año afortunado, y que anuncia la aparición de Sothis (Sirio) al comienzo del año, él, que la observa en el día de su primera fiesta, habiendo calculado su venida en los tiempos en que debe llegar, él, que observa cada día cada uno de sus comportamientos; todo esto que [Sirio] ha anunciado, él está al corriente, conociendo los desplazamientos hacia el norte y hacia el sur del Sol, anunciando todos sus presagios y, asignándoles un tiempo, distingue las horas en períodos, sin equivocarse de noche [...]; instruido en cada cosa visible en el cielo y que él esperaba en la tierra; él, que conoce sus conjunciones (?) y su comportamiento; él, que no revela nada sobre su relación tras un juicio, discreto sobre aquello que ha visto; él, al cual no se puede hacer oposición cuando habla al Señor de las Dos Tierras».

Las experiencias y los conocimientos astronómicos nacieron en el ámbito y por las necesidades sagradas: el cálculo del tiempo para las fiestas y las estaciones, la orientación según los puntos cardinales, la posición y la naturaleza de los astros y los planetas, el calendario del año dividido en doce meses y la división del día en veinticuatro horas.

En la vida del hombre corriente, el tiempo no necesitaba, en el fondo, de una precisión mayor que la inmediata: alba, día, ocaso y noche; pero el ritmo de las estaciones y los plazos relacionados afectaban también a los campesinos.

Para medir el tiempo, de todos modos, los astrónomos egipcios supieron crearse instrumentos muy precisos: relojes solares y relojes de agua o clepsidras. Uno famosísimo, conservado en el Museo de El Cairo, lleva el nombre de Tutmosis III y está en buen estado: de piedra, tiene forma de vasija de boca ancha, está decorado con escenas astrales e inscripciones en el exterior, mientras que en el interior unas líneas graduadas grabadas permitían controlar y calcular la cantidad de agua que fluía por un pequeño orificio en la base del barreño.

También había relojes estelares, que permitían que los astrónomos, situados en las terrazas de los templos, escrutaran el cielo nocturno y anota-

ran sus observaciones: así reconocieron en el cielo, además del Sol y la Luna, los planetas (a los que llamaban «las estrellas que no conocen reposo») y las estrellas, reunidas en constelaciones que no coinciden con las nuestras, porque éstas nos vienen de los babilonios. Entre ellas, Sirio (Sothis) era fundamental para los cálculos cronológicos, en especial para establecer el inicio del año (el surgimiento helíaco de Sothis).

El sistema matemático egipcio estaba basado en el criterio decimal; los números eran escritos por unidades, con tantos trazos como unidades había, mientras que había símbolos gráficos distintos para las decenas, las centenas, las decenas y centenas de mil, hasta el millón. Sólo había operaciones: la adición y la sustracción, de las que se hacían derivar también la multiplicación y la división, según el concepto de añadir y quitar, con un sistema muy complicado para nuestra mentalidad.

Se conocían medidas de capacidad, de longitud (el codo corresponde aproximadamente a medio metro, y estaba dividido en palmos y dedos) y de peso, además de medidas de superficie (la *arura* equivalía a 2.735 m^2).

Se usaban fracciones con la unidad como numerador, excepto las fracciones 2/3 y 3/4. Para facilitar los cálculos, existían unas tablas de consulta en las cuales los resultados ya estaban calculados, como vemos en el más importante y sistemático de los textos de matemáticas y de geometría que nos han llegado, el papiro Rhind (ahora conservado en el British Museum de Londres, copiado de un texto más antiguo en la época de los hicsos). Consisten en series de problemas y de ejemplos con sus soluciones, concebidos, por tanto, no de manera abstracta sino para una casuística empírica y que, sin embargo, respondían perfectamente a cuanto requerían los egipcios de estas ciencias. He aquí un ejemplo de problema relativo a la pirámide:

Regla para calcular una pirámide:

Dado que tiene 360 codos de base y 250 codos de altura, conocer su inclinación.
Toma la mitad de 360 = 180.
Divide 180 por 250 = 1/2 + 1/5 + 1/50 de codo.
Puesto que el codo tiene 7 palmos, multiplica 7 × 7:

1	7
1/2	3 1/2
1/5	1 + 1/3 + 1/15
1/50	1/10 + 1/25

Resultado: su inclinación es de 5 y 1/25 palmos.

Sin embargo, difícilmente se podrá sostener que los conocimientos científicos superaran el nivel de la información empírica, que la experiencia ha reconocido y que los egipcios han seguido aplicando, confiados en la continuidad de la tradición. Esto se advierte por la insistencia con que, en los textos egipcios que nos han llegado, sea de matemáticas o de medicina, se insiste en el hecho de que han sido copiados de textos «antiquísimos» o que las recetas fueron felizmente experimentadas en tiempos antiguos (así, para dar un ejemplo, en el papiro médico Ebers, del Nuevo Reino, se recomienda una receta porque había sido inventada por la madre del faraón Teti de la VI dinastía). Pero no hay duda de que los conocimientos astronómicos, matemáticos y geométricos del antiguo Egipto eran suficientes en la práctica.

Como escribió Heródoto (II, 84): «En Egipto la medicina está subdividida de este modo: cada médico cura una sola enfermedad, no varias. Todos los lugares están llenos de médicos: para los ojos, la cabeza, los dientes, el abdomen y las enfermedades de localización incierta».

La existencia de estas especializaciones está confirmada por un gran número de tratados de diversos sectores médicos: medicina, cirugía, ginecología, odontología, medicina interna, veterinaria, farmacopea, etc.; entre los más extensos y famosos, citamos el papiro Edwin Smith (actualmente se encuentra en la New York Academy of Medicine) y el papiro Ebers (conservado en Leipzig).

Tenemos una abundante documentación sobre los médicos egipcios, muchos de sus nombres y títulos atraviesan todos los siglos de la historia de Egipto. Su categoría era jerarquizada: médicos (*sunu*) simples, médicos militares, médicos especialistas y los «arquíatras», los médicos en jefe de su tiempo, relacionados en general con el palacio real.

Los médicos estaban bajo la protección de la diosa-escorpión Serqete y de Neith de Sais. Aquí existía, conectada con el templo, una de las escuelas de medicina más importantes, aún activa en época persa y a la cual Cambises y Darío I prestaron una particular atención.

La medicina egipcia ya estaba muy evolucionada en el Antiguo Reino. Según un pasaje del papiro médico de Berlín y del papiro Ebers que trata de los *ukhedu* (las sustancias patógenas que circulan mediante los vasos-*met* por el cuerpo humano, sustancias animadas letales que debían ser «matadas»), la *Recopilación de los remedios sobre los recorridos de los ukhedu*, encontrada entre los antiguos escritos «que estaban bajo los pies de Anubis de Letópolis», se remontaba al menos al reinado de Usufais, el faraón Semti de la I dinastía tinita, puesto que fue usada en aquel tiempo para curar al

rey «cuando se puso decrépito»; y aun en la II dinastía, para curar a Su Majestad el rey del Alto y el Bajo Egipto Seneg: «Este libro [de remedios] sirvió para mover las piernas [del rey] que estaban paralizadas».

Desde luego, aquí se trata de médicos y de medicinas relacionados con el palacio y el faraón; pero a menudo los médicos de la corte podían curar, como concesión real, a súbditos protegidos por el rey, como tuvo a bien escribir en las paredes de su mastaba, en Gizeh, Seshemnefer, que vivió durante la VI dinastía: «Cuando me enfermé durante el desempeño de mi función, se lo referí al rey y él hizo que los médicos de la residencia me curaran, de modo que en seguida me sané y volví a la residencia».

También se ha visto que, durante la explotación de las canteras y de las minas, en las expediciones militares, estaba asegurada la presencia de médicos para la asistencia a los trabajadores.

La cirugía y la diagnosis de las lesiones traumáticas estaban muy desarrolladas; el papiro Edwin Smith, cuya redacción se remonta probablemente al Antiguo Reino, procede con la descripción de los casos y de sus síntomas, y proporciona una diagnosis con prognosis. He aquí el caso de una herida en la sien, que el médico, tras examinar al enfermo, juzga curable: «Tratamiento de alguien que tiene la sien perforada. Si debes curar a un hombre cuya sien herida está perforada, examina su herida. Dile: "Gira la cabeza hacia atrás". Si le duele el ojo mientras gira el cuello y el ojo está inyectado de sangre del lado de la herida, dile: "He aquí a un hombre cuya sien está perforada y que sufre de rigidez en el cuello. Es una enfermedad que puedo curar". Hazlo reposar hasta que haya pasado la fase aguda de su mal; ponle compresas de grasa y de miel hasta que se sienta aliviado».

En otro caso, que el mismo papiro Edwin Smith prevé a continuación del precedente, la obra del médico debe ser declarada inútil, e incurable la herida: «Tratamiento de alguien que tiene la sien herida, con el hueso mellado y el hueso temporal perforado. Si debes curar a un hombre que tiene la sien herida con el hueso mellado y el hueso temporal perforado, cuyos ojos están inyectados de sangre y que pierde sangre por las fosas nasales; si, cuando pones los dedos sobre los bordes de la herida se estremece largamente, si, cuando lo interrogas sobre qué siente, no te habla, sino que de sus ojos descienden abundantes lágrimas, y lleva frecuentemente la mano al rostro y se seca inconscientemente los ojos con el dorso de la mano como hace un niño, di: "He aquí a un hombre herido en la sien con el hueso mellado y el hueso temporal perforado. Le sale sangre por la nariz, sufre de rigidez en el cuello y no puede hablar. Es una enfermedad que no puedo curar". Cuando encuentres a este hombre incapaz de hablar, podrás aliviarlo

haciendo que se mantenga sentado. Úntale la cabeza con grasa, ponle ungüento en las orejas».

La precisión y la claridad, e incluso la eficacia lingüística de este tratado sistemático se encuentra en la descripción, entre patológica y psicológica, objetiva y melancólica, de las miserias de la edad senil que el sabio Ptahhotep ha incluido al comienzo de sus *Enseñanzas*:

> La vejez se ha producido, la senilidad ha llegado,
> el deterioro ha venido, la debilidad se ha renovado,
> está acostado cada día quien se ha vuelto niño.
> Los ojos son débiles, los oídos son sordos,
> la boca está silenciosa y no habla,
> el corazón está ausente y no recuerda el ayer,
> los huesos duelen por la longitud de la edad.
> Lo que era bueno se ha vuelto malo,
> todo gusto se ha ido.

La medicina y los médicos egipcios tuvieron una gran fama en todo el Oriente Próximo. Heródoto reproduce la noticia de que Ciro, el fundador del Imperio Aqueménida, habiendo enfermado de la vista, pidió al faraón Amasis ser curado por un oculista egipcio. Y sabemos, por la estatua de Ugiahorresnet (el llamado «Naóforo vaticano», por el museo donde se conserva la estatua), que este «jefe de los médicos del rey» tuvo el honor de ser el arquíatra de Cambises y también de Darío I, con quien vivió largamente, en la corte de Susa.

El médico del rey Nebamón hizo representar en su tumba a un príncipe sirio, con su exótica vestimenta, mientras está sorbiendo, como parece correcto interpretar la escena, una poción terapéutica, que creemos que curó al paciente, desde el momento en que Nebamón lo hizo representar.

Cuando los médicos, con sus prescripciones y sus instrumentos quirúrgicos, no conseguían curar al enfermo, y también los médicos-magos fracasaban con sus fórmulas y talismanes, había que dirigirse directamente a los sanadores: en el primer puesto estaban Imhotep (para los griegos, Esculapio) y Amenhotep, hijo de Hapu, dos grandes personajes, dos arquitectos divinizados, uno de tiempos de Zoser (III dinastía), el segundo contemporáneo de Amenofis III (XVIII dinastía).

Algunas divinidades sanadoras también eran apreciadas fuera de Egipto, como Jonsu-en-Tebas-que-obra-milagros, especializado en curar a los endemoniados, cuya estatua fue solicitada por el príncipe Bakhtán (Bac-



Dibujo de la escena de la llegada a Tebas de un príncipe sirio con su esposa, acogidos por el médico Nebamón que ofrece un fármaco (?) al príncipe. Tebas, tumba de Nebamón (XVIII din.).

triana) para curar a una de sus hijas presa de un espíritu maligno. La princesa recuperó la salud, pero el príncipe tuvo la idea de retener la estatua y no devolverla a Tebas, hasta que, después de tres años y nueve meses, una visión amenazante del dios durante el sueño le obligó a hacerlo (estela de Bakhtán).

Por otra parte, se podía solicitar la visita a Egipto de divinidades sanadoras exóticas. Cuando el faraón Amenofis III enfermó, pidió a Tuscratta, rey de Mitanni y suegro suyo (se había casado con su hija Taduchipa), que le enviara a Tebas la imagen milagrosa de la diosa Ishtar. Un favor que la misma diosa le acordó, como sabemos por una carta del archivo diplomático cuneiforme de El Amarna que acompañaba el envío de la estatua de oro: «Así dijo Ishtar de Nínive, señora de todas las tierras: "A Egipto, la tierra que amo, iré y regresaré" [...]. En verdad, en tiempos de mi padre, Ishtar la señora fue a aquella tierra y durante todo el tiempo que residió en ella fue reverenciada. Que ahora mi hermano pueda honrarla diez veces más que antes».

Para las preparaciones curativas, se extraían y se usaban las sustancias de los tres reinos: mineral, vegetal y animal. Se pueden enumerar al menos 40 minerales, entre otros alumbre, crisocola, yeso, sales de plomo, minio, natrón, ocre, sal, arena y antimonio. Había casi 110 productos vegetales (no todos identificados), entre otros, acacia, asa fétida, cebada, habas, col, apio, algarroba, cinamomo, cilantro, croco, comino, dátiles, higos, lino, incienso, ajo, gomas, goma de acacia, goma amoníaca, láudano, mandrágora, ricino, azafrán, sésamo, silfio, tomillo, terebinto y otras hierbas diversas. Los productos animales eran una cincuentena, algunos de los cuales tenían una eficacia real: miel, cera, grasas y leche eran emolientes; la carne sobre las heridas tenía cualidades hemostáticas.

El valor terapéutico de los animales estaba ligado a las peculiaridades exteriores de la bestia o a sus características. Así, la piel de ciervo curaba la gota si se ataba a un pie, en una especie de *transfert*, que dependía de los ritos mágicos, una cabeza de pescado frito absorbía el dolor de cabeza y un ojo de cerdo combatía la ceguera.

Otras sustancias debían su fama a razones mitológicas, como la leche de madre de hijo varón, en recuerdo de Isis y de su hijo Horus. Las sustancias desagradables, cuernos, excrementos, estaban destinadas a espantar a los espíritus malignos, a menudo causantes de enfermedades.

Pero el valor terapéutico de algunas sustancias usadas por los antiguos egipcios, de las cuales se conocen usos paralelos en otras civilizaciones y en las nuestras en la medicina popular, podrían ser revalorizadas por un profundo estudio, como las recetas que prevén pan o madera largamente remojado contra las infecciones, y que podrían haber contenido sustancias antibióticas.

Por las recetas comprendemos de qué forma debían ser empleadas: tisanas, infusiones, pociones, electuarios, píldoras, pastillas, ungüentos, inhalaciones, fumigaciones, tampones, supositorios, lavajes, irrigaciones o colirios. Para la preparación se daban instrucciones precisas: «Triturar bien, hacer una masa, poner sobre el fuego», o bien «Poner en un saquito de tela; el saquito debe ponerse en el recipiente el día en que es colocado sobre el fuego. Se retira el emplasto y se vacía el saquito después de ponerlo en una vasija. Se añadirá agua, se filtrará como se filtra la cerveza, y se beberá durante cuatro días». Las recetas indican también el uso interno o externo de los medicamentos, a qué hora y durante cuántos días debe tomarlos el paciente. Probablemente los preparaban los médicos; pero con seguridad las grandes lumbreras de la corte no elaboraban las píldoras y los jarabes: para eso había preparadores, farmacéuticos, con sus ayudantes.

En especial en el caso de enfermedades contagiosas o de fiebres, cuando las causas físicas no eran evidentes por cortes o heridas, es comprensible que la gente atribuyese su causa a espíritus malignos, al mal de ojo o a los difuntos inquietos: de ahí el recurso a los médicos-magos, a los tratamientos mágicos, acaso relacionados con una terapéutica médica.

La unión entre medicina y magia, por lo demás, está muy bien expresada por las palabras que se leen en la introducción al papiro Ebers: «Son eficaces las fórmulas mágicas que actúan junto con los medicamentos, como, por otra parte, son eficaces los medicamentos que actúan junto con las fórmulas mágicas».

La fisiología egipcia había llegado a comprender que muchas enfermedades estaban relacionadas con el sistema vascular, y que derivaban del hecho de que los vasos estaban obstruidos, o recalentados, o esclerotizados («enrigidecidos»). Las causas patológicas se atribuían a menudo a gusanos, a putrefacción intestinal, o también a exceso de comida, de modo que la moderación en las comidas no sólo era recomendada por las *Enseñanzas* de los sabios, sino que se consideraba una norma higiénica fundamental. El visir Kairés recomendaba a su hijo Kagemni sobriedad respecto a la comida, usando hermosas y sencillas imágenes: «Un vaso de agua apaga la sed, un bocado de hierba fortifica el corazón; una sola cosa buena sustituye a un banquete, una pequeñez sustituye lo excesivo».

En el papiro Ebers, hay recetas para todo tipo de enfermedades que acompañan a las de belleza e higiene, además de explicaciones para su fabricación y para la técnica de inhalación.

Uno de los papiros provenientes de Kahun, en el Fayum, es un tratado de veterinaria, que ofrece la diagnosis de las enfermedades de pájaros, peces, perros y bovinos.

Otro papiro de la misma procedencia (y que como el anterior nos ha llegado en una copia del Reino Medio) contiene parte de un tratado sobre las enfermedades femeninas. Entre éstas, dos recetas muestran la existencia de una práctica de control de los nacimientos: una es por medio de estiércol de cocodrilo y la otra con miel con salitre. También entre las del papiro Ebers, antes citado, una receta prevé una compresa embebida de ciertas sustancias mezcladas con miel, y tiene un título significativo: *Hacer que una mujer deje de estar encinta durante un año, dos años o tres años*. Con el mismo fin, otro papiro médico (papiro Berlín 3038) prevé una fumigación, además de un remedio que se debía tomar por vía oral, cuatro mañanas seguidas.

En el papiro Kahun y en los papiros del Ramesseum se leen anotaciones sobre prognosis de embarazo y sobre el sexo del que va a nacer obtenidas mediante el método de esparcir con la orina de la gestante granos de cebada y de espelta: si la cebada brotaba antes nacería un varón, de otro modo, una niña. A propósito de las concepciones genéticas, los egipcios creían que el semen masculino se encontraba en los huesos (en el papiro Jumilhac se afirma que, en la formación de los hijos, la piel y la carne vienen de la madre y los huesos del padre).

De ello debemos deducir que los médicos egipcios tenían conocimientos anatómicos muy limitados (piénsese, por ejemplo, que, en la momificación, los cuerpos no eran seccionados, en el sentido moderno, sino sólo abiertos y vaciados). De todos modos, aunque no fuesen científicos, eran buenos «prácticos» y su oficio estuvo muy difundido.

Buscando entre los textos egipcios antiguos se encuentran elogios a la pericia de los médicos. En una inscripción rupestre de Abnub, el jefe de los médicos de la corte, de nombre Heriscefnekhet, es descrito como alguien actualizado y de diagnosis segura: «Es alguien que lee diariamente los libros [de medicina], [...] alguien que pone su mano sobre el enfermo y así sabe de qué sufre; alguien que es hábil en el examen con la mano (palpación)».

No tenemos razón para dudar de que algunas enfermedades eran curadas; el papiro Ebers contiene dos recetas contra el esteñimiento que son alabadas como infalibles, verdaderos secretos del oficio. Una comportaba al menos dos visitas a la cabecera del enfermo: «Hazle el remedio secreto que el médico ha prescrito: planta *pakh-serit* (por desgracia, se trata de una planta no identificada) y detritos de dátil. Mezcla, deja disolver en agua y haz que el paciente lo beba durante cuatro mañanas hasta vaciar su intestino. Si después de haber hecho esto encuentras que el lado derecho de su cuerpo está caliente y el izquierdo está frío, entonces puedes decir: "La enfermedad se está curando. Se consume a sí misma". Visítalo otra vez. Si encuentras que su cuerpo está bien frío, entonces puedes decir: "Su hígado está curado y se ha purgado. Ha absorbido la medicina"».

Para un caso de «bloqueo de excrementos», como se expresa el papiro Ebers, se afirma que la prescripción que asegura la curación está tomada del «libro secreto que sólo es para el médico con la excepción de su propia hija». Otro ejemplo de curación prometida en la misma recopilación Ebers se refiere al tratamiento de un forúnculo en la nuca «hinchado como el pecho de una mujer»: si el médico lo encuentra móvil en la palpación, puede declarar sin más que lo curará con un emplasto de varios ingredientes (sal, ajo, jugo de palma, etc.), y «después de cuatro días estará bien».

En el relato del papiro Vandier, los médicos de la corte del rey Sisobek se encontraron ante unos síntomas de enfermedad mortal para su soberano. Sisobek, dice el texto, «no paraba de comer durante la noche, porque el faraón tenía un enorme apetito. Ahora bien, una noche ocurrió que el faraón dejó sin probar su comida habitual, porque para su boca la comida sabía a fango y las bebidas sabían a agua. El faraón ya no tenía hambre ni dormía, los ropas le quedaban grandes y se había vuelto (empapado de sudor) como un hombre recién salido del agua». Entonces hizo llamar a todos sus médicos y magos, los cuales, juzgando por los síntomas y basándose en los antecedentes clínicos de otro rey, el faraón Gedkara, diagnosticaron una enfermedad mortal. Puesto que las comprobaciones hechas en los libros médicos no concedían más de siete días de vida, los médicos de la corte decidieron llamar a consultas a un colega, rival suyo en la profesión, diciéndole al rey que éste era el único que tenía competencia para prolongarle la vida. Se trataba de un modo de eliminar al rival, porque la curación de un moribundo imponía que el sanador muriera en su lugar. Cosa que el pobre médico-mago hizo. La historia continúa, es muy complicada, pero es otra historia...

También los dioses enfermaban en el mundo de la mitología egipcia, y otras divinidades intervenían para curarlos. Estos relatos de enfermos y curados divinos son de gran interés porque reflejan las prácticas y las terapias humanas. En una fórmula de los *Textos de los sarcófagos* el dios Ra, que para la ocasión es un experto oculista, diagnostica una lesión traumática en un ojo (es decir, la luna) del dios celestial Horus, herido por el dios Set, después de un examen realizado con optotipo: «Ocurrió que Ra dijo a Horus: "Hazme ver tu ojo después de lo que le ha sucedido". Lo examinó y dijo: "Mira este trazo negro, mientras tapas con la mano el ojo en buen estado". Horus miró el signo negro y dijo: "He aquí, lo veo todo blanco". Entonces Ra dijo: "Mira, en cambio, a este cerdo negro"; Horus lo hizo y gritó porque el ojo se le había irritado y dijo: "¿Ves?, mi ojo está como después del golpe que Set le ha dado", y luego Horus perdió el conocimiento. Entonces Ra dijo: "Tendedlo sobre la cama hasta que recupere el conocimiento". En efecto, Set se había transformado en un cerdo negro y le había dado un golpe en el ojo». Sabemos que, según el mito del ojo de Horus, éste fue curado por Thot y por Ra.

El mismo dios Ra (el mito está reproducido, no casualmente, al comienzo del texto de medicina faraónica conocido como papiro Ebers) era también el autor de volúmenes de consulta médica. E instruía a los médicos de su séquito para que pudieran «curar a quien el dios desee mantener

con vida». El mito está narrado —y debe ser recitado como fórmula sobre los ingredientes del remedio que se debe aplicar— para reforzar la confianza en la curación: «Es un auténtico remedio, probado mil veces».

Las sanaciones mitológicas eran el modelo de las curas y las fórmulas de sanación mágica: como un dios había sido curado por otro dios de una determinada enfermedad, o accidente, así la fórmula debía resultar eficaz aplicada a un mortal. La diosa Isis era invocada a menudo, en tanto «médico», en caso de mordeduras de serpiente: ¿acaso el mismo dios Ra no había sanado del envenenamiento de una picadura de serpiente, como leemos en el relato del mito de *Isis la maga y Ra vuelto viejo*?

El dios Horus era llamado también «el médico» y como «taumaturgo», «sanador» (Shed), estaba especializado en la cura de las mordeduras de serpientes y escorpiones, hasta tal punto que Gedhor, un exorcista de los escorpiones que vivió en el siglo IV a.C., y luego fue divinizado, asumió el apodo del dios, «el sanador», y podía jactarse de ser alguien que «sabe cómo mantener con vida a aquellos que morirían, salvándolos del veneno de toda clase de serpiente [...] y que es capaz de devolver la vida al moribundo, de hacer respirar a la nariz tapada, de devolver la vida a quien está asfixiado». La estatua milagrosa que lo representa (ahora en el Museo de El Cairo) producía un agua milagrosa, que se recogía en la pila que estaba situada debajo de ella, cada vez que el líquido era vertido sobre los textos escritos por la estatua.

Ignoramos la entidad de los honorarios de los médicos humanos. Cuando el sanador era un dios, el coste podía ser alto, si se quería dedicar una estela o una estatua por la gracia recibida. La princesa Merneit, hija del faraón Samético I, curada por obra del arquitecto divinizado y médico prodigioso Amenhotep, hijo de Hapu, el «buen médico», le dedicó una estatua en la que hace acto de público agradecimiento: «Mira, ¡estaba enferma de los ojos y tú me has curado al instante!». Quizás Amenhotep asumiese directamente la plegaria de la princesa, quizás, en cambio, le indicó la cura en el sueño.

La sanación segura e inmediata, lo recuerdo, es propia de la intervención milagrosa, pero a menudo la prometen también los remedios particularmente eficaces de los recetarios de antiguos médicos egipcios. La técnica terapéutica por incubación —espontánea o por catalepsia inducida— era frecuente en especial en la época tardía. Amenhotep, hijo de Hapu, e Imhotep (éste también era un antiguo arquitecto divinizado, identificado en la época grecorromana, como ya hemos visto, con el dios de la medicina Esculapio) podían sugerir recetas y obtener sanaciones; a menudo se les pe-

día que curasen la esterilidad o su variante, la falta de hijos varones. Una condición para la divinización de los humanos era su probada capacidad para realizar sanaciones milagrosas: así, también el favorito del emperador romano Adriano, el bellísimo Antínoo, divinizado después de su muerte en el Nilo, «escucha las plegarias de quien lo invoca; ha curado a los enfermos a los cuales se ha aparecido en sueños, sus obras de sanación han tenido éxito entre los humanos y ha realizado milagros».

Se podía pedir la intervención del dios médico incluso por carta. Con un mensaje en demótico, que ha llegado a nosotros, un hombre pedía a Amenhotep, hijo de Hapu, la curación de la esterilidad de su mujer, comprometiéndose a dar dos monedas de plata al dios, pero en dos tiempos: la mitad en la concepción y el saldo si el parto se producía sin complicaciones. El estilo comercial de esta correspondencia es desconcertante; y mucho más si pensamos que el solicitante era un sacerdote.

A su vez, el dios puede «chantajear» a los hombres: Imhotep, para curar la fiebre a un hombre, un literato que conocía el egipcio y el griego, le impone que traduzca a esta lengua, para cultivar a los griegos que estaban en Egipto, un libro en egipcio adecuado para hacer propaganda de este gran dios. La traducción, que nos ha llegado, es, pues, un singular ejemplo de exvoto, por «gracia recibida».

Tener buena salud era el augurio más frecuentemente expresado en el antiguo Egipto; en época tardía, el epíteto *seneb* —«que es sano»— después del nombre de una persona equivalía a decir «que está con vida, vivo», en oposición al término *maa kheru* —«que está muerto», «difunto».

Una verdadera teoría de la salud y la curación basada, como parece, en la exposición a los rayos salutíferos del dios Sol, se lee en el papiro Mosca 127: «Que tú puedas ser envuelto por los rayos [del Sol] —recita el significativo augurio inicial— mientras [el astro] es visible [en el cielo] de modo que tu cuerpo pueda continuar con salud, puesto que [el dios Sol] ha expulsado tu enfermedad: en efecto, él acude en ayuda cuando quien está en dificultades lo llama. Que pueda hacerte alcanzar los 110 años sobre la tierra, sano de cuerpo, vuelto viejo en la serenidad, sin que tu cuerpo haya estado enfermo sino que haya vivido siempre en una continua felicidad, sin ser obstaculizado por tu envejecimiento. Evita frecuentar a quien tenga que ver con los muertos, interésate en la jarra de arcilla llena de leche y mantente alejado de la jarra de vino; aún no tienes necesidad de recurrir a ella, como aún no es la hora de que tengas necesidad de las vasijas de libaciones (funerarias). Tú respiras bien, tu cuerpo está intacto, todo está en su sitio, tu corazón está en su caja torácica, tu lengua está tan suelta como de cos-

tumbre y no tropieza; tú ves con precisión un lugar donde está la gente y evitas mirar a un sitio donde no hay nadie, porque tu vista es perfecta. Después de una carrera tus orejas están libres de oclusión, no tienes desfallecimientos en tu cuerpo y en cuanto está relacionado con él; así podrás alcanzar la necrópolis en buenas condiciones y te unirás a los ancianos en Heliópolis y a las almas de los beatos».

Podemos preguntarnos si se conocen las enfermedades más difundidas entre el pueblo que habitaba en el valle del Nilo. Los textos médicos, con la exposición de las que pretendían curar, ya proporcionan un buen número de ellas. Otra fuente de conocimiento al respecto nos la suministra la representación en estelas, relieves y pinturas de personas afectadas por deformaciones o enfermedades evidentes, cifosis, pie equino, etc. La moderna ciencia de la paleopatología, utilizando los rayos X, y sobre todo el examen histológico de los tejidos de las momias, el estudio dental y de las eventuales intervenciones, emplomaduras, prótesis, etc., está dando grandes resultados.

El examen radioscópico efectuado no hace demasiados años a la momia de un personaje famoso, el arquitecto Cha, que vivió en Tebas en torno al 1500 a.C. —cuyo cuerpo se encuentra, con el ajuar de su tumba, en el Museo Egipcio de Turín—, ha dado unos resultados interesantes: el personaje sufría de hiperostosis vertebral anquilosante de Forestier, de discopatía entre la quinta vértebra lumbar y el hueso sacro, de deformación en forma de cuña de dos vértebras entre la duodécima dorsal y la primera lumbar, debida a una lesión traumática. En suma, el arquitecto Cha estaba afectado por una dolorosa forma de ciática.

En setiembre de 1976, Ramsés II desembarcó en el aeropuerto de París, acogido como un jefe de Estado. Pero naturalmente eran honores tributados sólo a su cuerpo momificado hacía tres mil años. El cadáver real, conservado en el Museo de El Cairo (en 1912 se le había detectado un estado de degradación), debía ser curado en París, porque estaba infectado por un hongo, el *Daedalea biennis Fries*. Más de doscientos expertos examinaron a Ramsés II en el Musée de l'Homme, y al fin el hongo fue eliminado con un tratamiento de rayos gamma producidos por el cobalto, y el cuerpo, sanado, fue devuelto al Museo de Midan el Tahrir en El Cairo.

Los datos del historial clínico de Ramsés II fueron divulgados: el faraón sufría de lesiones dentales importantes; en sus últimos años de vida había sufrido devastadoras formas de arteriosclerosis; estaba afectado por una gravísima espondiloartritis anquilosante, hasta el punto que debió caminar en-

corvado apoyándose en un bastón, al menos durante sus últimos veinte años de vida; el cabello, blanco, aún denotaba que originariamente había sido rojo. La edad de la muerte, que han establecido los expertos de París, puede situarse en torno a los ochenta años, cinco más o menos.

Faltan, en los tratados médicos que nos han llegado del antiguo Egipto, las alusiones a las enfermedades nerviosas. Los epilépticos, por otra parte, eran considerados enfermos «sagrados»: estaban «en la mano de Dios», como se expresaban los egipcios. Pero la descripción del estado mental y psicológico que se obtiene de uno de los más famosos textos literarios, el *Diálogo del desesperado con su alma*, ¿no es acaso la de un hombre afectado por una depresión con tendencias suicidas?

Y cuando Unamón, el protagonista de las aventuras contadas en otro famosísimo texto (*Las aventuras de Unamón*) se abandona a un llanto desesperado a orillas del mar, mirando los pájaros que vuelan hacia Egipto, ¿no muestra, acaso, los síntomas precisos de un ataque de melancolía con grave depresión nerviosa? La cura supo encontrársela el mismo príncipe del Líbano, informado del estado en que estaba su desafortunado huésped: hizo que le trajeran dos ánforas de vino y un carnero asado, y mandó que le hiciera compañía una egipcia que residía en el Líbano, diciéndole que cantara para él, y que no dejara que «su corazón se entristeciera». En efecto, Unamón salió de su estado de abatimiento. Y cualquier psicólogo moderno, creo, estaría dispuesto a suscribir este método como la más eficaz de las psicoterapias.

Capítulo 9

El deporte y los juegos. Música y danza

Las más antiguas fuentes para la historia del deporte, y también para las formas practicadas por los soberanos, vienen del antiguo Egipto. Los faraones se presentaban ante el pueblo en el papel de atletas, guerreros y cazadores, como ejemplo y garantía de fuerza y eficiencia física. También la carrera ritual, un acontecimiento fundamental en el jubileo real (la fiesta *sed*), y que encontramos representada desde las primerísimas dinastías, es una manifestación de vigor físico que sirve para tranquilizar sobre la renovación del reino.

Durante todo el Nuevo Reino textos y escenas documentan la pericia de los soberanos en el tiro con arco, el adiestramiento de los caballos y la carrera con carruajes; también la caza de animales salvajes, sobre todo leones, es concebida como un gran juego-deporte real. La estela de Ermonti alaba la pericia de Tutmosis III en el tiro con arco: «Cuando lanzaba flechas contra un blanco de cobre, todos los palos se rompían como papiro. Su Majestad proporcionó un ejemplo de ello en el templo de Amón con un blanco de cobre repujado con esmero, de un espesor de 3 dedos (unos 6 cm). Sus flechas apuntaron al blanco, él lo atravesó y las hizo salir 3 palmos (unos 24 cm) por detrás, de modo que aquellos que estaban con él desearon que sus brazos fueran valerosos en el coraje y la victoria. Yo lo procla-

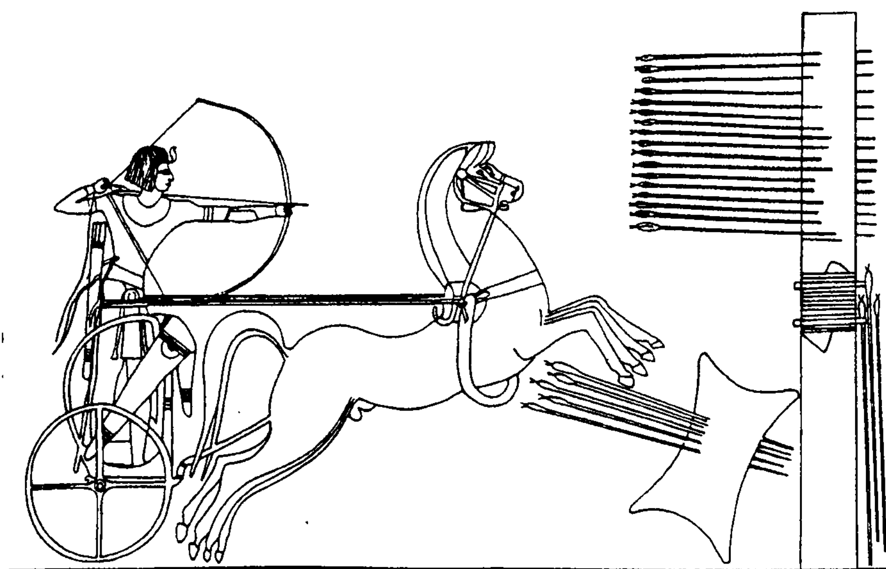
mo en voz alta (habla el escriba de la cancillería real que ha compuesto el texto), y no es mentira ni embuste, en presencia de todo su ejército, sin una palabra de exageración». La estela de Ermonti sigue celebrando otras empresas del rey, como cazador en Siria: «Mató a siete leones lanzando flechas en el espacio de un momento; capturó a doce manadas de toros salvajes en una hora, y antes de desayunar exterminó a 120 elefantes en el país de Nia».

Pero el mejor rey arquero fue Amenofis II, que quiso mostrarse a todos como un atleta efectivo, que compite, y que gana en virtud de sus capacidades personales y no por su posición. Conocemos el nombre del instructor del joven príncipe, el monarca Min de Tinis, junto a Abydos, el cual se ha inmortalizado —desde luego, con el permiso del rey— a sí mismo y a su real discípulo en su tumba tebana; Amenofis II es representado mientras toma clases de tiro con arco, en una escena hoy muy dañada pero de la que queda el dibujo realizado a comienzos del siglo pasado, cuando estaba menos degradada. Min corrige la posición del joven príncipe y las inscripciones dan cuenta de sus palabras: «¡Tira tu arco hacia las orejas! Fortifica tus brazos [...] oh príncipe Amenofis. Debes actuar con tu fuerza y tu valor».

Esculpida en un bloque de granito reutilizado en el relleno del tercer pilar del templo de Karnak en Tebas, la escena que muestra a Amenofis II en un carruaje tirado por caballos al galope, mientras atraviesa un blanco con cinco flechas perfectamente asestadas, simboliza el ideal atlético del soberano.

El adiestramiento de Amenofis II cubría todas las especialidades deportivas, y era objeto de alabanza en una estela oficial (la llamada «estela de la esfinge»): «Apareció, pues, Su Majestad como rey, cuando era un hermoso jovencito. Él conocía su cuerpo y cumplía 18 años con la plenitud de su fuerza victoriosa. Conocía todos los trabajos del dios [de la guerra] Montu y no tenía igual en el campo de batalla. Conocía la equitación y no tenía similar en esta numerosa armada. No había nadie que pudiera doblegar su arco, y no podía ser alcanzado en la carrera. Sus brazos eran fuertes; era infatigable, mientras sostenía el remo y mientras gobernaba [el timón] sobre la popa de su bajel, a la cabeza de 2.000 hombres. Cuando atracaban después de haber hecho medio *iteru* (aproximadamente 1,5 km) de navegación, estaban cansados y sus miembros estaban exhaustos y ya no tenían aliento. En cambio, Su Majestad estaba vigoroso con su remo de 20 codos (unos 10 metros) de longitud, y en el amarre, cuando anclaba su barca, había hecho tres *iteru* (aproximadamente 8 km) de navegación, sin haber dejado de remar. La gente estaba admirada, al verlo hacer esto. Él doblegó

El príncipe Amenofis (el futuro rey Amenofis II) aprende a tirar al blanco con arco bajo la guía de su maestro Min. Tebas, tumba de Min (XVIII din.).



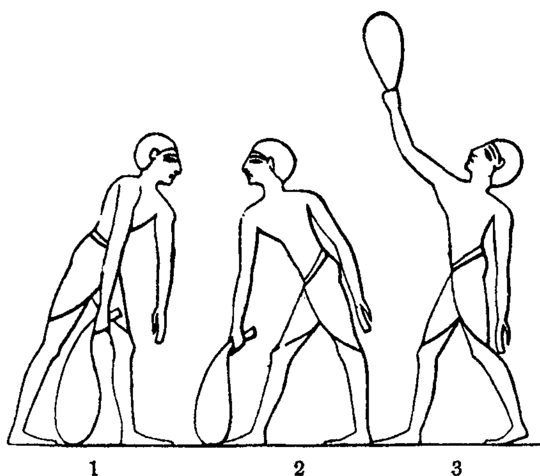
Amenofis II a la carrera en su carruaje tira al blanco con arco. Karnak, bloque en granito (XVIII din.).

3.000 arcos duros para comparar el trabajo de sus constructores, para distinguir a un experto de un operario ignorante. Él vino para hacer esto que veis delante de vosotros. Entró en su pabellón septentrional y encontró que se habían instalado para él cuatro blancos de cobre asiático, de un palmo de espesor, y 20 codos separaban un palo del siguiente. Su Majestad apareció sobre el caballo como Montu en su potencia, aferró su arco, empuñó cuatro flechas juntas; luego avanzó lanzándolas, como Montu con sus armas. Sus flechas pasaron al otro lado; entonces atacó otro palo. Es una empresa que nadie ha hecho y de la que nunca se ha oído contar, lanzar una flecha contra un blanco de cobre, que penetrase en él y cayera al suelo, ¡excepto para el rey fuerte y potente, que Amón ha hecho victorioso, el rey del valle y el delta, valeroso como Montu! He aquí, cuando él era todavía un jovencito, amaba a sus caballos y se alegraba de ellos: su corazón era feliz de tratarlos, dado que era alguien que conoce su naturaleza, hábil en su adiestramiento».

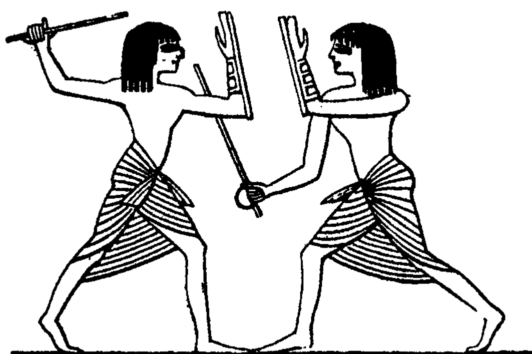
Ramsés III se complacía asistiendo a competiciones de lucha entre egipcios y extranjeros (nubios, libios y sirios), en las cuales naturalmente ganaba siempre el egipcio, asomado a la ventana de su palacio de Medinet Habu.

La experiencia de timonel ya formaba parte de la educación de los príncipes en el Antiguo Reino. En efecto, en la V dinastía el príncipe Kaemtenenet, hijo del faraón Isesis, se explaya contando, en los textos de su mastaba en Saqqara, sus méritos como director de la construcción de un templo de la diosa Hator, pero está orgulloso sobre todo de su habilidad de timonel que, en una ocasión, le permitió poner a salvo la barca con el mismo faraón a bordo, cuando el soberano había querido atravesar el río a pesar de una gran tempestad, confiando en su hijo como timonel: «Desde luego eres un verdadero marinero, no temes a una tempestad en el río», le decía; y la exitosa travesía mereció el comentario del rey: «Era como la navegación de Ra en el gran lago del cielo».

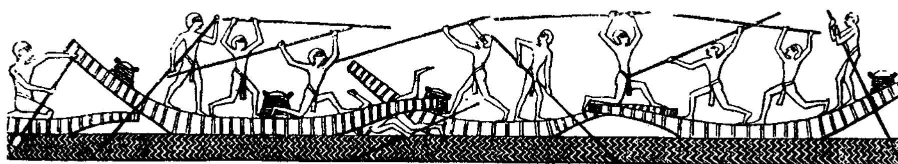
Los habitantes de las orillas del Nilo, pescadores y recolectores de papiros, eran expertos nadadores. Las mujeres no eran una excepción, de modo que a menudo son representadas por los ebanistas egipcios en cucharas de tocador, y retratadas por los pintores en los ostraka. Los bateleros, como nos muestran las paredes de las tumbas, solían competir en fuerza y habilidad con sus largos palos.



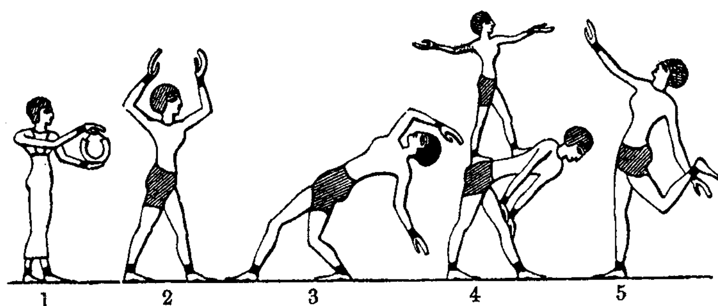
Ejercicio de levantamiento de pesos. Beni Hassan (Reino Medio) (J. G. Wilkinson, *Los antiguos egipcios*, I).

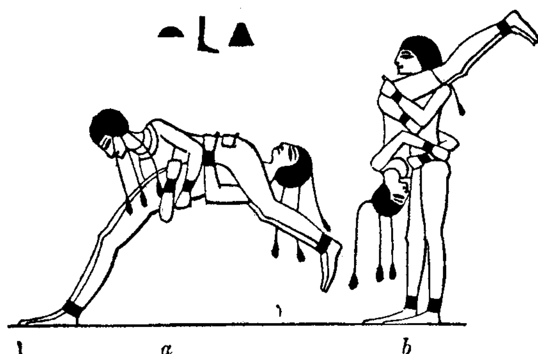


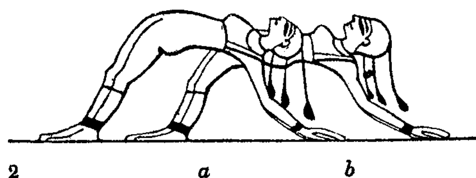
Artes marciales: la lucha con bastones. Tebas, tumba de Amenmes (XX din.) (I. Rosellini, *Monumenti civili*).



Combate a golpe de palos entre bateleros. Gizeh (Antiguo Reino) (J. G. Wilkinson, *Los antiguos egipcios*, I).



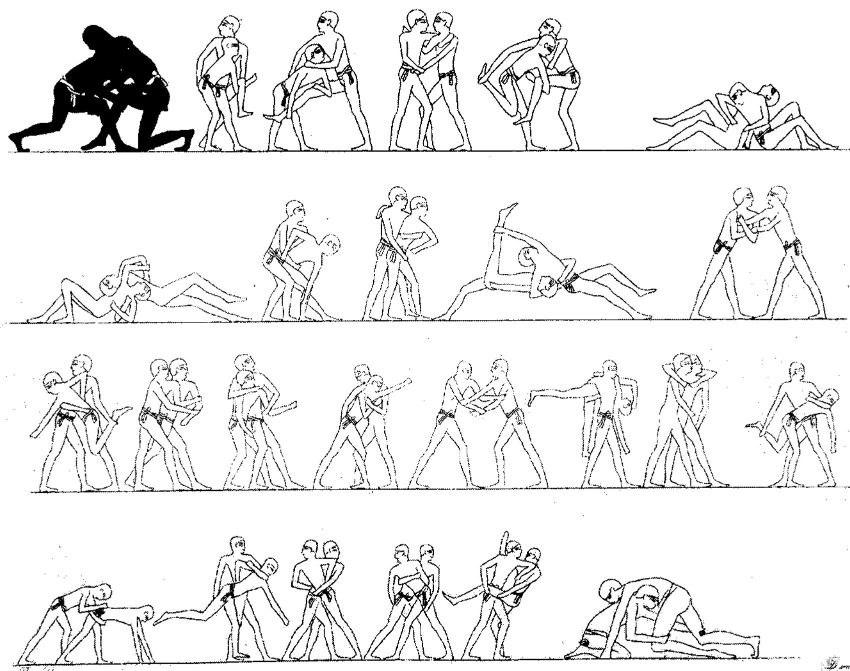




Certámenes de agilidad y de acrobacia. Beni Hassan, tumbas diversas (Reino Medio) (J. G. Wilkinson, *Los antiguos egipcios*, I).

Las tumbas principescas de Beni Hassan son una fuente que podemos considerar única para conocer los distintos deportes de combate, habituales en aquel tiempo para adiestrar a los jóvenes militares. Por desgracia, deconocemos las reglas, pero están documentadas la lucha con bastones, así como episodios de boxeo, y sobre todo la lucha libre con numerosísimas secuencias de posiciones que nos parecen fotogramas de película.

Algunos detalles de las escenas muestran a atletas que se entrenan en el levantamiento de pesos, constituidos por sacos quizá llenos de arena. Otros momentos deben interpretarse como competiciones en el lanzamiento de cuchillos sobre un zócalo de madera. Algunos personajes, sentados, se de-

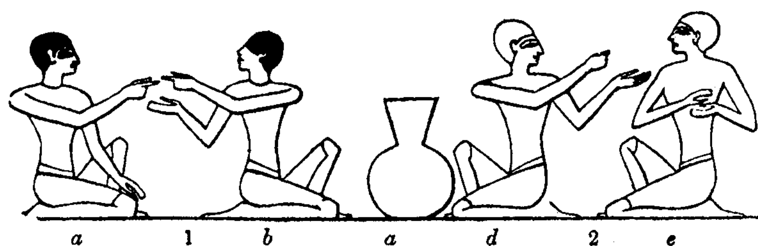


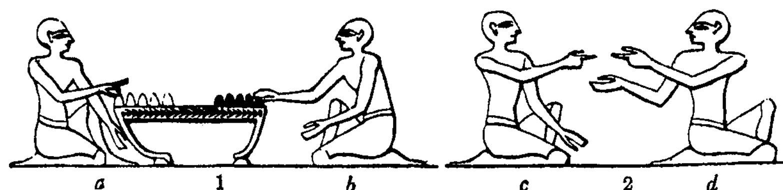
Artes marciales: escenas en secuencia —casi fotogramas de película— de lucha libre. Beni Hassan, tumba de Baket (Reino Medio) (I. Rosellini, *Monumenti civili*).

safían a la morra; otros están ocupados, quizás, en un juego de prestidigitación, al estilo de los trileros, en el cual es preciso descubrir debajo de qué copa se encuentra una canica.

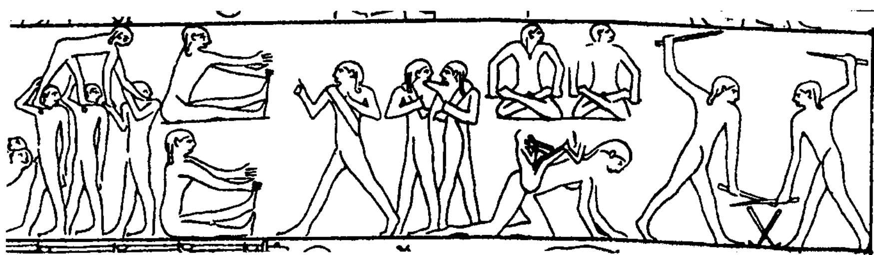
Las tumbas del Antiguo Reino y del Reino Medio abundan en imágenes de muchachos que juegan, representados casi siempre en la excitación de las operaciones de vendimia y pisado del vino. No es fácil reconstruir exactamente los juegos, pero se reconocen algunos tipos: de agilidad y de equilibrio, corros rapidísimos, como el juego del asno (uno está a gatas, mientras dos niños montan sobre su espalda, con las piernas a horcajadas), quizá también el juego de la guerra, con el vencido llevado en brazos. Y luego chicos y chicas se divertían con el balón, como dejan ver algunas jovencitas que están sobre la espalda de otras. Las bolas estaban hechas de madera, también de arcilla y de fayenza, y sobre todo de fibras de papiro o de palma, y tenían un diámetro de unos 10 cm.

Con frecuencia se representan acróbatas, hombres y mujeres que arquean sus cuerpos, con ejercicios y movimientos integrados en el curso de





Juego de la morra y de la dama. Beni Hassan, diversas tumbas (J. G. Wilkinson, *Los antiguos egipcios*, I).



Juegos de muchachos, con ocasión de la vendimia. Saqqara, mastaba de Ptahhotep (VI din.).

exhibiciones de danza. Los bailarines sabían realizar piruetas, asumiendo posiciones elegantes como en un ballet moderno, exhibiéndose en parejas o en un solo. Además se danzaba en los templos y en las procesiones, un ritual en honor de la divinidad que podía tener como protagonista incluso al faraón. Entre los danzarines se distinguían los extranjeros, sobre todo los nubios, que bailaban al ritmo de tambores y panderetas, pero también los libios.

No había banquete o fiesta, en las residencias reales o particulares, en las que faltaran la música, el canto y la danza. Los músicos de la corte toca-

ban para el rey, los cantantes-músicos de los templos se exhibían durante procesiones y ceremonias.

Aunque nos han llegado muchos instrumentos musicales originarios, debemos añadir que los egipcios no han conocido ningún sistema de notación de su música. Según Platón, este pueblo daba una gran importancia a la música por los efectos benéficos que tenía sobre la mente, y consideraba útil su estudio por parte de los jóvenes.

Los egipcios tenían instrumentos de percusión; se han encontrado tablillas (claquetas) de marfil en tumbas del IV milenio, y sobre todo el sistro, típicamente egipcio, atestiguado desde el Antiguo Reino. Este instrumento está conectado con el culto de la diosa Hator; su sonido era capaz de aplacar a la terrible diosa leona Sejmet y transformarla en la amorosa Hator. También es sabido que el sistro, con su mango, tenía un significado fálico.

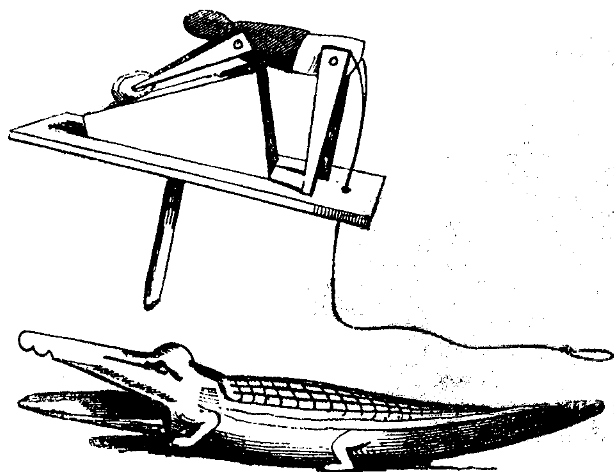
Entre los instrumentos de percusión, recordamos los tambores, en forma de barrilejo. Entre los de viento están la larga flauta oblicua o recta, el doble clarinete (documentado ya en el Antiguo Reino) y, por último, la doble flauta, quizás el más común de este tipo de instrumentos. Sin duda, entre los de cuerdas, el arpa fue la preferida, usada durante toda la civilización egipcia, en los templos pero también en la vida cotidiana. El laúd tal vez fuese importado, como la lira, de Oriente Próximo durante la XVIII dinastía.

También los animales tocaban instrumentos musicales: en el papiro satírico del British Museum, un zorro que lleva a pastar a las cabritas en un sugestivo ambiente bucólico se pone a prueba con una doble flauta, como en un ostrakon de Deir el Medina (conservado en el Museo del Louvre), repropone la misma escena, concebida en la comicidad del mundo al revés; en el papiro satírico de Turín, del cuarteto que se exhibe el asno toca el arpa, el león la lira, el cocodrilo el laúd y el mono la doble flauta; mientras, en un ostrakon del Museo Egipcio de Turín, proveniente de Deir el Medina, quienes improvisan el concierto son un zorro en el arpa y dos cabritas en la doble flauta.

En familia, por las calles, en los jardines y con los amigos de su edad, los niños egipcios tenían muchas posibilidades de diversión, con el balón, haciendo corros o ejercitándose en un juego similar a nuestro «saltacarnero». Las niñas tenías sus muñecas de trapo o con brazos y piernas móviles. Entre los juguetes nos han llegado carruajes, cocodrilos de madera con mandíbulas móviles, animales y carritos que hay que arrastrar con una cuerda.



El arpista. Tebas, tumba de Rekhmara (XVIII din.).



Dos juguetes egipcios: el hombre en la muela se mueve con un cordel, el cocodrilo abre y cierra la boca (J. G. Wilkinson, *Los antiguos egipcios*, I).

mirar un ejemplar excepcional en alabastro, con motivos obtenidos con efectos de vetrificación, datable en la I dinastía, por tanto a fines del IV milenio a.C. Hay otro en fayenza, proveniente de la tumba de Peribsen de Abydos y que se remonta a la II dinastía.

Hallazgos hechos en Chipre parecen demostrar que el juego egipcio ya había sido exportado a esa isla en el Antiguo Reino.

Capítulo 10

El templo y la plegaria. Fiestas, oráculos y magia

El mundo divino del antiguo Egipto se caracteriza por una complejidad de entes sobrenaturales, a menudo teriomorfos (es decir, como hemos visto, representados con formas animales), con múltiples atributos, símbolos, prácticas y cultos. Ya hemos visto que cada ciudad, cada aldea del valle del Nilo tenía su templo, con sus tradiciones y sus cultos, en su mayor parte atestiguados por una documentación directa. Y sabemos, aun, que en cada santuario el dios local era la divinidad suprema y la manifestación auténtica del dios; al mismo tiempo, en cada templo del valle y el delta, el faraón era considerado el hijo del dios local, del que aseguraba el culto.

Los bajorrelieves murales que decoran los templos representan a los dioses y las diosas en la iconografía más tradicional, con su nombre seguido por los títulos a los cuales se reducía el credo, impuesto por la religión oficial, del tipo: «Amón-Ra, señor de los tronos de las dos tierras, que preside en Karnak», «Amón-Ra, rey de los dioses, señor del cielo», «Mut la grande, señora de Asceru, soberana de todos los dioses», «Hator la grande, señora de Dandara, ojo de Ra, soberana de todos los dioses». El faraón hace ofrendas a los dioses y las breves acotaciones jeroglíficas que reproducen el intercambio de frases, los diálogos o la sagrada conversación, son indicativas de la relación entre reyes y divinidades oficiales en el antiguo

Egipto: el rey se dirige a la divinidad diciendo, por ejemplo: «Yo te traigo la ofrenda del incienso», y la divinidad responde: «Yo te concedo la victoria sobre tus enemigos».

A lo largo de todos los siglos de la historia egipcia el faraón fue el jefe religioso que realizaba los principales ritos; pero para el culto divino diario en los distintos santuarios, su poder era delegado a los sacerdotes. Al alba, el oficiante penetraba en el templo, abría los sellos del naos, lavaba la estatua, la ungía de ungüentos perfumados, la fajaba de lino, la inciensaba, le ofrecía una comida, volvía a cerrar y sellaba el naos; por último, salía del santuario cerrando las puertas tras de sí.

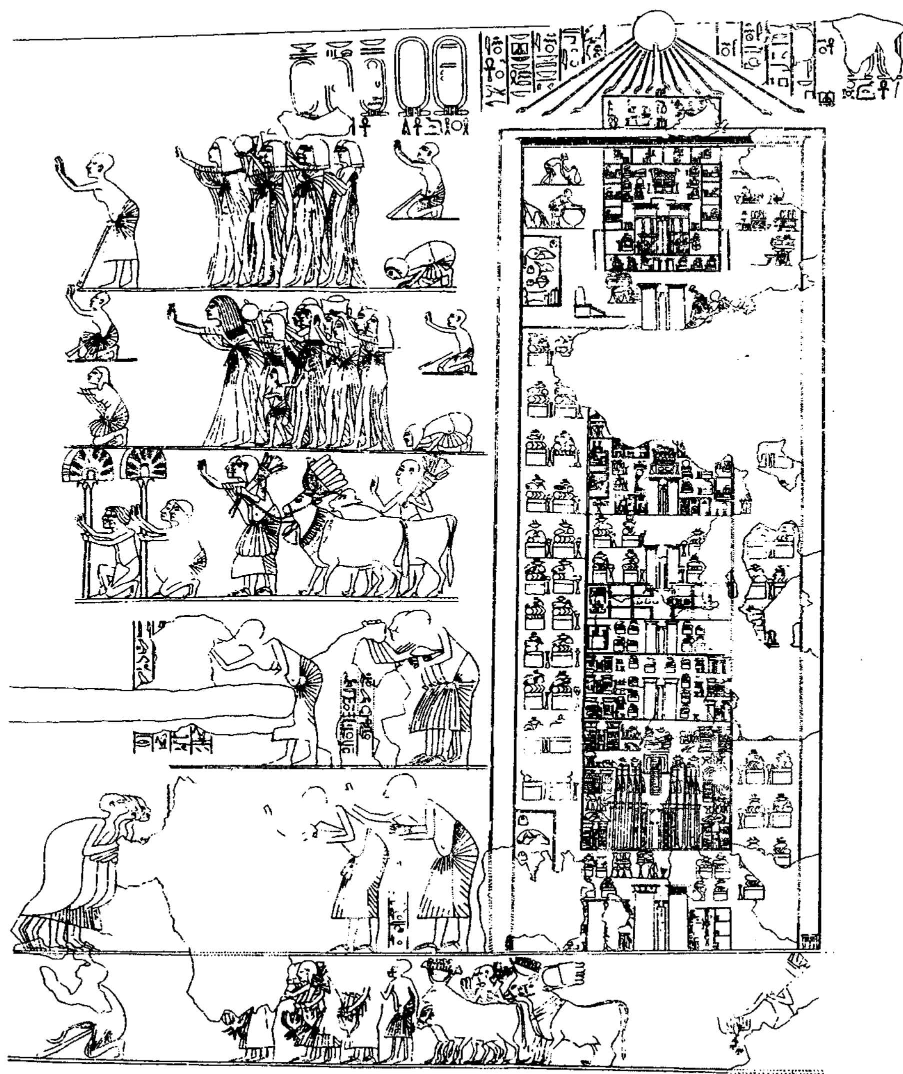
Los templos eran construidos no lejos del Nilo o de un canal, con un amarre más o menos imponente; una larga alameda, flanqueada de esfinges, conducía a la puerta principal del templo, es decir, al portal abierto en un gran recinto amurallado, entre dos macizos de mampostería, es decir, los pilares; sobre la explanada anterior se alzaban obeliscos y estatuas colosales del soberano.

En la puerta de los templos se juzgaban las cuestiones jurídicas menos complejas. Dentro del recinto se extendían uno o varios patios con columnas, una o varias salas hipóstilas, es decir, provistas de columnas, con capitel en forma de papiro, o de loto, que sostienen el techo estrellado; por último venía la celda, con estancias laterales para conservar los materiales de culto, en el centro estaba el naos donde se guardaba la estatua del dios. Las paredes estaban cubiertas de bajorrelieves que ilustraban el desarrollo del rito divino realizado por el soberano; mediante escaleras labradas en los espesos muros se podía subir a la terraza del templo, donde estaban construidas capillas para ritos y cultos especiales. Del patio al santuario los techos bajaban, el suelo se elevaba y la luz se reducía hasta el misterio de la oscuridad de la celda.

En el patio estaba excavado el lago sagrado, en el cual se realizaban algunos ritos. A menudo había también un pozo, que permitía tener agua pura. Allí estaba construido, desde la época tardía, el edificio especial que suele llamarse *mammisis* («lugar del nacimiento»), donde se celebraba la llegada al mundo del joven dios local; en el patio se encontraban también talleres y oficinas administrativas, las moradas de los sacerdotes y las salas del archivo y la biblioteca de la «Casa de la vida».

La actividad en los templos ocupaba a una amplia y privilegiada franja de la sociedad egipcia antigua, con distintos niveles de instrucción, de responsabilidad y de renta económica.

El servicio del culto era asumido por los «profetas», que dependían de un «preboste de los profetas» del dios a cuyo servicio estaban. También te-



El templo de El Amarna. El Amarna, tumba de Hui (XVIII din.).

nían una posición elevada los «sacerdotes lectores» o «ritualistas»; a un nivel más bajo, pero siempre dentro del sacerdocio, encontramos a la numerosa clase de los «puros» (*uab*). Hombres y mujeres eran empleados en actividades como la música y el canto de los salmos y los himnos durante los distintos momentos de la jornada dedicados a los actos de culto; luego estaba el personal laico, los servidores del templo, encargados de los trabajos

manuales. El servicio del culto divino empeñaba a los sacerdotes con turnos mensuales; de todos modos, la pertenencia al sacerdocio, en el mundo egipcio, no excluía que éstos acumularan otros cargos incluso civiles, administrativos y contables, ni les imponía el celibato.

El templo egipcio no era sólo una entidad civil o religiosa, sino también una entidad económica muy poderosa y compleja, que poseía, gracias a las concesiones reales, terrenos, servidores, operarios agrícolas y almacenes repletos de toda clase de riquezas y «tesoros», que los soberanos y también los particulares ricos competían por donar a los dioses. Según datos tomados de algunos inventarios, se desprende que, en tiempos de Ramsés III, pertenecía a los templos un séptimo de todas las tierras cultivables, trabajadas por casi 108.000 personas, y medio millón de cabezas de ganado. Los talleres empleaban a sus propios artesanos y la administración del templo —confiada a un administrador, un sacerdote, que tenía el título de «preboste de los graneros»— comportaba grandes responsabilidades y también elevados ingresos y rentas. Naturalmente, la riqueza y la importancia de los templos no era la misma en todo el país, ya que no podía compararse, por ejemplo, el poder y la riqueza del sacerdocio del templo de Amón en Tebas con los de un templo menor, en una ciudadela o en una aldea.

No podemos pensar que el ambiente de los templos estuviera ausente de prevaricaciones, abusos e injusticias; basta leer (en el papiro Rylands IX) el doloroso relato de vejaciones, violencias y mezquinas codicias de las que fue víctima el sacerdote de la ciudad de Teugioi, Peteisi, que vivió en tiempos de la primera dominación persa en Egipto, por parte de sus colegas (entre otras cosas, terriblemente golpeado, debió pasar tres meses en manos de los médicos para recuperarse), en un ambiente sacerdotal provinciano, en un tejido, que diríamos mafioso, de corrupciones cotidianas de toda clase y nivel, en el cual todos están en venta y son vendidos, todos están dispuestos a falsificar hechos y documentos por alguna prebenda sacerdotal y pocos *deben* de plata.

Las rivalidades y los abusos para acaparar las prebendas del templo eran una mala costumbre documentada en el antiguo Egipto: piénsese en el escándalo, en época ramsésida, del falso oráculo de Jnum en Elefantina, y en el eco literario en el relato en demótico de la *Lucha por la prebenda de Amón* perteneciente al *Ciclo de Inaro-Petubastis*.

Los templos eran también los centros intelectuales del país, depositarios de las distintas escrituras y de los textos más antiguos y secretos. De la



El portal del templo de Sobek y Ra-Harakhte en Kom Ombo, erigido por Tutmosis III (XVIII din.) (I. Rosellini, *Monumenti del Culto*).

«Casa de la vida», que era a la vez biblioteca y archivo, dependía la instrucción escolar, especializada en las distintas ramas, hasta la medicina, la magia, la teología y la ritualística.

En los templos se elaboraban los calendarios festivos, sobre la base de las observaciones astronómicas y las tradiciones antiguas. El calendario de las fiestas comprendía celebraciones más o menos solemnes.

Era muy importante la fiesta del «Inicio del año», cuando, coincidiendo con el surgimiento helíaco de la estrella Sirio (Sothis), se celebraba el regreso del ciclo anual de la inundación; también la fiesta de la ebriedad formaba parte de las ceremonias de «Fin de año».

La importancia social de las fiestas queda demostrada por el hecho de que los operarios podían librar los días en que se celebraban, y durante los cuales recibían raciones extra de manjares, vinos y dulces. Se ha calculado que, en un año, los trabajadores en relación de dependencia tenían al menos 105 días libres: de éstos enumeramos, durante los meses formados por tres décadas, para cada una, un día de descanso; la fiesta del Nilo y de la ebriedad, que comportaba quince días de licencia, la fiesta de Opet, once días, las fiestas de Osiris, nada menos que dieciocho días, y la Hermosa Fiesta del Valle, doce días. Es imposible cuantificar otras, como las de la vendimia, la siembra y la siega.

Algunos ritos, como la elevación del pilar-*ged*, estaban reservados a determinadas festividades religiosas. Así, por ejemplo, pertenecía a las fiestas para el dios Min (el dios itifálico de Coptos, quizás originario de una zona nubia, en el desierto oriental hacia el mar Rojo) una ceremonia muy curiosa que distintas representaciones permite conocer, durante la cual algunos nubios (u hombres disfrazados de nubios) trepaban, en un ejercicio a la vez ritual y gimnástico, a un alto palo, que fue comparado (no se sabe con qué pertinencia) al árbol de la cucaña.

En Tebas, la Hermosa Fiesta del Valle tenía lugar con el surgimiento de la nueva luna del décimo mes del año: era la fiesta de los muertos, cuando los supervivientes visitaban a sus parientes difuntos y les llevaban comida y bebidas, permaneciendo varios días junto a las tumbas. En esta ocasión el dios Amón visitaba a los dioses de la necrópolis tebana en la orilla occidental del Nilo, desplazándose en una barca sagrada de madera de cedro del Líbano cubierta de hojas de oro y de plata. Cuarenta sacerdotes la llevaban desde el templo de Karnak hasta el embarcadero, la ponían sobre una barcaza (se sabe que en tiempos de Ramsés III tenía una longitud de 68 metros) para atravesar el Nilo, seguida por la multitud de fieles en barcas y botes. La navegación a través de los canales se detenía en los templos funera-

rios de la orilla occidental, y después de doce días la barca estaba de vuelta en Tebas.

La fiesta de Opet, en el 15° día del segundo mes de la inundación (fines de agosto-principios de setiembre), veía la otra salida solemne de Amón de Karnak que, con su esposa Mut y su hijo Jonsu, visitaba durante dos semanas el templo de Luxor (Opet), a cuatro kilómetros de distancia; las tres estatuas divinas eran transportadas sobre barcas sagradas, y la procesión se detenía en las paradas previstas.

La navegación por el lago sagrado o por el Nilo podía ser animada por la evocación de un episodio del mito del dios local, como ocurría en Abydos cuando la barca de Osiris era atacada por actores en el papel de Set y sus turbulentos secuaces; entre los dos grupos se improvisaba una lucha, vencida siempre por los partidarios de Osiris, y con el triunfo nacía la paz.

Siempre en Abydos, durante el mes de Joiak, dedicado al misterio de la pasión, muerte y resurrección de Osiris, tenían lugar diversas «representaciones sagradas», que acababan el 30 de dicho mes, cuando la estatua del dios fabricada el año anterior era sepultada en su misma tumba.

Además de los misterios de Abydos, varios testimonios literarios de distintas épocas, desde el Reino Medio, muestran la existencia, en el mundo egipcio, de una forma de teatro que, desarrollándose según parece en el exterior del templo, la podía seguir también el pueblo, excluido normalmente de la participación en los ritos de la religión oficial. Se trataba de representaciones que ponían en escena acontecimientos mitológicos; los protagonistas eran actores, quizá sacerdotes disfrazados de divinidades, y un «coro» (una mujer, u otros personajes) que hacía avanzar la acción escénica con preguntas o llantos. No se han encontrado estructuras, es decir, escenarios o bancos para los espectadores. Quizá no existían y se utilizaban, en cambio, los pilares, cuya cima se podía alcanzar mediante escaleras internas, para algunos momentos dramáticos. El drama del *Nacimiento y apoteosis de Horus* parece sugerir esta hipótesis, cuando el actor que personifica a Horus proclama desde lo alto su naturaleza divina, vestido con plumas de halcón.

En los libretos que nos han llegado encontramos acotaciones escénicas, que prueban el carácter teatral de los textos. El drama de Horus, del que reproducimos el texto íntegro, se encuentra entre las fórmulas de los *Textos de los sarcófagos* (capítulo 148, con el título *Transformarse en halcón*) y debe fecharse, por tanto, en el Reino Medio. Los protagonistas del drama son Atum, Isis, Horus y una mujer. Isis se afana para que los dioses acepten a su hijo Horus, concebido milagrosamente por Osiris, ya muerto a manos de Set:

Un drama mitológico del antiguo Egipto. Nacimiento y apoteosis de Horus

(*Acotación escénica*) Sopla un huracán, los dioses se asustan. Isis se despierta, encinta por acción de su hermano Osiris. Se levanta. Una mujer acude. Su corazón exulta por la simiente de su hermano Osiris.

[Isis] dice: «Yo soy Isis, la hermana de Osiris, que llora sobre el padre de los dioses, Osiris, que ha hecho de árbitro en las guerras de las Dos tierras. Su simiente está en mi regazo, yo he formado el cuerpo de un dios ya en el huevo, que es el hijo de Aquel que preside a los dioses primordiales, que gobernará este país, sucederá a Geb y hablará por su padre [= lo rehabilitará] y matará a Set, el enemigo de su padre, Osiris.

»¡Venid, oh dioses, asegurad vuestra protección en mi vientre! Sabed en vuestro corazón que este dios que está en su huevo, de aspecto tan pacífico, el señor de los dioses, incluso de aquellos que son grandes, hermosos y acicalados con las dos plumas azules, es vuestro señor».

Atum dice: «Que tu corazón sea saciado».

La mujer: «Pero ¿cómo sabéis vosotros que es el dios señor y heredero de los dioses primordiales al que vosotros protegeréis en el interior del huevo?».

Isis: «Yo soy Isis, la más célebre y la más sagrada de las divinidades. El dios que está en este seno es la simiente de Osiris».

Atum dice: «Ésta, que ha concebido misteriosamente, es una joven que ha concebido y que parirá sin intervención de los dioses, realmente: es, pues, de verdad la simiente de Osiris. Que aquel enemigo (Set) que ha matado a su padre no venga a romper el joven huevo. Que el Gran Mago (Thot) lo haga respetar. Obedeced, oh dioses, a lo que Isis ha dicho».

Isis: «Atum, el señor del Castillo de las imágenes divinas, ha hablado. Ha decretado que mi hijo sea protegido en mi seno; ha dispuesto una guardia para el que está en mi seno. ¡Asegurad la protección del Halcón que está en este seno!».

Atum dice: «Señor de los dioses, ¡venga, aparécete al mundo! Hago que los compañeros de tu padre Osiris te adoren y te sirvan. Haré tu nombre cuando hayas alcanzado el Horizonte, llegando a las almenas [del Castillo] de Aquel cuyo nombre está escondido. La fuerza se retira de mi cuerpo, el cansancio invade mi cuerpo».

(*Acotación escénica*) Cuando el cansancio lo ha invadido, él se doblega. El Luminoso (el dios Sol) parte y elige su puesto sentándose delante de los

dioses entre los cortesanos de Aquel que se ha retirado, Aquel cuyo nombre está escondido.

Atum: «¡Muy bien, Horus, hijo mío! Permanece en este país de tu padre Osiris, en tu nombre de "Halcón que está sobre las almenas del Castillo de Aquel cuyo nombre está escondido". Yo pido que estés en el número de los Compañeros del Sol del Horizonte, en la proa de la nave del dios Primordial, eternamente».

(*Acotación escénica*) Isis viene al encuentro de Aquel que se ha retirado, conduciendo a Horus, e Isis solicita que él esté con Aquel que se ha retirado, como Ídolo eterno.

Isis: «¡Oh dioses, cuidad de Horus!».

Horus: «¡Yo soy Horus, el "Halcón que está sobre las almenas del Castillo de Aquel cuyo nombre está escondido"! Mi vuelo ha alcanzado el Horizonte; ha superado a los dioses del cielo; ha avanzado mi posición más allá de los dioses primordiales. ¡Ni siquiera el águila puede alcanzar mi primer vuelo! Mi puesto está lejos de Set, el enemigo de mi padre Osiris. He conquistado el camino de la eternidad hacia la luz. Yo me ensañaré con el enemigo de mi padre Osiris, y lo aplastaré bajo mis sandalias en mi nombre de "Vestido de Rojo".

»Yo soy Horus al que Isis ha parido y cuya protección ha sido asegurada ya en el huevo.

»El aliento encendido de vuestras bocas no me daña, y aquello que decís en mi contra ya no puede alcanzarme.

»Yo soy Horus, cuya sede está lejos de los hombres y los dioses.

¡Yo soy Horus, hijo de Isis!».

Dos fragmentos de dramas, o más precisamente de libretos para actores, localizados por E. Drioton en el contexto de una estela mágica (la «estela Metternich», siglo IV a.C.), se refieren al mito de Horus hijo de Isis y de Osiris. Titulados *Horus en los pantanos de Jemmi* e *Isis y los siete escorpiones*, en ellos la figura de Isis, madre amorosa y protectora, aparece trazada con notable sutileza psicológica.

En las paredes del templo de Edfú, construido en época tolemaica, once bajorrelieves están acompañados por largas inscripciones jeroglíficas, en las cuales se ha reconocido la adaptación de dos textos dramáticos. Se trata de dos dramas mitológicos que se desarrollan uno en Busiris y el otro en Buto, relativos al mito de Osiris, Set y Horus; al primero se le ha dado el título de *La victoria de Horus sobre los enemigos de su padre Osiris*, y al segundo el de *La victoria de Horus sobre Set en forma de hipopótamo*.



Preparación de un naos de madera para el templo. Tebas, tumba de Rekhmara (XVIII din.).

También el pueblo llano podía asistir a la «salida», a la procesión, del dios. Su estatua, expuesta a la vista, o bien bajo un velo que sólo dejaba entrever su forma, dentro de un tabernáculo dorado posado sobre la barca sagrada que todo templo poseía para estas ocasiones, era transportada a hombros, sobre literas con varales, por los sacerdotes-*uab* («puros») en un número que variaba de ocho a veinte; salía de su santuario y avanzaba, según itinerarios y paradas preestablecidos, sea dentro del recinto del templo sea fuera del mismo, como en algunas fiestas en las cuales los dioses se visitaban, dirigiéndose a otros templos de los alrededores.

Las procesiones eran las ocasiones para interrogar al dios pidiéndole oráculos, es decir, respuestas a los distintos problemas que angustiaban a los devotos. Las respuestas oraculares consistían, según podemos entender, en los movimientos de la barca del dios: si avanzaba o se inclinaba hacia adelante, o bien, aun si retrocedía (es decir, si los portadores de la barca la hacían realizar estos movimientos), indicaba la respuesta por parte de la divinidad; otro método era el de someter al dios (¡al sacerdote encargado!) dos escritos entre los que se podía elegir, o bien echar a suertes (¿por un sacerdote?, ¿por un niño vendado?) entre dos pequeños papiros, cerrados y puestos dentro de un recipiente (este método es el que se usaba,

con seguridad, en la época tolemaica y también en la época cristiana); incluso se podía, parece, echar a suertes entre los numerosos y pequeños textos atados en un manojo...

Las respuestas obtenidas de esta forma parece que tenían valor jurídico, al menos en el ámbito y para los asuntos que dependían del templo.

Se pedían oráculos en los casos de discrepancias (por ejemplo, para hacer reconocer la cantidad de trigo que debía entregarse al comprador) o en caso de robo (se enumeraban delante de la estatua del dios, en Deir el Medina, habitualmente el faraón Amenofis I divinizado, los nombres de los sospechosos o bien sus casas; el dios indicaba al culpable haciendo una señal afirmativa cuando era nombrado).

Si el oráculo era sacado en procesión, la estatua, llevada por los sacerdotes, como ya hemos dicho, se inclinaba hacia adelante para afirmar, o retrocedía para negar. También podía responder por boca de un sacerdote; cuando se presentaban dos preguntas, una positiva y una negativa, el dios podía acercarse para la elección a una o a la otra; o bien se echaba a suertes.

Se apelaba al oráculo para todo tipo de preocupaciones y de intereses materiales; los operarios (lo sabemos por ostraka provenientes de Deir el Medina) pedían al dios, su «buen señor», previsiones sobre las raciones recibidas como paga, o sobre su porvenir: «¿Iré hacia el norte?».

En el Nuevo Reino la práctica oracular la usaban también como instrumento político y jurídico los soberanos: la emplearon, por ejemplo, Tutmosis III y Hatsepsut para hacerse elegir como reyes por Amón. También era utilizada por los altos personajes para obtener una confirmación solemne de cargos importantes, como hizo Harsiesis, sacerdote de Montu-Ra Harakhte, en Tebas en el año 14° de Samético I.

El papiro Nevill, de proveniencia tebana y datable hacia fines del Nuevo Reino, se presenta como una carta —escrita sobre las dos caras del papiro— que un hombre (cuyo nombre se ignora) dirige a una divinidad durante una procesión, quizás a la estatua de uno de los reyes tebanos divinizados, como Amosis I o Amenofis I, venerados de manera particular por la gente relacionada con la necrópolis real tebana. El autor pide un juicio sobre ciertas telas desaparecidas de las que es considerado responsable, pero antes de escribir la carta había tratado inútilmente de hablar con el dios, al cual ahora se entrega directamente la misiva en el santuario. Impresiona el tono de familiaridad con el cual se dirige al dios, reprendido y hasta acusado de parcialidad: «Habría querido hablarte de algunas cuestiones, pero te has escondido en tu sede, donde nadie puede entrar para llevarte un mensaje. Mientras esperaba [para hablarte], me encontré a Hori,

el escriba del templo [funerario] de Usermaara-Meriamón (Ramsés III), quien me dijo: "Yo puedo entrar". Así que te lo mando. Mira, cuando hoy descubras los secretos saliendo en procesión, decide la cuestión de las cinco piezas de tela de propiedad del templo [funerario] del [faraón] Horembeb, y de las otras dos piezas de tela del escriba de la necrópolis, que el visir no ha recibido y di: "¿Las has cogido tú?". Alguien como tú, que está en la sede misteriosa y escondida, debe hacer salir su voz. Pero tú no me has mandado un mensaje ni bueno ni malo. He aquí, has dado nada menos que once [mensajes, es decir, oráculos] a Isetii, tu sierva, en presencia [¿del dios?], cuando entró donde él, mientras que en cambio [para mí] no has hecho salir tu voz, como [si viniera de la] Duat de millones [de años]».

El papiro Nevill podría ser el precedente de las «cartas a la divinidad» conocidas por la documentación en demótico que comprende un buen número de ejemplos, muy iluminadores sobre la relación divinidad-devotos: son apelaciones que se presentaban bajo forma de misivas, escritas sobre papiros u ostraka, o tela, dirigidas a divinidades relacionadas con las necrópolis y en especial con los cementerios de los animales sagrados, por parte de fieles en dificultades que exponen sus problemas y piden ayuda. Una de las más sugestivas es la apelación (el texto ya ha sido ampliamente citado a comienzos del capítulo 5) dirigida a las encarnaciones zoomorfas de Thot, el ibis, el halcón y el babuino, por un hermano y una hermana, huérfanos de madre, que denuncian la maldad y las persecuciones de su padre, el cual, después de haber hecho morir de pena a su madre, les ha robado la dote materna, se ha vuelto a casar y los ha echado de casa obligándolos a mendigar por las esquinas: un cuadro social «a lo Dickens» muy conmovedor que terminaba con las palabras: «Clamamos a los dioses cuyo nombre está escrito aquí arriba. Que cualquier hombre en el mundo que quiera dar a las llamas este documento para destruirlo no escape a nuestra apelación, lea el documento del principio al final, lo lea este hombre en la puerta sur, en la puerta norte, en la puerta occidental y en la puerta oriental del edificio donde reposan los dioses, ¡de modo que [los dioses] inflijan [su] maldición [contra el padre cruel] cuando hayan escuchado [el contenido de] esta carta!».

Nos han llegado, fechados en el Nuevo Reino, unos *Calendarios de los días fastos y nefastos* cuya naturaleza buena o desfavorable derivaba de los acontecimientos mitológicos que se creían relacionados con ellos (la astrología, en sentido estricto, no se contempla en el Egipto faraónico). Así, por ejemplo, el 26 del mes de Thot era nefasto porque era el día de la lucha entre Horus y Set. La utilidad, para quien consultara estos «Calendarios», pa-

rece evidente: podía saber si ese día era aconsejable para salir de casa, o si era oportuno ir en barca...

La gente obtenía un gran consuelo de las creencias y prácticas que hoy nos parecen supersticiones: la fe en los amuletos, en los talismanes, en los escarabajos colgados del cuello, en las figurillas de genios protectores, o bien el recurso a las estatuas sanadoras y a los remedios de la magia. Entidades invisibles, pero potencialmente dañinas, podían causar en todo momento enfermedades o desgracias, y la magia era una solución que dios mismo había concedido, en su providencia, a la humanidad, como leemos en las *Enseñanzas para Merikara*, un texto de gran nivel y, desde luego, no «popular»: «[Dios] ha creado para los hombres la magia, como arma para rechazar los golpes de la adversidad, y [les] ha [concedido] los sueños [premonitorios] de noche y [las visiones] de día».

En la elaboración teológica egipcia, no todas las divinidades eran de un mismo rango. La iconografía distingue a menudo los dioses importantes instalándolos en un trono y poniéndoles en la mano los signos de la vida y de la potencia. Los textos enseñan que hay dioses grandes (Ra, Amón, Min, Horus, Hator, Osiris, Isis y los demás patronos de los grandes templos) y pequeños (Bes, Toeris, Heqet, por ejemplo). Si Ramsés IV alardeaba de haberse interesado más por las grandes divinidades que por las pequeñas, en cambio el autor de las *Enseñanzas del papiro Insinger* ponía en guardia contra el desprecio de estas últimas: «No desprecies a una pequeña divinidad, que su castigo no deba servirte de enseñanza». El mismo texto exhortaba también a no descuidar un pequeño talismán: «No desprecies un pequeño amuleto en el momento en que lo necesitas: un amuleto no perjudica y protege a quien lo posee».

La creencia en la eficacia de llevar encima objetos talismánicos o protectores estaba difundida entre las personas de todas las clases sociales, por lo que la producción de amuletos era abundantísima. Nos ha llegado un gran número de ellos, en centenares de tipologías diversas, incluyendo figuras divinas, teriomorfas o no, animales relacionados con divinidades o con una simbología en particular, como el babuino de Thot, la cobra y el escarabajo solar (a menudo multiplicado hasta 6 u 8 veces en el mismo amuleto), objetos simbólicos como el ojo-*ugiat* de Horus, nudos mágicos, barcas sagradas, el pilar-*ged* y el signo de la vida, el *anekh*.

El material de los talismanes podía ser metal precioso, oro y plata, pero sobre todo fayenza, piedras duras, en especial la roja cornalina, o también madera; trabajados en formas muy diversas, todas destinadas a proteger a



El dios Osiris representado en un cáliz de vidrio azul con decoraciones policromadas y con un texto griego que incita: «¡Bebe y vive!». De Sedeinga, Sudán (época meroítica, siglo III d.C.). Colección Schiff Giorgini, Universidad de Pisa.

quien los llevaba encima, eran usados como elementos y pendientes de collares, de brazaletes, a veces engarzados en anillos. El poder mágico del amuleto era muy reforzado cuando tenía escritas fórmulas mágicas. Entre las vendas de las momias se ponían series enteras de amuletos. Un gran amuleto, también lleno de magia gracias al capítulo XXX B del *Libro de los muertos* que tenía grabado, es el llamado «escarabajo del corazón», y era colocado sobre la momia precisamente a la altura del corazón.

El nombre dado por los egipcios a la magia es *heka*, el poder, la energía activa del universo, y los dioses estaban impregnados de ella, es más, como leemos en los más antiguos textos religiosos egipcios, los *Textos de las pirámides* y los *Textos de los sarcófagos*, los dioses se alimentaban de ella.

El empleo protector del *heka* era, para el antiguo Egipto, uno de los dones hechos por dios a la humanidad: la magia servía para exorcizar las fuerzas por las que los egipcios se sentían amenazados, creadas por la maldad de otros hombres, por muertos peligrosos, por divinidades y por demonios emisarios de divinidades, en suma por fuerzas sobrenaturales y a la vez inmanentes en este mundo. En esta magia se reunían distintas prácticas, además del empleo de amuletos y talismanes: la recitación de fórmulas, las ceremonias en los templos y los rituales funerarios, el envío de cartas a los muertos y los contratos de hierodulia, es decir, la práctica de donaciones a una divinidad; pero también las creencias en los sueños y los oráculos.

El mismo faraón tenía magos en la corte, o los llamaba cuando sabía de magos particularmente expertos.

En los *Relatos del papiro Westcar* (del Reino Medio) el rey Keops, que se aburría, fue distraído con historias de magos y de prodigios, narradas por sus hijos, los príncipes; Kefrén, el futuro rey, cuenta de un mago, un jefe ritualista, que vivió en tiempos de Nebka (III dinastía), cuya esposa lo traicionaba con un jovencito, y fue castigada por su marido que transformó un cocodrilo de cera, de 7 dedos de largo, en un cocodrilo de 7 codos de largo que arrastró al lago al adúltero.

El príncipe Bauefra cuenta de un mago que vivió en tiempos de Snofru, padre de Keops, quien con una ejemplar operación mágica puso al descubierto el fondo de un lago para recuperar un colgante que había caído allí: «El jefe ritualista Giagiaemanekh dijo lo que dijo como fórmula mágica, luego posó una mitad del agua del lago sobre la otra mitad y encontró el colgante en forma de pez que estaba posado sobre una concha; fue a cogerlo y lo devolvió a su propietaria. Ahora bien, el agua, que tenía 12 codos (más

de 6 metros) en el centro, había alcanzado los 24 codos después de haber sido invertida. Él dijo entonces lo que dijo como fórmula mágica, y devolvió las aguas del lago a su estado [precedente]».

El príncipe Hergedef logró llevar ante su padre al sabio Gedi, un mago de su tiempo, de gran fama, que no pertenecía a la clase de los sabios ritualistas; Gedi realizó en presencia del soberano el experimento de la cabeza cortada y vuelta a pegar encima de dos gansos y un buey: «Dijo Su Majestad: "Di de quién se trata, oh Hergedef, [hijo mío". El príncipe] Hergedef [dijo]: "Hay un ciudadano de nombre Gedi, que habita en Gedesnefru (Meidum). Es un ciudadano de 120 años, que come quinientos panes y, en cuanto a carne, medio buey y que bebe cien jarras de cerveza aún hoy. Él sabe volver a pegar una cabeza cortada, sabe hacer caminar detrás de sí a un león, cuyo lazo [se arrastra] por el suelo. Conoce el número de las estancias secretas del santuario de Thot". Ahora bien, su Majestad el rey Keops pasaba todo su tiempo buscando estas estancias secretas del santuario de Thot, para hacerse construir algo similar para su horizonte [= el templo funerario]. Entonces Su Majestad dijo: "Tú mismo, Hergedef, hijo mío, irás a buscarlo". Fueron en seguida equipadas unas barcas para el príncipe Hergedef, que remontó el Nilo, hacia Gedesnefru. Cuando estas barcas hubieron atracado, fue por la calle, después de haberse sentado en una silla de manos de ébano, cuyos varales eran de madera revestida en oro. Cuando llegó donde Gedi, la silla fue depositada en el suelo. Entonces bajó para saludarlo: lo encontró recostado sobre una estera, en el umbral de su casa, y un servidor, sosteniéndole la cabeza, le esparcía ungüento, mientras otro le masajeaba los pies. Dijo el príncipe Hergedef: "Tu estado es similar al de un hombre que aún no ha alcanzado una edad tan avanzada —[como la ha alcanzado quien está] en plena vejez, el tiempo de la muerte, de la sepultura, del entierro— [sino que es el de un hombre] que duerme hasta la mañana, que está libre de enfermedades, sin un golpe de tos [es así que se saluda a un personaje de edad venerable]. He venido aquí para llamarte de parte de mi padre, Keops. Tú comerás las exquisiteces que da el rey, y los alimentos destinados a aquellos que le sirven; él te hará reunirte, a través de un camino feliz, con tus padres que están en la necrópolis". Entonces este Gedi dijo: "¡En paz, en paz, Hergedef, hijo de los reyes, amado por su padre! ¡Que tu padre Keops te recompense, que avance tu rango entre los ancianos! Que tu *ka* pueda combatir contra tu enemigo, y tu alma pueda conocer las calles que conducen a la puerta del [demonio del Más allá] Gebesgab!" —[así que se saluda a un hijo del rey]—. Entonces el príncipe Hergedef le tendió las manos, luego lo levantó; fue con él hacia la orilla,

dándole la mano. Gedi dijo: "Haz que me den una barca, para que lleve a mis hijos y mis libros". Entonces fueron puestas a su disposición dos barcas con su tripulación, y Gedi vino, descendiendo por el Nilo, en la barca donde estaba el príncipe Hergedef. Una vez llegado a la corte, el príncipe Hergedef entró para informar a Su Majestad el rey Keops. El príncipe Hergedef dijo: "Oh soberano, mi señor, he conducido hasta aquí a Gedi". Su Majestad dijo: "Ve y traémelo". Luego Su Majestad fue a la gran sala del palacio; introdujeron junto a él a Gedi y Su Majestad dijo: "¿Cómo es que, oh Gedi, no te había visto antes?". Gedi dijo: "Viene quien es llamado, ¡oh soberano! Se me ha llamado y, he aquí, he venido". Su Majestad dijo: "¿Es verdad lo que se dice, que sabes volver a pegar una cabeza cortada?". Gedi dijo: "Por supuesto, sé [hacerlo], soy bueno, mi señor". Entonces Su Majestad dijo: "Traedme a un prisionero que esté en la cárcel para que sea ejecutado". Pero Gedi dijo: "¡No a un ser humano, soberano, mi señor! Está prohibido hacer semejante cosa con el ganado de dios". Entonces le trajeron un ganso, al cual se le había cortado la cabeza. Luego se puso al ganso del lado occidental de la gran sala y la cabeza del lado oriental de la gran sala. Gedi dijo lo que dijo como fórmula mágica, y el ganso se levantó bamboleándose, y lo mismo su cabeza: cuando la una alcanzó al otro, el ganso se elevó aleteando».

Otro relato de magias y de prodigios (el papiro Vandier) tiene como protagonistas al mago bueno, a los magos y los médicos de la corte, envidiosos, y al rey Sisobek, ejemplo de mal gobierno, de codicia, de debilidad, de miedo a la muerte, de ingratitud y de libertinaje. Allí se lee acerca del descenso al otro mundo aún con vida, del uso de figurillas mágicas, a las que se ha hecho vivir y obedecer al mago, de la necesidad de que, cuando un mago consigue prolongar con sus artes la duración de la vida más allá del tiempo asignado, debe, en sustitución, descender él a la Duat, muriendo durante un período equivalente al arrancado a la muerte.

El faraón podía necesitar potentes sortilegios en defensa de enemigos privados o políticos, y de enemigos del país, los cuales, atentando en las fronteras, habrían trastornado el equilibrio (Maat). Era entonces esa solicitud una protección oficial y ritual, testimoniada por los llamados textos de execración del Antiguo Reino y del Reino Medio, escritos en vasijas y estatuillas de arcilla, que exorcizan, llamándolos por su nombre, a príncipes y países, de Nubia y de Asia: «Cualquier rebelde de este país, cualquier hombre, funcionario, súbdito, varón, castrado, mujer, jefe, nubio, combatiente, mensajero, aliado o confederado de cualquier país extranjero que se rebele, y que se encuentre en el país de Uauat, de Giatiu, Ircet, Iam, Ianekh,

Masit, Kaau, o que organice complots o provoque desórdenes a causa de malas palabras de todo tipo contra el Alto y el Bajo Egipto, [será destruido] para siempre».

Dirigida contra la sagrada persona del faraón, la magia destructiva se convertía en delito, como en la conjura del harén que atentó contra la vida de Ramsés III y que, en su parte mágica, tuvo como protagonistas a un sacerdote lector en jefe, un mago, por tanto, de alto rango, y a un sacerdote de la diosa Sejmet. Los conjurados habían preparado sortilegios y figurillas mágicas de cera, junto con pociones soporíferas destinadas a neutralizar a los guardias. Descubiertos, fueron sometidos a proceso y condenados a muerte y a la destrucción eterna mediante la supresión de sus nombres sustituidos por nombres infamantes. Ramsés III murió durante el proceso, y no por obra de aquella magia...

El campo de acción del mago coincidía, en la práctica, con la vida cotidiana, las preocupaciones, las enfermedades y las penas; podía actuar sobre las enfermedades y las infecciones mediante fórmulas y prácticas mágicas, además de con el empleo de remedios y recetas de medicina empírica. Puesto que la enfermedad —y también la muerte— podía ser causada por agentes como divinidades destructoras (Sejmet) o por difuntos malévolos, la medicina egipcia está estrechamente ligada con la magia, y las pociones y las recetas —aunque curativas en su eficacia natural— no dejaban de ser reforzadas por hechizos y fórmulas mágicas. El siguiente ejemplo está tomado de un papiro mágico de Turín. Para eliminar de la garganta una espina de pescado que se haya clavado durante la comida, se debe tragar pan (como suele hacerse aún hoy para el mismo accidente), pero el cirujano egipcio ha añadido sus fórmulas mágicas:

> Fórmula para extraer una espina de pescado.
>
> ¡Oh mi único, oh mi único, mi servidor! ¡Oh mi único, oh mi único!
>
> Los panes están en la ciudad, las cosas para comer —peces y pájaros— están en el campo con el agua. ¡Sé extraída, oh espina!
>
> Que esta fórmula sea pronunciada sobre una hogaza, comida por una persona que tiene una espina de pescado en la garganta.
>
> Mi camino es el camino de mi Sol. En el campo se han prodigado comidas excelentes con el agua. ¡Recuérdalo, oh espina!
>
> Que esta fórmula sea pronunciada sobre una hogaza dada a otro para que sea tragada. Hay que estar junto al hombre (durante la operación).

Los poderes del mago eran impresionantes: conocía el lenguaje de los animales, podía leer un papiro sin desplegarlo, transformar figurillas de

cera o de arcilla en seres vivos, volver a pegar cabezas cortadas... Tiene, pues, un poco del poder del demiurgo y conoce fórmulas antiquísimas derivadas de libros divinos.

A menudo, pero no necesariamente, era un escriba experto en las disciplinas de la «Casa de la vida», y podía tener el título de sacerdote lector en jefe o sacerdote lector (en egipcio, *ḥeri-tp kheri-heb*, o *heri-tep/heriteb*; en el relato del Éxodo, los magos egipcios llevan correctamente este título), y como sacerdote lector o ritualista durante las ceremonias fúnebres, con el rollo de papiro desplegado en la mano, leía y salmodiaba las fórmulas mágicas que aseguraban la supervivencia. Pero alguien no ritualista también podía, una vez conocida la fórmula y el modo correcto de usarla, utilizarla eficazmente por sí y para sí. Un ejemplo de ello se lee en el *Libro de la vaca del Cielo*, escrito en uno de los naos de Tutankamón: «Si un hombre pronuncia esta fórmula para su propio uso, debe ser untado de aceite y de ungüentos, y tener el incensario lleno de incienso en la mano; debe tener natrón de cierta calidad detrás de las orejas y una calidad distinta de natrón en la boca; debe ser vestido con dos prendas nuevas, después de haberse lavado en el agua de la inundación, haberse calzado sandalias blancas, y haberse pintado la figura de la diosa Maat en la lengua, con tinta fresca».

Para la comprensión del oficio de mago y de las motivaciones, de tipo privado o social, que impulsaban a la clientela a dirigirse a unos verdaderos profesionales, son importantes las colecciones de formularios mágicos (combinados o no con la práctica médica), de la época faraónica y de épocas sucesivas, en especial las recopilaciones mágicas en demótico, verdaderos «manuales para el mago» o «prontuarios de magia». Ante todo, el cliente se dirigía al mago como a un adivino para conocer el futuro, controlar el pasado y obtener consejos sobre el presente, pero las intervenciones mágicas requeridas reflejaban sobre todo las eternas esperanzas humanas: las «hechicerías» deben procurar éxito y poder, salud, amor y sexo, y deben perjudicar, incluso mortalmente, a enemigos y a rivales.

También era posible dirigirse directamente a la divinidad para obtener una gracia, ante todo el nacimiento de un hijo o de un hijo varón. El dios milagroso invocado podía aparecer en sueños y pedir una compensación a cambio de la gracia, como en el caso de Taimhotep, esposa del sumo sacerdote de Ptah de Menfis, Senptah; la pareja no lograba tener hijos varones (Senptah dice, en su estela, ¡que no conseguía un heredero varón aunque tenía nada menos que cuarenta y tres concubinas!) hasta que apelaron a Imhotep, especializado en la cura de la esterilidad: «Este sumo sacerdote —cuenta Taimhotep— me deseaba mucho, de modo que me quedé encin-

ta de él varias veces, sin traer al mundo un hijo varón, sino sólo hijas. Recé junto con el sumo sacerdote a la Majestad de este dios venerable, grande en milagros, benévolo en sus acciones, que da un hijo a quien no lo tiene, Imhotep, hijo de Ptah. El dios oyó nuestras plegarias, escuchó nuestras solicitudes. La Majestad de este dios vino donde este sumo sacerdote en un sueño [revelador] verdadero, y le dijo: "Que se haga un gran trabajo en la sala santa de Anekh-Taui, en el lugar donde está escondido mi cuerpo, y yo te recompensaré con un hijo varón". En ese momento Senptah se despertó, se arrojó al suelo para adorar a este dios venerable; luego informó [de la visión] a los profetas, a los jefes de los secretos, a los libadores divinos y a los artesanos del Templo del Oro y ordenó hacer un excelente trabajo en la sala santa, y fue hecho según todo lo que había dicho. Hizo una ceremonia [funeraria] de "Apertura de la boca" para este dios venerable, e hizo una gran ofrenda de todas las cosas buenas, y premió a los artesanos delante de este dios, alegrando sus corazones con todo tipo de cosas. La compensación de esto fue que me quedé encinta de un hijo varón».

Se daba mucha importancia a los sueños, y a su interpretación. La voluntad del dios, expresada en sueños premonitorios, podía tener un gran peso en asuntos de Estado cuando el solicitante era un soberano. Piénsese en el sueño de Tutmosis IV, referido en la «estela del sueño», o en el sueño premonitorio de Tanutamón (XXV dinastía), referido también en una estela oficial.

Los *Libros de los sueños* del Nuevo Reino y aquellos que nos han llegado en demótico, muestran cuán arraigada estaba la fe en la posibilidad de conocer la propia suerte mediante la interpretación de este preocupante fenómeno que era el sueño. En el Egipto helenístico la oniromancia era una actividad de competencia de sacerdotes expertos en este sector, los onirocritos.

Capítulo 11

Convertirse en Osiris. Tumbas, momias y prácticas funerarias

Un gran número de inscripciones y de escenas, provenientes de tumbas, de sarcófagos, de recopilaciones de fórmulas funerarias y de textos de carácter diverso, nos permiten conocer cómo imaginaban los antiguos egipcios su supervivencia en el Más allá y cuál era su actitud hacia el problema de la muerte.

Ellos lo resolvieron tratando de vencerla mediante la creencia de que la vida terrenal podía continuar en un Más allá organizado, renovada en un plano de renacimiento eterno, gracias a las partes indestructibles del individuo, el *ba*, «el alma», el *akh*, «el espíritu», el *ka*, la «la potencia vital» y la sombra, el «nombre».

La fe en una vida posterior a la terrenal está testimoniada ya en época predinástica por las sepulturas con ajuar fúnebre, y luego desde la edad de las pirámides hasta los últimos siglos de la civilización faraónica. En los textos y en las representaciones funerarias, en las elaboraciones escatológicas y mágicas, en las distintas prácticas y en los rituales del culto funerario orientado a negar la muerte, las descripciones del Más allá y de la existencia de una vida póstuma no son precisas ni unívocas.

Había una gran pluralidad de opiniones, que variaban según los tiempos, los lugares y los ámbitos sociales, en cuanto a los aspectos del Más allá

(la Duat), los peligros que se corrían en los pasos de las «Puertas» de las doce horas del día y de las doce horas de la noche, y en los días de las «Cavernas». De todos modos, parece seguro que la representación del difunto sentado a la mesa es la afirmación más antigua de supervivencia, como continuación de la vida biológica cuya necesidad primordial es la alimentación.

En el Antiguo Reino, los *Textos de las pirámides*, escritos en las estancias subterráneas de las pirámides a partir de la VI dinastía, están orientados a la supervivencia del faraón que se pensaba que se uniría al cielo como un astro. Desde el Reino Medio, los *Textos de los sarcófagos* se encuentran escritos en los sarcófagos de madera de los altos funcionarios, quienes tienen derecho al Más allá, que antes era privilegio real y que ahora está dominado por el dios Osiris; así se manifiesta el nuevo concepto «moral» de la supervivencia, obtenida por el difunto sólo si lo ha merecido con una vida de buenas acciones.

Desde el Nuevo Reino los difuntos pueden llevar consigo y aprovecharse del *Libro de los muertos*, escrito en rollos de papiro e ilustrado con viñetas a menudo coloreadas. El título original egipcio es *Libro para salir al día*, es decir, para volver a ver la luz del sol durante el día, deseo que refleja el fundamental temor a la oscuridad. Otros textos funerarios son el *Libro de quien está en el Amduat*, el *Libro de las Puertas* y el *Libro de las Cavernas*, desarrollos y ordenación del *Libro de los Dos caminos* del Reino Medio.

En épocas sucesivas, las prácticas y los textos del viático para el muerto no cambian sustancialmente, aun cuando la superstición y la magia ganan cada vez más terreno.

El antiguo egipcio esperaba que después de la muerte seguiría teniendo aquello que había debido abandonar con la vida: la familia y los amigos, la casa con jardín, el laguito y el huerto, los campos donde trabajaban sus numerosos servidores. En las tumbas egipcias a partir del Reino Medio eran prudentemente depositados un número variable, de unos pocos a pequeños ejércitos —¡401 en la época tardía!— de *ushiabti*, las figurillas mágicas que debían desarrollar las prestaciones en los campos del otro mundo para el difunto...

Baste citar una fórmula de los *Textos de los sarcófagos*, titulada: *Fórmula para reunirse con la familia en el Más allá*:

> Oh Ra, oh Atum, oh Geb, oh Nut, mirad a este [difunto],
> que va al cielo, que va a la tierra, que va al agua
> para reencontrar a su familia, para reencontrar a su padre y a su madre,
> para reencontrar a sus hijos y a sus hermanos y hermanas,

para reencontrar a sus allegados, para reencontrar a sus amigos,
para reencontrar a sus compañeros, a sus servidores
y a aquellos que preparan en la tierra la comida para este [difunto],
para reencontrar a su concubina, a la que él ha conocido [...].
Se reunirán con este [difunto] sus hijos y sus concubinas,
según lo que agrade al corazón de este [difunto];
se reunirán con este [difunto] sus servidores
y aquellos que preparan en la tierra la comida para este [difunto].
Ahora bien, este [difunto], he aquí que desciende, feliz,
con el corazón alegre, porque su familia le es restituida.
Los más viejos de la familia de este [difunto], he aquí que han descendido, [felices,
con el corazón alegre, aquí, al encuentro de este [difunto];
han arrojado al suelo sus herramientas, los cestos, las azadas, sus paneras,
porque este [difunto] los ha arrancado de la prestación de Isis, de los controles de Nut, de la gran prestación de Ruti.
[...]

Reunir a la familia, padre, madre, amigos, compañeros, hijos, esposas, compañeras, esclavos, servidores, y todos los bienes de cada uno, con él, en el mundo de allá. Es verdaderamente eficaz, probado millones de veces.

La momificación de los cadáveres era considerada útil, pero no necesaria de manera exclusiva, para mantener unido este mundo y el otro, puesto que para los egipcios sólo era inmortal el alma del individuo; en cambio, era fundamental asegurar el culto funerario con las plegarias y las ofrendas alimentarias al difunto.

Las prácticas de momificación, confiadas a especialistas, son conocidas en sus procedimientos, cuyo fin era evitar —retrasar— la descomposición; se sabe que el abdomen era abierto para extraer las vísceras, es decir, el hígado, el bazo, los pulmones, los intestinos (mientras que el corazón era dejado en su sitio). Las vísceras, momificadas por separado, eran depositadas en cuatro recipientes especiales (los llamados «canopes») bajo la protección de genios funerarios, los cuatro «Hijos de Horus»: Imseti, de cabeza humana, que protegía el hígado; Hapi, con cabeza de babuino, el bazo; Duamutef, de cabeza de cánido, los pulmones; Qebehsenuf, de cabeza de halcón, los intestinos. Los canopes eran depositados en la tumba junto al sarcófago de la momia.

Luego el cadáver era rellenado de perfumes y de mirra, la apertura del abdomen era recosida, el cuerpo era deshidratado bajo una capa de natrón (carbonato de sodio), y más tarde lavado, ungido, envuelto en largas ven-

Escena de funerales y lamentaciones; la barca del transporte fúnebre hacia la necrópolis. Tebas, tumba de Neferhotep (XVIII din.).



Transporte fúnebre (detalle de la fig. de arriba).

De caza en el pantano con la mangosta. Saqqara, mastaba de Mereruka (VI din.).

El lebrero y su presa. Saqqara, mastaba de Ptahhotep (VI din.).



Flamencos. Saqqara, mastaba de Ptahhotep (VI din.).



La momia de Osiris es transportada por un bondadoso cocodrilo; en el disco solar, Arpocrates y el dios Atum en el trono. Las rocas de la derecha simbolizan la zona de las míticas fuentes del Nilo en la primera catarata. File, templo de Isis (época tolemaica) (I. Rosellini, *Monumenti del Culto*).



Animales fantásticos del desierto. Beni Hassan, varias tumbas (Reino Medio) (I. Rosellini, *Monumenti civili*).



La intérprete de doble flauta es ligera como una libélula... Tebas, Deir el Medina (Nuevo Reino). Ostraka IFAO (J. Vandier d'Abbadie, *Catalogue des ostraka*).

¿La muchacha tendida en la cama duerme o sueña? Tebas, Deir el Medina (Nuevo Reino). Ostraka IFAO (J. Vandier d'Abbadie, *Catalogue des ostraka*).



Escena de danza con acompañamiento de instrumentos de percusión. Tebas, tumba de Neferhotep (XVIII din.) (I. Rosellini, *Monumenti civili*).



Concertino de mujeres. Tebas, tumba de Nebamón (XVIII din.) (I. Rosellini, *Monumenti civili*).



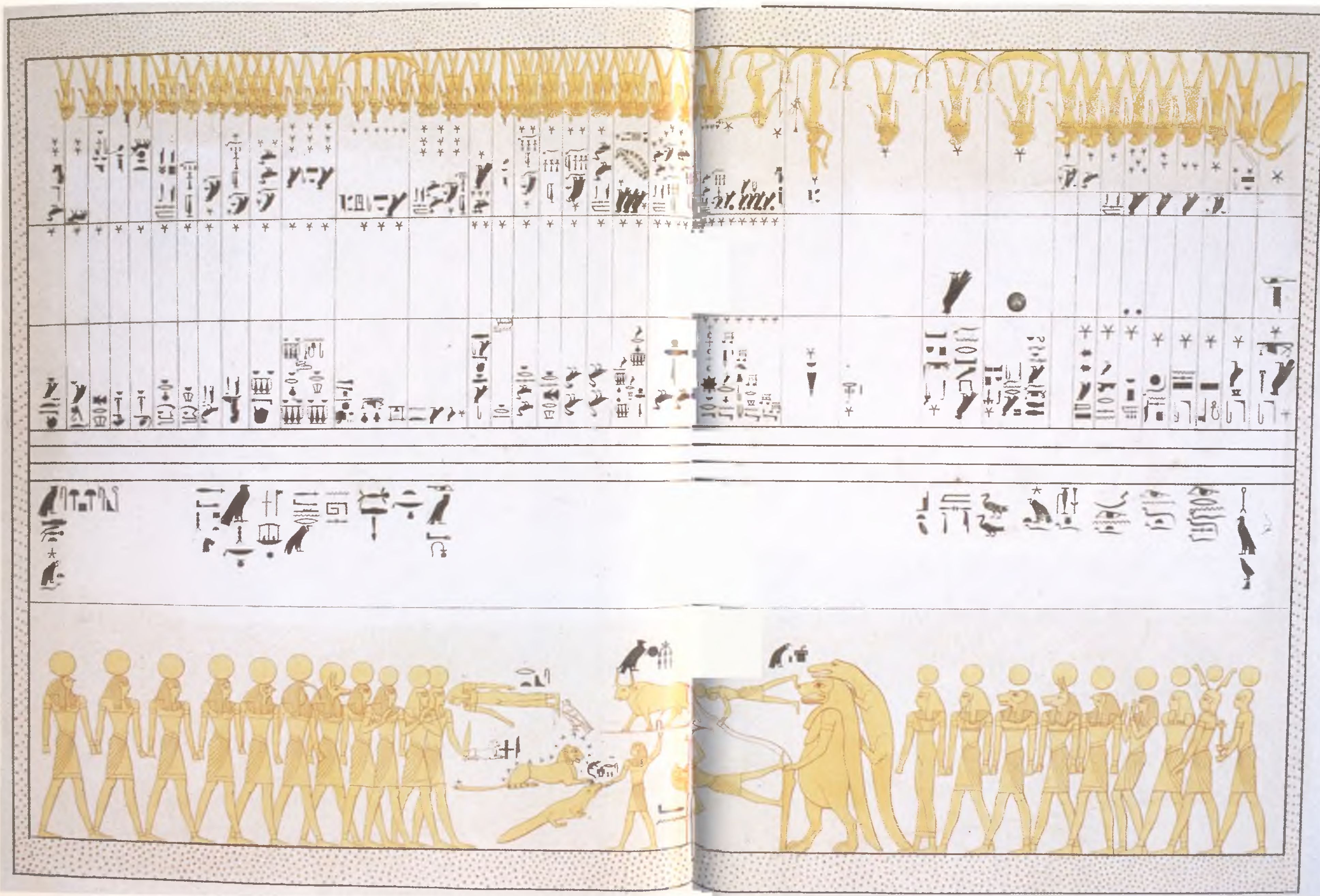
Ejemplo de escritura jeroglífica sobre piedra.
Saqqara, tumba de Bakenrenef (XXVI din.).



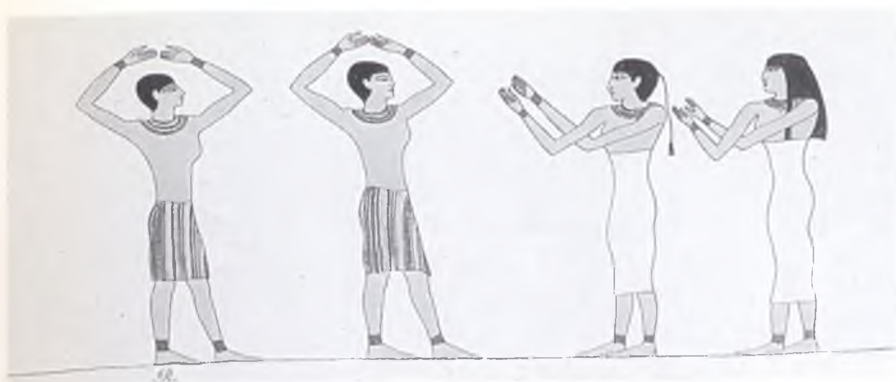
El denominado «Naóforo vaticano», la estatua de Ugiahorresnet, médico de la corte de los soberanos aqueménidas Cambises y Darío I (XXVII din.). Ciudad del Vaticano, Museos Vaticanos.



Escena de circuncisión. Saqqara, mastaba de Anekhmahor (VI din.).



Techo con escenas astronómicas. Tebas, valle de los Reyes, tumba de Seti I (XIX din.). (I. Rosellini, *Monumenti del Culto*).



Danza de muchachos a ritmo de palmas. Beni Hassan, tumba de Keti (Reino Medio) (I. Rosellini, *Monumenti civili*).



Arpistas. Tebas, valle de los Reyes, tumba de Ramsés III (XX din.) (I. Rosellini, *Monumenti civili*).



Desfile de los dioses egipcios. Tebas, valle de los Reyes, tumba de Ramsés VI (XX din.) (I. Rosellini, *Monumenti Storici*).



Muchachas que juegan a la pelota. Beni Hassan (Reino Medio) (I. Rosellini, *Monumenti civili*).



Los dioses de Edfú introducen a Tolomeo III en presencia de Horus con cabeza de halcón. Edfú, templo de Horus (época tolemaica).



El faraón hace acto de adoración del dios Ra-Harakhte. Tebas, valle de los Reyes, tumba de Merneptah (XIX din.) (I. Rosellini, *Monumenti Storici*).



c.

El dios Anubis junto al difunto osirizado, con Isis a los pies y Neftis a la cabeza del catafalco (I. Rosellini, *Monumenti civili*).

El último saludo al muerto delante de su tumba. Tebas, tumba de Roy (XVIII din.) (I. Rosellini, *Monumenti civili*).

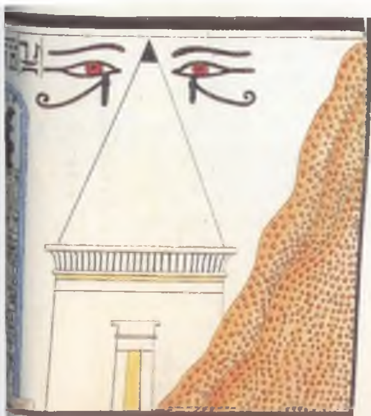


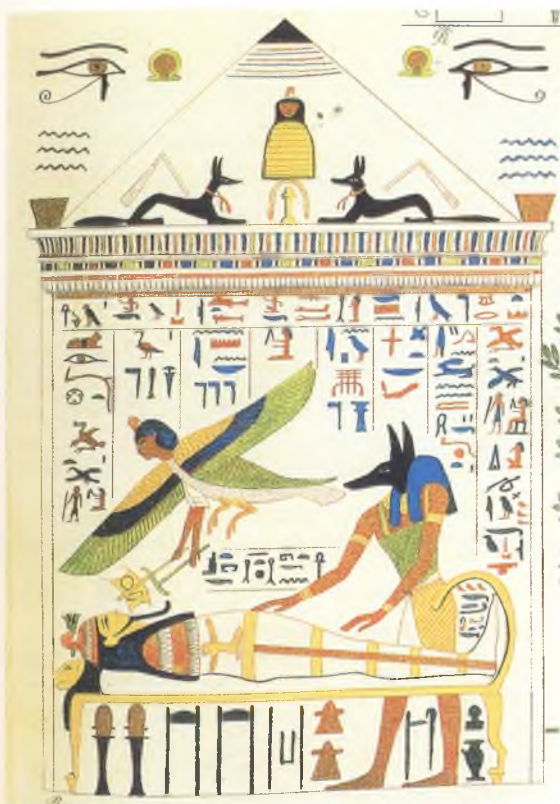


Fabricación de estatuillas fúnebres y de vasijas canopeas. Tebas, tumba de Ibis (XXVI din.) (I. Rosellini, *Monumenti civili*).

Pilar con la figura del príncipe y gobernador Uage. Jelua, Fayum, tumba rupestre de Uage (XII din.) (Excavaciones, Universidad de Pisa).







El alma-ba del muerto planea sobre el cuerpo momificado por Anubis. Tebas, tumba de Paser (XIX din.) (I. Rosellini, *Monumenti civili*).



El difunto y su esposa, sentados delante del sicomoro sagrado de Nut, reciben agua y frutos de la diosa. Tebas, tumba de Negemger (XIX din.) (I. Rosellini, *Monumenti civili*).

das de lino, sobre las cuales, en ciertos puntos indicados por el ritual, eran colocados unos amuletos (uno sobre la herida del abdomen, con la imagen del ojo-*ugiat*, de gran potencia protectora); sobre las vendas podían transcribirse capítulos y viñetas del *Libro de los muertos*.

Algunos ritos especiales (era fundamental el de la «apertura de la boca») restituían al difunto momificado, ahora depositado en sarcófagos adornados con inscripciones, símbolos e imágenes de divinidades, sus capacidades vitales. El sarcófago era transportado en barca a lo largo de los canales hasta la necrópolis, acompañado por el llanto y las palabras de despedida de las mujeres de la casa y de las plañideras en el acto de arrancarse los cabellos.

En el Más allá, antes de ser definitivamente admitido en el mundo de los beatos, el muerto debía someterse a juicio ante el tribunal de Osiris, para ser absuelto de todo pecado y, por tanto, ser proclamado inocente (*maa kheru*). En el *Libro de los muertos* el rito del juicio póstumo está ilustrado por una viñeta que evidencia el momento del pesaje del corazón (sicostasia) del difunto, en la sala de las Dos Verdades, en presencia de Osiris y de los 42 dioses de su tribunal. El corazón debía estar exento de pecado, ligero en el plato de la balanza que en el otro plato tenía la perfecta inocencia de la pluma de la diosa Maat (Justicia/Verdad). Pero ¿quién está seguro de tener el corazón tan ligero? Para el condenado está lista, junto a la balanza, la Gran devoradora, un monstruo formado por distintos animales —cabeza de cocodrilo, cuerpo de hipopótamo y garras de león—. He aquí por qué un oportuno capítulo del *Libro de los muertos* (capítulo XXX B) proporciona el modo de evitar, mágicamente, una declaración en la que el corazón se autocondene:

> Fórmula para impedir que el corazón del [difunto] se le oponga en la necrópolis. Decir: «Oh corazón mío por parte de mi madre, corazón mío por parte de mi madre, oh mi músculo cardíaco de mis transformaciones [en las distintas fases de la vida]. No levantes testimonio en mi contra, no me acuses en el tribunal, no te vuelvas en mi contra en presencia del encargado de la balanza. Tú eres mi *ka*, que está en mi cuerpo, el *jnum* que mantiene sanos mis miembros. Que tú puedas dirigirte al bien, al que aspiro».

El capítulo se encuentra grabado, a partir de la XVIII dinastía, en los escarabajos llamados «del corazón», precisamente porque eran puestos entre las vendas de las momias a la altura que este órgano tiene en el tórax; la fórmula aseguraba que el corazón del individuo no testimoniara en contra

del difunto en el momento de su pesaje (sicostasia) en presencia de Osiris y del tribunal del Más allá. El texto indica, al final, cómo utilizar el aumuleto, y ofrece como garantía de su eficacia el hecho de que la fórmula mágica fue escrita por el dios Thot y hallada por el hijo del faraón Mikerinos (IV dinastía): «Esta fórmula fue encontrada en Hermópolis por el hijo del rey, Hergedef, mientras hacía el inventario de los templos, a los pies de la Majestad de este dios venerable (Thot), en un bloque de piedra-*bia* del sur, y era un escrito del dios en persona en tiempos de Su Majestad el rey Mikerinos».

El difunto, en el *Libro de los muertos*, apelaba también a los dioses del tribunal, genios de las distintas localidades de Egipto, para ser absuelto, mediante dos *Declaraciones de inocencia*, de las que reproducimos la «Segunda»:

> Oh Ser del largo paso, que sale de Heliópolis,
> no he cometido iniquidad.
> Oh Ser que abrazas la llama, que sale de Jeraha,
> no he robado.
> Oh Narigudo que sale de Hermópolis,
> no he sido codicioso.
> Oh Devorador de sombras que sale de la Caverna,
> no he saqueado.
> Oh Cara tremenda que sale de Rosetau,
> no he matado hombres.
> Oh Doble León que sale del cielo,
> no he mermado la medida.
> Oh Aquel cuyos dos ojos son de sílice que sale de Letópolis,
> no he prevaricado.
> Oh Llameante, que sale de Jetjet,
> no he robado los bienes de dios.
> Oh Quebrantador de huesos, que sale de Heracleópolis,
> no he dicho mentiras.
> Oh Lanzador de llamas que sale de Menfis,
> no me he llevado el pan.
> Oh Troglodita que sale de la provincia de Occidente,
> no he sido insolente.
> Oh Ser de los dientes blancos [cocodrilo], que sale del País del Lago,
> no he transgredido.
> Oh Comedor de sangre que sale del lugar del suplicio,
> no he matado animales sagrados.
> Oh Comedor de Vísceras que sale del Tribunal de los Treinta,



Ushiabti de fayenza azul de Kanefer, con el cap. VI del Libro de los muertos *grabado.* Saqqara, tumba de Kanefer (XXVI din.). Colección particular.



Escarabajo del corazón *con el cap. XXX B del* Libro de los muertos *escrito.* Soleb, Sudán (XVIII din.). Colección Schiff Giorgini, Universidad de Pisa.

no he acaparado (?) trigo.
Oh Señor de Maat, que sale de Maaty,
no he robado las raciones de pan.
Oh Descarriado que sale de Bubastis,
no he espiado.
Oh Any que sale de Heliópolis,
no he hablado sin ton ni son.
Oh Malvado que sale de la provincia de Busiris,
no he disputado más que por mis bienes.
Oh Uamenty que sale del lugar de la ejecución,
no he fornicado con mujer casada.
Oh Mira lo que él lleva, que sale de la casa de Min,
no he cometido actos impuros.
Oh Vigilante de los grandes, que sale de Imau,
no he causado terror.
Oh Destructor que sale de Pui,
no he cometido transgresión.

Oh Encantador de voces, que sale de Urit,
no me he excitado.
Oh Muchacho que sale de Heqaag,
no he vuelto sordo mi rostro a una palabra verdadera.
Oh Basty que sale de Shetit,
no he guiñado el ojo.
Oh Aquel cuya cara es su nuca, que sale de Tapehetgiat,
no he sido sodomita.
Oh Pie caliente, que sale al alba,
mi corazón no ha tragado.
Oh Oscuro que sale de la oscuridad,
no he insultado a otro.
Oh Aquel que lleva su ofrenda, que sale de Sais,
no he sido violento.
Oh Señor de los rostros, que sale de Negiafet,
mi corazón no se ha apresurado.
Oh Screkhy que sale de Utenet,
no he ofendido a mi naturaleza, no he olvidado a un dios.
Oh Señor de los dos cuernos, que sale de Asiut,
no he multiplicado las palabras en los discursos.
Oh Nefertum, que sale de Menfis,
no tengo tacha, no he hecho daño.
Oh Temsep que sale de Busiris,
no he insultado al rey.
Oh Aquel que actúa según su corazón, que sale de Cebu,
no he caminado sobre el agua.
Oh Percusionista (?) que sale del Nun,
no he levantado la voz.
Oh Aquel que manda a la gente, que sale de la Residencia,
no he injuriado a un dios.
Oh Neheb-neferet que sale de su castillo,
no he producido una hinchazón.
Oh Nehebkau que sale de la ciudad,
no he extorsionado en mi beneficio.
Oh Ser de la cabeza venerable, que sale de su madriguera,
mis raciones no han sido mayores que mis bienes.
Oh Aquel que levanta el brazo, que sale de Igeret,
no he calumniado al dios de mi ciudad.

Se hacen votos para que el fin, inevitable, de la vida sobre la tierra llegue lo más tarde posible (los 110 años son la meta ideal máxima para los egipcios, cuya vida media raras veces superaba los 50-60 años). Sabiamente deseaban



Escena de la sicostasia o pesaje del corazón del difunto, que ilustra el cap. CXXV del Libro de los muertos. Papiro funerario de Any (XVIII din.). Londres, British Museum.



La diosa Maat. Fragmento de un pilar. Tebas, valle de los Reyes, tumba de Seti I (XIX din.). Florencia, Museo Arqueológico.

una buena vida y una buena muerte. La autobiografía de Petosiris en Tuna el Gebel (necrópolis de Hermópolis) contiene uno de los pasajes más impactantes que el Egipto de la época tardía nos haya restituido, un elogio del Más allá, una declaración de fe en la justicia póstuma, consecuencia, creo, de las ilusiones perdidas sobre la existencia de una justicia terrenal: «El occidente es la morada del que está sin pecado. Alabo a dios por quien lo alcance. Pero nadie puede alcanzarlo salvo aquellos cuyo corazón es íntegro por la práctica de la justicia y de la verdad. Aquí no hay distinciones entre el pobre y el rico, salvo en favor de quien se revela sin pecado cuando la balanza y el peso son puestos delante del Señor de la eternidad. Allá abajo nadie es privado de un justo pesaje, cuando Thot, bajo forma de cinocéfalo, se apresta a juzgar a cada uno de acuerdo con aquello que ha hecho sobre la tierra».

Sin embargo, la vida debe ser apreciada, como la religión misma requería. La mayor calamidad es una muerte prematura, sin haber podido gozar de una buena vejez. Son ideas que se encuentran desde los más antiguos templos faraónicos en las inscripciones funerarias y en las escenas de funeral. Pero el tema del llanto por la muerte anticipada se vuelve obsesivamente central en las inscripciones funerarias de la época tolemaica, como una innovación de la época tardía.

De este mismo filón patético de época helenística, ampliamente representado, me limito a recordar aquí el lamento de la niña muerta. Nesenakhebit (estela Leiden) cuenta su brevísima vida interrumpida antes de tiempo: «Mi vida fue destrozada cuando aún era una pequeña inocente. Os digo qué me ha sucedido: duermo en el valle de Occidente aunque todavía sea una niñita. Tengo sed, aunque el agua esté a mi lado. Fui arrancada de la infancia antes de tiempo, he dejado mi casa a mis espaldas, como si fuera algo sin importancia, sin que estuviera saciada de ella. La oscuridad, el horror de todos los niños, me ha caído encima, y aún tenía en la boca el pecho de mi madre. Los espíritus muertos de esta sala echan a todos de mí, pero yo aún no estoy en la edad de la soledad, mi corazón estaba contento cuando veía tanta gente, porque amaba la alegría».

La biografía de Montesufi (papiro Rhind I) comienza, como sucede a partir de la época tolemaica, con la indicación del año de nacimiento: «En el año 13, el día 27 del mes de Athir del faraón Tolomeo el dios, el Filopator, fue traído al mundo en la casa de su padre un hermoso niño llamado Montesufi. Su padre era el gobernador de la ciudad de Hermonti, era profeta de Montu-Ra y su nombre era Menkara. Creyó en la abundancia de todo aquello que su corazón deseaba [...]. Trajo al mundo a un hijo y a una hija para tener un sucesor. Superó los 59 años y entró en la sesentena du-

rante siete meses y catorce días, siempre bebiendo, comiendo y divirtiéndose al máximo, siempre perfumado de fragancias de Punt, sin que nada hubiera afligido nunca su espíritu. Celebró las fiestas de los dioses como su propio aniversario hasta el fin del tiempo de vida que Thot había escrito en su ladrillo del nacimiento. El triste día de pasar al Más allá, de morir y de dirigirse a la sala de la Duat, fue en el año 21 de César Augusto desde la toma del poder, el día 19 del mes de Epifi, es decir, el día 16 de su primer jubileo».

Para dar ánimos al alma del muerto se insiste en recordarle que ha vivido una buena vida, ha muerto después de una hermosa vejez y no ha sido desgarrado por una muerte prematura: «Que puedas estar bien en tu sarcófago, después de esta vejez que has pasado en la tierra, habiendo disfrutado de todo lo bueno que deseaba tu corazón, sin haber sufrido pobreza y sin haber hecho nada malo durante el tiempo que has vivido. Has envejecido en la tierra teniendo siempre abierta tu casa a los demás, sin haber dicho nunca que no. Has partido para el Más allá sin que tu alma se resistiera, desde el momento en que ya tus miembros tenían dificultades para realizar su trabajo [...]. Oh, tú que has muerto y has ido al Más allá, has envejecido en la tierra habiendo vivido serenamente. No estés triste: piensa que también los niños van al Más allá, mientras que tú has podido envejecer en la tierra, has bebido, has comido y has hecho todo cuanto querías».

Éste es, pues, el resumen de una vida ejemplar: haber comido, haber bebido, no haber sufrido pobreza, no haber hecho daño ni a sí mismo ni a los demás, saber morir con digna aceptación...

El mejor regalo que podía recibir un egipcio era una tumba por parte del rey; mientras que el resto de la gente debía preparársela a sus expensas y con tiempo, de modo que estuviera lista cuando llegara la muerte. El sabio Any, en sus *Enseñanzas*, exhorta vivamente en este sentido:

> No llegues a morir sin saber dónde podrá reposar tu cadáver;
> haz saber dónde está tu tumba, dónde deseas que sea sepultado tu cuerpo,
> de modo que puedan enterrarte [...].
> Del mismo modo prepárate [espiritualmente]:
> cuando el mensajero enviado para tu muerte venga a cogerte,
> debe encontrarte listo, de modo que tú no vaciles sino que digas, en cambio:
> «He aquí, viene contigo alguien que se ha preparado antes que tú».
> No digas: «Soy demasiado joven para que tú me cojas»:
> tú no conoces el momento de la muerte:
> la muerte viene y roba al niño que está en brazos de su madre,
> del mismo modo que [se lleva] a quien se ha vuelto viejo.



Reconstrucción virtual de la sala transversal. Saqqara, tumba de Bakenrenef (XXVI din.) (Excavaciones, Universidad de Pisa).



Interior de una tumba con ajuar fúnebre figulino; entre otras cosas, mesas de ofrenda en terracota. Tebas, Gurna, tumba 79 (Reino Medio) (Excavaciones, Universidad de Pisa).

Las tumbas egipcias, construidas para conservar intacto el cuerpo y los bienes depositados para acompañarlo, estaban edificadas en dos partes: la superestructura y la parte subterránea o cripta.

La primera, accesible para el culto funerario incluso después de la sepultura del titular de la tumba, varía con el tiempo y las diversidades locales: la pirámide, la mastaba, la capilla con pórtico o un sencillo patio.

La parte subterránea, o cripta, sellada después de la deposición del cadáver en el sarcófago, estaba siempre separada de la primera y era de tipología más o menos compleja, accesible por un pozo o una bajada.

Las estancias subterráneas podían estar decoradas; si se trataba de tumbas reales, la decoración comprendía escenas y textos mitológicos, relativos al viaje nocturno del Sol por el Más allá.

Las paredes de las estancias de la superestructura en la tumba privada mostraban al difunto en el feliz Campo de las Ofrendas, a través de numerosas y variadas escenas de la vida codidiana.

Las grandes necrópolis provinciales de Beni Hassan tienen tumbas rupestres, con salas de pilares. En Beni Hassan, Jnumhotep se jacta de haber hecho construir su tumba y también para que sean perpetuados los nombres de sus subalternos. Dice haber imitado la de su padre: «Realicé una tumba excavada en el acantilado, porque un hombre debe imitar lo que ha hecho su padre»; se conoce el nombre del arquitecto, desde el momento en que lo ha dejado escrito: «El jefe de los trabajos de la tumba, el jefe del tesoro Baket».

Mientras las mastabas del Antiguo Reino tenían las paredes ornadas con bajorrelieves, en el Reino Medio se prefería el más económico sistema de decorarlas con pinturas sobre revoque, con temas relativos a la vida cotidiana, pero también temas originales, paisajes desérticos con sus animales, escenas militares y juegos.

En la esperanza, normalmente frustrada, de evitar que las tumbas, privadas o de los reyes, fueran profanadas y depredados los bienes sepultados con el muerto, los arquitectos inventaban trucos para engañar a los ladrones: pozos, falsas estancias del sarcófago, falsos rellenos y muros que cerraban las galerías.

Preparada la morada de la eternidad, llegado el momento de la sepultura, el sarcófago era transportado a ella, con el séquito de aquellos que llevaban distintos adornos y objetos, elegidos para acompañar al difunto. Además de los sarcófagos, los canopes y las figurillas funerarias, encontramos objetos de uso común durante la vida y fabricados expresamente para

la tumba, pero también joyas, telas y cofres, que ya en vida pertenecían al dueño de la tumba, y habían sido efectivamente utilizados por él. Las poquísimas tumbas de particulares encontradas intactas, como la del arquitecto Cha descubierta por E. Schiaparelli en la necrópolis de Deir el Medina, nos asombran por la variedad de los objetos que ilustran el bienestar de las personas de clase media. Las tumbas de los nobles, los príncipes y los reyes contenían tesoros difícilmente imaginables si no fuera por el afortunado hallazgo de las tumbas del joven rey Tutankamón en Tebas y de los reyes de la XXI dinastía en Tanis.

Pero ¿qué maravillas podían contener las tumbas de grandes soberanos como Sesostris II, o Tutmosis III o Amenofis III o Ramsés II? ¿Y las pirámides de Keops o de Mikerinos?

Las pirámides fueron saqueadas probablemente pocos lustros después de la muerte de quien las hizo construir, e igual las ricas tumbas de los reyes de las épocas sucesivas; la decadencia y el abandono de las zonas monumentales es un hecho que ya los egipcios deploraban, en composiciones que meditan melancólicamente sobre el tiempo voraz, y que exhortan a confiar, para la perpetuidad del propio nombre, sólo en las obras del pensamiento (papiro Chester Beatty IV), como canta el arpista en la tumba de Antef (papiro Harris 500):

> Perecen las generaciones y pasan, otras están en su puesto, desde los tiem-
> [pos de los antepasados:
> los reyes que existieron antes reposan en sus pirámides,
> son enterrados en sus tumbas los nobles e igualmente los glorificados.
> ¿Qué ha sido de aquellos que han construido edificios, cuyas sedes ya no
> [existen?
> He oído las palabras de Imhotep y de Hergedef, cuyos dichos son citados
> [con frecuencia.
> En cambio, ¿en qué se han convertido sus sedes?
> Los muros han caído, sus sedes ya no están, como si nunca hubieran existido.

Como se ve, era reconfortante para los escribas excelentes, pero no para el gran número de personas corrientes, que para durar después de su muerte sólo podían contar con el hecho de que su nombre fuera leído por los venideros en su tumba y en sus estelas. Se sabe que el fantasma de un muerto cuya tumba estaba en ruinas y olvidada, no tenía paz y podía aparecer de noche ante un ser vivo, y conjurarlo para que hiciera investigaciones en la necrópolis para encontrar la tumba, restaurarla y renovar el culto por su alma en pena. Así nos lo cuenta el relato de *Jonsuemheb y el espectro*, un

texto conservado en el Museo Arqueológico de Florencia, escrito en hierático sobre partes de una gran vasija de terracota.

Los ladrones de tumbas actuaban especialmente en tiempos de relajación del poder central, como el final del Nuevo Reino; en Tebas, profanaron sin temor los hipogeos del valle de los Reyes. Nos llegó el expediente del proceso por los hurtos en las tumbas reales, un gran *affaire* judicial de los años en torno al 1130 a.C. que implicó en el escándalo incluso a altísimos personajes, los cuales habían proporcionado la necesaria red de connivencia y de protección. Un papiro (Amherst) contiene la confesión arrancada a uno de los ladrones, que cuenta cómo pudo penetrar en las estancias subterráneas de la tumba del rey Sokebemsaf (XIII dinastía), en una narración muy sugestiva que evoca la obra de los depredadores bajo la luz temblorosa de las velas. El ladrón, que también da el nombre de otros cómplices, declara: «Fuimos a robar según nuestra costumbre, y encontramos la pirámide del rey Sokebemsaf, que no se parecía a las pirámides y las tumbas que teníamos el hábito de depredar. Cogimos nuestros utensilios de bronce y nos abrimos por la fuerza una vía hasta el interior de la pirámide de este rey a través de la parte exterior; encontramos unas estancias subterráneas, cogimos en la mano velas encendidas y descendimos; rompimos las piedras que encontramos a la entrada de la cavidad y hallamos a este rey que yacía boca arriba en su sarcófago; encontramos el sarcófago de la reina Nubkhaas, su esposa, junto a él, protegido y a buen recaudo por una masa de yeso y de pedrisco. Lo rompimos todo y encontramos que estaba sepultada de la manera usual. Abrimos sus sarcófagos y sus cajas de madera, donde estaban depuestos, y encontramos a la noble momia de este rey adornada con la figura de un halcón: un gran número de amuletos y de joyas de oro estaban en torno a su cuello y lo cubría una máscara de oro, mientras su sarcófago estaba ornado de oro y de plata, por fuera y por dentro, y llevaba engarzadas todo tipo de piedras preciosas. Juntamos el oro que encontramos sobre la noble momia de este rey, junto con el de sus amuletos y de las joyas que rodeaban su cuello, y el que estaba sobre los sarcófagos en los que reposaba. Hallamos a la reina en las mismas condiciones, y robamos también todo aquello que encontramos encima de ella, y luego prendimos fuego a los sarcófagos, cogimos los distintos objetos que hallamos, es decir, los objetos de oro, de plata y de bronce, y nos los repartimos entre nosotros».

El texto continúa con la declaración sobre el modo en que el ladrón salió de la prisión corrompiendo a los guardias.

En casos de sepulturas incluso muy imponentes, pero no reales, las tumbas de familia podían ser conservadas en buenas condiciones y restau-



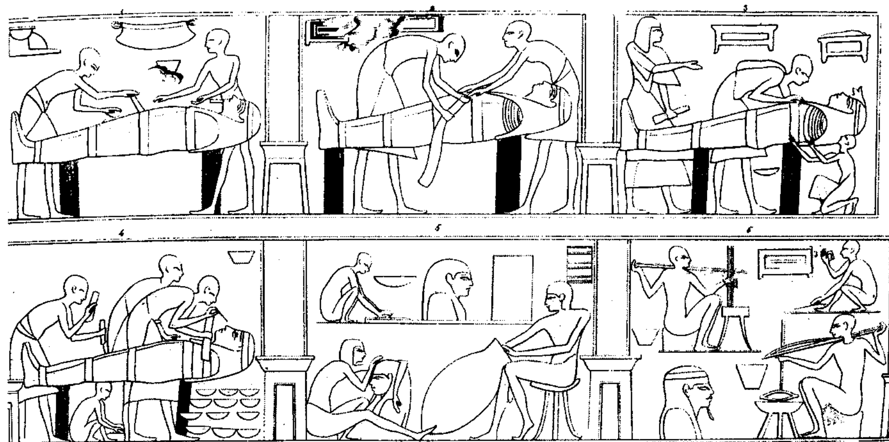
Pilar de la tumba de Jenu con textos jeroglíficos y la figura del dignatario. Saqqara (Antiguo Reino).

radas durante generaciones (como, por nombrar una gran tumba familiar saítica en la necrópolis de Saqqara, el hipogeo del visir Bakenrenef) por razones no sólo de piedad sino de economía, ya que los «puestos-sarcófago» de las necrópolis tenían un gran valor.

Las grandes necrópolis reales, especialmente las de Menfis con las pirámides pertenecientes a los reyes del Antiguo Reino, para los cuales el hecho de renovar su nombre uniendo el propio garantizaba beneficios y prestigio, han inspirado muchas operaciones de restauración «arqueológica» por parte de distintos soberanos egipcios.

Ya fue examinada (véase el cap. 3) la obra de Kaemuaset, hijo de Ramsés II. Vistas sus frecuentaciones de necrópolis y de tumbas, no asombra que haya sido considerado el «inventor», en el sentido de «descubridor», de una potente fórmula mágica. En el capítulo 167 del *Libro de los muertos* (en la redacción de época tolemaica), leemos: «Texto escrito sobre la copa que el príncipe Kaemuaset encontró bajo la cabeza de un difunto de la necrópolis de Menfis y que es la copa más preciosa de cuantas hay en el tesoro. [El texto] era usado en el portal del fuego por el espíritu y por el muerto, para no permitir que el enemigo los alcanzase. Son fórmulas de verdad excelentes, probadas un millón de veces».

En el antiguo Egipto la relación entre vivos y difuntos es bastante ambigua, y la naturaleza de los «muertos» y sus posibles obras son vistas con recelo. Los muertos representan entidades potencialmente dañinas, caprichosas como los mismos dioses, imprevisibles, acaso envidiosas de quien está aún con vida, y podían ser convocadas por los magos. Se comprenden, entonces, prácticas como la de los decretos personales promulgados por una divinidad y que ordenan a los dioses infernales que ofrezcan tranquilidad al espíritu del difunto, acogiéndolo con benevolencia en su nueva vida. Esos decretos, en uso a partir del Nuevo Reino, se hicieron cada vez más frecuentes durante la época tardía; uno de éstos está redactado por Amón nada menos que para el dios-muerto Osiris. Y se comprende, igualmente, la práctica de las «Cartas a los muertos» conocida ya en el Antiguo Reino, sea que se afirmara que el alma de los soberanos se elevaba hasta las estrellas, sea que el «paso» del muerto entre este mundo y el otro, y luego a través de los espacios de la Duat, se produjera en barca (acogido en la barca del Sol, preferiblemente), o caminando (con sandalias en los pies y un bastón en la mano), el destino póstumo del hombre era el de una supervivencia estelar o solar, o bien la identificación con Osiris.



Preparación de un sarcófago antropoide con máscara. Tebas, tumba de Pasar (XIX din.) (I. Rosellini, *Monumenti civili*).

Y, por último, digamos algo sobre la muerte de los animales, que también tenían un Más allá. En la Duat, espejo de la vida terrenal, había espacio para ellos; pero la supervivencia póstuma existía sobre todo para los animales sagrados, aquellos que eran «dioses», encarnaciones de divinidades, que eran adorados por vivos y muertos y momificados con ritos de humanos. Se debe pensar que participaban en el destino de eternidad de todo ser que, una vez muerto, era «osirizado». En efecto, se conocen también «rituales» para el embalsamamiento de animales sagrados —el toro Apis, por ejemplo—, además de innumerables necrópolis de animales con su ajuar fúnebre. También se han saqueado la mayoría de las tumbas de los animales divinos, que eran enterrados con honores y riquezas. Se creía que el alma de los animales sagrados (pero en época tardía, toda la especie sagrada era divina) subía al cielo, y era testimonio de ello una estela de la época tolemaica (de la colección de lady Meux) en la que una dama devota hizo escribir: «He donado aquello que necesitan las almas vivas [los animales sagrados], de modo que tengan ungüentos preciosos y vestidos, cuando sus almas suban al cielo».

El toro Apis era adorado en Menfis como encarnación y heraldo del dios Ptah; las galerías del Serapeo en Saqqara acogían a los animales embalsamados dentro de enormes sarcófagos de piedra. Antes los Apis eran enterrados en tumbas independientes, de las que conocemos la tipología: una capilla con columnas, sobreelevada, a la que se accedía por escaleras, coronaba una o dos cámaras subterráneas, en las que eran colocados el sar-

cófago con la momia, los canopes, las vasijas, las joyas (se han encontrado algunas bellísimas en la tumba del Apis muerto en el año 30° de Ramsés II) y los *ushiabti* con cabeza en forma de toro; las paredes podían estar decoradas; los grandes personajes que habían participado en la sepultura podían obtener el permiso de grabar sus estelas en el muro de la capilla, y depositar *ushiabti* con su nombre para acompañar al toro difunto, servirlo y beneficiarse de ello. Se ha calculado que la vida media de un Apis era de 17-18 años, como los toros Mnevi de Heliópolis, heraldos de Atum-Ra, y los toros Buchi, adorados en Medamud como heraldos del dios Montu.

Bibliografía

Aldred, C., *Akhenaton, il faraone del sole*, Roma, 1979 (trad. cast.: *Akhenaton: faraón de Egipto*, Madrid, Edaf, 1995).

—, *Arte egizia*, Milán, 1988 (trad. cast.: *El arte egipcio*, Barcelona, Destino, 1993).

Assmann, J., *Maat, L'Égypte pharaonique et l'idée de justice sociale*, París, 1989.

Badawy, A., *Ancient Egyptian Architectural Design*, Berkeley, 1965.

Baines, J. y J. Malek, *Atlante dell'antico Egitto*, Novara, 1985.

Bakir, A. M., *Slavery in Pharaonic Egypt*, El Cairo, 1952.

Bardinet, T., *Les papyrus médicaux de l'Égypte pharaonique*, París, 1995.

Barguet, P., *Le Livre des Morts des anciens égyptiens*, París, 1967.

—, *Textes des Sarcophages du Moyen Empire*, París, 1986.

Barocas, C., *L'antico Egitto. Ideologia e lavoro nella terra dei Faraoni*, Roma, 1978.

Beauregard, O., *La caricature égyptienne, historique, politique et morale*, París, 1894.

Beaux, N., *Le Cabinet de curiosités de Thoutmosis* III, Louvain, 1990.

Bedell, E., *Criminal Law in the Egyptian Ramesside Period*, Ann Arbor, 1973.

Belzoni, G. B., *Viaggi in Egitto e in Nubia*, edición a cargo de A. Siliotti, Verona, 1988.

Betrò, M., *Racconti di viaggio e di avventura dell'antico Egitto*, Brescia, 1990.

Boardman, J., *I greci sui mari*, Florencia, 1980 (trad. cast.: *Los griegos en ultramar: comercio y expansión colonial antes de la era clásica*, Madrid, Alianza, 1999).

Bonnet, H., *Reallexikon der ägyptische Religionsgeschichte*, Leipzig, 1952.

Bowman, A., *L'Egitto dopo i faraoni*, Florencia, 1997.

Bresciani, E., «Umorismo e satira nella letteratura e nell'arte dell'Egitto antíco», en *Atti Accademia Lucchese di Scienze, Lettere ed Arti*, vol. XIV, 1980, págs. 65-75.

—, «I grandi testi magici demotici», en A. Roccati y A. Siliotti (comps.), *La Magia in Egitto ai tempi dei Faraoni*, Verona, 1987.

—, *Il mito dell'Occhio del Sole, ovvero i Dialoghi filosofici tra la Gatta etiopica e il piccolo Cinocefalo*, Brescia, 1991.

—, *Il volto di Ostri. Tele funerarie dipinte nell'Egitto romano*, Lucca, 1996.

—, «Medico divino medico umano. L'ideologia della guarigione nell'Egitto antico», en *Rivista di Storia della Medicina*, nº 6, 1996, págs. 415 y sigs.

—, *Food and Drink*, Lucca, 1998.

— (comp.), *L'antico Egitto*, Novara, 1998.

—, «Ramesse II. Le realtà di un mito», suplemento de *Storia e Dossier*, Florencia, 1998.

—, *Letteratura e poesia dell'antico Egitto. Cultura e società attraverso i testi*, Turín, 1999.

Brunner, Traut E., *Der Tanz im alten Ägypten*, Glückstadt, 1958.
—, *Altägyptische Tiergeschichte und Fabel. Gestalt und Strahkraft*, Darmstadt, 1968.
Budge, E. W., *The Book of the Dead. An English Translation*, Londres, 1899; reed., 1949 (trad. cast.: *El libro egipcio de los muertos*, Valencia, Lepsius, 1994).
Černý, J., *A Community of Workmen at Thebes*, El Cairo, 1973.
Cimmino, F., *Vita quotidiana degli egizi*, Milán, 1985 (trad. cast.: *La vida cotidiana de los egipcios*, Madrid, Edaf, 1991).
Couchoud, S., *Mathématiques égyptiennes*, París, 1998.
Curto, S., *La satira nell'antico Egitto*, Turín, 1965.
—, *Medicina e medici nell'antico Egitto*, Turín, 1972.
—, *L'arte militare presso gli antichi egizi*, Turín, 1973.
—, *L'antico Egitto*, Turín, 1981.
Darby, W. J., P. Ghalioungui y L. Drivetti, *Food: The Gift of Osiris*, vols I-II, Londres, Nueva York y San Francisco, 1977.
Davidi, A. R., *I costruttori delle piramidi*, Turín, 1969.
Davoli, P., *Città e villaggi dell'antico Egitto*, Imola, 1994.
De Horrack, P. J. F., *Le Livre des respirations*, París, 1877.
Decker, W., *Sport und Spiel im alten Ägypten*, Munich, 1977.
Della Monica, M., *La classe ouvrière sous les pharaons*, París, 1975.
Desroches Noblecourt, Ch., *Sotto l'oro del volto*, Florencia, 1989.
Donadoni, S., *Storia della letteratura egiziana antica*, Milán, 1959.
—, *Testi religiosi egizi*, Turín, 1970.
—, *L'Egitto*, Turín, 1981.
— (comp.), *L'uomo egiziano*, Roma y Bari, 1990 (trad. cast.: *El hombre egipcio*, Madrid, Alianza, 1991).
—, *L'arte dell'antico Egitto*, Milán, 1994.
—, *Tebe*, Milán, 1999.
Donadoni, S., S. Curto y A. M. Roveri Donadoni, *L'Egitto del mito all'Egittologia*, Turín, 1990.
Drenkhahn, R., *Die Hadnwerker und ihre Tätigkeiten im alten Ägypten*, Wiesbaden, 1976.
Erman, A., *La religion des Égyptiens*, París, 1937.
Flandrin, J. L. y M. Montanari (comps.), *Storia dell'alimentazione*, Roma y Bari, 1997.
Gardiner, A. H., *La civiltà egizia*, Turín, 1937.
Gardiner, A. H. y K. Sethe, *Egyptian Letters to the Dead*, Londres, 1928.
Goyon, J. C., *Rituels funéraires de l'ancienne Égypte*, París, 1972.
Grimal, N., *Storia dell'antico Egitto*, Roma y Bari, 1990 (trad. cast.: *Historia del antiguo Egipto*, Tres Cantos, Akal, 1996).
Grimal, N. y N. Menn (comps.), *Le commerce en Égypte*, París, 1923.
Hartmann, F., *L'agricolture dans l'ancienne Égypte*, París, 1923.

Héry, F. X. y T. Enel, *Animaux du Nil. Animaux de Dieu*, Aix-en-Provence, 1993.
Hickman, H., *Ägypten (Musikgeschichte in Bildern)*, Leipzig, 1961.
Hornung, A., *Das Amduat. Die Schrift des verbogenen Raumes*, vols. I-II, Wiesbaden, 1963.
Hornung, E., *Gli dei dell'antico Egitto*, Roma, 1992.
James, T. G., *Il popolo del faraone. Vita quotidiana nell'Egitto imperiale*, Florencia, 1989.
Janssen, J., *Commodity Prices from the Ramesside Period*, Leiden, 1975.
Kitchen, K. A., *Il faraone trionfante. Ramses II e il suo tempo*, Roma y Bari, 1987.
Leca, A. P., *La medicina al tempo dei faraoni*, Milán, 1983.
Leclant, J. (comp.), *I faraoni*, vols. I-III, Milán, 1989 (trad. cast.: *Los faraones*, Madrid, Aguilar, 1980).
Lefebvre, G., *Essai sur la medicine égyptienne à l'époque pharaonique*, París, 1956.
Leospo, E. (comp.), *La scuola nell'antico Egitto*, Turín, 1997.
Leospo, E. y M. Tosi, *Vivere nell'antico Egitto* (basada sobre los datos de Deir el Medina), Florencia, 1998.
Lesko, L. H., *The Ancient Egyptian Book of Two Ways*, Berkeley, 1977.
Lexa, F., *La magie dans l'Egypte ancienne*, vols. I-III, París, 1925.
Lieblein, J. D. C., *Le Livre égyptien «Que mon nom fleurisse»*, Leipzig, 1895.
Lloyd, A. B., *Herodotus Book II, Introduction*, Leiden, 1975.
—, *Herodotus Book II, Commentary*, Leiden, 1976.
Málek, J., *The Cat in Ancient Egypt*, Londres, 1993.
Manniche, L., *Sexual Life in Ancient Egypt*, Nueva York, 1987.
—, *An Ancient Egyptian Herbal*, Londres, 1989.
Mercer, S. A. B., *Pyramid Texts in Translation and Commentary*, vols. I-IV, Nueva York, 1952.
Montet, P., *Les Scènes de la vie privée dans les tombeaux de l'ancienne Égypte*, París, 1925.
—, *Vies des Pharaons Illustres*, París, 1984.
Morenz, S., *Gli egizi. Gli dei, gli uomini, la cosmologia, la fede nella sopravvivenza*, Milán, 1983.
Omlin, J. A., *Der Papyrus 55001 und seine satirisch-erotischen Zeichnungen und Inscriften*, Turín, 1973.
Pernigotti, S., P. Piacentini y P. Davoli, *L'Egitto antico*, Imola, 1992.
Piankoff, A., *Le Livre des Quererets*, El Cairo, 1944-1945.
Pisa in Egitto. Archeologia e Nuove Tecnologie, CD-ROM interactivo, ideado y dirigido por E. Bresciani, Pisa, 1997.
Quaegebeur, J., «Lettres de Thot et Décrets pour Osiris», en *Funerary Symbols and Religion*, Kampen, 1988, págs. 105-126.
Roccati, A., *Papiro ieratico n. 54003. Estratti magici e rituali del Primo Medio Regno*, Turín, 1970.
—, *La littérature historique sous l'Ancien Empire*, París, 1982.

Roeder, G., *Zauberei und Jenseitsglaube im alten Ägypten*, Zurich, 1961.
Rosati, G., *Il libro dei Morti*, Brescia, 1991.
Rosellini, I., *Monumenti dell'Egitto e della Nubia*, vol. I, *Monumenti Storici*, vol. II, *Monumenti civili*, y vol. III, *Monumenti del Culto*, Pisa, 1832-1844.
Roveri Donadoni, A. M. (comp.), *Civiltà degli egizi*, vol. I, *La vita quotidiana*, vol. II, *Le credenze religiose*, y vol. III, *Le arti delle celebrazioni*, Milán, 1987, 1988 y 1989.
Roveri Donadoni, A. M., E. Leospo y A. Roccati, *Splendori dell'antico Egitto*, Novara, 1985.
Sauneron, S., «La différentiation des languages d'après la tradition égyptienne», en *Bulletin de l'Institut français d'Archéologie Orientale*, nº 60, 1960, págs. 31 y sigs.
—, «Le monde du magicien égyptien», en *Le Monde du sorcier*, París, 1966.
Schiaparelli, E., *Il libro dei funerali degli antichi egiziani*, vols. I-II, Turín, 1882-1890.
—, *La tomba intatta dell'architetto Cha nella necropoli di Tebe*, Turín, 1927.
Strouhal, E., *Vivere al tempo dei faraoni. La vita quotidiana al tempo degli egizi*, Novara, 1997 (trad. cast.: *La vida en el antiguo Egipto*, Barcelona, Folio, 1994).
Tiradritti, F. (comp.), *Lingue e scritture nell'antico Egitto. Sesh*, catálogo de la exposición, Milán, 1999.
Traunecker, C., *Gli dei dell'Egitto*, Milán, 1994.
Valbelle, D., *Les ouvriers de la tombe. Deir el Médineh à l'époque ramesside*, El Cairo, 1985.
—, *La vita nell'antico Egitto*, Milán, 1995.
Vandier d'Abbadie, J., *Catalogue des ostraka figurés de Deir el Médineh (nos 2001-2733)*, El Cairo, 1937-1946.
Vernus, P., *Affaires et scandales sous les Ramsès*, París, 1993.
Wilkinson, J. Gardner, *The Ancient Egyptians. Their Life and Customs*, vols. I-II, Nueva York, 1854 (trad. cast.: *Los antiguos egipcios: su vida y sus costumbres*, Valencia, Lepsius, 1994).
Wreszinski, W., *Atlas zur altägyptischen Kulturgeschichte*, vol. II, Leipzig, 1935.

Referencias iconográficas

Capítulo 1
Pág. 15 arriba: foto E. Bresciani.
Págs. 15 abajo, 16 abajo, 18, 19, II abajo*: foto G. Lovera.
Págs. 16 arriba, 20-21, II arriba, III arriba: archivo editorial.

Capítulo 2
Pág. 27 arriba: foto A. Giammarusti.
Págs. 27 abajo, 28, 31, 32 arriba, 35, IV arriba, V arriba, VI arriba: foto G. Lovera.
Págs. 32 abajo, III abajo, IV abajo, V abajo: archivo editorial.

Capítulo 3
Págs. 43 arriba, 44 abajo, 47 abajo, 48 arriba: foto G. Lovera.
Págs. 44 arriba, 54: foto E. Bresciani.
Págs. 43 abajo, 47 arriba, 48 abajo, 57, 58, VII, VIII, IX arriba: archivo editorial.

Capítulo 4
Pág. 66: Museo del Cairo.
Págs. 67, 71 abajo: foto E. Bresciani.
Págs. 75 abajo, 77, 82, 83: foto G. Lovera.
Pág. 86: foto A. Giammarusti.
Págs. 71 arriba, 73, 74-75 arriba, 84, 85, 88, IX abajo, X, XI arriba, XII arriba: archivo editorial.

Capítulo 5
Págs. XI abajo, XIV arriba: foto E. Bresciani.
Pág. XIII: Museo de Arte de Brooklyn, Nueva York, Charles Edwin Wilbur Fund.
Págs. 100, 101, 102, 104: foto G. Lovera.
Págs. 93, XII abajo, XIV abajo-XV: archivo editorial.

Capítulo 6
Pág. XVI abajo: foto E. Bresciani.
Págs. 110, 116 abajo, 117 centro: IFAO.
Págs. 113, XVII, XVIII: foto G. Lovera.

* Los números romanos hacen referencia a las páginas de las ilustraciones en color.

Págs. 116-117 arriba, 117 abajo: concesión del Ministero per i Beni e le Attività Culturali. Prohibida la reproducción.
Págs. 108, XVI arriba, XIX: archivo editorial.

Capítulo 7
Pág. XX: IFAO.
Pág. 131 abajo: concesión del Ministero per i Beni e le Attività Culturali. Prohibida la reproducción.
Págs. 131 arriba, XXI: archivo editorial.

Capítulo 8
Págs. 137, XXIII: foto G. Lovera.
Págs. XXII abajo: foto Museo Vaticano.
Págs. 134, 137 arriba, 146, XXII arriba, XXIV-XXV: archivo editorial.

Capítulo 9
Págs. 164, 165: foto G. Lovera.
Págs. 157, 159, 160, 161, 162, 166, XXVI arriba, XXVII arriba, XXVIII arriba: archivo editorial.

Capítulo 10
Pág. 176: foto G. Lovera.
Pág. XXVIII abajo: foto E. Bresciani.
Pág. 180: Colección Schiff Giorgini, Universidad de Pisa.
Págs. 169, 171, XXVI-XXVII abajo, XXIX: archivo editorial.

Capítulo 11
Pág. 190: foto G. Lovera.
Pág. 202: foto E. Bresciani.
Pág. 193 izquierda: Colección Schiff Giorgini, Universidad de Pisa.
Pág. 195 arriba: © Museo Británico.
Pág. 195 abajo: concesión del Ministero per i Beni e le Attività Culturali. Prohibida la reproducción.
Págs. 193 derecha, 198, 204, XXX, XXXI, XXXII: archivo editorial.

Índice de nombres*

* Los números romanos hacen referencia a las páginas de las ilustraciones en color.

Índice de topónimos*

* Los números romanos hacen referencia a las páginas de las ilustraciones en color.